





ALLARIZ



1911

Obras del autor

PUBLICADAS

- Do caso que l'aconteceu ó Dr. Alveiros*, novela, 1919 (agotada).
Teoría do Nacionalismo galego, divulgación política, 1920.
O lobo da xente e A trabe d'ouro e a trabe d'alquitran, leyendas, 1925 (agotada).
A Contada, novela, 1.^a ed. 1926 (agotada).
O Castro de Caldeas, monografía, (Separata de los *Arquivos do Seminario d'Estudos Galegos*), 1928 (fuera de venta).
O porco de pé, novela, 1928.
O Hufón d'El Rei, drama, 1928.

EN PUBLICACIÓN

- La provincia de Orense*, en la *Geografía del Reino de Galicia* de la Editorial Alberto Martín, de Barcelona.

EN PREPARACIÓN

- Os Europeos en Abrantes*, novela.
A dona do Licornio, novela.
Aventuras do Dr. Alveiros no Brasil, novela.
Antioquia, novela.
A Contada, novela, 2.^a ed. muy aumentada.
Kobold, Marjolaine, Broceliande, cuentos y prosas.
Un caso de lycantropía, disertación académica.
Mitología popular galega, estudios folk-lóricos.
Resume d'Etnografía galega.
Prosas galegas, política.
Poemas arcaicos.
Estudios críticos.



R. 4246

ELEMENTOS DE
METODOLOGÍA DE LA HISTORIA

por

D. Vicente Martínez-Risco y Agüero

Licenciado en Derecho, Maestro Normal, Profesor de Historia en la Escuela Normal de Maestros de Orense, Académico de número de la Real Academia Gallega, Director de la Sección de Etnografía del Seminario de Estudios Gallegos



A CRUÑA - 1928
NOS, Publicacións Galegas e Imprenta
Real, 36-1.

VIL
842.

METODOLOGÍA DE LA HISTORIA

METODOLOGÍA DE LA HISTORIA

Parte preliminar

CONCEPTOS GENERALES

I

Concepto de la ciencia histórica

1. La historia y el hecho histórico.—Podemos definir la historia diciendo que es la ciencia que estudia la evolución de la vida social y cultural de los hombres.

Al decir que estudia la vida social, indicamos que la historia estudia principalmente la vida de los *grupos humanos*: razas, pueblos, tribus, naciones, Estados, etc.

Al decir que estudia la vida cultural, nos referimos al hecho de que la historia estudia la producción y desarrollo de lo que se llama *productos o bienes culturales*: religiones, ciencias, artes, leyes, moral, Estado, Iglesia, obras artísticas, obras industriales, lenguas, costumbres, organización económica, etc. Estos *bienes culturales* y los valores a que responden, forman en cada grupo humano, una unidad que es la expresión de un alma colectiva.

Estos grupos humanos y estos conjuntos de bienes y valores a que llamamos culturas, aparecen sujetos a un *ciclo vital*: pasan por periodos de infancia, desarrollo, plenitud y decadencia, renacen a veces, y otras desaparecen y mueren. Esta serie de cambios que experimentan en su vida los grupos humanos y los conjuntos culturales, es lo que se llama su *evolución*. Por eso decimos que la historia estudia la evolución de la vida social y cultural.

a) No solo se llama historia a la ciencia que estudia la evolución de la vida social y cultural; el desarrollo, la evolución misma de un grupo humano o de un producto cultural, se llama también su *historia*. Se llama pues historia a un tiempo a la cosa estudiada (*objeto de la ciencia*) y a la ciencia que la estudia. Se pueden dar también otras definiciones de la historia; la que hemos dado no es la más corriente; pero es la más ajustada a la realidad de los hechos. En

general todas las definiciones coinciden en apreciar la historia como estudio de los hechos humanos, como *narración* simple o como investigación de sus causas.

b) Llamamos *vida social* a la vida de relación entre los hombres, que origina la formación de las *sociedades*, que son agrupaciones de hombres entre los que hay un sistema más o menos complicado de relaciones. Las sociedades pueden ser *naturales*, o sea de formación espontánea, fundadas en la convivencia territorial o en los lazos de parentesco y de familia (clanes, tribus, y *artificiales* o intencionales, fundadas en la voluntad libre (Iglesias, partidos políticos, etc.). La sociedad más completa, perfecta e integral es el Estado Nacional.

c) *Cultura en general* es el conjunto de todos los productos de la actividad humana; todo aquello que el hombre con su inteligencia y trabajo añade a lo que ha recibido de la naturaleza. También se llama a esto *civilización*, pero estos son conceptos que hoy se han vuelto muy confusos. Hoy se suele distinguir entre cultura y civilización (que muchos emplean aun como sinónimos) de dos maneras: unos llaman cultura solamente a la cultura *espiritual* (religión, ciencia, arte, moral, derecho) y civilización a la cultura *material* (economía, industria, comercio, etc.). Otros llaman cultura a la del período de ascensión y creación, y civilización a la del período de expansión y decadencia; toda cultura cuando ha llegado a su perfección y ya no puede realizar verdaderas creaciones, se convierte en civilización y entra en decadencia. Nosotros las emplearemos en este último sentido.

d) El concepto de *evolución* apareció en la filosofía de la historia principalmente con Hegel, y en las ciencias naturales principalmente con Darwin. Es un concepto fundamental en la historia, aunque sea aplicable lo mismo a la vida orgánica que a la vida espiritual. Todo cuanto vive está sujeto a un cambio, a un proceso, a un serie continua de transformaciones. Y la historia tiene precisamente como *objeto propio* el proceso de la sociedad y de la cultura, la serie de transformaciones que experimentan.

La evolución histórica consiste en una serie de hechos, de acontecimientos que constituyen la *materia* (objeto) o *contenido* de la historia. A estos hechos se llama *hechos históricos*.

¿Que es lo que caracteriza a los hechos históricos? ¿Cuándo y porqué un hecho ha de ser considerado como histórico? Se dice que no hay hechos que sean históricos por su naturaleza; todos los hechos humanos pueden ser históricos, siempre que tengan relación con la vida social y cultural de los hombres. También se dice que los hechos son históricos por *posición*, es decir por su situación en el tiempo. En efecto: solo son históricos los hechos pasados, por que son los únicos que pueden ser estudiados.

Algunos como Xenopol y Riekerl suponen que sólo pueden considerarse como históricos los hechos únicos, los hechos que no se repiten—«el *suceder singular* en su peculiaridad y singularidad»—(la muerte de César, la toma de la Bastilla, no han ocurrido más que una vez). Pero esto no es enteramente exacto; precisamente los hechos culturales típicos se repiten (todos los hechos de la vida diaria de un pueblo) aunque no sea con la constancia de los hechos físicos.

Las condiciones del hecho histórico son, pues, dos principales: ser *pasado* y pertenecer a la vida *social* o *cultural*.

a) La historia estudia hechos *humanos*; pero esto no quiere decir que todos los hechos históricos hayan sido realizados por los hombres. El hombre es el *sujeto* de la historia; pero no es siempre el *sujeto agente* (el que realiza los hechos). Hay hechos naturales que influyen en la vida social y cultural humana, y entonces son también hechos históricos. Ejemplos: la erupción del Vesubio que sepultó a Herículano y Pompeya, la peste de que murió San Luis delante de Túnez, el terremoto de Lisboa del año 1755.

b) La historia estudia hechos *pasados*. Por lo tanto, los hechos históricos no pueden ser estudiados directamente, pues han pasado ya y no podemos verlos. Tenemos que estudiarlos en las *huellas* o *señales* que han quedado de ellos (huellas materiales o huellas en la memoria de los hombres). Estas huellas o señales son lo que se llama las *fuentes de la historia*.

g) La historia estudia *principalmente* hechos *únicos*, que no han ocurrido más que una vez (como los ejemplos propuestos arriba). En esto se diferencia de las ciencias naturales (astronomía, física, química, biología) que estudian hechos sujetos a leyes universales y que se repiten siempre de la misma manera (como los movimientos de los astros, las combinaciones de los cuerpos, la circulación de la sangre). Esto no quiere decir que no haya quien piense que los hechos históricos están también sujetos a leyes. La ciencia que pretende interpretar los hechos históricos por medio de fórmulas generales y determinar sus leyes, se llama *filosofía de la historia*. Esos hechos únicos son los que suelen llamarse hechos *importantes*; pero la historia se ocupa también de hechos que se repiten, como los referentes a creencias y costumbres. Ejemplos: cuando decimos: los griegos vestían túnica e *himation* o los celtos gallegos usaban espadas de antenas.

2. Concepto actual de la historia.—Se dice que hasta los tiempos modernos fué considerada la historia casi siempre como un género literario. En realidad así parece que la consideraron los historiadores clásicos (griegos y romanos) y a imitación de ellos, los del Renacimiento. Sin embargo, algunos escritores antiguos (Tucydides, Plutarco, Tácito) la emplearon como recurso pedagógico de educación moral, a lo que se llama por algunos historia *pragmática*, y los primeros historiadores cristianos (San Agustín, Paulo Orosio) daban ya a la historia un sentido filosófico, y en otros muchos se podrían encontrar precursores de los distintos aspectos del moderno concepto científico de la historia.

Hoy se considera la historia como una disciplina de carácter científico. El alemán Bernheim dice que es una ciencia que investiga y expone los hechos de la evolución humana en el tiempo y en el espacio, estudiando sus actividades singulares, típicas y colectivas como seres sociales en relación con sus causas.

El concepto científico de la historia se debe por una parte a los *eruditos y críticos* (que comienzan a trabajar a fines del siglo XVI) y que se preocuparon de establecer y depurar la verdad de los hechos y por otra parte a los *filósofos de la historia* (principalmente del siglo XIX) que se dedicaron a investigar las causas de los hechos y las leyes que rigen la evolución humana.

La historia que trata de averiguar las causas de los hechos,—ya remotas (filosofía de la historia), ya inmediatas (historia propiamente dicha)—se suele llamar historia *genética*, porque investiga las *causas*, los *orígenes* (génesis) de los acontecimientos y del desarrollo de los productos sociales y culturales. Sus partidarios oponen la historia genética a la *narrativa*, que se propone simplemente referir los hechos en forma más o menos literaria (Herodoto, en la Antigüedad) y a la *pragmática* a que antes nos referimos.

a) Historia narrativa, historia pragmática e historia genética no son tres maneras únicas de escribir la historia. Al lado de ellas podemos poner también la historia *erudita* a que ya dejamos hecha referencia, la historia *filosófica* (Laurent, por ejemplo) de que también hablamos, la historia *novelosa* (en el siglo XVIII francés), la historia *estética* (Renan, Burckhart) etcétera.

b) El concepto de la historia también evoluciona con el cambio de los tiempos. En la Antigüedad, tenemos primero las leyendas y tradiciones religiosas y populares y los poemas épicos (*Iliada*, *Odisea*), después las historias literarias como la de Herodoto, y por fin las historias pragmáticas en que se juzgan los hechos, como Tucydides y Plutarco. En los tiempos cristianos se empieza por historias universales inspiradas en la Biblia como la de Paulo Orosio.

luego vienen las *Cronicas* de los monjes de la Edad Media, simples enumeraciones de hechos. En el Renacimiento se trata de imitar a los historiadores griegos y romanos, especialmente a Plutarco, Tito Livio y Suetonio. Así escribieron Maquiavelo, Arellino y Guicciardini en Italia, y en España Pero López de Ayala, Florian de Ocampo y Mariana. En el siglo XVII nace la historia erudita y crítica con Mabillon y los benedictinos, que se ocupan además de las ciencias auxiliares (Cronología, Paleografía, Diplomática, Arqueología, Epigrafía, Filología) cuya dirección está representada en España por el P. Flórez y en lo referente a Galicia por el P. Barreiros. En el XVIII algunos historiadores como Valtairé, Hume y Robertson escriben historia política tendenciosa, juzgando los hechos según sus ideas. En el XIX, los románticos crean la filosofía de la historia, distinguiéndose como historiadores de este tipo Burzua, Humboldt, Thieffels y Michelet (de esta clase fueron por ejemplo, en Galicia, Vicente y Murguía) que se proponían hacer vivir el pasado a sus lectores. Al mismo tiempo, la historia erudita reaparece con Ranke (en Galicia, por ejemplo con López Ferreiro) y comienza la historia social con Green, Mommsen y Fustel de Coulanges. Continúan la tendencia filosófica Guizot y Thiers y la estética Renan y Burckhardt, y ultimamente la romántica tiende a reproducirse con Péguy.

3. Interés de los estudios históricos.—La importancia de la historia ha sido reconocida desde la Antigüedad. Cicerón le llamaba: «testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, mensajera de la antigüedad y maestra de la vida». Nadie puede dejar de reconocer la utilidad y la importancia de los estudios históricos. Ella se fundamenta en las razones siguientes:

A) De un modo general:

1.º La historia contiene los conocimientos más interesantes para el hombre, que son los que se refieren a la vida de sus semejantes, con los que ha de vivir en relación, y a los hombres se les conoce por sus hechos, de los cuales se ocupa la historia. La historia es por excelencia la ciencia que *estudia al hombre* y contiene toda la *experiencia* del género humano.

2.º La historia nos da la idea de la *evolución*, del cambio incesante de las cosas humanas en el tiempo y en el espacio; nos familiariza con las diferentes *opiniones* acerca del mundo y de la vida y despierta el *interés* por todos los productos de la cultura humana.

3.º La historia explica el presente en función del pasado; nos da razón de como las cosas humanas *han llegado a ser* como son, de como los acontecimientos actuales son consecuencia de los acontecimientos anteriores.

B) Desde el punto de vista social:

La historia es para los pueblos lo que la memoria para los individuos. Así como la memoria individual conserva la identidad del hombre y le da conciencia de su personalidad, así también la historia, *memoria social*, da a los pueblos lo que unos llaman *conciencia nacional* y otros *conciencia histórica*.

C) Desde el punto de vista individual:

La historia trasmite al hombre —ser social eminentemente— las nociones fundamentales de la tradición del pueblo a que pertenece, en que ha nacido y recibido su formación espiritual, y de la cultura en que ha sido educado, y por lo tanto le hace ver su *deber social* de servir a la prosperidad de aquel pueblo y al desenvolvimiento de aquella cultura, y le *capacita* para llenar consciente-

mente su papel en la vida. De aquí que sea el fundamento de toda *educación cívica*.

D) Desde el punto de vista puramente práctico:

Se ha negado a la historia la utilidad práctica en lo referente a la dirección política de los pueblos, diciendo que la experiencia del pasado que nos muestra la historia no puede ser aprovechada, por cuanto los hechos históricos no se repiten y por lo tanto, de lo que aconteció en el pasado, no podemos deducir lo que acontecerá en el porvenir. Sin embargo, esto no es enteramente exacto: la previsión fundada en la historia no es infalible; pero muchas veces acierta, y en todo caso resulta útil la experiencia del pasado: da por lo menos ciertas normas generales de prudencia elemental. El gobernante no puede prescindir de la historia, pues tiene que apoyarse en la tradición y en la realidad vital de su pueblo, que solo el estudio de la historia le puede hacer conocer.

La historia es también esencialmente necesaria para el jurfs-consulto, para el economista, para el filósofo y para el artista, pues todos necesitan conocer la *ciencia de la realidad humana*.

4. La historia en la cultura general y en la cultura primaria.—¿Que lugar ocupa la historia en el cuadro de los conocimientos humanos? ¿Que lugar le corresponde en la clasificación de las ciencias?

Hay una gran división de las ciencias que pone de un lado las *ciencias de la naturaleza* y de otro las *ciencias del espíritu*. Las primeras son las que estudian los seres de la naturaleza y el hombre en cuanto ser natural (así la fisiología y la psicología); es decir: estudian hechos sujetos a leyes universales (véase párrafo 1, g) y que se repiten siempre del mismo modo. Las segundas, que algunos (Rickert) llaman también *ciencias culturales*, estudian lo que se considera como productos del espíritu humano, es decir, lo que hemos llamado *bienes culturales* (véase párrafo 1) y los valores a que responden. En este sentido, la historia tiene su lugar adecuado entre las ciencias del espíritu. Y entre ellas es acaso la más importante.

a) No todos están conformes con esta división de las ciencias y sobre todo con esta oposición entre *naturaleza* y *espíritu*. En cierto sentido, el espíritu es también naturaleza, y la actividad espiritual es actividad biológica (el espíritu es también vida, es una manifestación de la vida, y aun podría la vida proceder del espíritu). Además, en las ciencias naturales hay también historia, puesto que se estudia en astronomía y en geología, la *evolución* del sistema solar (teoría nebulosa de Laplace) y del planeta tierra, y en biología la *evolución* de las especies. Para establecer aquella oposición en cuanto a la historia, habría que probar que la *evolución histórica*, humana o cultural, es de distinta naturaleza que la evolución natural.

La historia representa también uno de los dos aspectos en que pueden ser estudiadas las cosas. Se las puede estudiar en su

aspecto, por decirlo así, *estático*, permanente (lo producido) y también en su aspecto *genético*, en su desenvolvimiento (el producirse): es decir, en su aspecto *natural* y en su aspecto *histórico*.

b) No queremos decir aquí que el aspecto histórico no sea también *natural*; aquí empleamos la palabra *natural* en el sentido de «punto de vista de las ciencias naturales», por que así suele emplearse corrientemente, no porque estemos conformes con este sentido.

En sentido pedagógico, la historia forma parte de aquel orden de conocimientos a que suele llamarse *cultura humanística*, y antiguamente *humanidades*. A la cultura humanística se suele oponer la llamada *cultura realista*, científica o técnica. Se suele interpretar la palabra *humanística* en el sentido de que es la instrucción y educación que «forma al hombre», es decir, el espíritu, por oposición a la cultura especial y profesional, o de mera utilidad. Toda verdadera educación debe ser humanística.

c) Aquí empleamos la palabra *cultura*, no en el sentido que la hemos hecho en párrafos anteriores, sino en el sentido *individual* de: «suma de conocimientos que posee o debe poseer un individuo». El otro sentido de la palabra *cultura* (que hemos empleado hasta ahora y seguiremos empleando) es el sentido *social*.

d) La cultura humanística (historia, literatura, lenguas clásicas, filosofía) y la llamada cultura realista (ciencias naturales, lenguas modernas), han sido separadas en Francia y Alemania en la segunda enseñanza. En Francia la cultura humanística se estudia en el bachillerato *clásico* y la realista en el bachillerato *moderno*; en Alemania, la humanística en los *Gymnasien* y la realista en los *Realschulen*. En Inglaterra, la segunda enseñanza es casi exclusivamente clásica y humanística. En España es una mezcla informe de las dos, aunque predominando la realista.

En otro tiempo, el estudio de la historia era más bien propio de los príncipes y de las clases gobernantes. La organización democrática de los Estados modernos, haciendo a todos los ciudadanos partícipes en el gobierno y en la política por medio del voto, ha hecho indispensable que todos los ciudadanos conozcan la historia de su país y de los que con él se relacionan. De aquí el lugar cada vez mayor que ocupa la historia en los programas de los establecimientos de enseñanza, empezando ya en la escuela primaria.

La cultura primaria es esencialmente general, *universal*; por lo tanto, la instrucción de carácter humanístico tiene que ocupar en ella un lugar importante. Pero como ha de tener un carácter *elemental*, de aquí que se halle representada en la escuela primaria casi exclusivamente por el estudio de la lengua materna y por la historia, por lo cual esta adquiere una mayor importancia. Además, la tiene también como base de la *educación cívica*.

La enseñanza de la historia en la escuela primaria ha sido desarrollada y sistematizada principalmente en Alemania por los pedagogos de la escuela de Herbart, distinguiéndose especialmente Ziller.

II

Postulados de la historia

1. **El sujeto de la historia.**— Hemos dicho (Cap. I párrafo 1, e) que el sujeto de la historia es el *hombre*. Pero aquí se presentan tres cuestiones, que estudiaremos separadamente:

1.^a ¿Es el hombre siempre el sujeto *agente* de los hechos históricos? (es decir el que los ejecuta).— Hemos dicho ya (loc. cit.) que no: que hay hechos no realizados por el hombre, hechos naturales, que son hechos históricos, y hemos puesto ejemplos. En ellos el hombre es sujeto *paciente*.

2.^a El sujeto de la historia ¿es el hombre individual, aislado, o son los grupos humanos? Cuestión muy difícil y no resuelta. Hay dos opiniones opuestas:

Unos, como el inglés Tomás Carlyle, suponen que es el hombre individual, especialmente los grandes hombres, los *héroes*, los que tienen la iniciativa de los hechos históricos.

Otros, como hoy la escuela sociológica francesa de Durkheim atribuyen toda iniciativa a los grupos humanos: el individuo obra siempre empujado por la presión social, y los grandes hombres no hacen más que recoger del ambiente ideas y sentimientos.

El historiador tiene que tener en cuenta ambos factores.

a) Esta cuestión será ampliamente tratada en la última parte de este libro.

3.^a El sujeto de la historia ¿es libre en sus determinaciones u obra impulsado por causas distintas que su propia voluntad? Cuestión más difícil aún, y cuya resolución corresponde a la filosofía. Es la cuestión del libre albedrío.

El *determinismo* (doctrina opuesta a la libertad humana) ha sido sostenido en la historia por numerosos autores, especialmente por los positivistas.

El historiador, aún admitiendo el libre albedrío, tiene que tener en cuenta numerosas causas que influyen indudablemente en los hechos humanos, pues el hombre, ni siempre es libre de querer (mejor dicho: ni siempre hace uso de su libertad), ni tampoco, aunque quiera libremente, puede siempre hacer lo que quiere. Esas causas, externas e internas que influyen en los hechos humanos son las que se llaman *factores de la historia*.

b) La cuestión del libre albedrío será también tratada con extensión en la última parte de este libro.

2. Los factores de la historia.—Son las causas que influyen en los hechos humanos, y por lo tanto, se hacen notar en el curso de la historia, y dan a la cultura de cada época y de cada país un aspecto particular que las distingue de las demás.

Estos factores pueden ser *externos* o *internos*, según que influyan en el hombre desde afuera o desde adentro. Los principales factores externos son: el *medio geográfico*, el *medio social* y la *acción providencial de Dios*. Los estudiaremos separadamente.

1.º *El medio geográfico.* El hombre vive en la tierra, de ella saca su sustento y lo que necesita para la vida, y de ella reciben constantes impresiones sus sentidos. Depende, pues, de la tierra y experimenta su influencia. Y como la tierra no es igual en toda su superficie, sino muy variada en sus diversos accidentes, de aquí que los hombres que viven en países distintos, se diferencian entre sí por sus modos de vida, sus costumbres, su carácter y hasta sus ideas y sentimientos.

Las principales circunstancias geográficas cuya influencia en el desarrollo histórico es patente, son: el *clima*, el *relieve del suelo*, las *producciones*, la *proximidad o alejamiento del mar* y de *las grandes rutas fluviales*.

a) El *clima*, determinado principalmente por la latitud geográfica, influye en el modo de vivir y en las antiguas ideas de los pueblos. La vida de los pueblos que viven en las altas latitudes frías (como los esquimales) es difícil y trabajosa; teniendo que luchar contra el frío y que procurarse el sustento en tierras de producción escasa (como que algunos viven casi exclusivamente de la pesca) y no pueden desarrollar una alta cultura. Los habitantes de los países fríos tienden a trasladarse a los países templados, buscando mejores condiciones de vida y mayor riqueza. Los habitantes de los países cálidos, de gran producción natural y agrícola, son perezosos y poco activos, por la excesiva facilidad de procurarse el sustento, no tener necesidad de defenderse del frío, y vivir en climas enervantes. Por eso se observa que las grandes culturas históricas (China, India, Persia, Asiria y Babilonia, Egipto, Grecia, Roma, Europa moderna, México) se han desarrollado en la Zona templada del Norte.

b) El *relieve del suelo* es también importante; en los países montañosos se nota gran diferencia de vida y de carácter entre los habitantes de las montañas y los de los valles y costas. Los países montañosos conservan mejor su independencia, y tienden al fraccionamiento político y social, dividiéndose en pequeños Estados (antigua Grecia) o grupos sociales (los clanes gallegos con sus castros y hoy nuestras parroquias gallegas).—En cambio los pueblos de las grandes llanuras están más expuestos a sufrir las invasiones, y tienden a la unidad política (Imperios orientales, Francia).

c) Las *producciones* del suelo determinan la riqueza del país, y el tipo de cultura. Los pueblos de riqueza minera adquieren gran desarrollo industrial (en España, Asturias y Vasconia, en Europa, Inglaterra y Bélgica). Algunas explotaciones minerales, como el carbón y el hierro atraen una numerosa población.—Las grandes llanuras ricas en pastos favorecen la ganadería y el nomadismo, como sucede en el Asia Central.—La riqueza agrícola fita los hombres al suelo y crea poblaciones sedentarias, cuya riqueza y cultura son más permanentes (ejemplo Francia). Los países de pequeño cultivo suelen ser superpoblados (Bélgica, Galesia).

d) El *mar* es un gran elemento de vida (pesca) y de comunicación (navegación). Cuanto más accidentada y articulada sea la costa, más se desarrolla la riqueza y la cultura del país. Los pueblos marítimos pueden ser simplemente pescadores (Irlanda, Galesia) o grandes navegantes (Portugal). El mar favorece la superpoblación (en Galesia la zona más poblada es la marítima, Bélgica es el país más poblado de Europa).—Los pueblos insulares conservan mejor su independencia y tienden a la expansión y al dominio de los mares (Inglaterra, Japón).

Los ríos son vías de comunicación y son agentes de fertilización de la tierra. De aquí

la teoría de que la cultura se desarrolla preferentemente a orillas de los grandes ríos (Hoang-Ho, Yang-tse-Kiang, Ganges, Indo, Eufrates, Tigris, Orontes, Jordán, Nilo, ríos de Europa, hoy el Mississippi.—Excepciones: el Volga, el Amazonas).

e) En cuanto a las influencias de los movimientos de los cuerpos celestes en los hechos históricos, indicada por algunos autores modernos (Spengler, Keyserling, debemos decir que ha constituido el objeto de una antigua ciencia, la *astrología judiciaria*, tenida hoy comúnmente por falsa en los medios cultos y semicultos aunque hay autores muy serios que la defienden. La astrología, fundada en observaciones y experiencias muy antiguas, que se remontan al parecer a los caldeos, pretende que el hombre está sujeto a la influencia de los siete planetas y de los doce signos del Zodíaco, cuyas posiciones respectivas en el momento del nacimiento o en el comienzo de una empresa o de un hecho, nos dá a conocer, cual ha de ser su desenvolvimiento futuro.—Aparte de las teorías astrológicas, son de tener en cuenta la influencia de las variaciones de la órbita y del eje de la tierra y por lo tanto su mayor o menor alejamiento del sol en el origen de la vida, en las épocas glaciales, etc. la que modernamente se atribuye a las manchas del sol en epidemias, acontecimientos históricos, etc. y otras que no se hallan aun bien determinadas.

La idea de la influencia del medio geográfico en la evolución histórica de los pueblos aparece en el siglo XIV en el musulmán Aben Jaldún, y en el XVIII en Montesquieu; pero quien la aplicó modernamente fué el alemán Ritter. Su discípulo Federico Ratzel creó la nueva ciencia llamada *Antropogeografía*, que estudia las relaciones entre el hombre y la tierra. Los franceses (Durkheim, Levy-Bruhl) le oponen la *Morfología social*, de que luego hablaremos.

2.º *El medio social*. El hombre es un ser social por excelencia. Nace ya formando parte de una sociedad, cuya tradición y cuyas ideas recibe por la educación, aun la familiar; vive en constante relación con sus semejantes, recibiendo de ellos a todas horas sugerencias, ejemplos, mandatos. Un hombre no puede vivir una vida superior sin la ayuda de los demás; depende, por lo tanto de sus semejantes, de la sociedad. La cultura es un producto social. La sociedad forma, como el territorio, un medio influyente. Y como las agrupaciones sociales son diferentes en su constitución y en sus tradiciones, los hombres de los distintos pueblos se diferencian entre sí por sus costumbres, su educación, sus creencias y opiniones.

f) Los partidarios de la *Morfología social* (escuela sociológica francesa de Durkheim) atribuyen todo a la influencia del medio social, sosteniendo que la interdependencia social basta para explicar todos los fenómenos sociales e históricos, sin acudir a los otros factores. Aun siendo muy importante el factor social, esta opinión es sin duda exagerada. Además, el medio social sufre a su vez la influencia del medio geográfico.

3.º *La acción providencial*. Parece indudable que Dios, creador del mundo y del hombre, que ha dado al mundo las leyes por que se rige, y conoce la finalidad de la creación, ha de dirigir la marcha del devenir histórico hacia ese fin que Él solo conoce y que Él mismo ha determinado. Esto no lo puede negar ningún creyente. Lo que puede dudarse es de si Dios interviene siempre de un modo *directo* (fuera de los casos excepcionales llamados *milagros*), o si dirige la historia por medio de las *causas segundas*.

(entre las que están los demás factores de la historia). Sostuvo la intervención directa de la Providencia divina, la llamada *escuela teológica*, que trae su origen de San Agustín y en la que figuran Bossuet y el alemán Federico Schlegel. En este sentido está escrita la *Historia* del gallego Paulo Orosio.

g) La escuela teológica sostiene aun otras teorías que examinaremos al tratar de la filosofía de la historia.

Entre los factores internos, tenemos: las *tendencias de las razas (factor étnico)*, las *necesidades corporales (factor económico)*, las *necesidades espirituales (factor psíquico)*.

1.º *Factor étnico.* Cada raza (variedad de la especie humana) posee determinados caracteres corporales y espirituales, determinada organización física y psíquica, determinadas tendencias vitales, determinado temperamento e inclinaciones, que se transmiten por herencia de generación en generación. Los hombres de las distintas razas se diferencian unos de otros por todas estas circunstancias, y se comportan por lo tanto en la vida de un modo muy diferente. Esto no puede menos de influir en los hechos históricos, pues en igualdad de condiciones, los hombres de las distintas razas reaccionan en sentidos diversos. Así es tan distinta la historia de las diferentes razas.

h) Está fuera de duda la influencia del factor étnico. Todos hemos oído hablar de ello, en el lenguaje corriente. Se sabe que los pueblos de raza semita tienden al monoteísmo en religión, y al imperialismo en política. Los judíos, colocados en los medios geográficos más diferentes, han conservado sus tradiciones religiosas y filosóficas, su amor al dinero y sus aptitudes para los negocios comerciales. Hoy son en toda Europa los mayores propagandistas del comunismo y del socialismo, cuyas doctrinas se deben en su mayor parte a judíos (Marx, Lassalle, Trotsky).—Los celtas son de temperamento soñador y romántico; se fijaron en el W. de Europa donde defendieron su independencia y crearon una literatura idealista que se extendió por toda Europa.—Los eslavos tienden al misticismo y a las utopías sociales (inventaron el esperanto y adoptarían el comunismo).—Los chinos y japoneses se han hecho notar por su realismo, su habilidad artística e industrial y su absoluto desprecio de la vida.

La influencia del factor étnico ha sido apreciada en distinto grado por los historiadores. Los que mayor atención le han concedido, fueron: Herder; los románticos, Taine, Renan, y sobre todo el Conde de Gobineau.

i) Es digna de mención la doctrina de la existencia de razas superiores, a las que se deben las altas culturas, y destinadas a imponerla a las demás. El Conde de Gobineau sostuvo que toda cultura superior se debía a la raza arya y que los pueblos son tanto más aptos para la alta cultura cuanto más predominan en ellos el elemento aryo. En estas doctrinas se funda el *pangermanismo* de Treitschke y otros opinión de que los alemanes, en quienes más puro se conserva el elemento aryo, están destinados a imponer su civilización al mundo y de la *superioridad de las anglosajones*, de Chamberlain.

La influencia indudable del factor étnico ha sido muy combatida por los racionalistas y los utopistas políticos, fundándose principalmente en el hecho de que hoy no es posible encontrar razas puras. Pero este argumento es enteramente insuficiente, pues, no solo no puede ser aplicado a los tiempos antiguos, sino que, en la mayor parte de los mestizajes hay una raza que impone sus caracteres dominantes a los elementos que se le incorporan (*allogenos*).

j) Se ha visto también: 1.º Que las razas superiores, cuando predominan, se asimilan los elementos allogenos que se mezclan con ellas.—2.º Que las razas superiores degeneran rápidamente cuando se mezclan en escasa proporción con razas inferiores.—3.º Que en general, el mestizaje—salvo ciertas combinaciones felices—es causa de la degeneración de las razas.—4.º Que en cada país, los elementos indígenas tienden a perpetuar su tipo racial a través de los mestizajes.

2.º *Factor económico.* El hombre tiende naturalmente a conservar su vida y a perpetuar la especie. Trabaja, pues, para satisfacer sus necesidades corporales: alimentación, vestido, habitación, unión de los sexos, cuidado de la prole. Se llama *actividad económica* la que el hombre desarrolla para el cumplimiento de estos fines primordiales de la vida. No cabe dudar de la influencia de este factor en el desarrollo de la cultura, en la organización social, en las luchas por la posesión de la tierra, de sus productos, de las comunicaciones y los medios de transporte.

k) La organización y el sistema económico son de una importancia tan considerable, que sirve para clasificar los tipos de cultura (principalmente en los pueblos primitivos): así se habla de pueblos *recolectores, cazadores, pescadores, agricultores, pastores, industriales*, de pueblos de *economía tribal, de economía familiar, de economía capitalista*.—Las culturas superiores se desarrollan con sistemas económicos agrícolas e industriales, y necesitan un estado de florecimiento como base.—Es bien conocida la influencia del comercio del ámbar y del estano en la prehistoria europea del comercio con Oriente en el desarrollo de las repúblicas italianas, y de la prosperidad de estas en el Renacimiento; de las consecuencias económicas de los grandes descubrimientos en la prosperidad y en la decadencia de España y Portugal, etc.

El factor económico fué debidamente apreciado por Montesquieu, Heeren, Möser y otros historiadores. Su influencia fué exagerada por los partidarios del *materalismo histórico*, fundado por Carlos Marx y seguido por Engels, Seligman y todos los socialistas, que pretenden que el factor económico es el único determinante del desarrollo histórico, que el modo de producción de la vida material determina de una manera general el proceso de la vida entera, y que aun cuando parezca que los hombres se mueven por intereses religiosos, políticos, ideológicos, en realidad, en el fondo, los que los mueven son los intereses económicos. Esta consideración exclusiva del factor económico es parcial y simplista; no hay duda de que los intereses espirituales obligan muchas

veces a los hombres, individual y colectivamente, a posponer sus intereses económicos.

3.º *Factor psíquico.* El hombre se compone de cuerpo y alma. Así como el cuerpo tiene sus necesidades, también el alma tiene las suyas. Así como el cuerpo apetece la alimentación, el vestido, la habitación, etc. el alma apetece el conocimiento de la verdad, la fruición de la belleza, la satisfacción del bien y de la justicia, la comunicación con el mundo sobrenatural. El espíritu humano aprecia y pone como normas supremas estos valores: Verdad, Belleza, Bien, Justicia, Divinidad, y *estima* las cosas en relación con esos valores. De aquí la actividad *científica* que se dirige a la verdad, la actividad *artística* que se dirige a la belleza, la actividad *ética* que se dirige al bien, la actividad *jurídica* que se dirige a la justicia, la actividad *religiosa* que se dirige a lo divino.

No se reduce la importancia histórica del factor psíquico a estos sentimientos y tendencias superiores que se llaman *ideales*; hay en el hombre sentimientos y tendencias *sociales* de naturaleza egoísta o altruista, que influyen en su conducta.

l) Entre los egoístas podemos poner el de afirmación personal, que se puede manifestar como *rebeldía* (en muchos revolucionarios) o como *dominación* (en los tiranos). Al segundo se le ha dado una importancia fundamental en la historia por Nietzsche y otros filósofos.—Entre los altruistas, tenemos el *amor* (conyugal, paternal, etc.) base de la familia; la *amistad* y la *solidaridad*, bases de la sociedad; la *humanidad* que nos hace ver a todos los hombres como hermanos; y como síntesis de todos ellos, el *patriotismo*. El amor a la Patria *natural* no solo resume y envuelve todos los sentimientos altruistas, sino también todos los ideales, pues la *Nación* es la categoría suprema en que se realizan todos los valores.

Todos los historiadores han apreciado el factor psíquico. Le han dado cierto exclusivismo Lacombe y Hermann Paul, y en cuanto a los que hemos llamado *ideales*, el idealismo alemán, y modernamente la escuela de Baden (Windelband, Rickert). También aprecia de un modo especial los factores *lógicos*, el francés Henri Berr.

m) Las teorías de las *ideas* y de la *misión histórica* serán examinadas al tratar de la filosofía de la historia y, más extensamente, en la última parte de este libro.

Por último, la mayor parte de los historiadores, lejos de dar importancia decisiva a uno u otro de estos factores, los aprecian todos en conjunto o en aquellos casos en que cada uno de ellos aparece más claramente determinante.

3. La causalidad histórica.—Todos asentimos prácticamente al *principio de causalidad*, según el cual no hay efecto sin causa, no hay ser ni suceso que no obedezca a una causa que lo explique.

Según esto, los hechos históricos han de obedecer también a *causas*. Hemos dicho ya, en el cap. I párrafo 2 que el moderno concepto *genético* de la historia, trata de determinar las causas de los hechos históricos.

Acerca del problema de las causas varían las opiniones. Podemos clasificarlas en tres grupos:

1.º Los que atienden principalmente a lo que se llama *causas generales*. Los factores históricos que hemos estudiado en el párrafo anterior, entran en el número de las causas generales.

2.º Los que atienden a las *pequeñas causas*, al enlace de los hechos mismos, según lo cual, sucesos al parecer insignificantes pueden producir efectos de gran alcance; como cuando se dijo: «si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, otra hubiera sido la suerte del Imperio Romano».

3.º Los que renuncian a investigar las causas y se limitan a exponer estrictamente los hechos, como suele hacer la que hemos llamado *historia erudita*.

En todo caso, hay que admitir que el efecto histórico es *contingente*, es decir que no responde *necesariamente* a la causa. Las ciencias naturales parten del principio de que las mismas causas, en las mismas circunstancias, producen siempre los mismos efectos. En la historia no sucede así. No se puede emplear, pues, en historia, el concepto de causa, en el mismo sentido que en las ciencias naturales.

Por último, modernamente, algunos pensadores (Spengler, Keyserling) tratan de sustituir en la historia la noción de *causalidad eficiente*, propia de las ciencias naturales, por la de *finis*, que envuelve la idea de finalidad (*causa final*), lo cual responde mucho mejor al suceder histórico, esencialmente finalista.

*) Las causas naturales, tal como las conoce la ciencia, obran *sin finalidad*, sin proponerse ningún fin (lo cual, en conjunto, es muy discutible—filosóficamente). Pero el hombre, agente de la historia (individual o colectivamente) se propone siempre un fin, obra para conseguir una finalidad. Además puede cumplir un fin exterior a él (*finis*), impuesto por Dios, o por la misma evolución o devenir natural.

4. Las leyes de la historia.—Muchos filósofos e historiadores han tratado de determinar las leyes que rigen los hechos históricos. Se llama *ley* la relación constante entre dos fenómenos, o la relación constante entre la causa y el efecto. Las ciencias naturales tratan de determinar las leyes que rigen los fenómenos que ellas estudian (ejemplo: la ley astronómica de Kepler de que «el radio vector de un planeta barre áreas iguales en tiempos iguales».) Por esto se supone que todos los hechos están sujetos a leyes, y por lo tanto también los hechos históricos.

Podemos considerar dos clases de leyes históricas:

1.º *Leyes menos generales*, referentes a la manera de

obrar los factores de la historia: ejemplo, las leyes de la imitación (estudiadas por el juriconsulto y sociólogo francés Gabriel Tarde).

2.º Leyes *generales*, que tratan de abrazar toda la evolución histórica. De estas, las que más aceptación han tenido fueron la del *progreso* y la de *los tres períodos*.

La ley de los tres períodos supone que toda la historia universal se ha desarrollado en tres períodos típicos, cuya apreciación varía según los filósofos, siendo: período *divino*, período *héroe* y período *humano* (Vico); edad de la *palabra*, edad de la *fuerza* y edad de la *luz* (Federico Schlegel); *despotismo*, *aristocracia* y *libertad* (Hegel); período de *unidad*, período de *variedad* y período de *armonía* (Krause); períodos *teológico*, *metafísico* y *positivo* (Augusto Comte). Esta ley está hoy completamente deshecha por la mayoría de los autores.

a) Tiene esto sus precedentes en ciertas ideas antiguas, como la de los períodos *Adelán, Mítico e Histórico* de Varro, que influyó en las extrañas ideas de nuestro Benito Vico, en el primer tomo de su *Historia de Galicia*.

La ley del progreso tuvo su origen en el Renacimiento italiano (Pomponazzo, Giordano Bruno) y fué desenvuelta por los filósofos del siglo XVIII, especialmente por Condorcet. También la sostuvo Herder, y hoy muchos, como Xenopol, Wells, etc. Hay dos opiniones: la del *progreso indefinido*, cuyo absurdo es patente; y la del *progreso ondulante*, de avances y retrocesos. La idea del progreso tiene muchos e importantes contradictores. En todo caso no es una idea científica, sinó fundada en las *preferencias* de cada cual: uno considerará como un progreso lo que otro considerará como decadencia.

No hay que confundir la noción de progreso con la de *evolución*, que es el proceso real del desarrollo de los seres, que tiene sus períodos de crecimiento y de decadencia, mientras que el progreso es una noción puramente ideal que implica un continuo mejoramiento imposible de comprobar.

Los etnógrafos modernos (como Froebenius) y el pensador alemán Oswald Spengler sustituyen la idea del progreso por la del *ciclo vital* de las culturas. Ya Vico y antes de él Aben Jaldún lo habían sospechado.

b) Todos estos problemas serán objeto de más amplio desenvolvimiento en la última parte de este libro.

5. La filosofía de la historia.—Se llama así al conjunto de doc-

trinas que tratan de explicar la evolución histórica por medio de fórmulas generales. Las principales son:

El *providencialismo* de San Agustín, Paulo Orosio, Bossuet y Schlegel, que sostiene que la divina Providencia dirige los acontecimientos de la historia para el triunfo de la verdadera religión y con ella de la verdad, la justicia y el bien. San Agustín sostiene además la lucha de la *Ciudad de Dios* (los creyentes, los escogidos) contra la *Ciudad de Satanas* (los mundanos) que se opone pero que a pesar suyo contribuye al triunfo del bien. Bossuet habla de la misión histórica de los imperios, con arreglo al plan providencial. Schlegel añade la idea de los tres períodos.

El *racionalismo*, cuyo principal representante fué Voltaire, que establece juicios históricos tendenciosos, da exagerada importancia a causas accidentales (teoría del *azar* histórico) y a lo que se llama las *catástrofes*.

El *fatalismo* de Vico, que creó la teoría de los *ciclos* de progreso seguido de decadencia y acepta los tres períodos.

El *romanticismo*, cuyas principales teorías son la de la indestructibilidad de los caracteres espirituales de las razas y la acción del *genio* de los pueblos, y la concepción de la cultura de un pueblo como un todo orgánico (Herder) y de las *tendencias dominantes* de las épocas. Romántico fué también F. Schlegel.

El *idealismo* de los alemanes (Fichte, Schelling, Hegel) que explican la historia por el desenvolvimiento de las ideas. El sistema idealista más influyente fué el de Hegel, que sostiene que el Espíritu y su desenvolvimiento son los elementos esenciales de la historia, la cual no es más que el progreso en la conciencia de la libertad, que se realiza en tres períodos: el del despotismo, en que el espíritu está adormecido y no hay más que un hombre libre (el déspota), lo que se realiza en Oriente; el aristocrático en que el espíritu despierta y ya hay algunos hombres libres (los aristócratas) que se realiza en Grecia y Roma; y el de libertad en que el espíritu es consciente de sí mismo y todos son libres, lo que se realiza por la acción de los pueblos germánicos.

El *positivismo* de Augusto Comte, que encuentra en el desenvolvimiento individual y social, tres períodos: *teológico* o ficticio, en que se explican los fenómenos por causas finales y seres sobrenaturales; *metafísico* o abstracto, en que se explican por nociones abstractas; y *científico* o positivo en que se abandonan las nociones absolutas y se busca la ciencia en la observación y experimentación.

El *evolucionismo* de Herbert Spencer, que somete la evolución histórica a las leyes de la evolución biológica de la cual es una continuación. La evolución, para Spencer es el paso de la homogeneidad indefinida e incoherente a la heterogeneidad definida y coherente.

El *materialismo histórico* de Carlos Marx, que ya hemos

indicado. También hemos hablado de la *Antropogeografía* de Ratzel y de la *Morfología social* de Durkheim. De la escuela de Ratzel proviene León Froebenius, fundador de la *Morfología cultural* y cuya teoría de los *círculos de cultura* (*Kulturkreise*) tiene una gran importancia.

Oswald Spengler fundó la teoría de la previsión histórica fundada en el *sino* de las culturas. No hay una sola cultura humana, como pretende la teoría del progreso, sino varias culturas independientes que evolucionan aparte unas de otras. Una cultura es un conjunto coherente y cerrado de manifestaciones espirituales (religión, ciencia, arte, moral, derecho, etc.) que son el producto natural de un alma colectiva, y que se desarrolla dentro de un territorio determinado, cumpliendo un ciclo completo de crecimiento, virilidad, decadencia y muerte. Se llama propiamente *cultura* a la del período de crecimiento, y *civilización* al de decadencia. Civilización es la decadencia de una cultura. Nosotros nos hallamos en el período de decadencia de la cultura *occidental*, cultura cuyo ciclo vital comenzó hacia el año 1000. Esta notabilísima teoría tiene sus precedentes en Herder, los románticos, Vico, Ratzel y Froebenius.

a) Acerca de todas estas doctrinas se hablará en la última parte de este libro.

III

Divisiones de la historia

1. Criterios de división.— Toda ciencia se divide para su estudio en partes o secciones. Como la historia tiene un contenido tan amplio, se han hecho de ella muchas clases de divisiones. Expondremos aquí las principales, atendiendo a los cuatro aspectos en que puede ser considerada, que son la *materia*, la *forma*, la *extensión* y el *tiempo*.

2. División por la materia.— Por la materia, contenido o asunto de que trata (objeto) la historia se divide primeramente en *Sagrada* y *Profana*. La historia sagrada estudia al hombre en su relación con Dios, y se funda en fuentes reveladas por el mismo Dios, que son las *Escrituras* del Antiguo y del Nuevo Testamento. La historia profana estudia al hombre en relación con sus semejantes y se funda en fuentes puramente humanas. Una tercera: la histo-

ria *eclesialística* (historia de la Iglesia) participa del carácter de ambas: estudia como directriz la relación del hombre con Dios (religión); pero se funda principalmente en fuentes humanas.

a) Los que desarrollaron la Historia Sagrada fueron los *exegetas* y comentaristas de la Biblia. El Antiguo Testamento, en hebreo, contiene 44 libros: *Pentateuco*, de Moisés, que comprende el *Genesis*, *Exodo*, *Levítico*, *Numeros*, y *Deuteronomio*, el libro de *Josué*, el de los *Jueces*, el de *Ruth*, los cuatro de los *Reyes*, los dos de los *Judicialismos*, los dos de *Esdras*, el de *Tobías*, el de *Judith*, el de *Ester*, el de *Job*, los *Psalmos* de David, las *Parabolas*, el *Eclesiástico*, el *Cantar de los Cantares*, el de la *Sabiduría*, el *Eclesiástico*, los de los Profetas Mayores: *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel* y *Daniel*, los de los Profetas menores: *Oseas*, *Joaquín*, *Amós*, *Abdías*, *Jonás*, *Miqueas*, *Nahúm*, *Habacuc*, *Sophonías*, *Aggeo*, *Zacarías* y *Malchías*, y los dos libros de los *Macabeos*. Estos libros fueron traducidos en lengua griega, según se dice, en el siglo III a. J. C. por orden de Ptolomeo II Filadelfo rey de Egipto, siendo hecha la versión por setenta intérpretes enviados por el sumo sacerdote Eleazar, por lo cual es conocida con el nombre de *Versión de los LXX*.

El Nuevo Testamento, escrito casi todo él en griego (excepto el Evangelio de San Mateo, escrito primero en hebreo) contiene 27 libros: los cuatro *Evangelios* de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan; los *Hechos de los Apóstoles* de San Lucas; las catorce epístolas de San Pablo; a los *Romanos*, dos a los *Corintios*, a los *Galatas*, a los *Efesios*, a los *Filipenses*, a los *Colosenses*, dos a *Timoteo*, a *Tito*, a *Philemon*, y a los *Hebreos*; dos Epístolas de San Pedro, tres de San Juan, una de Santiago, una de San Judas y el *Apocalipsis* de San Juan.

La primera versión latina de toda la Biblia fué hecha por San Gerónimo y se llama la *Vulgata*. Traducciones españolas hay: la de Alfonso el Sabio, la de Alfonso V de Aragón, las catalanas de D. Bonifacio Ferrer y la de 1478; la llamada de Ferrara de 1558, la de Casiodoro de Respici de 1569 y la de Cipriano de Valera en 1602, ambas protestantes; la del judío portugués Menasse Ben Israel en 1639; la del Obispo Torres Amat y la del P. Seo de Miguel. Recientemente hay dos más en catalán la de Monerrat y la de la «Fundació Bíblica Catalana».

La historia eclesialística, en cierto modo continuación de la sagrada, fué cultivada en los primeros siglos de la Iglesia por San Gerónimo, Eusebio de Cesárea y otros, y renació después de la Reforma protestante con el Cardenal Baronio en sus *Anales*, Fleury, Le Nain de Tillemont, Matter y Potter. En España la cultivaron las P. P. Flores (*España Sagrada*), Risco, Vives, etc. En Portugal Fr. Bernardo de Brito, Contador de Argote y otros muchos.—En Galicia, Castella Ferrer, el P. Gándara, el P. Seguin, Muñoz de la Cueva; y sobre todo el ilustre López Ferrero en su *Historia de la Iglesia de Santiago*.

La historia profana—que es la que aquí estudiamos—puede dividirse en historia *general*, que estudia todas las manifestaciones de la actividad humana (todos los bienes culturales y el desarrollo social) a la vez y en conjunto, e historias *especiales*, que estudian una sola de ellas; así la historia *política*, *militar*, de la *Literatura*, del *Arte*, de la *Medicina*, del *Derecho*, de las *Religiones*, de la *Pedagogía*, etc., etc.

3. Historia política e historia de la civilización—Por su materia o contenido se suele dividir también la historia en *política* y de la *civilización* (entendiendo por civilización lo que nosotros llamamos cultura, aunque en sentido restringido). Historia política es la que se ocupa casi exclusivamente de la vida del Estado: de los reyes, de las guerras, revoluciones, etc. y fué llamada despreciativamente *historia-batalla*, por que daba preferencia a los hechos militares. La historia de la civilización es la que estudia la vida interior, social y cultural de las naciones. También se llama a la primera historia *externa* y a la segunda historia *interna*.

La separación entre ambas viene del abuso de la historia política, en la que se prescindía de las otras actividades culturales y sociales. Por oposición a esto, el alemán Guillermo Riehl separó completamente la una de la otra, cosa que no debe hacerse, pero que tuvo mucho éxito. No se pueden estudiar separadamente la vida política y la vida cultural, sino que se deben estudiar juntas.

2) Riehl se fundaba en la idea acertada de que lo principal es la *nación* y no el *Estado*. Pero es que la vida política y hasta las guerras las hacen las más de las veces las naciones. También será aclarado este punto en la última parte.

4. División por la extensión.—Por la extensión se divide la historia en *universal* que pretende abarcar el conjunto del género humano, y *particular*, que puede ser de una nación, de una raza, de un Estado, de una provincia, de una ciudad, de una familia, de un individuo, de un suceso particular. La historia de una familia se llama *genealógica* (o *genealogía*), la de un individuo *biografía*, la de un suceso especial *monografía*.

La historia universal se considera hoy generalmente como imposible. En efecto, Rickert observa con razón que una historia universal tiene que ser necesariamente *parcial*, es decir, hecha desde el punto de vista de una cultura determinada, cuyos valores se aceptan y a los que se da la preferencia, de modo que no puede ser lo mismo una historia universal hecha por un chino o un indio, que por un europeo. Y así no puede haber una historia universal que sirva para todos los hombres.

Sin embargo, hay quien insiste en ello, y así tenemos el poco afortunado intento de Wells, y la *Evolución de la Humanidad*, de la *Revista de Síntesis Histórica* de París, que en realidad, es una colección sistemática de historias particulares, que más bien prueban la variedad que la unidad del espíritu humano. Ambas parten del prejuicio del progreso, y de la unicidad de la cultura.

5. División por la forma.—En la forma de escribir la historia, podemos distinguir la *ordenación* y la *exposición*. Por la ordenación (la manera de ordenar los hechos) la historia puede seguir el orden *cronológico* o de fechas de los acontecimientos, el orden *etnográfico* que estudia separadamente cada pueblo o nación, el orden *sineróntico* que combina los dos anteriores, el orden *geográfico* que estudia separadamente los países, cualquiera que sean los diferentes pueblos que los hayan habitado, o el *retrospectivo* que se detiene en las épocas características para estudiar el estado social y cultural de aquel momento.

Las formas cronológicas varían mucho; hay las *Crónicas*

y *Cronicones*, las *Décadas* divididas en períodos de 10 años, los *Anales* escritos por años, las *Efemérides* o *Diarios* por días, etc.

Por la forma de exposición, podemos clasificar la historia en *narrativa*, *novelística*, *pragmática*, *erudita*, *filosófica*, etc., de que ya hemos hablado.

También varía la forma de las obras históricas según su destino: pueden ser escritas para los especialistas, para el gran público y para la enseñanza. Las primeras pueden ser de varias clases: *Colecciones de fuentes*, *discusiones críticas*, *tratados* que exponen la materia ampliamente, *manuales* que contienen en pocas páginas referencia de todo lo que hay sobre la materia, y *monografías* y *artículos* de revista.

Las dedicadas a la enseñanza, pueden ser de *texto* y de *lectura*, y en los grados superiores se emplean ya las obras especiales de *consulta*.

Todavía hay otras formas de escribir la historia, como las *Memorias*, *Cartas*, etc.

6. División cronológica.—La división más corriente de la historia con relación al tiempo es en *edades*, *épocas* y *períodos*. Llamamos edad a una serie de siglos durante los cuales los pueblos viven una vida parecida en carácter, leyes y costumbres. Las edades se dividen en épocas que son espacios de tiempo comprendidos entre dos acontecimientos importantes. Y las épocas se dividen en períodos.

Pero estas divisiones no han sido siempre las mismas. Las más conocidas son hechas con arreglo a la historia de los pueblos mediterráneos y europeos y no sirven más que para ellos. Diremos algunas de ellas:

La división en *Edades del Mundo* es muy antigua. En parte tiene un origen mitológico; efectivamente, en la India encontramos ya la noción de las cuatro grandes Edades o *Yugas*, en las cuales la primera fué de virtud y perfección (*Satya-Yuga*) y en las sucesivas, los hombres se fueron apartando de la pureza primitiva y cayendo en la miseria y el pecado, hasta llegar a nuestra cuarta edad, llamada *negra* o *de la oscuridad* (*Kali-Yuga*), que los budhistas llaman también *de la obcecación rematada*, en la cual no se ve reinar más que el egoísmo, la codicia, la guerra, y la opresión del débil por el fuerte.

Exactamente igual viene a ser la noción de las cuatro edades de los griegos, expuesta entre otros por Hesfodo y Ovidio. Las cuatro edades son: la de *Oro*, en que reinaba Saturno (*Kronos*), y los hombres eran justos y felices, conviviendo con los dioses en la tierra; la de *Plata*, en que aparece la violencia con la insurrección de Júpiter (*Zeus*) contra Saturno; la de *Cobre*, en que los dioses, asustados de la maldad creciente de los hombres, aban-

donaron la tierra, quedando solo en ella Astrea, la diosa de la Justicia; y la de *Hierro*, que es la actual, en la cual tales fueron las abominaciones y los vicios, que la Justicia abandonó también la tierra.

a) Esta noción premitista de los antiguos, de una creciente perversión humana, fue corregida desde el Renacimiento, en que se empezó a adoptar la doctrina opuesta, o sea del progreso o mejoramiento creciente de la vida humana, tan mitica como la otra.

Los primeros historiadores cristianos, fundándose en la Sagrada Escritura, adoptaron también una división en Edades del Mundo; pero mucho más ajustada a los hechos. Hay varias de estas divisiones, pero la más admitida es la siguiente:

Primera Edad: desde Adán hasta Noé (Diluvio), duró 1657 años.

Segunda Edad: desde Noé hasta Abraham, 426 años.

Tercera Edad: desde Abraham hasta Moisés (salida de Egipto), 430 años.

Cuarta Edad: desde Moisés hasta Salomón (construcción del Templo), 487 años.

Quinta Edad: desde Salomón hasta la destrucción del Templo y cautividad de Babilonia, 468 años.

Sexta Edad: desde la destrucción del Templo hasta Jesucristo, 532 años.

Séptima Edad: desde el Nacimiento de Cristo hasta el Fin del Mundo.

Esta división ha sido variada también, para acomodarla a la historia profana, en la forma siguiente o parecida:

Primera Edad: desde la Creación hasta la Torre de Babel (4004-2247 a. J. C.)

Segunda: desde la Torre de Babel hasta Ciro (2247-560 a. J. C.)

Tercera: desde Ciro hasta Alejandro Magno (560-336 a. J. C.)

Cuarta: desde Alejandro hasta Augusto (336-30 a. J. C.)

Quinta: desde Augusto a la caída del Imperio (30 a. J. C.-476 d. J. C.)

Y luego de un modo variable para las épocas siguientes.

b) Estas divisiones, como aun la que se usa comunmente hoy, tratan de establecer épocas para la Historia Universal, queriendo ver una unidad en la historia. Pero el desenvolvimiento humano no se deja reducir a la unidad.

También se nota en muchos historiadores cristianos anticipaciones de la idea del progreso (como lo es sin duda, en el orden religioso y moral, y aun en su acción cultural el cristianismo); pero la concepción cristiana más verdadera es la de San Agustín, que ve la historia, no como un progreso, sino como una lucha entre el bien y el mal. El cristianismo no es precisamente una escuela de reforma social, como quisieron verlo muchos, sino de perfeccionamiento interior.

Otros escritores cristianos siguieron en la historia profana

la división de las *Cuatro grandes Monarquías*, que son las de los *Asirios, Persas, Macedonios y Romanos*, la cual se funda en la Profecía de Daniel,

c) Daniel vió salir del mar cuatro horribles y espantosos monstruos que representan aquellas cuatro Monarquías, tremendas encarnaciones del *Cesarismo*, suscitado por Dios para azote de los pueblos, que pagan muchas veces sus vicios con la pérdida de la libertad, cayendo en poder de tiranos o reyes extranjeros. A esto es a lo que se refiere el Profeta, que en las imágenes del Sueño de Nabucodonosor, simboliza también el frágil edificio de los grandes imperios que asombran al mundo.

El prestigio del Imperio Romano y de su restauración por Carlomagno, y la serie de los Romanos Pontífices, influyeron también en las divisiones de la historia.

Los autores cristianos emplearon también la concepción de dos Edades: la *Antigua*, anterior a Jesucristo y la *Moderna* desde Jesucristo, división que para la historia de Occidente tiene fundamento, y fué siendo muy aceptada.

Por fin, en 1667, el alemán Jorge Horn, profesor en la Universidad holandesa de Leyden, inventó la expresión *Edad Media* y con ello aparece la división de las tres Edades *Antigua, Media y Moderna*, que tuvo tan enorme éxito, que aún hoy es la universalmente empleada en Occidente. Influyó además poderosamente en la filosofía de la historia, la cual, admitiendo sin crítica previa esta división, trató de explicar la significación de las tres edades y su sucesión, sin preguntar primero si se podían admitir esas tres edades.

d) Spengler da como idea original de las tres edades la concepción mística popularizada por Joaquín de Floris, benedictino del siglo XII, según el cual cada una de las Personas de la Santísima Trinidad, habría de presidir una edad de la historia: los tiempos anteriores a Jesucristo serían la Edad del Padre (Creación, Ley Natural, Viejo Testamento); con Jesucristo comenzaría la Edad del Hijo (Redención, Ley de Gracia, Nuevo Testamento) y tras él vendría la Edad del Espíritu Santo (Santificación, Ley de Gloria, Catolicismo).—No cabe duda que esta concepción pudo influir, consciente o inconscientemente en la de los tres periodos, que hemos estudiado en el cap. anterior (párrafo 4.) y en la división de la historia en tres edades.

Después, teniendo en cuenta los cambios políticos y sociales traídos por la Revolución francesa, se empezó a hablar de una *Edad Contemporánea*, cuyo solo nombre envuelve el absurdo de una contradicción. Por fin, los descubrimientos prehistóricos, hicieron que se colocara antes de la Edad Antigua, una *Edad Primitiva* o *Prehistórica*. Así quedó completo el cuadro de las divisiones cronológicas de la historia en la forma que hoy es comúnmente empleado y es como sigue:

1.^a *Edad primitiva* o *prehistórica*, que comprende desde la aparición del hombre hasta la aparición del testimonio humano escrito. Se subdivide, fundándose en los materiales empleados por la

industria humana, en *Edad de la Piedra y Edad de los Metales*. La primera comprende a su vez la edad *paleolítica* (dividida en *inferior y superior*), la *epipaleolítica y mesolítica* y la *neolítica* y la segunda las edades *eneolítica* o del *Cobre*, del *Bronce* y del *Hierro*.

e) En lo referente a Europa estas edades se dividen en períodos, que son: el *paleolítico inferior*, en *precheteuse, Chelense, y Musteriense*; el *superior*, en *Aurillacense, Solutrense y Magdaleniense*; el *epipaleolítico*, en *asiliense y tarde-neolítico*, *asuriense y magdaleniense*; el *mesolítico*, en *Camptiense* y de los *Kjuckkenoeddungen*; del neolítico no hay divisiones seguras; tampoco del eneolítico; el del Bronce se divide en cuatro períodos señalados con un número, y el del Hierro, en período de *Hallstatt* y período de *La Tène*. Todas estas divisiones se hallan hoy en crisis, pues muchos de estos períodos no son sucesivos, sino simultáneos.

Algunos distinguen una edad *prehistórica* de la que no quedan más que restos y una edad *protohistórica*, de la que quedan tradiciones fabulosas. La segunda viene a corresponder a las edades del metal.

2.^a *Edad Antigua*, que comienza cuando aparece el testimonio escrito y termina con la caída del Imperio Romano de Occidente, el año 476. Las subdivisiones varían. Durante algún tiempo, por un prejuicio filosófico que proviene de la escuela de Hegel, la dividieron en tres ciclos: *Oriente, Grecia y Roma*. Hoy está deshechada esta división.

3.^a *Edad Media*, que comienza con la caída del Imperio Romano de Occidente, en el año 476 y termina con la caída del Imperio Romano de Oriente (toma de Constantinopla por los turcos) el año 1453. También varían las subdivisiones; pero es muy aceptada la que marca cuatro épocas: 1.^a los *Reinos bárbaros*, del siglo V al VIII; 2.^a El *feudalismo* y los *drabes*, del VIII al XI; 3.^a Las *Cruzadas* y los *Municipios*, del XI al XIV, y 4.^a Las *universidades* y los *descubrimientos*, del XIV al XVI. Tampoco coinciden los límites: algunos la hacen empezar con la invasión de los bárbaros en el año 405, y terminar con el descubrimiento de América en 1492, o con la invención de la imprenta en 1440 o 1457. Otros señalan un *primer Renacimiento* en el siglo XII (otros aún uno anterior en tiempo de Carlomagno, siglo VIII) y el *pleno Renacimiento* en el XV.

4.^a *Edad Moderna*, que comienza con la caída del Imperio Romano de Oriente en 1453 y termina con la Revolución francesa en 1789. La suelen dividir de muy diversas maneras; unos hacen un período anterior y otro posterior a la paz de Westfalia, en 1648 (que puso fin a la guerra religiosa alemana llamada de los Treinta Años, y caracterizan el primero por la revolución religiosa de Lutero (*protestantismo*). Otros hacen dos períodos: uno de constitución de las nacionalidades (en realidad, de los *Estados modernos*, que comprende el siglo XVI y la primera mitad del XVII; y otro del *absolutismo* (y la *filosofía*), desde mediados del XVII a fines del XVIII.

5.^a *Edad Contemporánea*, que comienza con la Revolución francesa en 1789 y llega hasta nuestros días. Ya se empieza a querer dividirla en dos períodos: uno hasta la *gran guerra* de 1914-1918 y otro desde la guerra acá.

7. Crítica de esta división.—Bien se vé por la falta de unanimidad en los puntos de partida de las Edades y en la subdivisión en períodos, que estas divisiones no son *objetivas*, esto es fundadas puramente en los hechos sino *subjetivas*, o sea fundadas en los puntos de vista o en los prejuicios de las distintas épocas y de las distintas escuelas.

Pero aún admitiéndolas como válidas, solo serían aplicables a la historia de lo que pudiéramos llamar mundo occidental, esto es: Europa y cuenca del Mediterráneo, aunque no con entera verdad en toda esta área geográfica. De ninguna manera lo son a los pueblos del Asia, que siguieron distinta evolución, y no de un modo uniforme, sino en ciclos independientes; y tampoco a los pueblos del Africa y de América; a estos, estirando un poco las cosas, pudiera aplicárseles desde la colonización europea. Resulta por lo tanto absurdo hacer como suele hacerse, de la historia antigua de Oriente una especie de capítulo preliminar de la historia de Europa, de la que no es de ningún modo precedente necesario, prescindiendo después del resto de la historia de aquellos pueblos.

Y en cuanto a los pueblos de lo que hemos llamado mundo occidental, supone también una continuidad entre la cultura clásica (greco-romana) y la cultura moderna (germano-cristiana) que hoy es puesta en duda por muchos, aunque otros la sostengan por apego a las ideas recibidas, pero que no por eso es evidente. De aquí que se critique, por ejemplo el nombre de *Edad Media*, que envuelve un concepto de tránsito, como si a aquellos siglos se les negara individualidad e invención.

Por estas y otras razones (que se verán en la última parte de este libro) es hoy muy combatida esta división de la historia, desde distintos puntos de vista, como que solamente la rutina la hace prevalecer.

a) Spengler hace de ella una crítica admirable, y le opone otra, respecto al mundo occidental, fundada en su concepción de la historia. Separa en primer lugar la cultura clásica (que él llama *antigua* o *apolónica*) de la moderna (que él llama *occidental* o *fánstica*) y que dice comienza hacia el año 1100 de J. C. e intercala entre ambas una tercera: la *árabe* o *mágica*—uno de los puntos más dudosos de la teoría de Spengler.—Luego divide la cultura occidental en las cuatro épocas de cada cultura: *infancia* o *primavera*, *juventud* o *estío*, *virilidad* u *otoño* y *vejez* o *invierno*, y las caracteriza entre otras cosas por las manifestaciones artísticas: época del gótico, época del barroco, época del rococó, etc.—El mismo camino viene a seguir la *morfología cultural* de Pröbenius, que se funda en los estudios etnológicos.

Primera Parte

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

IV

Las Fuentes de la Historia

1. La Metodología histórica y su división.—Se llama en general *metodología* al estudio o tratado del método. La *metodología* general es una parte de la lógica. *Método* significa camino, y en lógica se define el método en general: camino que sigue el pensamiento humano para llegar a la adquisición de la verdad científica. La *metodología* se ocupa, pues, de dirigir el trabajo científico. Ahora bien, en el trabajo científico hay dos etapas: 1.ª la adquisición de conocimientos (*investigación*) y 2.ª su exposición y *transmisión* a los demás. Ambas requieren métodos distintos. También las diversas ciencias emplean diferentes métodos, y singularmente se diferencian los de las ciencias naturales de los de las ciencias históricas. La historia tiene sus métodos propios.

Según esto, dividiremos la Metodología histórica en dos secciones: *metodología de la investigación* y *metodología de la enseñanza*. La primera pertenece, en sus fundamentos, a la lógica; la segunda más bien a una parte de la pedagogía: la *didáctica*.

2. La Metodología de la investigación.—La investigación histórica requiere una serie de operaciones que podemos dividir en *operaciones analíticas* y *operaciones sintéticas*.

Las operaciones analíticas preparan el material histórico (los hechos) y las operaciones sintéticas los ordenan y relacionan.

Las operaciones analíticas son dos: la *heurística* y la *crítica*. La *heurística* consiste en buscar y reunir las fuentes. La *crítica* en averiguar la verdad contenida en ellas.

La *crítica* es de dos clases: *externa* e *interna*. La *crítica* externa, llamada también de erudición, averigua la autenticidad o falsedad de las fuentes; si son auténticas o si son apócrifas o

falsas, si son o no del autor y de la época a que se atribuyen, si están íntegras, mutiladas o interpoladas.

La crítica interna, llamada también de *sinceridad* y *exactitud* averigua si las fuentes, aun siendo auténticas e íntegras, dicen o no la verdad; si el autor de la fuente pudo conocer los hechos que refiere, y si conociéndolos, quiso o no desfigurarlos.

Las operaciones sintéticas son la *ordenación* de los hechos, o composición histórica, y la *exposición* que es la parte artística de la historia,

3. La heurística —La heurística o recolección de fuentes necesita el conocimiento de estas, de sus colecciones y de la bibliografía histórica.

El orden que se ha de seguir es el siguiente: elegido el asunto, es necesario: 1.º Conocer y agotar todo lo que haya escrito sobre el asunto (*fuentes indirectas*), para darse cuenta del *estado de la cuestión*; para esto es necesario conocer la *bibliografía*. — 2.º Acudir a las *fuentes directas*, primero a las publicadas en ediciones críticas, y luego: 3.º a las fuentes no publicadas.

Los datos en toda clase de fuentes se toman en *papeletas* (papeles sueltos de tamaño igual, que se pueden intercalar y ordenar como se quiera) y que sustituyen a los antiguos *cuadernos* de notas, donde estas tienen que estar desordenadas. Cada papeleta contiene un solo hecho o un solo aspecto del hecho, con referencia exacta a la fuente de donde ha sido tomada.

a) La referencia de la fuente se hace indicando si es libro, el autor, título y pie de imprenta (fecha y lugar de la publicación), edición y página donde se encuentra la referencia. Si es un documento de un archivo, su asunto, expedidor o suscriptores, fecha, lugar, y el lugar en que se encuentra, con las signaturas que le correspondan. Las fuentes monumentales cuando se refiere uno a ellas por primera vez, requieren la reproducción fotográfica.

4. Las fuentes de la historia. —Se llaman *fuentes de la historia* aquellos medios por los cuales llegan a nuestro conocimiento los hechos históricos. Estos medios son las huellas más o menos lejanas, más o menos directas de los hechos mismos. Hecho que no ha dejado huellas es para nosotros, como si no existiera, como si no hubiera ocurrido, pues no puede llegar a nuestro conocimiento.

Estas huellas pueden ser de dos clases principales: los hechos pueden dejar señales materiales, y pueden dejar huella también en la memoria de los hombres. De aquí parte ya una división de las fuentes de la historia.

a) Ejemplos de lo dicho son: *huella material*: el hecho histórico de la construcción de la catedral de Lugo dejó una huella material, palpable: la misma catedral de Lugo. *Huella psicológica*: de la vida y doctrinas de Prisciliano (antes del descubrimiento de sus escritos) no sabemos más que lo que decían los historiadores de aquel tiempo o próximos, que oyeron hablar de aquello, lo recordaban y lo escribieron en sus libros.

5. División de las fuentes.—Se han hecho varias divisiones de las fuentes de la historia: Langlois y Seignobos las dividen, según lo dicho arriba en *vestigios materiales y documentos* que contienen huellas psicológicas. También se llama a los primeros *monumentos* y a los segundos *documentos*.

Bernheim y la mayoría de los autores alemanes las dividen en *restos y tradiciones*. Restos son todas aquellas cosas dejadas por los antiguos sin intención histórica, es decir, sin intención de que sus hechos llegaran a nuestro conocimiento; tradiciones son las dejadas con ánimo de que sus hechos fueran conocidos por la posteridad. Los restos se dividen en: *vestigios del hecho* (restos humanos, utensilios, trajes, cartas, etc) y *conmemorativos* (inscripciones, monumentos y documentos). La tradición se divide en *figurada, verbal y escrita*.

También las dividen en *tradicionales* que son las que llegan a nosotros por tradición oral; *monumentales*, que comprenden todos los objetos antiguos; y *escritas* que comprenden los libros y documentos.

Adoptaremos esta por su valor puramente práctico. Ahora bien estas tres clases de fuentes se dividen en varios grupos: las *tradicionales* en *tradicionales* propiamente dichas que comprenden narraciones orales, leyendas, anécdotas, cantares, proverbios, etc.; *lenguaje* que son las lenguas, frases, expresiones, palabras, etc; y *supersticiones* que comprenden las creencias, supersticiones, usos y costumbres.

Las *monumentales*, que también podemos llamar *restos figurados* son de dos clases principales: *restos humanos*: huesos, esqueletos, momias, y *restos arqueológicos*: edificios, estatuas, pinturas, objetos, trajes, armas, muebles, utensilios, etc.

Las fuentes *escritas* comprenden dos secciones: *libros y documentos*, que son los contratos, cartas, escrituras oficiales y papeles de todas clases. Los libros se pueden distinguir los que tratan de historia y los que tratan de otras materias: literatura, ciencia, filosofía, etc.

Las fuentes se llaman *inmediatas, originales y también directas* cuando nos ponen en contacto con el hecho mismo y *mediatas o secundarias* y también *indirectas* cuando están hechas utilizando las fuentes inmediatas. Otros llaman *directas* a las que tratan a propósito materia histórica o son productos históricos antiguos, e *indirectas* a las que sirven accidentalmente para sacar de ellas datos históricos.

6. Valor relativo de las fuentes.—Las fuentes contienen lo que se llama el *testimonio* histórico, es decir que atestiguan la verdad de los hechos; pero no todas tienen el mismo valor probatorio.

Las *tradiciones* están sujetas a muchas alteraciones y simplificaciones, por lo cual los *hipercríticos* (como Masden y Feijóo)

le negaron valor histórico; pero muchas veces concuerdan con otras fuentes, y en ningún caso pueden ser deshechadas. Tampoco se pueden rechazar en absoluto las *leyendas* las cuales unas veces tienen un fondo de verdad histórica (*leyendas fundadas*) y otras no (*leyendas infundadas*). La *depuración* de tradiciones y leyendas es asunto de la crítica histórica.

El *lenguaje* tiene una gran importancia como fuente histórica, como instrumento de crítica de documentos y como supervivencia, igual que las creencias, usos y costumbres, de las cuales puede decirse lo que de las tradiciones.

Las obras o *libros históricos*, tratándose de los de primera mano, tienen más valor los de los que han sido testigos de los hechos y no han tomado parte en ellos, y luego los más próximos a los hechos. De los posteriores, los que han podido disponer de mejores fuentes. Los *documentos* son las fuentes históricas de mayor valor; haciendo por lo general prueba plena.

Los *restos*, siendo auténticos, prueban plenamente en lo que les atañe, aunque su valor es más circunscrito y limitado.

7. Las colecciones de fuentes.—Las fuentes originales se encuentran por lo general formando colecciones que se llaman *Archivos, Bibliotecas y Museos*.

Se llama *Archivo* una colección de documentos y el lugar en donde se guardan. En todo tiempo se han guardado los documentos por su utilidad práctica inmediata (jurídica); pero modernamente se han creado en los países cultos, *archivos históricos*, donde se guardan documentos antiguos que ya no tienen una utilidad inmediata y que pueden ser consultados por los investigadores. Los archivos pueden dividirse en *generales* y *especiales*; los generales en *nacionales* (o del Estado), *regionales* y *locales*, y los especiales en *eclesiásticos, notariales, judiciales* etc. y *particulares*.

Los principales archivos son: el del *Vaticano*, los *Nacionales* de París, los del *Museo Real* de Berlín, *Munich, Bamberg, Viena, Insbruck* y el del *Museo Británico* en Londres.

Archivos españoles: *Nacionales* son los siguientes: *Archivo Histórico Nacional*, instalado en Madrid, en el Palacio de Bibliotecas y Museos. Contiene documentos desde el siglo IX.

a) Las secciones principales son: *Ordenes monásticas, Ordenes militares, Estado, Juris, Universidades y Colegios, Consejos suprintidos, Consejo de la Inquisición, Códices y Cartularios, Ministerio de Ultramar, Sigilografía y Diversos.*

Archivo Nacional Central instalado en el palacio episcopal de Alcalá de Henares. Contiene documentos desde el siglo XV.

b) Sus documentos principales son de la Inquisición, Tribunal de Cuentas y Ministerios. Los principales fondos son de los siglos XVII y XVIII.

Archivo de Simancas, fundado por Carlos V en el castillo de aquel nombre, cerca de Valladolid. Comprende documentos desde los Reyes Católicos.

c) Se llamó primero *Archivo de escrituras reales*. Tiene dos secciones históricas: *documentos politico-legales* y *documentos administrativos*. Tiene 52 salas con 61, 505 legajos y 5,196 volúmenes de documentos encuadernados. Napoleón llevó algunos.

Archivo de Indias formado por Carlos III en la Lonja de Sevilla.

Entre los *regionales* son notables: *el de la Corona de Aragón*, en Barcelona, que se remonta al siglo IX y es muy rico; *el del reino de Valencia*, *el de Comptos*, de Pamplona, el de *Mallorca*, los de *Vizcaya*, *Guzmáncoa* y *Alava*, y el del *Reino de Galicia* en La Coruña.

Entre los *especiales*, el de la *Chancillería de Valladolid*, los de las *Universidades*, *Catedrales* y *Notariales*, y entre los particulares los de la *Casa Real* casas de *Alba*, *Villahermosa*, *Medinaceli* y *Osuna*.

Archivos de Galicia.—El Archivo general del Reino de Galicia fué despojado de la mayor parte de los documentos medioevales. Contiene más de 400.000 pleitos de la Real Audiencia de Galicia, fundada por los Reyes Católicos. La Junta del Reino hizo construir en Betanzos un edificio apropósito para el Archivo de Galicia; pero no llegó a ser instalado en él. Está depositado en muy malas condiciones, en los sótanos de la Audiencia territorial de La Coruña.

Otros Archivos importantes son el de la Universidad de Santiago, el Arzobispal, los municipales de varias poblaciones (Santiago, Orense, Coruña, etc.), los de las Catedrales y los parroquiales y notariales. Los archivos gallegos fueron investigados principalmente por Murguía, López Ferreiro, Martínez Salazar, Pérez Constanti, Castro y Martínez Sueiro, que han publicado muchos documentos.

Las colecciones de libros se llaman *bibliotecas*. En la Antigüedad fueron famosas las bibliotecas de Alejandría y de Pérgamo. En Oriente la de Asurbanipal rey de Asiria en Khorsabal. En Egipto la de Osymandias. En la China y la India hubo y hay aún notables bibliotecas.

d) La biblioteca de Alejandría fué fundada por el rey Tolomeo Soter, en 331 a. J. C. y llegó a tener 700.000 volúmenes. Fue incendiada dos veces: primero por los soldados de Julio César, y después en 641 por Amru, general del califa Omar. La de Pérgamo fué fundada por

METODOLOGÍA DE LA HISTORIA

Ramones II hacia 198 a. J. C. De la de Ozymandas en Tebas da noticia Diodoro Sicuto. En Roma hubo una pública desde 18 a. J. C. en el monte Aventino, y otra fundada por Augusto. También Constantino reunió otra en Constantinopla. Entre las privadas son famosas las de Luculo, Paulo Rómulo, etc.

Las principales bibliotecas europeas son: la del *Vaticano*, *Nacional de París*, *Dresde y Leipzig* en Alemania, *Museo Británico* y *Universidad de Oxford* en Inglaterra, *Bruselas*, Universidades de *Praga* en Bohemia y *Upsal* en Suecia, monasterios de *San Gall* en Suiza y *Monte Athos*.

e) En la biblioteca Vaticana se encuentra el códice del famoso *Cancionero gallego-portugués* que lleva aquel nombre.—En Oriente hay muy notables bibliotecas custodiadas por lo general por comunidades religiosas, como los monjes budhistas de Ceylan, los lamas del Tíbet, los monjes cristianos del Asia Menor, Patmos, Palestina, etc. y sectas especiales, como los drusos, samaritanos, mandeos, etc.

Las principales bibliotecas españolas son: la *Nacional* de Madrid, la de la *Casa Real*, la de la *Academia de la Historia*, la del *Escorial* fundada por Felipe II rica en manuscritos árabes, la *Colombina* de Sevilla, la de la *Universidad* de Barcelona y la del *Institut de Estudis Catalans*.

Las principales bibliotecas de Galicia son la de la *Universidad Compostelana* que tiene dos secciones notables: la *Biblioteca Lago* y la *Biblioteca América*; la de la *Real Academia Gallega* y la del *Consulado* en La Coruña, y la *provincial de Orense* totalmente destruída por un incendio el 8 de Diciembre de 1927. También merece mención la de la *Catedral Compostelana*.

Los *museos* son las colecciones de fuentes monumentales. Son de varias clases y podemos distinguir dos: *arqueológicos* y de *arte*. Ambas clases interesan al investigador histórico. La formación de museos data en Europa del Renacimiento.

Los principales museos europeos son: el *Británico* de Londres, el del *Louvre* en París, los de *Berlin*, *Dresde* y *Munich* en Alemania, el de *Amberes* en Bélgica, del *Vaticano*, *Florenzia* y *Nápoles* en Italia, el *Etnográfico de Praga* en Bohemia, etc.

En España el principal es el de pinturas del *Prado*, el *Arqueológico*, el de *Armería* y la *Armería Real* en Madrid, los de *Vich* y *Tarragona* en Cataluña los de *Sevilla* y *Valencia*, y otros.

En Galicia hay los *Arqueológicos* de Orense y Pontevedra, el de la *Sociedad Económica*, el del *Seminario Conciliar* y el del *Colegio de Misiones*, en Santiago, el de la *Sociedad Pro-Monte* en La Guardia, y la colección particular *Blanco-Cicerón* en Santiago.

En Portugal el *Arqueológico do Carmo*, el *Etnológico de Belem* y el de *Arte Antiga* en Lisboa, *Municipal* de Oporto, de la *Sociedade Martins Sarmiento* en Guimarães, etc.

8. Las ciencias auxiliares de la historia.—Para la interpretación y crítica de las fuentes y para la ordenación y seriación de los hechos, el investigador tiene que poseer ciertos conocimientos especiales, que se llaman *instrumentales* o *ciencias auxiliares de la historia*.

Esto nos indica ya dos clases principales de ciencias auxiliares por su aplicación: unas que se aplican principalmente a la interpretación y crítica de las fuentes (investigación analítica) y otras que se aplican más bien a la ordenación y seriación de los hechos (síntesis histórica); cuyas dos clases nos servirán para una clasificación de estas ciencias.

En realidad, casi todas ellas concurren en algo a todas las operaciones históricas, pero las clasificaremos por su aplicación *principal*.

Como ciencias auxiliares de la *heurística*, tenemos la *Bibliografía histórica*, el estudio de la *historiografía* y la *técnica* de los Archivos, Bibliotecas y Museos.

Para el estudio de las fuentes tradicionales y las supervivencias, tenemos el *folk-lore*. Para el estudio del lenguaje, la *Filología* y la *Lingüística*.

Para el estudio de los restos humanos, la *Antropología*; para el de las fuentes monumentales, la *Arqueología* y sus derivadas; la *Epigrafía*, la *Numismática*, la *Heráldica*, la *Iconografía*, la *Simbología*, la *Indumentaria*, la *Gliptica*, etc.

Los documentos son objeto del estudio de la *Diplomática* y la *Paleografía*, con las que se relaciona la *bibliología*, y la *Sigilografía*.

La Prehistoria tiene ciencias auxiliares especiales, que son la *Geología* y la *Paleontología* principalmente.

Las ciencias auxiliares de la crítica histórica son principalmente la *lógica* y la *psicología*.

Las de la síntesis histórica son la *Geografía*, la *Cronología*, la *Etnología* y la *Sociología*.

a) Durante mucho tiempo fué corriente en los libros, especialmente en los de texto, decir que las ciencias auxiliares de la historia eran la Geografía y la Cronología, a las que llamo Bacon los *ojos de la historia*. De las diferentes aplicaciones de cada una de las ciencias auxiliares hablaremos en los capítulos sucesivos. Conviene advertir que el decir que son ciencias *auxiliares* de la historia no quiere decir que no sean ciencias independientes, con su objeto propio y su particular utilidad e importancia fuera de su aplicación a la historia.

Ciencias auxiliares de la heurística

1. La Bibliografía histórica — Es el estudio de las publicaciones históricas, necesario para orientarse entre el sinnúmero de libros y revistas que salen a luz, y saber en cuales se pueden encontrar las noticias que se buscan. Para esto sirven los *Indices*, *Catálogos* y *Repertorios bibliográficos*, que son listas de los libros y artículos que se publican, agrupados y clasificados por materias, por fechas o por autores.

La bibliografía histórica puede dividirse en *Bibliografía general*, *Bibliografías particulares* y *Bibliografías de bibliografías*. Unos autores aconsejan acudir primero a las particulares, otros a las generales.

Como obra general de bibliografía, puede recomendarse el *Manual* de Langlois (*Manuel de bibliographie historique*). Donde más se cultiva la bibliografía es en Alemania. Sobre la Edad Antigua los *Repertorios* de Hübner, Valmagggi y Mayor; sobre la Edad Media, las obras de Ebert (*Allgemeine Geschichte der Literatur des Mittelalters im Abendlande*, 1874-87) Potthast (*Bibliotheca historica medii evi*, Berlín, 1862) y Chevalier (*Repertoire des sources historiques du moyen-âge*, París, 1877) y numerosas revistas (*Historische Zeitschrift*, *Historisches Jahrbuch*, *Revue historique*, *Revue de Synthèse historique*, *Studi storici*, etc.) Obra famosa es la de Brunet *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, con noticia de 32.000 obras.

En España hay la obra de Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispana*, dividida en dos partes: la *vetus* que comprende libros escritos hasta el año 1500 y la *nova*, de 1500 a 1684. Es un diccionario bio-bibliográfico. Después la de Bartolomé José Gallardo: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (que fué continuada después por Zarco del Valle y Sancho Rayon) y la de Muñoz Romero: *Diccionario histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas y santuarios de España*, Madrid, 1858. Sobre la imprenta en España, *Tipografía española*, de Francisco Méndez. Publicaciones periódicas, las de la *Hispanic Society of America*, y las Revistas de *Archivos* y de *Filología española*.

En Galicia, la obra bibliográfica más completa es la de Villamil y Castro, *Ensayo de un Catálogo Sistemático y Crítico de algunos libros, folletos y papeles así impresos como manuscritos*.

que tratan de Galicia», Madrid, 1875. Hay luego varias bibliografías, como la que publica Carré Aldao como apéndice de su *Historia de la literatura Gallega*. El Seminario de Estudios Gallegos tiene más de 8.000 papeletas bibliográficas. Una *Bibliografía da Prehistoria Galega* fué publicada por Cuevillas y Bouza Brey.

2. Las colecciones de fuentes.—Las fuentes originales se publican en colecciones que pueden ser de tres clases principales: *colecciones de documentos, ediciones críticas de fuentes narrativas y catálogos de museos.*

Las colecciones de documentos pueden ser de dos tipos, que se suelen llamar *Corpus* y *Regestas*. Se llama *corpus* una colección en que los documentos están insertados literalmente, y *regesta* cuando están extractados o reseñados. Hay muchas colecciones de estas clases: Brugsch publicó las *inscripciones egipcias*; Lenormant, *textos cuneiformes*, Panther los *libros sagrados de Oriente*; son notables también los *Corpus inscriptionum hebraicarum* y *Corpus inscriptionum semiticarum*. La Academia de Ciencias de Berlín publicó otros dos *Corpus* de inscripciones griegas (*Graecarum*) y latinas (*Latinarum*) en que trabajó Hübner.

En España publicó muchas fuentes inéditas el P. Flórez en la *España sagrada*; la Academia de la Historia en sus *Memorias*, las Obras jurídicas de Alfonso X, las Crónicas de Enrique IV, el *Memorial histórico español*, *Opúsculos legales del Rey D. Alfonso el Sabio*, *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, la *Colección de documentos inéditos*, etc.; la Academia de la Lengua el Fuero Juzgo y el de Avilés, y se han publicado también *Bularios* de las Ordenes militares y otras colecciones.

En Galicia, la más importante es la *Colección diplomática* de la revista *Galicia histórica* de López Ferreiro, luego las que publican los boletines de la Academia Gallega y de la Comisión de Monumentos de Orense (procedentes estos del Archivo Catedral de la ciudad), los publicados en la revista *Galicia diplomática* de Bernardo Barreiro de V. V., los *documentos gallegos de los siglos XIII al XVI* de Martínez Salazar, y otros dispersos en diferentes obras.

En Portugal los *Portugaliae monumente historiae* fueron comenzados por el gran historiador Alexandre Herculano. También se publicaron los *Documentos para a historia das cortes geraes*, *Crónicas* medio-evaes, documentos de varios archivos, etc.

Las ediciones críticas que más abundan son las de los clásicos griegos y latinos, que empezaron a hacerse en el Renacimiento. Las colecciones más famosas son la alemana de Teubner (*Teubneriana*) y la francesa de Didot. Respecto a los historiadores y geógrafos clásicos que se ocupan de España, comenzaron a publicar en Barcelona Schulten y Bosch Gimpera las *Fontes Hispaniae Antiquae*. De escritores españoles antiguos hay varias ediciones

críticas. De escritores gallegos antiguos, hay ediciones críticas de las *Cantigas* de Alfonso el sabio (por la Academia Española, 1889) de los *Cancioneros*, hechas en Portugal, y en el extranjero, de la *Crónica Troyda*, por Martínez Salazar en La Coruña, de la versión gallega del *Códice Calixtino* por López Aydillo en Madrid, etcétera. También están publicadas varias fuentes latinas, como la *Historia Compostelana*, y otras, y en castellano, como el *Nobiliario* o *Relación de algunas casas y linajes del Reino de Galicia* de Vasco de Aponte, etc.

3. La historiografía.—Se llama así al conjunto de las obras de los historiadores referentes a una época, a un país o a toda la historia. Hacer una reseña de la historiografía equivale a hacer una *historia de la historia*. Indicaremos lo principal.

En las enumeraciones historiográficas, se suele prescindir de los pueblos de Oriente. Se alega a veces que en Oriente no hay verdadera historia; efectivamente, en muchos pueblos la historia está ligada a las tradiciones religiosas y a la poesía heroica; así, en la India, las fuentes principales son los *Vedas*, los *Puranas* y las dos grandes epopeyas llamadas *Ramayana* y *Mahabharata*. Sin embargo, hay obras de carácter verdaderamente histórico, como el *Mahavamsa*, que se refiere principalmente al buddhismo en Ceylán. El Tibet conserva crónicas antiguas de sus reyes. En Persia, hay que acudir a poemas como el *Shah-nameh*, de época muy baja, y a los libros religiosos.

No sucede esto en la China, donde se cultivó la historia con gran rigor desde muy antiguo, hasta de un modo oficial. El *Chu-king*, uno de los cinco libros sagrados, es un libro de historia; hay también el *Chun-shé*, atribuido a Confucio, y luego los Anales, comenzados por Sé-ma-sian, en el siglo II a J. C. cuya obra se llama *Se-ki* (memorias históricas); son notables también los historiadores Su-che, Se-ma-koang, Chu-hi y Matuan-lin. Hay también historias particulares de ciudades y provincias (como la de Kai-fung, capital de Ho-nan, que ocupa ocho grandes volúmenes) y trabajos cronológicos notables.

Más conocida es la historiografía clásica (de griegos y romanos) que ha servido de base a los historiadores modernos, aún para la historia de otros pueblos, prefiriendo siempre los clásicos a los indígenas. En Grecia el primer historiador conocido es Herodoto de Halicarnaso (440 a J. C.) que escribió una obra en nueve libros y fué llamado *Padre de la Historia*. Tucydides, historiador de la guerra del Peloponeso pasa por el fundador de la historia pragmática. Jenofonte escribió la famosa *Retirada de los Diez mil* (*Anabasis*). Polibio escribió sobre Roma. Son notables también las *Vidas paralelas* de Plutarco.

En Roma sobresalen Julio César con sus *Comentarios sobre las Guerras de las Galias*, Cayo Crispo Salustio sobre *Yugurta* y

la *Conjuración de Catilina*, y sobre todo Tito Livio. Tienen gran interés, Cornelio Nepote, Justino, Lucio Anneo Floro; Tácito, sobre los germanos; Suetonio con la historia de los *Doce Césares*, etcétera.

Entre los cristianos es necesario citar a San Jerónimo y sus *Vidas de Varones ilustres*, San Agustín, Paulo Orosio, Eusebio de Cesárea (*Historia eclesiástica*).

Sobre las invasiones y los reinos germánicos, hay los escritos de Jornandes (*Historia de los godos*), Gregorio de Tours (*Historia de los Francos*), Idacio, San Isidoro, Casiodoro, Paulo Diácono, San Beda.

Vienen luego los autores de *Crónicas*, casi todos monjes y que raramente firmaban sus escritos. Desde el siglo XII aparecen ya historiadores nominados, como Guillermo de Tiro que escribe la historia de las *Cruzadas* y más tarde los cronistas franceses: Villehardouin, Joinville y Froissart, y se intenta la historia universal en la *Weltchronik* alemana y la *Crónica general* española.

Son importantes también los historiadores bizantinos, como Focio y Miguel Psellus y los árabes.

En el Renacimiento cultivan la historia los humanistas, como Leonardo Aretino (1369-1444) en su *Historia Florentina*; Bembo (1470-1547) en la de Venecia; Nicolás Maquiavelo (1469-1527) en la de Florencia; Guicciardini (1483-1540) en la de Italia, y Eneas Silvio (1405-1464). En Inglaterra Tomás Moro (1470-1535) y Bacon (1561-1626) y en Francia Du Haillan (1535-1610), Mézeray (1610-1683) y otros. En la historia eclesiástica, Flacius (1520-1575) y Baronio (1538-1604).

En el siglo XVII comienza la historia erudita y crítica con las *Acta Sanctorum* del jesuita Bolland, publicadas en 1643 en Bruselas y con su continuación por los *Bollandistas*, con los *Anales* benedictinos de Mabillon (1632-1707) y los trabajos de Muratori (1672-1750) en Italia. Al mismo tiempo escriben Bayle (1647-1706); Voltaire (1694-1778) con su *Siglo de Luis XIV* e *Historia de Carlos XII*; Hume (1711-1776) y Gibbon (1737-1794); Winckelmann (1717-1768) historiador del Arte; y más tarde Schiller (1759-1805) su *Historia de la guerra de Treinta Años*, y Sismondi (1773-1842) la de las repúblicas italianas de la Edad Media. Excepto los historiadores de la escuela erudita, los demás de esta época, como muchos de la siguiente; Guizot (1787-1874) en su *Historia de la Revolución de Inglaterra* y de la *Civilización de Francia en la Edad Media*; Thiers (1797-1877), *Historia de la Revolución francesa* y del *Consulado y el Imperio*; Macaulay (1800-1859) y los autores de *Historias Universales*, como César Cantu (1804-1895) y Laurent, casi no se ven hoy citados.

En cambio, por otra parte, la historia entra en el siglo XIX en su fase científica definitivamente con Ranke (1795-1886). La historia de Grecia es establecida en firme base por Curtius (1814

1896); la de Roma por Niebuhr (1776-1831) y Mommsen (1827-1903) Empieza a desarrollarse la historia de los pueblos de Oriente, gracias a los estudios arqueológicos, con Champollion, Sayce, Maspero, Lepsius, Rawlinson, Meyer, Hommel, Burnouf, Oldenberg, etc. y ultimamente la prehistoria con Boucher de Perthes (1788-1868), Lartet († 1871), Piette († 1906), Mortillet, Lubbock, Thomsen, Worsaae, Montelius, etc.

4. La historiografía española.—Las primeras noticias referentes a España se encuentran en geógrafos e historiadores griegos y romanos (Hecateo de Mileto en el siglo VI a J. C.; Herodoro de Heraclea y Herodoto, en el V; Pseudo-Scylax, Aristóteles y Pytheas, en el IV; Timaios y Eratóstenes en el III; Polibio y Artemodoro, en el II; Posidonio en el I y Strabón, contemporáneo de Augusto, y luego Diodoro Siculo, Dionisio Periegeta y Ptolomeo. Entre los romanos, Varrón, Justino, Tito Livio, Cesar, Salustio y Floro. Los dos escritores españoles más antiguos que escribieron sobre asuntos geográficos e históricos, fueron Pomponio Mela (siglo I) en su obra geográfica *De situ orbis*, y Silio Itálico (25-101) en su poema *De bello púnico*.

En los tiempos cristianos, aparecen dos historiadores, ambos gallegos, y del siglo V: Paulo Orosio, autor de *Historiarum libri VII adversus paganos* e Idacio, obispo de Chaves (*Aque Flaviae*) en su *Cronicón*, que se refieren a la invasión de los bárbaros. Se refieren a España Próspero de Aquitania y Sulpicio Severo. En el siglo VII, escribe San Isidoro de Sevilla la historia de los reyes godos, suevos y vándalos, y San Julián la del rey Wamba.

Vienen luego los *Cronicones*: el *Anónimo de Córdoba* o Isidoro *Pacense* que narra la conquista árabe; el *Albeldense*, escrito hacia 883 y continuado hasta el año 976 por el monje Vigila; el *Salmanticense* atribuido a Sebastián de Salamanca narra los hechos de Alfonso III, de 672 a 866; el de *Sampiro* de Astorga (866 a 982); el de *Peulgio Ovetense*, del siglo XI; el *Silense* del XII, atribuido a un monje de Silos. En este siglo aparece la *Gesta Roderici Campidocti* que habla del Cid, la *Historia Compostelana* y la *Crónica Adefonsi Imperatoris*, los *cronicones ambrosiano, burguense y complutense* y los *Anales castellanos, complutenses y compostelanos*.

En castellano hay el *Liber Regum*, y el *Cronicón Cerratenense*, del siglo XIII, los de *Cardena* y los *Anales Toledanos*, del XIV. En el XIII escriben en latín Don Lucas de Tuy el *Chronicon Mundi*, recopilación de los *Cronicones* antiguos, hecha por encargo de Doña Berenguela, madre de Fernando III; y Don Rodrigo Ximenez de Rada, arzobispo de Toledo, su *Historia Gothica*, traducida luego al castellano.

De este siglo es la *Primera Crónica general* hecha por

encargo de Alfonso el Sabio, aprovechando varias fuentes anteriores, incluso las *Gestas*. De ella se derivaron: la *Crónica abreviada* de Don Juan Manuel, la *Segunda Crónica general* de 1344, la *Crónica de veinte reyes*, la *Tercera Crónica general*, la *Crónica Alfonsí* (de la que solo quedan fragmentos) y la *Crónica de los Reyes de Castilla*.

En el XIV aparecen las *Crónicas* de San Fernando, Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV y la de Alfonso XI, y se empieza ya a cultivar la historia imitando a los antiguos clásicos por el Canciller Pero López de Ayala, autor de las *Crónicas de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III*, en las que imita a Tito Livio.

En el XV escribe Fernán Pérez de Guzmán su *Mar de historias y Loores de los Claros Varones de España*; Juan Rodríguez de Cuenca el *Sumario de los Reyes de España*; Diego de Valera las *Epístolas* y la *Crónica de España*; Alfonso de Palencia las *Décadas*. Hay además la *Crónica de Juan II* de varios autores y la de *Don Alvaro de Luna*, anónima. Por último sobre Enrique IV, Hernando del Pulgar y Enriquez del Castillo.

En Cataluña son notables la *Crónica de Jacme le conquerridor*, la de *Pedro IV* por Desclot, la de Ramón Muntaner sobre la expedición a Oriente, todas en catalán; pero hay crónicas latinas anteriores.

Son importantes los historiadores árabes. En el siglo XI el *Aghar Machmûa*, anónima, narra desde la invasión hasta Aberrahman III; la *Crónica del moro Rasis* (Ahmed-ar-Razi, siglo X) es de las más importantes por sus noticias geográficas; otros historiadores notables son Al-Makkari, Aben-Adhari, Algazel, Aben-Alkottia, Abd-el-Hakan, y sobre todo Aben-Jaldún, uno de los fundadores de la filosofía de la historia, que escribió una historia universal cuyos *Prolegómenos* son muy elogiados. Sobre los Almohades, Abd-el-Wahid y Zerkechi. Por último, merecen mención Abu Zariah, Aben Pascual y el gran geógrafo El-Edrisi.

Los Reyes Católicos tuvieron por cronistas a Hernán Pérez del Pulgar, Alonso de Santa Cruz, Gonzalo de Ayora y Galíndez de Carvajal. Lorenzo de Padilla escribió una *Crónica del rey Don Philippe el primero*. Escribieron además sobre estos reyes, Andrés Bernaldez, Pedro Martyr de Angleria y otros. Sobre Cisneros, Juan de Vallejo y Alvar Gómez de Castro.

Aparece después el famoso Jerónimo de Zurita, autor de los *Anales de Aragón* y en el reinado de Carlos V los cronistas oficiales Fr. Antonio de Guevara, Juan Ginés de Sepúlveda, Pedro Mexía y Florian de Ocampo, y además, Alonso de Santa Cruz, Francisco López de Gómara, que es uno de los historiadores de Indias.

En tiempo de Felipe II escribió el obispo Fr. Prudencio de Sandoval sobre Carlos V, y sobre Felipe II, Antonio Herrera y Luís Cabrera de Córdoba, cronistas oficiales y otros muchos. Historiador notable de esta época es Ambrosio de Morales.

En el XVII aparece el P. Mariana, autor de una *Historia de España* y de muchas obras de erudición y crítica, el Marqués de Mondejar, Salazar y Castro, Ibañez de Segovia, Pellicer, el cardenal Aguirre, Ortiz de Zúñiga, Argote de Molina, etc. que son principalmente historiadores eclesiásticos y genealogistas.

Por fin, en el XVIII, aparece la formidable *España Sagrada* de Florez, las obras de Mayans, el P. Burriel, el cardenal Lorenzana, y la *Historia crítica de España* de Masdeu.

Entre los historiadores del siglo XIX merecen mención el Conde de Toreno, Lafuente, Castelar, Pi y Margall, Eduardo Chao y otros, en general inferiores a los de los siglos anteriores. La historia crítica resurge principalmente con Menéndez y Pelayo y sus seguidores. Cultivan la prehistoria Vilanova, Rada y Delgado, Mérida y vuelven a florecer las ciencias auxiliares, imitando los métodos alemanes, principalmente.

5. La historiografía gallega. — Después del *Cronicón* de Idacio, lo más importante es la *Historia Compostelana*, escrita por los años 1112 a 1139 por los canónigos de Compostela Munio Alfonso y Hugo (francés este) y después por otro francés, Giraldo, por encargo del famoso arzobispo Gelmírez. Contiene toda la historia de Galicia en la primera mitad del siglo XII. Hay después los *Cronicones Irienses* que son dos, uno anterior y otro posterior (en los acontecimientos que narran) a la Compostelana y el *Combricense* que tiene una parte en gallego-portugués hecha por el canónigo de Coímbra Fernando González, llegando de 1281 a 1406. Los *Anales Compostelanos*, tomados del *Tumbo negro* de Santiago, llegan hasta 1248 y son poco importantes para Galicia. Tampoco lo es mucho Don Lucas de Tuy.

Poco hay más hasta llegar al *Nobiliario* de Vasco de Apon-te, que narra sucesos del último tercio del siglo XV.

Después la historia de Galicia es cultivada en el siglo XVI por Castellá Ferrer, autor de la *Historia del Apóstol Santiago*; Baltasar Porreño, *Santos de Galicia* y *Nobiliario de Galicia* (inéditos); el licenciado Molina, *Descripción del Reino de Galicia*; el P. Lobeira, *Historia de Galicia* (mencionada por Nicolás Antonio); Fr. Prudencio de Sandoval, *Antigüedad de la ciudad e iglesia de Tuy*; Amaro González de Vilanova; el licenciado Labarriñas; el Padre Ojea, *Historia de Galicia* (inédita).

En el XVII, los hermanos Boán; el P. Bugarriños; el P. Santa María, *Historia del Apóstol Santiago*; el P. Gándara, *Armas y Triunfos del Reino de Galicia*.

En el XIII, el P. Alvarez Sotelo, *Historia de Galicia*; Fray Juan Pacheco; Huerta y Vega, cronista oficial del Reino, *Anales de Galicia*; el P. Pascasio Seguí, *Galicia, reino de Cristo*. Los trabajos de erudición y crítica empiezan con Don José Cornide, el

P. Sobreira y sobre todo el ilustre benedictino Martín Sarmiento, a quienes siguen Riobóo, el P. Rodríguez, A Valle y Patiño y otros.

En el XIX es notable la *Historia de Galicia* de Vereca y Aguilar, que solo trata de los primeros tiempos, y la de Martínez Padín. Después aparece la del famoso novelista Benito Vicetto, en siete tomos, lleno el primero de fantasías y por fin los cinco tomos de la de Murguía. Además se desarrollaron mucho los estudios arqueológicos y diplomáticos. Su principal representante fué don Antonio López Ferreiro, autor de la *Historia de la Iglesia de Santiago y Galicia en el último tercio del siglo XV*. Trabajaron también Villaamil y Castro (*Iglesias gallegas, Antigüedades prehistóricas y célticas de Galicia*), Saralegui (*Estudios sobre la época céltica en Galicia*), Barros Sibeló (*Antigüedades de Galicia*), y los historiadores particulares y eruditos, como Martínez Salazar, Taboada, Tettamancy, Fernández Alonso, Vázquez Núñez, Macías, Pérez Constanti, etc. etc.

Historias breves de Galicia, mencionaremos las de Vaamonde y de Villar Ponte.

VI

El estudio del lenguaje

1. La filología y la lingüística.—El estudio del *lenguaje* es objeto de dos ciencias, cuyo concepto no es fácil de separar: la *filología* y la *lingüística*. Se entiende de un modo estricto por lingüística el estudio del lenguaje en general y de las lenguas en particular, desde el punto de vista de su *mecanismo*, de su *estructura*; y por filología el estudio del lenguaje como *expresión* del pensamiento y como instrumento *literario*.

En este sentido, la filología comprende mucho más que la lingüística, pues abraza también el estudio de la literatura, y aún el de toda la cultura de un país manifestada en su idioma. Así es como se suele entender la filología en Alemania y en los medios más cultos de Francia, de manera que, en cierto respecto, puede decirse que la lingüística está comprendida en la filología.

El estudio lingüístico comprende: el de los sonidos orales (*fonética*), el de las palabras (*lexicología*), el del origen de las mismas (*etimología*), el de su significación (*semántica*), el de su empleo en la oración (*morfología*), el de su enlace y ordenación (*sintaxis*), el de su escritura (*ortografía*), y el de sus variaciones (*gramática histórica*).

El estudio filológico comprende además: el de la *literatura*, el del estilo de los escritores y del pueblo (*estilística*), el de los nombres personales (*onomástica*), el de los nombres geográficos (*toponimia*), etc.

2. Historia de los estudios filológicos.—Los estudios gramaticales son muy antiguos: los antiguos indios escribieron gramáticas admirables, como las de Panini (siglo VII a. J. C.) y Patanjali (siglo III a. J. C.)

En Roma fué cultivada por los gramáticos y retóricos que se dedicaban a la enseñanza, sobresaliendo Donato y Quintiliano.

La gramática general fué cultivada por los lógicos de la Edad Media, inspirados en Aristóteles. Progresaron los estudios filológicos en el Renacimiento, con el estudio de los textos clásicos griegos y latinos.

Después los viajes y descubrimientos geográficos atrajeron la atención hacia las lenguas exóticas y vinieron los *catálogos* de lenguas y de palabras del jesuita español Hervás y Panduro, el de Catalina II de Rusia y el *Mitridates* de Adelung (1806). Pero la filología no apareció hasta que el inglés Jones (1746-1794) descubrió las semejanzas entre el sanscrito, el griego y el latín. Con esto comenzaron los estudios de *Gramática comparada*, proseguidos principalmente en Alemania por Bopp, Guillermo y Federico Schlegel, Guillermo Humboldt, Schleicher y otros, mientras en Francia trabajaban en otra dirección Julio Klaproth, Abel Remusat, Balbi, etc. Los arianistas crearon la *paleontología lingüística* o restitución de las lenguas perdidas, reuniendo las raíces comunes de las que de ellas se derivan; así se reconstituyó el antiguo *indo-europeo* o *aryo*, y se empezó a estudiar la cultura de los pueblos reflejada en su idioma. Hoy han progresado considerablemente los estudios lingüísticos y filológicos con trabajos de Whitney, Finck, Vendryes, etc.

Los estudios latinos tienen su principal asiento en Alemania, siendo notables para el latín clásico las obras de Boeck, Hübner y Müller, y en Francia *Manual* de Reinach; para el latín vulgar las de Schuchardt, y para el bajo latín el *Glosario* de Du Cange y las obras de Gröber y Laebler.

Para el estudio de las lenguas románicas las gramáticas y vocabularios de F. Diez y Meyer-Lubke y los trabajos de revistas como la famosa *Romania*.

En filología española trabajaron Dozy, Simonet, Gayangos, Alemany y otros muchos. Las obras más importantes son la *Gramática histórica* y *Los orígenes del español* de Ramón Menéndez Pidal, la *Gramática histórica* de García de Diego, la *Fonética* de Navarro Tomás y los trabajos de Américo Castro.

Sobre el gallego y el portugués, el *Elucidario* del P. Santa

Rosa de Viterbo, y los trabajos modernos de Leite de Vasconcellos, Carolina Michaëlis, Coelho, Castillo, etc.

Sobre el gallego solo, las gramáticas de Mirás, Cuveiro, Rodríguez, Saco y Arce, los diccionarios de Cuveiro, Valladares, Rodríguez González, la Real Academia Gallega y Carré Alvarellos; numerosos vocabularios, como el de la *Crónica Troyana*, el reciente del Seminario de Estudios Gallegos; la *Gramática histórica* de García de Diego, y los trabajos de Hugo Rennert, Cornu, Meyer-Lübke, Margot Sponer, Martínez Salazar, Couceiro Freixomil, etc.

3. El origen del lenguaje oral.—No se sabe nada acerca del origen del lenguaje humano. Todo lo que puede decirse acerca de esto son hipótesis fundadas en conjeturas. Dos teorías hay fundamentales: la de la *revelación* y la del *desenvolvimiento progresivo*.

1.^a *Teoría de la revelación.* Sostiene que la palabra fué comunicada directamente por Dios al hombre, al cual enseñó a hablar, dándole ya una lengua formada. Fué sostenida por los primeros cristianos; en el siglo IV la contradujo San Basilio, por lo cual fué acusado de negar la Providencia divina. La Iglesia la mantuvo mucho tiempo, aunque no como dogma de fé. La sostuvo también Rousseau, y más tarde los católicos de la escuela filosófica llamada *tradicionalista*: de Maistre, Bonald y Lammenais. Se funda realmente en una interpretación estrecha del *Génesis*, cap. II v. 1920 y XI, 1-9, y en los preconceptos filosóficos de la escuela citada. Pero hoy la crítica ortodoxa ya no interpreta así aquellos pasajes, sino que sostiene que lo que Dios dió al hombre fué la *facultad de hablar* y no la lengua formada, que pudo ser de creación humana.

2.^a *Teoría del desenvolvimiento.* Sostiene que el lenguaje es de origen humano y que se desenvolvió perfeccionándose poco a poco. El primer lenguaje habría sido de *gestos* y *señas* (entre los indios de Norteamérica está muy desarrollado el lenguaje mímico); después vendría a juntarse a él el de *gritos* (*interjectivo*), y luego sería *imitativo* de los sonidos naturales (*onomatopeyas*). Estos signos orales serían las *raíces* primitivas. Entre ellas se irían distinguiendo progresivamente las raíces *pronominales* o de posición, y luego las *predicativas* unidas a las pronominales formarían los *verbos* y sueltas los *nombres*. Esta teoría es aceptada por casi todos los filólogos, especialmente por los *evolucionistas*. La expuso en conjunto Whitney y la combatió Sayce.

Las opiniones varían cuando se trata de explicar el desenvolvimiento. Durante mucho tiempo se pensó y aun piensa la mayoría, que las lenguas primitivas fueron *aisladoras*, compuestas de raíces sueltas monosilábicas, de cuyo estado pasaron al de *aglutinación* y de esta salió la *flexión* de algunas lenguas. Pero las lenguas de los pueblos más primitivos que hoy conocemos no

son monosilábicas, y lo es la de un pueblo de antiquísima civilización, como el chino. Tampoco podemos saber si las raíces que ahora conocemos son elementos primitivos simples. Tampoco está demostrado que las lenguas hayan pasado por esas tres etapas.

a) Además, en las consideraciones acerca del origen del lenguaje, como de otros elementos de la cultura, se parte del prejuicio de que las primitivas manifestaciones del espíritu y del vivir humano, han de ser por fuerza muy sencillas (*ley de la simplicidad de los comienzos*) y que los pueblos más atrasados han de ser los más primitivos. Esto aparece contradicho muchas veces por los hechos, y además no es más que una hipótesis indemostrable.

b) Hoy se consideran por algunos las lenguas monosilábicas no como primitivas, sino al contrario, como muy refinadas y decadentes. Se atribuye el monosilabismo a *decaimiento*, y se señala en algunas lenguas modernas (como el inglés y hasta cierto punto aun el catalán) tendencias al monosilabismo.

Otro problema que se presenta es el de si hubo una sola lengua primitiva, o hubo varias formadas independientemente, cuestión que se relaciona con la del origen del hombre (*monogenismo* y *poligenismo*, véase cap. VIII, párrafo 3). Los que interpretan el Génesis en el rigor de su letra, sostienen que hubo una sola lengua primitiva, desde la creación del hombre, hasta la construcción de la Torre de Babel; y aun algunos, como San Agustín y algunos modernos (el P. Scio) suponen que esa lengua primitiva fué el hebreo. Cuestión esta que no se puede resolver históricamente. Un nuevo problema es el de si, supuesta una única lengua primitiva, pueden considerarse como derivadas de ella las lenguas actuales. La lingüística no ha logrado reducir las lenguas existentes a una unidad de origen.

c) La cuestión de la lengua hablada en el Paraiso Terrenal ha dado lugar a numerosas hipótesis y fantasías. Hay tradiciones orientales que hablan de una lengua misteriosa y buena de poder mágico, llamada *senzar*, que sería la lengua universal de la Edad de Oro (Satya-Yuga, de los Indos). Los ocultistas sostienen que las llamadas *palabras mágicas* provienen de esa lengua sagrada.

4. La evolución de las lenguas.—Si no se sabe nada acerca del origen del lenguaje, se sabe en cambio del origen de muchas lenguas modernas, y se sabe que las lenguas evolucionan, cambian constantemente, se transforman y se derivan unas de otras. El lenguaje es imitativo y se transmite por tradición oral; si deja de hablarse, muere; si sigue hablándose, se transforma, hasta que con el tiempo llega a ser una lengua distinta. Así el latín dió origen al gallego-portugués, al español, catalán, provenzal, francés, etcétera. Cuatro causas influyen en la transformación de las lenguas: cambios *fonéticos*, cambios *léxicos*, cambios *analógicos*, y cambios *semánticos*.

Evolución fonética es el cambio de pronunciación, debido principalmente a la tendencia al menor esfuerzo y a la acentua-

ción. Por la primera se suprimen o atenúan los sonidos difíciles, y por la segunda se conserva la sílaba tónica y se oscurecen las átonas. Por la evolución fonética, la misma palabra latina se diferencia en las lenguas romances, por ejemplo. Así el latín *fraxinum* da en gallego y portugués *frelxo*, en español *fresno*, en catalán *frelxe*, en francés *frêne*, en italiano *frassino*; *seculum* da gallego portugués *século*, esp. *siglo*, cat. *segle*, fr. *siècle*, it. *secolo*. Estos cambios se verifican, dentro de cada país y de un tiempo determinado, siempre del mismo modo, y fundándose en esta regularidad se han establecido las *leyes fonéticas* (ejemplo, en el gallego medioeval y aun moderno, la ley de la caída de *u* intervocálica). Las leyes fonéticas obran de un modo inconsciente.

Renovación léxica, consiste en el desuso de unas palabras y la introducción de otras nuevas. Las palabras antiguas que cayeron en desuso, se llaman arcaísmos: ejemplo, en castellano *magüer*, *empero*, *usaz*, en gallego *ren* (=nada), *semeldue* (=semejanza).

Las palabras nuevas se llaman *neologismos* y pueden formarse dentro del mismo idioma por *composición* (en castellano: *corre-ve-t-dile*, *par-aguas*; en gallego: *vichel-o crego*) o por *derivación* (de *casa*, *casarse*, *casado*, *casamiento*, *casamentero*), o introduciendo palabras de otros idiomas, que si son de las lenguas clásicas (griego y latín) se llaman *cultismos* (como *teléfono*), y si de lenguas modernas *barbarismos* (como *wagon*, *sportman*). No todas las lenguas tratan de igual modo las palabras extranjeras: el alemán prefiere traducirlas (Filología=*Sprachkunde*); el inglés las toma tal como son; el español los modifica ligeramente (*tramway*=*travvía*).

Analogía es la formación de flexiones gramaticales a imitación de otras parecidas. Así en latín se decía primero *meridial*, pero por analogía con *septentrional*, se dijo *meridional*; del plural *consules*, «los que se sientan juntos» se hizo el singular *cónsul*, que no tiene significación recta.

Cambios semánticos son los que las palabras experimentan en su significación. Los principales son la *generalización*: el nombre propio de *César*, usado después por los emperadores romanos, se hizo sinónimo de *emperador*, y de él derivan el alemán *Kaiser* y el ruso *Tzar*; y la *especialización*, que es al revés.

5. Los elementos del lenguaje.—Son los *sonidos*, las *palabras*, el *acento* y la *construcción*. Los sonidos se suelen clasificar en *vocales* y *consonantes*; pero esta división no es aplicable a todos los idiomas, pues en sanscrito son vocales la *r* y la *l*, y en indoeuropeo lo eran la *m* y la *n*, y entre nosotros la *i* y la *u* son semivocales. Por esto se clasifican en *oclusivos* o mudos y *continuos* o sonoros, según que para pronunciarlos se cierre o no enteramente el canal bucal o actúen o no las cuerdas vocales. Los continuos

vocales se pueden disponer en serie u ordenarlos según el ángulo vocálico o el triángulo de Hertwig.

Las palabras pueden ser *simples* (*parar, agua*) o *compuestas* (*paraguas*); *primitivas* (*amor*) o *derivadas* (*enamorado*) y en ellas hay que distinguir la *raíz*, que es la parte permanente de la palabra, a la que va unida la idea principal, y los *afijos* que se le unen para modificar la significación (en *amor*, la raíz es *am* y *or* un afixo nominal; en *enamorado* hay el prefijo *en* y los sufijos *or* y *ado*).

El acento es una inflexión de la voz que cae sobre una sílaba que se llama *tónica*, y las demás *atonas*. Puede ser de *elevación* (en griego antiguo) o de *intensidad* (lenguas modernas). Las lenguas clásicas tenían además la *cantidad silábica*, es decir que había sílabas *breves* y sílabas *largas*.

La construcción puede ser *libre* si las palabras se pueden poner en cualquier orden, como en latín, o *fixa* si hay que seguir un orden invariable, como en francés; y la fija puede ser *descendente* si el orden es sujeto, atributo, verbo, complemento; y *ascendente* si al revés. La primera se usa en francés, la segunda en las oraciones subordinadas del alemán.

6. Clasificación de las lenguas.—Se calcula que se hablan en el mundo cerca de 3,000 lenguas.

De todas estas lenguas pueden hacerse varias clasificaciones, entre las cuales las principales son las siguientes:

Una clasificación *histórica*, según la cual las lenguas se dividen en *vivas* que son las que se hablan actualmente, como el inglés, el francés, y *muertas* que son las que han dejado de hablarse, como el latín. Las lenguas que han sido expresión de una gran cultura se llaman lenguas *sabias*: se consideran como tales el latín, el griego antiguo, el hebreo, el sanscrito y el árabe clásico, y entre las vivas, el chino.

Por el *uso*, las lenguas pueden ser *populares* que son las que habla el pueblo, como el gallego, el castellano, el latín vulgar, *oficiales*, las que se usan en la administración del Estado y en la enseñanza oficial, como el castellano en Galicia, Vasconia y Cataluña, y el alemán y el ruso en Polonia antes de su emancipación. Hay lenguas puramente *literarias*, que no son usadas más que por los literatos en sus escritos, como el latín clásico y el sanscrito, y lenguas *sagradas* o *litúrgicas*, que se emplean en las ceremonias religiosas, como entre nosotros el latín, entre los judíos el hebreo y en la India el sanscrito. Hay además lenguas de *casta*, y otras que son adoptadas por una *asociación* o los hombres de un *oficio*, a cuyas lenguas, a veces artificiales, o formadas con palabras de distintas lenguas, se llama *argots* o *jergas*. En Galicia tenemos curiosos ejemplos de esta clase en el *Verbo dos argiñas*, hablado por los canteros de los alrededores de Ponteve-

dra, y el *barallete* de los paraguayos de Nogueira de Ramuín y Pereiro de Aguiar. También se han inventado lenguas *internacionales*, para entenderse los hombres de todos los países. En el mundo científico sirvió para esto el latín hasta cerca de fines del siglo XVIII en toda Europa; después se inventaron lenguas artificiales, como el *latín comercial*, el *volapük* del alemán Schlayer, y el *esperanto*, del filólogo ruso Dr. Zamenhof con sus derivados el *Ido*, la *Linguo internacional*, etc.

a) La variedad de lenguas es tan grande, que puede decirse que no hay dos personas que tengan el mismo vocabulario, la misma gramática y la misma prosodia. Dentro de la misma lengua, no hablan lo mismo el abogado que el ingeniero, el obrero que el clubman, el hombre de la ciudad que el del campo; cada clase, cada objeto, cada círculo, tiene además de sus tecnicismos, palabras, frases y construcciones favoritas, que a veces no son entendidas por los demás que hablan el mismo idioma.—En los pueblos llamados inferiores hay muchas variedades a veces artificiales de lenguajes religiosos, mágicos, de casta, de asociación y hasta de sexo; hay lugares en que hay una lengua para los hombres y otra para las mujeres, o una para los jóvenes y otra para los adultos, estando prohibido que los de un grupo de estos emplee la lengua del otro.

b) Es dudoso que se pueda llegar a adoptar una lengua artificial como lengua auxiliar internacional. Con ella se trata de no herir las susceptibilidades nacionales, adoptando una lengua de las existentes; pero probablemente, el esperanto que es la lengua artificial que ha tenido más éxito, no logrará competir en el uso internacional con el inglés, el francés, el español y el portugués, que tienen ya una extensión considerable. Además, el esperanto, aunque lengua artificial, no ha escapado a la ley general del fraccionamiento, y ya se han inventado tres o cuatro variedades que tienen sus respectivos partidarios.

La clasificación *morfológica* se funda en la estructura gramatical de las lenguas. Primero se dividieron en *monosilábicas*, *aglutinantes* y de *flexión* y se pensó que estas eran tres etapas sucesivas en el desarrollo del lenguaje, lo cual ya hemos visto que no parece cierto. Hoy se ha llegado a establecer seis tipos de lenguas que son:

1.º *Incorporantes (polisintéticas)* que hacen una sola palabra con el verbo, el sujeto, el objeto y los adverbios, como las lenguas americanas.

2.º *Aisladoras de raíces (monosilábicas)*, compuestas de raíces sueltas, sin partes de la oración, expresando los accidentes gramaticales por la posición o la entonación, como las del grupo chino e indochino.

3.º *Aisladoras de palabras*, muy sonoras, con poca diferencia entre nombre y verbo y usando mucho del pronombre, como las malayopolinesias.

4.º *Seriales*, muy analíticas y con muchos prefijos y artículos delante del verbo, como las del grupo bantu.

5.º *Aglutinantes*, que juntan raíces para formar palabras, conservando la independencia de los afijos, como las uralo altaicas.

6.º *De flexión*, que espesan los accidentes gramaticales por modificaciones interiores de la raíz (*flexión de raíces*) como las lenguas semíticas, o por afijos no independientes (*flexión de palabras*) como las indoeuropeas, o por otro procedimiento (*flexión de grupos*) como el georgiano y el vasco.

Hay lenguas que no se pueden incluir en ninguno de los seis tipos.

La clasificación *genealógica* se funda en el parentesco de las lenguas. Ya hemos dicho (párrafo 4) que las lenguas se derivan unas de otras: hay por lo tanto lenguas *madres* y lenguas *hijas* (como el latín y el castellano) y lenguas *hermanas* (como el gallego, el castellano y el catalán). Se las agrupa por lo tanto en *familias*. Antes es preciso que distingamos lo que es *idioma* y lo que es *dialecto*: idioma es una habla independiente que no puede referirse a un idioma principal existente, y dialecto es una variante secundaria que puede referirse a un idioma principal existente.

c) Las diferencias dialectales pueden llegar a constituir lenguas independientes. Las lenguas neolatinas fueron en su origen dialectos del latín.—Hay quien llama diferencias dialectales a las que no afectan a la raíz de las palabras, y diferencias idiomáticas a las que la afectan pero esto no es seguro ni constante.

Se cuentan unas 17 familias de lenguas que son: *indoeuropea*, *caucásica*, *semítica*, *camítica*, las cuatro de flexión; *china* (monosilábica), *uralaltaica*, *ártica*, *dravídiana*, *kolari*, *malayo-polinesia*, *australiana*, *papú*, *bantu*, *sudanesa*, *pígemea*, *americana* y *vasca*.

La familia indoeuropea comprende ocho ramas: la *indo-irania* que está formada por las lenguas de la India (*sanscrito*, *prá-crito*, *neolindio*) y de Persia (*persa antiguo*, *zenda*, *bactriano* *peh-lvi*, *neopersa*); la *armenia*; la *balto eslava* (*lituano*, *letón*, *moscovita*, *ruso blanco*, *ruteno*, *bulgaro*, *servo-croata*, *checo*, *moravo*, *polaco* etc); la *albanesa*; la *griega* que comprende el *griego antiguo* (*dorio*, *jonio ático*, *arcadochipriota*, *eólico*) y el *romático* o griego moderno; la *ítalica* que comprende el *osco*, *umbrio*, *volusco*, *sabelio* y *grupo latíno*; la *celta* que comprende el *britónico* (*galés* y *bretón*) y *Gaélico* (*irlandés*, *escocés* y *man*); y la *teutónica* dividida en oriental o *gótico*, *septentrional* (*islandés*, *noruego*, *danés*, *sueco*) y *occidental* (*inglés*, *alto* y *bajo alemán*, *holandés* y *flamenco*).

En el latín, hay que distinguir tres épocas: latín *arcaico*, latín *clásico* y *bajo latín* que es el de la Edad Media. El clásico es el de los escritores; con él coexistía el latín *vulgar*, lengua hablada de la que se derivan las lenguas *románicas*, *romances* o *neolatinas*, que se formaron en la Edad Media y son: el *rumano*, el *dalmata*, el *retico*, el *italiano*, el *sardo*, el *provenzal*, el *francés*, el *catalán*, el *castellano* y el *gallego-portugués*. Todos ellos tienen numerosos dialectos.

d) El italiano se divide en siciliano, napolitano, tarentino, abruzo, umbrio-romano-toscano, veneciano y galotitano. El francés en politeño, normando, picardo, valón, lorena, borgoñón, champañés, de la Isla de Francia y franco-provenzal (lionés, delphinado, saboyano, etcétera). El catalán en catalán, valenciano y mallorquín. El castellano en leonés, bable, castellan, aragonés y andaluz. El gallego-portugués en gallego, mirandés, portugués del N, portugués del S, azorés y madeirán.

El rumano se habla en Rumania, el Dálmata se habló en Dalmacia, el céltico en Britania, Trentino y Tiro I, el sardo en Cerdeña, el provenzal en el S de Francia.

Son también importantes las lenguas semíticas (*asirio, hebreo, fenicio, siríaco, árabe, etíópico*), las uraloaltaicas (*japonés, mogol, turco, finés*), la china (*chino, tibetano*), la dravidiana (*tamil, teluga*), la americana *azteca, mala, guaraní, quichua*) y la vasca.

7. El estudio de la literatura — Es importantísimo para la historia. Se suele definir la literatura como el arte de expresar o realizar la belleza por medio de la palabra. La literatura, por lo tanto, depende de la lengua; cada lengua produce una literatura distinta (literatura china, india, griega, latina, hebrea, árabe, etc.)

Hay gran variedad de obras literarias, las cuales suelen agruparse en *géneros literarios*. Se distingue además el *verso*, en que el lenguaje está sometido a reglas rítmicas fijas, de medida, y la *prosa* en que el ritmo es libre. En las lenguas semíticas, el verso no tiene medida fija: lo marca el movimiento mismo de la idea; emplean en cambio la *rima* (terminar las frases con el mismo sonido). Los griegos y los romanos empleaban versos de medidas fijas, que se medían por *pies métricos*, fundados en la cantidad silábica y no empleaban la rima. Las lenguas modernas de Europa miden los versos por el número de sílabas y emplean la rima.

Se admiten comunmente tres grandes géneros poéticos (en verso, por lo general): la *épica*, la *lírica* y la *dramática*. La *épica* es poesía objetiva y narrativa, que refiere mitos (*épica religiosa*) o leyendas y hazañas (*épica heroica*). Se la tiene por la primera manifestación literaria, y como propia de pueblos jóvenes. La *lírica* es subjetiva y expresa los sentimientos del poeta, que pueden ser muy variados, y así dan origen a *cantos heroicos, báquicos, elegías, sátiras*, etc. En la *dramática* hay que tener en cuenta la *tragedia*, de asunto triste o terrible y la *comedia*, de asunto alegre o humorístico; el *drama* es un género moderno que participa de los dos.

En prosa se tratan los más variados asuntos; el teatro moderno está generalmente en prosa. El más importante género en prosa es la *novela*, que se considera como una forma moderna de la *épica*, y después las variadas formas de la *literatura periodística*.

A la historia no le interesa solamente la literatura artística, sino toda clase de escritos: literatura científica, filosófica, etc.

8. Los estudios filológicos en la investigación histórica. — Los estudios filológicos prestan auxilio a la investigación histórica de varias maneras:

1.º Para la interpretación de las fuentes escritas, es necesario conocer la *lengua* en que están escritas, tal como esa lengua era en el tiempo a que pertenece la fuente, con las formas, giros y acepciones que entonces se usaban, y además el *estilo* literario de la época y del autor. Por eso los trabajos de restitución, edición, traducción y crítica de estas fuentes suelen realizarse por filólogos especializados.

2.º El estudio del lenguaje nos ofrece directamente numerosos datos históricos. La adopción de palabras extranjeras nos indica las relaciones entre los pueblos y la influencia de unos sobre otros. La persistencia de voces antiguas en los nombres geográficos (*toponimia*) y en los de personas (*onomásticos*) nos descubre huellas del paso de distintos pueblos y culturas por un país, y hasta hechos históricos referentes a extensión de conquistas y colonizaciones, fundación de ciudades, etc. De aquí la importancia del estudio de la toponimia, considerada como el más antiguo archivo histórico.

a) La extensión de los castros en España, por ejemplo, la señala Schulten por el área geográfica de los nombres célticos (como los de ciudad terminadas en *briga*.) Igualmente funda su opinión sobre la población ligúrica, sobre el hallazgo en la toponimia de los sufijos *-ur-*, *-uros* y *-urges*.

Igualmente la conservación de dichos, frases, expresiones, etc.

3.º El lenguaje además nos revela enteramente la cultura y la mentalidad de un pueblo. Así lo que se dice sobre la cultura de los primitivos indoeuropeos, se funda sobre lo que nos revela la reconstitución de su lengua. Max Müller y otros emplearon la filología para el estudio de la *mitología* y las religiones antiguas.

b) La escuela mitológica de Max Müller se llama *filológica*. Considera la mitología como una enfermedad del lenguaje, y dice que los mitos se originan de *metáforas* y los dioses son *nombres personificados*, *nomina numina*. Esta escuela no cuenta hoy con crédito; pero en muchos casos es aun aplicable.

VII

El estudio de las tradiciones

1. **El Folk-lore.**—Es la ciencia auxiliar de la historia que estudia aquellas fuentes que hemos llamado *supervivencias y tradición oral*. Su nombre viene del inglés y significa: *saber popular*, porque estudia las creencias, tradiciones, usos y costumbres de lo que llamamos *el pueblo*, es decir las clases menos cultas de la sociedad, el vulgo. El vulgo, aunque no participe de la cultura de las clases superiores o ilustradas, no por eso es *inculto*; sino que posee una cultura tradicional que a veces las clases llamadas cultas han perdido; conservan lo que los demás han *olvidado*, restos de estadios antiguos de cultura, que es a lo que llamamos *supervivencias*. De esta manera, la memoria del pueblo es un verdadero *archivo* histórico.

El folk-lore, como ciencia auxiliar de la historia, es el estudio de las supervivencias; pero desde otro punto de vista, forma parte de la *etnografía* y de la *etnología*. En este sentido, se suele llamar *etnografía* al estudio de la cultura *material* de los pueblos y folk-lore al de la cultura *espiritual*.

2. **Historia del Folk-lore.**—Iniciaron estos estudios los románticos alemanes, especialmente los hermanos Grimm, que reunieron y estudiaron gran número de cuentos y leyendas (*Kinder-und Hausmärchen*, 1815-12 y *Deutsche Mythologie*, 1835), siguiendo un punto de vista filológico, en cuya dirección les siguieron principalmente Wolf, Rochhold y otros. Una nueva dirección fué dada a estos estudios por Manuhardt *Baum und Feldkultus*, que estudió las leyendas en relación con las costumbres. El nombre de *folk-lore* le fué dado por el inglés W. J. Thoms, en 1846, en la revista *Athenaeum*. La escuela antropológica lo hizo progresar mucho. En 1878 se constituyó en Inglaterra la *Folk-lore Society*. En Francia fueron principalmente los celtistas los que más trabajaron, como el vizconde Hersat de la Villemarqué y la revista *Melusine*.

En España, fuera de algunos precedentes antiguos, estos estudios fueron iniciados en Sevilla por el gallego Manuel Machado y Alvarez, en 1884. Machado publicó la *Biblioteca de las Tradiciones populares españolas*. En Cataluña se distinguieron Maspons y Lladrós y Serra y Pagés.

En Galicia fundaron una sociedad para el estudio del Folk-

lore, Emilia Pardo Bazán, Salvador Golpe, Pérez Ballesteros y otros. Las mejores publicaciones son algunos capítulos de Murguía en *Galicia* y en la *Historia de Galicia*, el *Cancionero popular gallego* de Pérez Ballesteros y el de Saco y Arce; los *Refranes* de Caruncho, Carré Aldao, etc. las *Supersticiones de Galicia* de Rodríguez López, y actualmente la revista *Nós* y los trabajos del Seminario de Estudios Gallegos.

3 División del Folk-lore.—El contenido del folk-lore es amplísimo, y en él es necesario siempre el estudio comparativo, y el de cada una de sus manifestaciones en relación con las demás, pues en cada pueblo, todas ellas forman un conjunto indestructible. Las principales partes que contiene su estudio son las siguientes:

1.^a *Religión*: interpretación de las verdades religiosas; ideas acerca del cielo, del infierno, del purgatorio; devociones especiales; preferencias por determinados dioses o santos; virtudes de las oraciones, etc.

2.^a *Supersticiones*: creencias en espíritus, demonios, seres encantados, comercio con los espíritus o con los demonios, brujería, adivinación del porvenir, magia, influencia de los astros, ceremonias, conjuros, remedios mágicos para las enfermedades, mal de ojo, etc., etc.

3.^a *Tradiciones fabulosas*: mitos y leyendas (historias que se cuentan como más o menos verdaderas, referentes a determinados lugares o monumentos. Varían mucho las opiniones acerca de lo que debe ser considerado como *mito* o como *leyenda*; muchas leyendas fueron anteriormente mitos. Se distinguen desde luego del *cuento* y del *apólogo* en que estos no suelen ser contados como verdaderos. Muchas leyendas son *explicativas* del origen de monumentos, usos, costumbres, etc.)

4.^a *Tradiciones históricas*: referentes a hechos históricos, más o menos desfigurados por la imaginación popular y por la tradición oral.

5.^a *Literatura popular*: cuentos (que pueden ser *maravillosos*, *ejemplares*—divididos en *apólogos* cuando los personajes son animales y *parábolas* cuando son humanos—*humorísticos*, *eróticos*, *mnemotécnicos*; también se pueden clasificar por el asunto: de *brujas*, de *lobos*, de *ladrones*, de *caza*, de *curas*; de *sastres*, de *animales*, de *espíritus*, etc.) literatura didáctica, que comprende las *sentencias*, *proverbios*, *refranes*, *dichos*, *adivanzas*, *trabalenguas*; etc.; lírica que comprende los *romances*, *coplas*, *cantares* (de romería, de diversión, de trabajo, de casa, etc. o por el asunto: religiosas, morales, amatorias, sentenciosas, festivas, satíricas, etc.)

6.^a *Ciencia popular*: meteorología (predicción del tiempo),

medicina (enfermedades y sus remedios), filosofía (refranes, ideas morales), agricultura, astronomía, etc.

7.^o *Arte popular*: adorno personal, adornos en casas y muebles, danzas y música, etc.

Por último, se suele incluir en el folk-lore lo referente a *usos y costumbres*, relacionado con la parte material de la etnografía (trabajo, habitación, vestido, alimentación, etc.) y con la sociología (organización familiar y tribal, fiestas públicas, propiedad, etc.) Es particularmente interesante en este capítulo el estudio de las *fiestas*, ya sea religiosas, ya profanas, que es donde más supervivencias suelen conservarse. También incluyen algunos el *derecho consuetudinario* (costumbres jurídicas referentes a la familia, a la propiedad, a los contratos, etc.)

4. Principios generales del folk-lore.—Es ésta, como hemos visto, una ciencia bastante moderna; por lo tanto, no se ha constituido de una manera definitiva, y hay entre los que la estudian muy diversas opiniones. Además los progresos de la etnografía y la etnología, permitiendo la comparación de muy distintos pueblos, están renovando completamente esta ciencia. Daremos aquí algunos principios generales, los más admitidos, que puedan servir de guía. Son los siguientes:

1.^o Todas las manifestaciones culturales de un pueblo forman un conjunto orgánico (*Kulturkreis*, círculo cultural) y dependen unas de otras (Herder, Spengler, Frobenius). A tal organización social y a tal sistema de vida, corresponden tales leyendas, tales costumbres, tales cantos, etc. Cada cultura tiene una *fisonomía* especial; esta fisonomía es una exteriorización y una creación del alma (el *genio*, el modo de ser) del pueblo o conjunto de pueblos que comparten aquella cultura. Dentro del ámbito geográfico o *área* de una cultura (por ej. en nuestro caso, la *cultura occidental*, del Occidente de Europa y hoy de América), cada pueblo le da a esa cultura un aspecto, un tono especial, una modalidad. El área geográfica donde se encuentra la misma modalidad cultural (ejemplo: la que constituyen el W de Asturias, Galicia y N de Portugal) se llama *provincia etnográfica*.

2.^o Hay dos teorías acerca del origen de las manifestaciones culturales: unos dicen que se pueden formar independientemente en varios pueblos a la vez, mediante ciertas ideas elementales (*Elementargedanken*) comunes a todos los hombres (*teoría de la creación independiente*). Otros opinan que los elementos culturales se transmiten de unos pueblos a otros (*teoría de la transmisión*). La escuela histórico-cultural que nosotros seguimos, opina que los elementos culturales se transmiten dentro de un área geográfica de expansión grande, pero limitada. A la incorporación en una cultura o en una modalidad cultural de un elemento extraño, se llama *aculturación*. Una cultura de fuerte vitalidad no

recibe los elementos extraños que no armonicen con ella, y los que pueden armonizar los *accultura* (en cierta manera, como si dijéramos), los digiere, los asimila. Cuando las culturas están en período de decadencia (civilización) admiten fácilmente elementos extraños.

3.º Las leyendas, usos, cantos que hoy nos parecen un simple juego, han tenido en otro tiempo una significación profunda y una utilidad práctica. Todas las leyendas son explicativas han nacido para explicar un hecho cuya causa no es conocida o ha sido olvidada (ejemplo los paisanos gallegos atribuyen la construcción de los *castros* y de las *mdmoas*, y aún de los peñascos naturales, a los *moros*, y en cada caso, cuentan una historia referente a estos monumentos). Los usos y costumbres tienen muchas veces significación mágico-religiosa (la costumbre del *mayo* entre nosotros, viene de una ceremonia pagana cuya finalidad era provocar la resurrección primaveral de la vegetación, por medio de la *magia imitativa*; los *felos*, *cigarrones*, *murrietos*, etc. del Carnaval, vienen de las danzas totémicas). Casi todas las costumbres que hoy nos parecen extrañas, tienen su origen en ritos relacionados con el trabajo, especialmente con la caza y la agricultura. Las adivinanzas, trabalenguas, etc. tienen una finalidad pedagógica para desarrollar el ingenio o la pronunciación de los niños, ayudar a la memoria, etc.

4.º Las tradiciones se desfiguran al pasar de unas generaciones a otras. Las causas son varias: el medio de *conservación*, que es la memoria, la cual flaquea muchas veces; el medio de *transmisión*, que es la palabra, la cual puede ser mal entendida; la *imaginación* del narrador, que puede añadir detalles, sustituir los olvidados, etc.; la *interpretación*, pues en las tradiciones puede haber palabras arcaicas que ya no se entienden, o ideas que ya no son del dominio público, y entonces la gente trata de explicar esas palabras y esas ideas según su léxico y sus ideas actuales. De aquí viene que, por ejemplo, el mismo romance, recogido en diferentes lugares, casi nunca se presenta igual, sino en versiones más o menos diferentes; a estas versiones se llama *variantes*, y es muy importante el anotarlas.

5.º Las que más se alteran son las tradiciones históricas. Se calcula que el recuerdo de un hecho histórico, como no sea fijado por la escritura, no dura más que 150 o 200 años. Hay sin embargo algunos que se conservan más. Esto, unido a lo anterior, origina diversos fenómenos, como son: la *personalización* o atribución a un personaje de hechos naturales o colectivos, o de otros personajes olvidados (como la atribución a Hércules de la apertura del estrecho de Gibraltar); la *concentración*, o sea encerrar en pocos años acontecimientos de muchas generaciones, o atribuir a un personaje las acciones de otros varios; la *arqueosía* o atribución de una gran antigüedad a hechos relativamente modernos; la *mega-*

losía o aumento de la magnitud de los hechos o intervención de elementos maravillosos, etc.

6.º No hay separación entre la creación popular y la creación erudita; constantemente los escritores eruditos toman del pueblo asuntos y personajes y el pueblo aprende y se asimila los de los eruditos. Personajes tan conocidos en la literatura universal como Gargantúa, Don Juan Tenorio y el Doctor Fausto (utilizados por Rabelais, Tirso de Molina y Zorrilla y Goethe) son de creación popular. En cambio, hay tipos y cuentos populares que vienen de los libros, como en Galicia los referentes a Carlomagno y los Doce pares de Francia. Otras veces provienen del pueblo y vuelven al Pueblo por vía literaria.

5. Empleo del folk-lore en la investigación histórica.—Tiene una gran importancia, desde distintos puntos de vista:

1.º El estudio *aislado* de las supervivencias proporciona numerosos datos históricos. En este sentido, las más importantes son desde luego las *tradiciones históricas*; tenemos que tener en cuenta que entre los datos de la tradición oral y los de la historiografía no hay diferencia esencial no la hay más que en el modo de transmisión, de modo que, en principio, y hecha abstracción de las causas que pueden desfigurar la oral, ambas merecen el mismo crédito. Hay además muchas épocas de las que no tenemos más fuentes que tradiciones orales, y en otras, los historiadores que nos hablan se han valido de ellas. Muchas tradiciones han sido confirmadas después de haber sido tenido como falsas.

La *tradición legendaria* tampoco debe ser despreciada, ya como dato de referencia histórica, ya como dándonos a conocer las ideas de un pueblo respecto a determinado acontecimiento, su manera de juzgarlo.

También son muchas veces reveladores las *anécdotas* (especialmente las *frases* o *palabras* históricas, no todas fundadas, que se atribuyen a personajes, como las que se cuentan de Arquímedes, de Diógenes, de Aristóteles, de César, de Cambronne, etc.), los *refranes* («con villano de behetría, no te tomes a porfía», «entrar por la manga y salir por el cabezón», «tres santas y un honrado tienen al pueblo agobiado», «Rey que no hace justicia bien es que lo desamparen», «estar como Don Rodrigo en la horca» etc.), los *cantares* (como los referentes a la guerra de la Independencia: «Con las balas que tiran — los brabucones — se hacen las gaditanas — tirabuzones»; los cantos de las luchas liberales: «Trágala, trágala, trágala — trágala tu servilón — tu que no quieres — la Constitución», o «Chiquita, bonita — con el pío, pío, pón — viva Fernando — y la Inquisición» y otras muchas), los *cuentos*, etc.

a) En cuanto a las frases famosas, de Arquímedes se cuenta la de: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo de su asiento». De Diógenes muchas que saltó por las calles de Atenas en pleno sol con una lámpara, y respondió a los que le preguntaban: «busco un hombre»; que preguntándole Alejandro Magno que deseaba de él, respondió: «Que te quites de ahí, que me quitas el sol», a lo que dicen que respondió Alejandro: «Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes». De Aristóteles se cuenta por ejemplo que respondió a un elefante que negaba el movimiento: «Anda!» De César se cuenta que al pasar el Rubicón, lo que equivalía a declarar la guerra a su rival Pompeyo, exclamó: «*Alea facta est* (la suerte está echada). Y cuando fué apuñalado por Bruto, que era su hijo adoptivo, le dijo: «*tu quoque, fili mi*» (tu también, hijo mío). De Cambronne se cuenta que intimidado la rendición en Waterloo, respondió con una palabra fea.

b) «Con villano de behetría no te tomes a porfía» indica la condición libre y privilegiada de los vasallos de behetrías. «Entrar por la manga y salir por el cabezón» recuerda una ceremonia para probar, que consistía en meter el prohibido en la camisa del padre adoptivo. «Tres Santas y un honrado tienen al pueblo agobiado», las Santas eran la Santa Inquisición, la Santa Hermandad y la Santa Cruzada (para la que se pagaba un impuesto) y el Honrado, el Concejo de la Mesta, formado por ganaderos, y tenía grandes privilegios. «Estar como D. Rodrigo en la forca» indica el orgullo que mostró en el cadalso D. Rodrigo Calderón, ministro de Felipe III.

2.º El estudio en conjunto del folk-lore de un país nos muestra su manera de ser, su psicología, y explica por lo tanto su cultura erudita. Recuérdese que la cultura toda de un pueblo forma un conjunto orgánico; la cultura erudita forma un todo único con la popular, ambas nacen de la misma fuente y están como hemos indicado en íntima relación.

Recuérdese, además, que hemos dicho que el lenguaje nos revela enteramente la cultura y la mentalidad de un pueblo; pues igualmente y aún más el folk-lore, con la ventaja de que es más fácil realizar este estudio en el folk-lore, que en el lenguaje; sin que esto quiera decir que por acudir a uno se deba prescindir del otro. Al contrario, no solo el conocimiento del lenguaje es necesario para el estudio profundo del folk-lore, sino que hay entre el folk-lore y la filología una relación tan estrecha, que el folk-lore fué tenido al principio como una disciplina filológica, como una rama de la filología y es aún cultivado muy especialmente por filólogos, como Meyer-Lübke y Menéndez Pidal. Ambas disciplinas se completan y ayudan mutuamente.

3.º Es especialmente importante el folk-lore para el estudio de las *religiones*. Hemos indicado que muchas leyendas fueron antes mitos, y como muchos usos y costumbres tienen un origen ritual y mágico. En los países cristianos, el folk-lore conserva muchas supervivencias de las antiguas religiones paganas; las antiguas mitologías germánicas, eslavas y celtas fueron reconstruidas principalmente gracias al folk-lore.

De aquí la importancia de la *interpretación de los mitos*, para la que hay varias escuelas, de las que, las principales son: la histórica o *evhemerista*, según la cual los mitos representan hechos históricos desfigurados por la imaginación popular; fué seguida por algunos filósofos antiguos paganos y cristianos. La *simbólica* fundada por el alemán Creuzer, que sostiene que los mitos y leyendas son símbolos con que los sacerdotes sabios de Oriente envolvieron sus ideas metafísicas y morales para asegu-

rar su conservación. La *filológica* de Kuhn y Max Müller, que dice que provienen de juegos de palabras, metáforas y nombres personificados. La *antropológica* de los Grimm y Lang, que dice que son frutos espontáneos del genio popular que tienen su origen en el animismo, el totemismo, etc. La *astral* de Winckler que dice que todos los mitos son de origen caldeo y se refieren a los movimientos de los astros. Todas ellas tienen algún fundamento; pero hoy la que suele seguirse es la antropológica, modificada en diferentes sentidos por la escuela sociológica francesa de Durckheim y la escuela histórico-cultural alemana de Froebenius.

4.º Por último, el folk-lore sirve para aclarar muchos puntos dudosos de las fuentes escritas.

VIII

El estudio de los restos

1. La Antropología.—La antropología es la ciencia que estudia el cuerpo humano en sus formas y caracteres externos. En el estudio de estos caracteres se funda la clasificación de las variedades de la especie humana llamadas *razas*; de aquí la íntima relación de la antropología con otra de las ciencias auxiliares de la historia; la etnología que trata de las razas y los pueblos. La antropología es una de las ciencias naturales y se halla en este sentido en dependencia respecto de la Anatomía y la Fisiología humanas.

En relación con las fuentes de la historia, la antropología sirve para el estudio de los restos humanos, y tiene una importancia particular en la prehistoria.

a) Fundadas en el estudio de las formas exteriores del cuerpo humano, hay otras varias ciencias. Es importante conocer aquellas que tratan de determinar el carácter y las tendencias de los individuos y de los pueblos, y aun su porvenir por la inspección de los caracteres antropológicos; son estas: la *fiatognomía*, de origen muy antiguo, sistematizada por Cardán, Porta, y renovada en parte por la escuela de Lombroso; la *quironomía* que estudia las formas y las rayas de la mano, cultivada como ciencia adivinatoria por los gitanos (tsiganes, singares, bohemos) y por adivinos como Desbarrolles y Mime, de Tebes, y que ha entrado en una fase científica con Vaschide; la *metoposcopia*, que estudia las formas y arrugas de la frente, estudiada por Cardán; la *fronología*, que estudia el carácter en las formas del cráneo que revelan el desarrollo de las localizaciones cerebrales, ciencia creada por Gall, continuada por Spurzheim e importada en España por Cubi, que alcanzó un enorme éxito.

2. Historia de la Antropología.—Fuera de los precedentes mencionados, la antropología es una ciencia moderna, iniciada

por Cuvier y desarrollada principalmente por los científicos positivistas de la escuela de Darwin, como Huxley y Haeckel. Son en ella ilustres los nombres de Blumenbach, Retzius, Broca, Quatrefages, Topinard, Camper, y modernamente von Luschan, Deniker y otros muchos.

En España se han distinguido Olóriz, Antón, Hoyos y Aranzadi.

Se han discutido numerosos problemas, como el del origen del hombre, de que trataremos; el de la determinación de la mentalidad por los caracteres externos, como el famoso ángulo facial, el volumen del cráneo y otros hoy deshechados; la clasificación de las razas, etc.

3. El origen del hombre.—El más discutido de los problemas antropológicos es el del origen de la especie humana. Hay dos opiniones fundamentales: la *creacionista* y la *evolucionista*.

La teoría creacionista, fundada en los libros sagrados, supone que el hombre fué creado directamente por Dios, en toda la perfección de su naturaleza, y que de la primitivamente creada descienden todos los hombres. Atacada violentamente esta hipótesis por los polemistas darwinianos, muchos teólogos y filósofos cristianos la abandonaron, interpretando la Biblia en sentido evolucionista.

La teoría evolucionista proviene principalmente del naturalista inglés Carlos Darwin, que le dió nombre. Supone que el hombre, sujeto como todos los seres vivos a la ley de la evolución biológica, desciende de una especie inferior (de monos antropoides) que se fué perfeccionando. Según esta teoría, la vida se manifestó primeramente en organismos muy sencillos, unicelulares (*zoofitos*, *protozoos*) y obedeciendo a las leyes de la *herencia*, de la *adaptación al medio* y de la *selección natural* (supervivencia de los más aptos), fué constituyendo organismos más complejos (*colonias celulares*), en los cuales se fueron especializando las funciones en el sentido de una mayor variedad y una mayor coordinación. Por adaptación a diferentes condiciones de medio, se forman diferentes especies animales y vegetales, y dentro de cada especie, las causas de transformación originan variedades que con el tiempo pueden llegar a constituir nuevas especies. Las especies por lo tanto descienden unas de otras, y el hombre no es más que el término actual de una gran cadena, cuyos eslabones tratan de determinar los naturalistas. Esta teoría llegó a ser aceptada por la inmensa mayoría de los hombres de ciencia; pero hoy es muy combatida, principalmente por los biólogos alemanes, que invocan contra ella principalmente los descubrimientos de Mendel acerca de la herencia. En efecto: la teoría darwiniana se funda en la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos (es decir que los caracteres no heredados, sino adquiridos por cada ser

por adaptación al medio, se transmiten a sus descendientes) y los descubrimientos de Mendel parecen demostrar que los caracteres adquiridos no se transmiten. Hoy día, el darwinismo ya no es, como hace algunos años un *dogma científico*.

Otra cuestión que se discute es si la especie humana proviene de una sola pareja o de un pequeño grupo, en un solo lugar de la tierra (*monogenismo*) o si se originó a la vez o en distintas épocas, en lugares distintos (*poligenismo*). Ni una ni otra pueden probarse científicamente. Sostuvieron el poligenismo Agassir, Sergi y otros antropólogos. Sergi le da tres orígenes: el *homo europæus* o *primigenus* del que descenderían las razas prehistóricas europeas (Neanderthal, Heidelberg, etc.) el *homo afer*, del que descenderían los Cro-Magnon y las razas morenas mediterráneas, y el *homo asiáticus*, del que vendrían los mogoles y nórdicos.

4. Clasificación de las razas.—Se han hecho varias clasificaciones de las razas humanas. La más extendida es la de Blumenbach, que reconoce tres razas extremas: la *blanca*, *caucásica* o *central*, la *amarilla mongólica* u *oriental* y la *negra etiópica* o *meridional*, y dos intermedias: la *roja*, *americana* u *occidental*, mixta de amarilla y blanca, y la *acelunada*, *malaya* u *oceánica*, mixta de amarilla y negra.

Hoy la más seguida es la que distingue diez razas principales: 1.^a *Caucásica* o *blanca*, dividida en tres principales: la *nórdica* o *rubia*, dolicocefala y de estatura alta, que ocupa el N y C de Europa; la *mediterránea*, morena y dolicocefala, que se extiende por las costas del Mediterráneo, Asia anterior, Arabia, Irán e India; y la *alpina* o *celta* de tipo intermedio, en el C y W de Europa.

2.^a *Mongólica* o *amarilla* dividida en tipo *mogol*, *turco*, *manchú*, *chino* y *malayo* (de la Malasia).

3.^a *Austrásica*, que comprende los munda-khol (India), mon-khmer (Indochina), hovas (Madagascar), melanesios y polinesios. Se divide en tipo *indnesio* y tipo *polinesio* y el color es pardo.

4.^a *Papúa-melanesia*; en Melanesia, Nueva Guinea, Micronesia, Andamán y Filipinas. Piel de color negruzco.

5.^a *Austral*, en Australia y algunos otros puntos. Color pardo o negro.

6.^a *Dravídiana*, en el Dekkan (India); de color muy oscuro, dolicocefala y formas como las de los blancos.

7.^a *Africana primitiva* de color amarillo, dividida en dos tipos: *Pigmeos* y *Bosquimanos* y *hotentotes*.

8.^a *Negra*, en Africa.

9.^a *Americana*, de color pardo rojizo.

10.^a *Polar*, dividida en tipo *esquimal* de color gris y *paleoasiático* de color tostado.

a) Deniker hace para Europa otras clasificaciones que son: 1.^a *Tipo rubio*: a) Dolicocefalo y alto (europeos del N); b) braquicefalo y bajo (rusos blancos, lituanos, fineses).— 2.^a *Tipo muy moreno*: a) Dolicocefalo bajo (España, Corcega, Cerdeña, Sicilia); b) braquicefalo bajo (eslavo-eslavos).— 3.^a *Tipo moreno*: a) dolicocefalo y alto (atlántico-mediterráneos); b) braquicefalo y alto (dináricos, ladinos, polacos, rutenos).

5. Caracteres antropológicos.—Los caracteres externos en que se funda el estudio antropológico, podemos decir que son de dos clases: de *forma* y de *color*. Los caracteres de forma se refieren a la *conformación* del cráneo y de la cara, la estatura y otras medidas, y la calidad del pelo; los de color a la *pigmentación* de la piel del pelo y de los ojos.

Caracteres de forma. Se aprecian generalmente por medio de medidas (*diámetros*) y relaciones de medidas (*índices*). Las principales medidas de la cabeza (*Cranimetría*) son: el diámetro *antero-posterior* y *transversal* del cráneo, la *altura* de este y su *volumen*; y en la cara, su *altura* y los diámetros *bicigomático* (de los pómulos) y *bigoniaco* (del maxilar), y los dos diámetros *nasales*.

a) Los diámetros del cráneo se toman generalmente con el *compás de Broca*, de ramas curvas. El antero-posterior se toma desde el medio de la frente al punto más saliente de la parte posterior del cráneo; el transversal buscando la mayor anchura encima de las orejas (cresta del temporal). La altura del rostro, desde el *naso* (arreglo de la nariz) a la parte inferior de la barbilla; el bicigomático, entre los puntos más salientes del arco cigomático, que une el pómulo con el temporal; el bigoniaco entre los dos *gomóns* o vértices de los ángulos del maxilar inferior. Los nasales se toman, el vertical, desde el *naso* al punto *subnasal* (viene a coincidir con el punto en que el tabique central se une al labio superior); y el transversal por la parte más ancha. Estas medidas no son exactas más que en la calavera. En el individuo vivo no lo son.

Los índices del cráneo son: *índice cefálico*, por el cual se dividen los hombres en *dolicocefalos* o de cráneo alargado y *braquicefalos* o de cráneo corto; el *índice facial*, por el que se dividen en *leptoprosopos* o de cara larga y *microprosopos* o de cara corta; y el *índice nasal*, que los divide en *leptorrinos* o de nariz larga y *platirrinos* o de nariz aplastada.

b) El índice cefálico la relación matemática entre el diámetro antero-posterior y el transversal del cráneo. Se halla multiplicando al menor por 100 y dividiéndolo por el mayor; si el cociente es menor que 75, el individuo es dolicocefalo, si es mayor, braquicefalo.—El facial es la relación de la altura del rostro y el diámetro bicigomático, y el nasal entre el vertical y el horizontal de la nariz. Se hallan como el cefálico.

Desde Retzius se dió a las medidas craneanas una importancia exagerada, pensando que bastaban para determinar las razas; hoy se atiende más al conjunto de los caracteres físicos. Ahora bien, este conjunto no se puede observar más que en el hombre actual; los restos *históricos* del hombre son casi exclusivamente huesos (excepto en los pueblos que embalsamaban los cadáveres) y

por lo tanto en la mayoría de los casos, cuando se trata del hombre antiguo, hay que atenerse a la craneometría.

Las medidas del cuerpo son: la *talla* o estatura (*talla total*), la *talla del busto*, y la *braza*, y también el *perímetro torácico*.

c) La *talla total* se toma como para el servicio militar; la del *busto*, sentado; la *braza* es la longitud que hay desde el extremo de un dedo mayor al del otro, con los brazos en cruz. El *perímetro torácico* es la circunferencia del tronco tomada debajo de los brazos.

Algunos aprecian la relación entre la estatura y la braza, dividiendo los hombres en *megaskeles*, que tienen la estatura mayor que la braza y *braquisqueles* que la tienen igual o menor. La relación entre la talla y el perímetro torácico da el llamado *índice de robustez*.

Carácteres de color. La piel puede ser *blanca*, *amarilla*, *parda* y *negra*, teniendo cada una infinitas variedades las principales de las cuales en la blanca son: *blanco rosado*, *blanco pálido*, *moreno* y *muy moreno*.

Los ojos pueden ser *claros* (azules y grises), *medios* (verdes) y *oscuros* (castaños y negros).

El pelo puede ser *rubio ceniza*, *rubio rojizo*, *castaño* y *negro*.

En el pelo, hay que tener en cuenta su calidad (*crespo*, *ondeado liso*) abundancia (*espeso* o *ralo*) y longitud. Estos caracteres tienen una gran importancia que también fué exagerada por Huxley y Haeckel.

6. La Antropología en la investigación histórica.—Los datos antropológicos nos enseñan la extensión y relaciones de las razas y de los pueblos, la agrupación y distribución de la población, a veces el género de vida, los ritos y ceremonias funerarias y posiblemente, las creencias religiosas relacionadas con ellos. Bernheim habla de una *Antropología política* que aplica los conocimientos antropológicos a la historia.

a) Es interesante la disposición de los enterramientos, en los cuales unas veces se disponen los cuerpos estirados, y otros encogidos acaso para impedir que el muerto salga de su tumba a dañar a los vivos.—También la posición: los musulmanes son enterrados mirando hacia la Kaaba.—Algunos pueblos exponían los muertos a las aves de rapaña, o descarnaban el esqueleto antes de enterrarlo y a veces lo pintaban o teñían antes.—Otras veces aparecen cráneos trepanados, ya sea para facilitar la salida del alma, ya para guardar un pedazo de cráneo como amuleto.—Otros pueblos deforman el cráneo en vida, o se liman o arrancan dientes, etcétera.—Todo esto lo aprecia la Antropología.

7. La Arqueología—Es la ciencia auxiliar de la historia que

estudia los objetos antiguos artificiales, o sea los productos del arte y de la industria humanas.

La arqueología tiene una estrecha relación con la *historia del arte*, pero no deben ser confundidas. Ambas se valen en partes de los mismos materiales (en parte, porque a la historia del arte solo le interesan las obras artísticas, o bellas, y a la arqueología le interesan principalmente *las cosas mismas* y su empleo, y a la historia del arte le interesa principalmente la evolución del gusto y de la técnica artística; la vida de los artistas, etc. es decir a la historia del arte le interesa el elemento *espiritual*, a la arqueología, el *material*).

El campo de la arqueología es vastísimo, como que muchas otras ciencias auxiliares de la historia están en realidad comprendidas en ella, como la *epigrafía*, la *numismática*, la *heraldica*, la *simbólica*, la *iconología*. Por lo tanto, no podremos hacer aquí más que ligeras indicaciones.

8. Historia de la Arqueología.—Los estudios arqueológicos empiezan en el Renacimiento, gracias al interés que despertaron los restos de la antigüedad clásica. Empezó por mero coleccionismo, y se dice que fué el poeta italiano Francisco Petrarca uno de los que empezaron a coleccionar objetos antiguos. Después se empezó a estudiarlos, y los principales progresos en este estudio se debe a los partidarios de la historia erudita, como Mabillon, Muratori y otros, a lo que contribuyó la creación de la *Academia de Inscripciones* de París. Así se constituyó la arqueología *clásica*. La *oriental* es más moderna; data principalmente de los descubrimientos de Champollión en Egipto y de los trabajos de sociedades como la *Asiática* de Calcutta (India). La arqueología medioeval se desarrolló mucho en la época romántica y después con los trabajos de Viollet-le-Duc y Ruskin. Por fin, Boucher de Perthes creó la arqueología *prehistórica*.

9. División de la Arqueología—La arqueología sigue, por lo general la división de las *artes* (o sea de las actividades creadoras de objetos, que sirven para el servicio o el recreo de los hombres). Las artes suelen dividirse en *bellas* y *útiles*, por más que esta división no es acertada, pues las artes pueden ser a la vez bellas y útiles; sin embargo, habrá que aceptarla para dividir de algún modo la materia.

a) Lo acertado sería dividirlas por las *necesidades* humanas que satisfacen (habitación, mobiliario, adorno, vestido, etc) criterio seguido por la etnografía, considerando además que el arte suele ir unido a toda clase de objetos, o por el *material* que emplean (piedra, barro, madera, metal, etc); o por otra característica importante. Pero no hay clasificación que no presente dificultades, y por eso seguimos la tradicional.

Se consideran generalmente como *bellas artes*, la *Arquitectura*, la *Escultura* y la *Pintura* (artes plásticas) y la *música* en la cual corresponde estudiar a la arqueología, los *instrumentos musicales*.

Como artes *útiles* (algunos les llaman *industriales* y otros *suntuarias* y no todas son meramente útiles, sino también de adorno, por lo que es mejor llamarles *artes menores*) se consideran: la *cerámica*, *vidriería*, *orfebrería*, *esmalte*, *broncearía*, *herrería*, *mobiliario*, *tejido* y las con ella relacionadas (*bordado*, *encaje*), *cueros*, *indumentaria*, y como ramas que se han hecho independientes: la *numismática*, la *sigilografía* (que se estudia con la diplomática) y la *epigrafía* (relacionada con la arquitectura).

Ramas especiales de la *arqueología* son la *simbología*, la *iconología* y la *heráldica*.

10. Breves nociones de Arqueología.—En la *Arquitectura* hay que estudiar los *estilos* y la *época* de los edificios, su *destino* (templos, palacios, monumentos, sepulcros, casas, etc.), el *sistema de construcción* y la *ornamentación*.

Los *elementos arquitectónicos* fundamentales son: el *basamento* sobre el que se levanta el edificio, lo que sustenta, que son las *paredes* o *muros* y las *columnas*, y lo que es sustentado, o que cubre el edificio, que puede ser *techumbre* o *bóveda*; los huecos, o sea las *puertas* y *ventanas*. En las paredes hay que atender al *aparejo*, que puede ser de piedra (*mampostería*, *sillería*, etc.), ladrillo, adobes, madera, etc. En las columnas hay que distinguir la *basa*, el *fuste* y el *capitel*, y por la forma del fuste pueden ser *redondas*, *poligonales*, *cilíndricas*, *cónicas*, *panzudas*, *salomónicas*, *acanaladas*, etc. La cubierta puede ser plana (que caracteriza la *arquitectura adintelada*) o curva o de bóveda de piedra (*arquitectura de arco*). La bóveda puede ser de *medio cañón*, de *cuarto de cañón*, de *cruceira*, *cúpula* o *casarón*. Las puertas y ventanas pueden ser de *dintel* y de *arco*, *sencillas*, *geminadas* o *múltiples*.

La ornamentación puede ser *geométrica* (*molduras*, *grecas*, *ovas*, *triglifos*, etc.), *vegetal* (llamada también a veces *fitaria*), *animal* (*zodaria*) y de escenas (*historiada*).

Los estilos, en Occidente, son principalmente: estilos *clásicos*: *griego* (arquitectura adintelada, sobre basamento, caracterizada por los *peristilos* [galerías de columnas], y el coronamiento con *arquitraque*, *friso*, *cornisa* y *frontón* triangular. Se divide en tres órdenes: *dórico*, *jónico* y *corintio*) y *romano* (que junta la arquitectura adintelada con la de arco de *medio punto*, y tiene dos órdenes: *toscano* y *compuesto*).—Estilo *bizantino*, con gran desarrollo de la cúpula, arco de medio punto, decorado de mosaicos, pintura etc.—Estilo *románico* (el más importante en Galicia): arcos de medio punto, bóvedas de medio cañón, columnas agrupadas, decoración escultórica muy variada, formas robustas.—Estilo *ogival*, origina-

rio de Francia: arco apuntado, bóvedas de crucería con nervaduras (*ojivas*), largos ventanales, botareles, formas aéreas y elegantes.—Estilo *renacimiento*, vuelta a las formas clásicas, a veces combinados con las ojivales.—Estilo *barroco*, combinaciones nuevas con las formas clásicas, arcos de medio punto y dinteles y frontones, bóvedas de medio cañón, de crucería y cúpulas, columnas y pilastras; formas primero sencillas, después profusamente adornadas, con uso de la columna panzuda, salomónica y en balaustra (muy importante en Galicia).—Estilo *neoclásico*, vuelta a las formas simples del primer barroco, con mayor clasicismo; reacción contra las formas confusas del barroco final.—Estilos *modernos*, sin orientación definida.

En España es también importante el estilo *drabe*: columnas exentas y delgadas, arcos de medio punto, lobulados, de herradura, angulares; empleo del ladrillo, decoración en estuco y azulejos, arabescos, alicatados, lacerías. Originó otros dos: el *mozdrabe* (del que hay muestras en Galicia) y el *mudéjar* (abundante en Andalucía).

En la *Escultura* hay que tener en cuenta el *material* (piedra, barro, metal, cera, madera, etc.), el *procedimiento* (esculpido, modelado, vaciado, talla, etc.) y las *formas* (bajo o altorrelieve, etcétera). Los *estilos* vienen a considerarse los mismos que en la arquitectura. Tienen gran valor las esculturas egipcias, indias, griegas, romanas y del Renacimiento italiano. Es muy importante la escultura española en madera de la época barroca. En Galicia son notables las esculturas románicas del Pórtico de la Gloria de Santiago y los escultores Moure y Gregorio Hernández.

En la *pintura*, nos fijaremos en el *material* (pintura mural, en tabla, en lienzo, en cobre, en cristal, en papel, etc.), en el *procedimiento* (al temple, al óleo, al fresco, al encausto, a la aguada, a la acuarela, etc.); en el *género* (pintura religiosa, de historia, mitológica, de batallas, de género, bodegones, naturaleza muerta, paisaje, desnudo, animales, flores, etc.); y en el *estilo*. Los europeos prehistóricos dejaron magníficas obras de pintura mural (Cueva de Altamira, en Santander); los griegos y romanos emplearon principalmente la pintura mural al fresco; es notable la pintura *bizantina*, de figuras sobre fondo de oro; en ellos se inspiraron los *primitivos* de la época gótica; en el Renacimiento nacieron las escuelas italianas (*florentina, sienesa, boloñesa, veneciana*) y la *flamenca*; en el XVII, la mejor es la *española* (Ribera, Velázquez, Murillo, Zurbarán, etc.) y en la flamenca Rubens y Rembrandt; en el XVIII, la *inglesa*; en el XIX las escuelas *francesas* (impresionistas, postimpresionistas, cubistas), en el XX, los *alemanes* (expresionistas, neorealistas).

Con la pintura se relaciona el *grabado* (en madera, en cobre en acero, al agua-fuerte, en linoleón, etc.); el *mosaico*, cuadros hechos con pequeñas piezas de colores (los mejores, los romanos y los bizantinos) y el *esmalte*, colores fundidos sobre una plancha

de metal (parece inventado por los celtas; los mejores los irlandeses y los franceses de la Edad Media), y aún el *bordado* (especie de mosaico a la aguja) y la *tapicería* (cuadros tejidos).

La *cerámica* es el arte de las vasijas de barro, muy desarrollado desde el neolítico. Por la *materia*, puede ser de *tierra cocida*, de *loza*, de *gres* y de *porcelana*. Por la decoración, puede ser *moldada*, *incisa*, *pintada*, *dorada*, *barnizada* (con barniz *vitrificado* o *sin vitrificar*) y *esmaltada* (con esmalte *crudo* o *cocido*). Quienes llevaron más adelante este arte fueron los chinos, cuyas magníficas porcelanas tanto se admiran. También tienen fama las cerámicas griegas y etruscas. En España son notables las cerámicas *prehistóricas* (Ciempozuelos, los Millares), la cerámica *ibérica* pintada, y más tarde la *hispano-morisca*, con sus azulejos y platos con reflejos metálicos. En el siglo XVIII se desarrolló mucho con las fábricas de Sévres, Sajonia, Delft, el Retiro, etc., y en Galicia se fundó la de Sargadelos. La *vidrería* es industria inventada en Oriente (Egipto, Asiria); fué traída por los fenicios y cultivada por los romanos. Adquirieron gran fama los vasos venecianos, y más tarde los de Bohemia.

La *orfebrería* comprende los trabajos en oro y plata, que empiezan en el neolítico. Hay distintas clases de trabajo: *fundido*, *cinzelado*, *repujado*, *damasquinado*, *filigrana*, etc. La orfebrería prehistórica es muy importante en Galicia: se conservan *torques*, *brazaletes*, *arracudas* y otras piezas notables de aquél tiempo.

a) Es notable la Colección Blanco-Cisneros, de Santiago, en poder de los herederos de aquel coleccionista, que reunió soberbias joyas gallegas de la Edad del Hierro. Tienen nombre los tesoros de la Recaldeira, A Golaia, A Urdineira, Castro Recouso, etc. Aun así estos hallazgos hayan influido en las leyendas de *tesoros encantados*, tan extendidas en Galicia y de las cuales da noticia el grimorio mágico llamado *Cipriantillo*.

En obras de *bronce* y *hierro*, hay que tener en cuenta las *armas*, que se relacionan con la indumentaria (armas *ofensivas*: puñales, espadas, lanzas, alabardas, bisarmas, etc., flechas; armas *defensivas*: casco, coraza, armadura, escudo, etc.), los *utensilios* (de trabajo, de cocina, de casa, etc.), las *rejas* que se relacionan con la arquitectura, etc.

El *mobiliario* comprende obras en distintas materias, especialmente *madera*, *marfil*, *metal*, etc. Lo suelen dividir en *litúrgico* o de iglesia (altares, retablos, antipediums, credencias, cruces, custodias, candeleros, incensarios, portapaces, cálices, pilas, cántaras, silleras de oro, campanas, órganos, libros, etc.) y *profano* (mesas, sillas, camas, arcas, etc.). También entran en él los *instrumentos musicales*. Los estilos vienen a ser los de la arquitectura: *románico*, *gótico*, *renacimiento*, *barroco*, *rococó*, *Imperio*, *moderno*.

El *tejido* puede ser de *lino* (lienzo, estopa), de *lana*, de *seda* o de *algodón*. Se distingue la *estofa*, el *brocado*, el *brocatel*, el *da-*

masco, los *terciopelos*, el *tafetán*, el *cedal*, etc. Donde más progresó este arte fué en Oriente, en Occidente no se hizo más que imitar. Los *tapices*, telas decorativas, pueden ser bordados o tejidos; también es arte oriental, pero en Occidente se produjeron muy hermosos tapices en Flandes, Francia (Gobelinos) y España (el Retiro). En cambio el *encaje* produjo mejores obras en Europa: Venecia, Países Bajos, Francia.

Los trabajos en *cuero* se desarrollaron mucho en España, por los árabes (*guadamects*, *cordobanes*).

11. La Indumentaria.—La indumentaria estudia el traje, el adorno y las insignias, y algunos incluyen en ella el armamento. Los trajes pueden ser *sagrados* (vestiduras sacerdotales) y profanos que se dividen en *civiles* (en los que se distinguen los *oficiales*, los de *ceremonia* y los *usuales*) y *militares*.

En Asia hubo siempre tendencia al traje *talár* (hasta los piés) y a llevar la cabeza cubierta (*mítira*, *turbante*); pero se usan y usaron trajes muy variados en los distintos pueblos.

En los griegos era el traje bastante uniforme; fundamentalmente se componía en los hombres de una túnica llamada *kiton* y un manto llamado *himation*; la cabeza solo se cubría en caso de necesidad con el *pileo* o el *petaso*, y calzaban sandalias (*crépida*, *coturno*). Las mujeres llevaban *túnica* larga, *peplo*, (túnica corta, encima de la otra) e *himation*.

Los romanos llevaban ropa interior (*indutus*) y exterior (*amictus*). Esta consistía en una *linica* con cinturón (*cingulum*) y *toga* en la que se envolvían. De calzado usaban la *solea*, la *caliga* y el *coturno*. Las mujeres llevaban una túnica llamada *stola* y un manto llamado *palla*.

Los celtas y germanos usaban túnica corta, pantalón largo (*bragas*) y manto con capucha (*cucullus*) o sin ella (*sagum*). De ellos tomaron los romanos estas prendas como de los persas las mangas. Por influencia oriental usaron bordados y adornos de varias clases.

Los trajes bizantinos eran suntuosos, llenos de bordados en oro y sodas y piedras preciosas y de telas orientales magníficas.

En la Edad Media se usó mucho la vestidura talár y el manto; pero también la túnica corta (*striges*, *bordq*, *aljuba*, *brial*) y las bragas ajustadas a las piernas con correas, y después las *calzas*. El calzado era cerrado *borceguí*, *chapín* y en la cabeza llevaban gorros, sombreros, turbantes, etc. Las mujeres usaron modas muy extrañas, algunas de gran belleza.

El Renacimiento fué la época de mayor lujo en los trajes europeos, especialmente en los hombres. Llevaban *jubones* y *justillos*, mangas abullonadas, gabanes y *tabardos* forrados de pieles, *regüescos* y calzas. Zapatos muy anchos y gorras *bíretes* adornados con plumas; usaban *gorgueras* de encajes o de lienzo rizado.

Las mujeres trajes muy rígidos y faldas ahuecadas. Los hombres llevaban barba y pelo corto (en la Edad Media habían ido afeitados y con el pelo largo).

En el siglo XVII se introdujo el gran sombrero con plumas (*chambergo*) el calzón corto, las grandes botas de campana, la capa larga, los adornos de hebillas y lazos, gorguera o gran cuello de encajes, pelo largo por los hombros, bigote y perilla. Las mujeres volvieron a llevar escotes.

En el XVIII aparecen los elementos del traje moderno: camisa con *chorrera*, *chuca*, *casaca*, calzón corto, sombrero *de tres picos*, rostro rasurado, peluca que al final fué empolvada. También las señoras se empolvaban el pelo y usaban mucho escote, cofias, delantales, y sombreros. Con la Revolución francesa aparece el *frac* y la *chistera* (sombrero de copa alta) y con el Imperio el pantalón largo, primero muy ajustado. Modernamente, el traje no ha tenido más variación que la sustitución cada día mayor de las prendas largas (*levita*, *frac*, *chaquet*) por la *americana*, y la vuelta al *chambergo*.

Los accesorios son: el *collar*, el *brazalete*, el *anillo*, las *fibulas*, y *alfileres*, los *pendientes*, los *medallones* y *pectorales*, la *corona*, el *etro*, el *bastón*, el *parasol* y el *abanico*.

En cuanto a la indumentaria sacra, las vestiduras sacerdotales suelen ser casi siempre blancas (*druidas*, *hierofantes*, *levitas*, *presbíteros*). El traje sacerdotal cristiano usual es talar (*sotana* y *manteo*) y en los regulares se compone de *túnica*, *escapulario*, *cingulo* y *coquilla*. Para el culto, los diáconos usan *amito*, *alba*, *sobrepelliz* o *roquete*, *cingulo*, *manípulo*, *estola* y *dalmática*; los presbíteros, en vez de la dalmática, llevan *casulla* o *capa pluvial*; los obispos, la *mitra*, *guantes*, *sandalias*, *pectoral*, *anillo* y *báculo*; los arzobispos, el *pallo*; los patriarcas, la *crúz patriarcal*, y el *papa* la *tiara* y los *flabellos*.

IX

Otras ciencias arqueológicas

1. **La epigrafía.**—Es la ciencia auxiliar de la historia que estudia las *inscripciones* grabadas en materiales duros. La ciencia que estudia los caracteres en que están escritas y enseña a descifrarlas, se llama *paleografía epigráfica*. La epigrafía es pues una

especie de transición entre la arqueología y las ciencias del documento (diplomática, paleografía).

Tiene una gran importancia para el estudio de la historia, pues las inscripciones tienen el valor de documentos escritos, y por ellas pueden resolverse muchos problemas cronológicos e históricos.

2. Historia de la epigrafía.—Como las demás ciencias auxiliares, comienza en el Renacimiento y le dió impulso más tarde la fundación de la Academia de Inscripciones de París. La epigrafía fué la que dió lugar a que se estudiaran muchas escrituras desconocidas, y dió la clave para descifrar los jeroglíficos egipcios (piedra de Roseta) y los caracteres cuneiformes (roca de Behistun).

En España la cultivaron en el siglo XVI Gaspar de Castro, Luís de Lucena, Armengol, Antonio Agustín, Ambrosio de Morales, Zurita, en el XVII Vázquez Silvela y Rodrigo Caro; en el XVIII Martí Velázquez, Masdeu, Flórez, Risco; en el XIX, Ceán Bermúdez, Berlanga, Hübner, el P. Fita y Fernández Guerra.

En Galicia, los Boán, Riobóo, Cornide, Sarmiento y moderadamente, Vereá y Aguiar, Barros Sibeló, Vázquez Núñez, Macías, etc.

En Portugal empieza en el XVI con Andrés Resende. En el XVIII trabaja la Academia Real de Ciencias de Lisboa, y moderadamente, Somorenho, Estacio da Veiga y otros muchos.

3. Clases de inscripciones.—Por la materia en que están escritas, pueden ser sobre *piedra*, ya sea en la roca, ya en piedras preparadas, en *metal*, en *barro*, o en otras materias como *hueso*, *marfil* etc (epígrafes menores).

Por su contenido son: *religiosas* (divididas en *votivas*, *dedicatorias* y *sacras*); *jurídicas* (*legales*, *decretorias*, *contractuales*), *públicas* o *monumentales* colocadas en monumentos y edificios; *históricas* o *conmemorativas* de un hecho; *honoríficas*, en honor de un personaje; *funerarias* o *sepulcrales* y *comunes*.

Las inscripciones se clasifican además por el idioma en que están escritas (epigrafía *ibérica*, *griega*, *latina*, etc.) Históricamente, se dividen por épocas (epigrafía *griega*, *latina*, *medieval*, *moderna*).

4. Caracteres y estudio de las inscripciones.—En el estudio de las inscripciones hay que tener en cuenta, además de los caracteres de *materia* y *lugar* en que se encuentran, los de la *letra*, *abreviaturas*, *siglas* y *signos* convencionales (que estudia la *paleografía epigráfica*), los del *idioma* y las *fórmulas* de redacción, que varían en las distintas épocas y pueblos y según la clase de inscripciones.

5. Historia de las inscripciones — Estudiaremos solo las occidentales, y especialmente las de la Península Ibérica.

Se han interpretado como inscripciones (probablemente ideográficas, véase cap. X, II) ciertas insculturas prehistóricas que contienen pequeños hoyos hechos en la roca (*cazoletas, coupoles, covinhus, buraquifñas*). Los hallazgos de Glozel, de ser auténticos, probarían la existencia de un alfabeto paleográfico en el Occidente en los tiempos neolíticos. Sus caracteres se asemejan a los ibéricos y rúnicos.

En el N de Europa aparecen las inscripciones *rúnicas*, en los países escandinavos, germánicos y célticos, casi todas al parecer, de época bastante baja. Los caracteres rúnicos pertenecen a la escritura occidental y se asemejan a los del alfabeto llamado ibérico. En los países célticos aparecen también las inscripciones llamadas *ógmicas* u *oghánicas*, alfabeto compuesto de puntos y rayas, cuya invención atribuye la leyenda al dios céltico *Oghma* (el Hércules céltico) y que algunos consideran derivada de la de cazoletas. También son de época baja.

Vienen después las inscripciones *griegas*, que llegan a la Península, donde las hay desde el siglo III a J. C. hasta el VI de la E. C. Las inscripciones *fenicias* que aquí se encuentran son todas de origen cartaginés.

Las inscripciones *ibéricas*, recogidas por Hübner (que son 76) y aparecidas después, se leen, pero no han sido traducidas.

Es importante la epigrafía *romana*, muy variada y numerosa. La Academia de Berlín recogió muchísima en el *Corpus Inscriptionum Latinarum*; las de España fueron estudiadas por Hübner, el P. Fita y otros; las de Galicia por Barros Sibeló, Vázquez Núñez, etc.

En las inscripciones latinas se emplea la *letra capital*, ya cuadrada, ya rústica; las palabras se separan con *interpunciones* (puntos o figuritas), la *ortografía*, cuidada desde Augusto a Trajano, contiene después numerosos errores, que a veces son constantes, y la puntuación se omite; emplean numerosas *abreviaturas* sin regla fija: primeras letras de una palabra, inicial y final, *siglas* (una sola letra) y *monogramas* (enlaces de letras).

a) Ejemplos: I.^o AVG=augustus, COS=cónsul, AED=andilis, —J.^o MS=manibus, XPO=Crísto, —3.^o A=annum, C=Cafus, P=titus, P. P.=pater patriae, M. P.=milla passibus, I. O. M.=Jovi Optimo Maximo.

El *formulismo* varía según la clase de inscripciones: las *votivas* suelen llevar el nombre del dios en dativo, el nombre del donante y después las siglas: V. S. L. M. = *votum solvit libens merito* (cumplió su voto gustoso). Si es un *ara* suele llevar A. P. *ara posita* o A. F. *ara facta*. Las *funerarias* llevan el nombre del muerto y la expresión H. S. E. *hic situs est* (aquí yace) o comien-

zan con una dedicación: D. M. S. *diis manibus sacrum* (a los dioses manes), o lleva también el nombre del dedicante. Los *miliarios* llevan el nombre y títulos del emperador, la indicación de la construcción o reparación del camino, y la indicación de la distancia.

En cuanto a los nombres de personas, usaban tres: *praenomen* (nombre propio) que se suele expresar en sigla, *nomen* (nombre de la *gens* o estirpe) y *cognomen* (nombre de familia) y a veces también el *agnomen* o sobrenombre. A veces ponían también la tribu. Los títulos pueden ser *honoríficos*: V. C. *vir clarissimus*, V. E. *vir egregius*, o de cargo: COS = *consul*, PR *pretor*, LEG *legatus*, II VIR *duumvir*, IMP *imperator*. Los emperadores llevaban los títulos de *Divus* (divino) y P. P. *pater patriae* y otros especiales tomados de sus victorias *Dacicus*, *Partiricus*, *Germanicus*.

La epigrafía llamada *romano-cristiana* dura hasta el siglo VII y sigue aproximadamente las formas de la pagana, salvo las invocaciones, nombres y títulos, que varían. Hacia fines del siglo IV, el artista Furio Dionisio Filocalo crea la letra llamada *damasiana* (del nombre del Papa gallego San Dámaso). En las fórmulas aparecen las *aclamaciones*: *Pax tecum*, *Vivas in Deo*, *Pete pro uobis*, que duran hasta el siglo VI. La fórmula funeraria es: *recessit in pace, requiescit, hic positus est*, y desde el siglo V *hic jacet*. Antes de Constantino había también los *elogios*: *filio dulcissimo*, *mirae sanctitatis*, *imcomparabilis*. En los nombres, desde el siglo IV aparecen los *cognomen* en *antius*, *erius*, *atus*, como *Exuperantius*, *Refrigerius*, *Renatus*, y se usan los títulos de cargo eclesiástico: *episcopus*, *praesbyter*, *exorcista* y los de familia: *conjuv*, *soror*, *frater*.

Hay además las *dedicatorias* de iglesias, que se caracterizan por las palabras: *promissit*, *offert*, *consecrat*, *accipe*, etc.

Los bárbaros hicieron evolucionar la escritura romana en diversos sentidos, mezclando la capital con la uncial. Así se fué formando la letra epigráfica *románica*, que llegó a ser muy hermosa, y luego la *monacal* y la *gótica* o *angulosa*, que empieza en el siglo XII y se introduce en España en el XIII a fines de cuyo siglo se hizo común. También desde el siglo XIII empieza a introducirse el idioma vulgar en las inscripciones, y en el siguiente ya rivaliza con el latín. Hasta época relativamente moderna no se generalizaron los idiomas vulgares en la epigrafía, y aún hoy se emplea muchas veces el latín.

En Galicia se empleó exclusivamente el latín hasta el siglo XIV. Entonces ya aparecen inscripciones funerarias en gallego, y también algunas votivas y dedicatorias. En el XV aparecen algunas en castellano, que domina en el XVI, aunque siguen muchas en latín.

b) Hay curiosas inscripciones funerarias gallegas en verso, como la de Vasco Fernández de Temes: *Aquí jaz Vasco Fernandes de Temes, pequeno corpo e grande d'esforço, hó de rogar e mau de forçars*; la de Juan Feljóu: *Aquí jaz Johan Fejóu, escudeyro, bon fidal*.

go *«verdadero, gran cazador o monteyro»*. Como ejemplo de votivas, tenemos la de un cáliz de la Abadía de San Payo de Abetoda: *«Este calice mandou fazer Fernan Mz croz»*.

6. Empleo de la epigrafía en la investigación histórica.—Las inscripciones son importantes documentos históricos. Además de las noticias que nos da su contenido, sirviendo para rectificar fechas y hechos, nos enseñan datos lingüísticos y de escritura, artísticos y literarios. Las incorrecciones de las inscripciones latinas son fuente para el estudio del latín vulgar. Otras veces nos dan noticias de dioses, personajes, cargos y dignidades, o nos sirven para datar un monumento o localizar un hecho. Famosas se hicieron la piedra de Roseta en Egipto, la roca de Behistun en Persia, la inscripción del rey Mesa de Moab y los decretos de Açoka en la India.

7. La numismática.—Es la ciencia auxiliar de la historia que estudia las monedas y piezas afines.

Se llaman *piezas numismáticas* las que son objeto del estudio de esta ciencia. Las principales son:

1.º Las *monedas*, que son piezas de metal u otra materia que tienen valor propio para el comercio, garantizado por una marca o *cyño*.

2.º Las *medallas*, que se parecen a las monedas, pero no sirven para el comercio, sino que tienen un uso *comemorativo* o *religioso*.

3.º Las *téseras*, piezas de metal, madera o marfil de época griega y romana, que servían de *premios* en los juegos, *billetes* de teatro o circo y *boños* de cobranza.

4.º Las *tarjas* de la Edad Media que servían de fichas para el juego.

5.º Los *tantos de coro* piezas que se distribuyen a los canónigos por los días de asistencia al coro, para cobrar después.

6.º Todas las demás piezas parecidas, como las *contorneadas*, *medallones*, *fichas*, etc.

8. Elementos, caracteres y clasificación de las monedas.—En la moneda hay que tener en cuenta tres elementos esenciales: *metal*, *figura y peso*, y varios caracteres que son los siguientes:

1.º La *materia*, que suele ser *metal*: oro, *electrum* (mezcla de oro y plata), *bronce* (o sea cobre), *vellón* (plata con liga de cobre), latón, níquel, platino, etc. La plata y el oro se mezclan con cobre y a la proporción se llama *ley de la moneda*. También hubo monedas de hueso, madera, cuero, vidrio, piedra, etc.

2.º La *forma*, que suele ser *discoidal*, pero también puede ser *cuadrada*, *taladrada*, *aserrada*, etc.

3.º Los que se llaman *elementos formales* o sea lo que va grabado en la moneda. Los principales son: la *gráfila* (que falta muchas veces) orla de puntos paralela al borde; el *área* o *campo*, espacio dentro de la gráfila; el *cuerpo*, conjunto de las figuras, que se divide en *tipo* y *símbolos* o accesorios; el *exergo* espacio libre alrededor de los tipos; la *leyenda* o rótulo circular, llamado *inscripción* si es recta; la *marca de ceca* o fábrica; el *cordón* o borde y el *contorno* o superficie cilíndrica del canto. La cara que lleva el tipo principal se llama *anverso* y la otra *reverso*.

4.º Las *medidas* que son el *módulo* o diámetro y el *volumen* o grosor.

5.º El *valor* que puede ser: *intrínseco*, que es la cantidad de metal precioso que contiene; *legal* que es el que le da la ley, y *comercial* que es el que tiene en el mercado.

a) Las monedas son *acuñadas* cuando se imprimen los tipos con troquel, y *fundidas* cuando se factan en molde. Las que presentan igual tipo por ambas caras se llaman *de repetición*; si por un lado están en hueco, *incusas*; las formadas por una hoja muy delgada, *broctadas*; las cóncavas por un lado y convexas por otro, *esquifitas*; las que son por fuera de oro o plata y por dentro de otro metal, *ferridas*; las mal acuñadas, *frustradas*; las bien acuñadas y conservadas, *flor de canto*; las que llevan contramarca, *rescelladas*; las que no llevan inscripción, *aneptigrafas*; las de que se conserva un solo ejemplar, *unicas*; si hay pocas, *raras*; si se duda acerca de la autoridad que las expidió, *inciertas*; si no son auténticas, *falsas*; si siendo legítimas se les añadió algo, *falsificadas*.

9. Historia de la moneda.—La moneda se considera una mercancía intermedia que sirve para evaluar las demás. Los pueblos primitivos usaron, y usan aun muchos pueblos precultos, como moneda las *conchas*, *perlas de vidrio*, *pedazos de cuero*, *pedras* y *lingotes de metal*. En la Europa prehistórica circularon estos lingotes, a los cuales se les puso luego una marca indicadora del peso, precursora del cuño. Otras veces se dió a los lingotes forma de objetos útiles, y así nació la *moneda-utensilio*. Algunas *hachas de bronce* sin terminar acaso se hayan empleado como moneda, y el mismo origen puede atribuirse a las *monedas chinas en forma de cuchillo*. Los egipcios usaron como moneda *anillos de oro*. Pero esta no era verdadera moneda oficial.

Esta, en la forma que la conocemos, dícese que se debe a los griegos de Lidia y de Egipta en el siglo VII a J. C., donde empezaron a acuñarse por los reyes Gyges de Lidia y Fidón de Egipta. El sistema monetario *griego* tiene como base la *dracma*, unidad de peso de origen babilónico, que se dividía en 6 *obolos*. Había monedas de plata de una a doce dracmas, de oro de uno a cinco *estéteros*, valiendo uno veinte dracmas, y de cobre, que se contaban por *litras*, *calcos* y *leptas*. Las monedas griegas anteriores a Alejandro Magno llevaban emblemas y símbolos religiosos y cabezas de dioses; desde Alejandro, empiezan a llevar retratos de reyes y magnates.

A imitación de los griegos acuñaron moneda los persas

(*drácos* de Darío I, monedas *selúcidas*, *arséidas* y *sasúidas*); los fenicios que la introdujeron en España, distinguiéndose las de Gadir por el busto de Hércules (Melkart) en el anverso y dos peces en el reverso, y las de Ebusus por un Kabiro y un toro embistiendo, los hebreos, que acuñaron *siclos* en tiempo de los Macabeos, con una copa y una vara florida; los cartagineses, que también acuñaron en España (moneda *barkida*) con el busto de Hércules y un caballo o un elefante; los pueblos hispánicos, los indios y otros pueblos.

Los romanos empezaron acuñando *ases* de bronce sin marca (*aes rude*) y después con ella (*aes signatum*). A Servio Tulio se atribuye el primer sistema monetario romano, fundado en el *as libralis* que pesaba una libra (273 gramos), con la cabeza de Jano en el anverso y una proa en el reverso. Los divisores era el *semis*, *triens* y *quadrans* y los múltiplos, el *dupondio*, *tripondio* y *deca-pondio*. Bajo la República aparece en las monedas el busto de Marte y la cuadriga, y se acuñan de oro y plata, apareciendo el *denario* (10 ases), el *quinario* y el *sextercio*, y después los *victoriatos*, que llevaban la imagen de la Victoria, y el *áureo*. Se emplea también la imagen de Roma. Los emperadores pusieron en las monedas sus efigies y títulos. El *áureo* fué bajando de peso y se abolió el *sextercio*. Con Constantino aparece en las monedas el monograma de Cristo, y el *áureo* se llama *sólido*. Las monedas españolas de la época romana se caracterizan por ciertos tipos indígenas: *ginele ibérico*, *esfinge*, *triquetra*, o conservados de los colonizadores: *Palas*, *toro*, *Pegaso*, *pez*, que desaparecen unos y otros en la época imperial.

Del *sólido* de Constantino se derivan los sistemas monetarios medioevales. Carlomagno fijó el valor de la *libra* de plata, que fué la unidad, hasta que la sustituyó el *marco de Colonia*. Después hubo en Castilla y León el *maravedí de oro*, la *dobla de Colonia* y el *real de plata*, en Aragón el *florín de oro*, en Cataluña el *croat*, en Francia el *gros*, el *denier* y la *libra tornesa*, en Inglaterra el *sterling* y la *libra esterlina*, en Florencia el *florín de oro*, en Venecia el *sequí*. Las monedas conservan la imagen de los reyes, pero llevan en el reverso una cruz y presentan un marcado carácter cristiano, llevando también escritos variados lemas, y por fin, se introducen los escudos de armas.

Las monedas *bizantinas* (*sólidos*, *siliquas*, *foliis*) son de un tipo muy característico, con imágenes de Jesucristo, de la Virgen María y de los emperadores. Las *árabes* (*dinar*, *dirhem*, *felús*) derivadas de las bizantinas, no tienen tipos y tienden a la forma cuadrada, llevando leyendas Koránicas escritas.

10 Las otras piezas numismáticas — Las *medallas* conmemorativas y honoríficas comenzaron en tiempo de Augusto y desaparecieron con el Imperio de Occidente. Eran de carácter oficial y en

honor de los emperadores y personas de su familia. En el Renacimiento, vuelven con carácter privado. Se dice que fué Víctor Pisanello quien las resucitó y hubo notables artistas que cultivaron este arte, como Pompeo Leoni, León Leoni, Benvenuto Cellini, Alberto Durero, etc. Son notables las medallas pontificias, que empiezan con Martino V en 1467.

En *léseras, tarjas y tantos de coro* hay también verdaderas obras de arte.

11. Empleo de la numismática en la investigación histórica.—Las monedas proporcionan muchas clases de datos históricos. Nos hacen conocer las relaciones comerciales entre los pueblos, su riqueza, las crisis económicas (por la falsificación oficial de la moneda, en varias épocas). Nos presentan retratos de reyes y personajes, especialmente las romanas y las modernas, que son características; otras llevan a veces bustos convencionales.

Las monedas antiguas llevan muchas veces símbolos religiosos, representaciones de objetos de culto, estatuas y edificios. Sobre el estudio de estas representaciones se funda la *arqueología numismática* que se propone hasta la reconstrucción hipotética de monumentos antiguos, fundada en su representación en las monedas.

12. La heráldica.—Es la ciencia que estudia los escudos de armas. Los *escudos de armas* o *blasones* son emblemas o divisas que usan las familias nobles, las naciones, las ciudades y las corporaciones.

Es una ciencia muy antigua cuyo origen se encuentra en los mismos orígenes del blasón, esto es, en la Edad Media. Se relaciona con la *genealogía* que estudia los orígenes de las familias y sus enlaces, y con la *historia del Derecho*, que nos muestra las prerrogativas y los privilegios de los nobles, ciudades, corporaciones, etc. Hay funcionarios públicos llamados *Reyes de Armas* que tienen a su cargo el registro de los blasones y mercedes nobiliarias, y que tienen fe notarial en estos asuntos.

El origen de los blasones se dice que proviene del emperador Enrique I de Alemania (918-936); pero otros aseguran que no empezaron a usarse hasta el siglo XII.

13. Elementos del blasón.—Son de dos clases: *principales* y *accesorios*. Los primeros son: el *campo*, los *esmaltes* y las *figuras*. Los segundos son: el *timbre*, los *lambrequines*, las *insignias*, la *divisa* y los *tenantes*.

El campo es el área del escudo. Este puede tener varias formas, por lo general, cuadrado por arriba y arredondado por

abajo, aunque los de mujer suelen ser redondos o en losanje. El campo se divide en tres partes horizontales: *jefe*, *centro* y *punta* y tres verticales *pal* y *flancos*. El campo puede estar dividido en dos partes: si es verticalmente se llama *partido*, si horizontal, *cortado*; si en banda de derecha a izquierda, *trinchado*; si de izquierda a derecha, *tajado*. También puede estar en tres (*en pal*, *en faja*, *en banda*) o en cuatro (*cuartelado*, *en sotuer*).

Los esmaltes son de tres clases: *metal* (oro o plata), *color* (*gules* o rojo, *azur* o azul, *sable* o negro, *sinople* o verde y *purpura* o morado) y *forras* (*vero* y *contravero*, *armíño* y *contraarmíño*).

Las figuras pueden ser *piezas* y *muebles*; las primeras son propias de la heráldica y las segundas, tomadas de la naturaleza y del Arte. Las piezas son *honorables* si ocupan un tercio del escudo, y *menos honorables* si ocupan menos. Las honorables son: el *jefe*, el *campo*, el *pal*, la *banda*, la *barra*, la *cruz*, el *sotuer*, el *chevron*, la *pila*, el *giron*, el *pato*, la *bordura*, la *orla*, el *escusón*, el *manto* y la *perla*.

Los menos honorables son: el *colmo*, la *varita*, la *divisa*, los *tringles*, *bureles*, *gemelas* y *tercias*, el *filete en cruz*, la *hílera* y el *trechor*, la *cotiza*, el *bastón*, el *filete*, la *contracotiza*, el *contrabastón*, el *contrafilete* y el *cautón franco*.

Hay piezas heráldicas *diseminadas*, que son: los *jaqueles* o *escaques*, *losanges*, *fretes*, *fusos*, *billetes*, *maclas*, *anillos*, *bezantes*, *roeles* o *tortillos*, *escamas* y *papelones*. Estas y las siguientes se consideran como muebles.

Las figuras *físicas* pueden ser *naturales* (animales, vegetales, astros y elementos), *artificiales* (edificios, vestiduras, instrumentos, armas, naves, etc.), y *quiméricas* (grifos, dragones, sirenas, arpías, centauros, etc.)

En cuanto a los accesorios, tenemos en primer lugar el timbre, que se pone encima del escudo, y consiste en una *corona* (imperial, real, de príncipe, de duque, de marqués, de conde, de vizconde, de barón mural), un *capelo* (de cardenal, de arzobispo, de obispo, de abad), la *tiara* papal o la *mitra*, o un *yelmo* que usan los simples caballeros y escuderos.

Los lambrequines son adornos que se pintan de los colores del escudo.

Las insignias indican la dignidad del dueño, y son el *báculo*, la *cruz patriarcal*, el *palio* y las *condecoraciones*.

La divisa es un rótulo o lema que se pone en una cinta o cartela.

Los soportes son el *pabellón*, los *tenantes* o figuras que sostienen el escudo y las *banderas*.

14. Leyes y simbolismo heráldico.—Se llama *flanco diestro* del escudo, el siniestro del espectador. Además de los siete colo-

res heráldicos, se admiten otros dos: *natural* (el natural de la figura) y *carriación* (el de la piel humana). Es ley heráldica que no vaya metal sobre metal ni color sobre color; pero puede quebrantarse por privilegio especial.

Se considera que el rey puede conceder armas y variarlas; pero en general, las armas *puras* solo puede llevarlas en rigor el primogénito de una familia; sus hermanos deben llevarlas *brisdas*, esto es, disminuyendo las piezas honorables, multiplicando los muebles, cambiando los esmaltes o añadiendo una pieza nueva. Esta costumbre se perdió hace tiempo en España. Los bastardos tienen que poner el yelmo mirando al flanco siniestro o brisar con barra.

Todas las piezas del blasón tienen una significación simbólica. A veces las piezas aluden al apellido de la familia o al nombre de la ciudad, y se llaman armas *parlantes* (los calderos de los Calderón, la rueda de molino de los Molina, la mano de Manresa, el ciervo de Cervera). Otras veces recuerdan el origen de la familia (las píldoras de los Médicis, las hojas de higuera de los Figueroa, la espada y los seis roeles de los Feijóo). A veces se inventaron leyendas para explicar el origen de los blasones.

15. La Iconología.—Es la ciencia que estudia las imágenes de los dioses, de los santos y de los personajes.

La iconología pagana tiene por base el simbolismo, y los dioses paganos se reconocen casi siempre por sus atributos. Cuando no los llevan, no se puede decir fijamente a quien representan las imágenes. La famosa Venus de Milo, asegura Salomon Reinach que no es Venus, sino Anfítrite.

La iconología cristiana es tardía; hasta el siglo IV no se hacían imágenes, sino símbolos. Los retratos de Jesucristo y de la Virgen atribuidos a San Lucas Evangelista, no está comprobado que sean de él, ni siquiera de su tiempo.

La primera representación de Jesucristo aparece en el siglo IV en las catacumbas de San Calixto, en Roma. Desde el siglo XI se le suele representar *en Magestad*, o sea sentado de frente, beneside con la diestra y por lo común con un Evangelionario en la siniestra. Lleva nimbo crucífero y va encerrado en la *vesica piscis*.

El crucifijo aparece en el siglo V. Primero aparece con corona y túnica después desnudo de la cintura arriba, y clavado con cuatro clavos. Los crucifijos de estilo realista, indicando el sufrimiento y con corona de espinas, empiezan en el siglo XIII; entonces empiezan también a llevar solo tres clavos.

Las imágenes de la Virgen aparecen en el siglo II en las Catacumbas. La figura generalmente es sentada y con el Niño en brazos. Con el gótico aparece la Virgen de pie, siempre con el Niño. La Dolorosa aparece con Nicolás Pisano en el siglo XIII; la Purísima y las imágenes vestidas de tela, en el XVI.

Los ángeles se representan sin alas hasta el siglo V. En la Edad Media, los santos más representados son los Apóstoles, especialmente San Pedro, San Pablo y Santiago, y luego San Joaquín, Santa Ana y San José.

La iconología civil antigua hay que estudiarla en las estatuas y bustos (mucho más realistas los romanos que los griegos) en las monedas y en los monumentos funerarios. La de la Edad Media en las iluminaciones de los códices y en las estatuas yacentes de los sepulcros. En el Renacimiento, todos los personajes importantes son retratados por los grandes pintores.

16. La Simbología.—Es el estudio de los símbolos. Los símbolos son figuras que representan ideas. Todo arte es por naturaleza simbólico; pero especialmente el arte antiguo y medioeval, por lo cual, para su inteligencia es indispensable el estudio de la simbología. Nada es indiferente en el arte antiguo: el número de columnas de un templo, el orden de las graderías, la abertura de las ventanas, todo tiene una significación, todo quiere decir algo. El estudio de los símbolos ocupa gran parte de la *ciencia histórica* de los sacerdotes paganos. También los tratadistas cristianos de la Edad Media trataron estos asuntos en diferentes libros, especialmente en los *Bestiarios*, donde explicaban el significado de las figuras animales.

Se distinguen comunmente cinco clases de símbolos: 1.º símbolos *literarios*; 2.º símbolos *fónicos* o musicales; 3.º símbolos *arquitectónicos*; 4.º símbolos *figurativos* de la pintura y escultura, y 5.º símbolos *gráficos* o de la escritura (ideogramas). El estudio de los primeros corresponde a la filología, el de los segundos a la música, el de los últimos a la paleografía, y solo entran dentro del campo de la arqueología los de los grupos 3.º y 4.º Hay además una simbología general que en realidad es una disciplina filosófica, aunque de importancia grande para la historia.

Donde más desarrollo tuvo el simbolismo fué en Asia. En la India, cada detalle de una estatua o de un edificio, tiene una significación. Las figuras con muchas cabezas y muchos brazos, las figuras mixtas de hombre y animal, etc. tienen significaciones complicadísimas. Hasta la posición de los dedos de la mano (*mudras*) se interpreta. El símbolo más común es el *Lingam* y luego el *toro* de Siva.

Hay símbolos que tienen una gran extensión geográfica; así sucede con la *svastika* o cruz gamada, símbolo originalmente solar que llega desde la India a la Península Ibérica; el *disco alado*, según algunos, representación de la corona solar en los eclipses, que se usó en Persia, Caldea y Egipto; el *árbol de la vida* o *de la ciencia*, que se encuentra en la India, Persia, Caldea, Fenicia, Egipto. Complicado es también el simbolismo egipcio, con dioses con cabezas de animales y diferentes *atributos* (objetos que

les sirven de insignias) que muchas veces se funden unos con otros.

Entre los símbolos, además de la *CRUZ*, encontramos: el *Buen Pastor*, el *Crismón*, el *pez* (*ixtys*, anagrama de *Jesous Xristos Theou Vios Soter*) que representan a Cristo; el *triángulo* que representa la Trinidad; la *paloma* el Espíritu Santo, la pureza o el alma fiel; la *nave* que representa la Iglesia, etc. Muy empleado es el *Tetramorfo* o cuatro animales de los Evangelistas: águila, león, toro y hombre, tomados de Ezequiel. En la Edad Media se escribían libros llamados *Bestiarios* en los que se declaraba el simbolismo de los animales.

X

Las ciencias del documento

1. **La diplomática.**—La diplomática es la ciencia auxiliar de la historia que estudia los documentos o *diplomas*.

Se llama *diploma* todo documento público solemne. Antiguamente se llamaban *cartas*, *cartulas*, *escrituras*, *testamentos*, *cédulas*, etc.

La diplomática estudia en los documentos, todos los caracteres que no se refieren a la forma de la letra; esta es objeto de la paleografía.

a) El nombre de diplomática se deriva de *diploma*. Diploma viene, según unos de las dos planchas de plomo, bronce o cobre en que se consignaban los privilegios de los soldados romanos que habían cumplido el servicio, y según otros de las dos copias que se hacían de cada documento, una para cada parte.

No se debe confundir la diplomática con la diplomacia que es el arte de manejar las relaciones internacionales y de ajustar paces y tratados. A los que la ejercen se los llama *diplomáticos* por los diplomas con que acreditan su representación (cartas credenciales).

b) Con esta ciencia se relaciona la *bibliología* que estudia los caracteres materiales de los libros, y también la *sigilografía* que estudia los sellos de los documentos.

2. **Historia de la diplomática**—Siempre se estudiaron los documentos pero no siempre con intención histórica, sino que en la Edad Media se los estudiaba con un fin utilitario, por su contenido estricto, para probar los derechos de los monasterios, iglesias y casas nobles, y este estudio lo realizaban generalmente los juristas.

Con carácter histórico empezó a estudiarse desde los trabajos de Mabillon, que fué quien sentó los principios de esta ciencia.

En el siglo XIX, con la abolición de los señoríos, muchos documentos perdieron su valor jurídico y conservaron solamente un valor histórico. Entonces la diplomática sufre un eclipse hasta 1820 en que toma ya definitivamente el carácter de ciencia auxiliar de la historia.

En España los principales autores en esta materia fueron Flórez, Masdeu, Merino, Terreros y Muñoz Rivero; pero el libro fundamental para la diplomática en España y Portugal son las *Dissertações* del portugués Ribeiro.

3. Caracteres diplomáticos de los documentos.—Son todos aquellos que no se refieren a la forma de la letra, y se dividen en *extrínsecos* e *intrínsecos*. Extrínsecos son los que no pasan a la copia y son: la *materia* en que se escribe, el *instrumento* con que se escribe, la *tinta* y los *sellos* y *marcas*.

1.º *Materia*. Fué muy varia; en Asiria y Caldea escribían en *pedras* y *ladrillos*; en Egipto en *pedra en tela* y en *papiro*, en la India en *pedra*, *plancha de metal* y *hojas de plantas*; en Grecia y Roma usaron las *planchas de metal*, especialmente bronce para las leyes, *tablas de marfil* para los Senado Consultos y de *marfil* y *madera* cubiertas de cera, para cartas, cuentas, apuntes, etc; el *papiro* y el *pergamino*; en los pueblos primitivos de América, en *papel de ágave* y en *tela*. También se usaron cortezas de árboles (pueblos del N de Europa), etc. Estudiaremos las principales.

El *papiro* se empleó en Egipto desde el año 1000 a. J. C. y en Grecia desde el siglo VI. Lo preparaban con la corteza finísima y estriada de una planta del Nilo, que se cortaba en trozos que se pegaban dos a dos con las estrías cruzadas. Una hoja así preparada se llamaba en griego *jartes* y de aquí viene *carta*. Se empleó el papiro en Europa hasta el siglo XI, aunque su fabricación había decaído ya en el VIII, en que empezaron a fabricarlo los árabes en Sicilia.

El *pergamino*, llamado también *membrana* sustituyó casi por completo al papiro en los primeros siglos de la Era Cristiana. Consiste en pieles de animales curtidas con cal y adelgazadas y pulidas con piedra pómez. No se sabe bien cuando empezó su uso. El nombre que lleva viene de la ciudad de Pérgamo en el Asia Menor, y se atribuyó su invención a uno de sus reyes: Eumenes II o Atalo II (siglo II a. J. C.) pero ellos no hicieron más que perfeccionar su fabricación. Algunos pretenden que el uso del pergamino fué más antiguo en Occidente que el del papiro. En realidad, las pieles se emplearon desde muy antiguo para escribir. El pergamino era caro y por eso, así como en el papiro se escribía generalmente por una cara, en el pergamino se empezó a escribir por las dos, a lo que se llamó *epistografía*. En los primeros siglos de la Era Cristiana, principalmente desde el IV, el pergamino escaseó, y entonces acudieron a aprovechar los escritos viejos, borrando lo escrito para escribir por encima otra cosa; a esto se

llama *palimpsesto*. La costumbre se generalizó en el siglo VII y continuó en los siguientes. Muchos libros antiguos, como el tratado *De República* de Cicerón y la *Lex Romana Visigothorum* de Alarico, aparecieron en palimpsestos. Se puede hacer reaparecer la escritura antigua, aplicando al pergamino *tintura de agallas* o *tintura de Jaubert* (sulfhidrato de amoníaco). El pergamino se usó en las escrituras medioevales, con preferencia al papel, hasta el siglo XV.

El papel fué inventado por los chinos en época muy remota. Se prepara con una pasta de materia celular triturada, que primero fueron seda, lino y cáñamo y después algodón y hoy también madera. Los árabes lo fabricaban ya en Samarcanda en el siglo VIII y lo importaron en Europa en el IX; en el XII se fabricaba en Játiva y poco a poco se fué extendiendo. El papel antiguo de hilo, tiene unas estrías llamadas *corondeles* y también unas marcas llamadas *filigranas*, que se ven al transparente y que sirven para determinar su autenticidad. El más antiguo documento en papel que se conoce en España es un registro de 1237 sobre el repartimiento del reino de Valencia por D. Jaime el Conquistador. Se usó desde el XII en documentos de poca importancia, pero no se generalizó hasta el XV.

2.º *Instrumento*. Para escribir en metal blando y tablas enceradas, empleaban los griegos y romanos un punzón llamado *estilo* que era de marfil, hueso o metal. Para escribir con tinta, los chinos emplean, como los antiguos egipcios un *pinel* muy fino, aunque los egipcios empleaban también la *pluma de ave* cortada y hendida, general aun hoy en Oriente. En Occidente usaban una caña hendida llamada *calamus*, que después se hizo de metal, como las plumas modernas, que se usó hasta el siglo VI, en que se introdujo la pluma de ave que duró hasta el siglo pasado que se inventó la de *arceo* y por fin la *pluma fuente* o estilográfica. El lápiz se empezó a usar en el siglo XI y se generalizó en el XIII.

3.º *Tinta*. En la antigüedad se usaba tinta *negra* preparada con negro de humo y goma disueltos en agua o en vinagre, para hacerla indeleble; *roja* preparada con minio, bermellón, púrpura o cochinilla, *azul*, *verde*, de *oro* y de *plata*. La tinta roja se empleaba para títulos y encabezados y de aquí el nombre de *rubricas*. En el siglo II a. J. C. se empezó a preparar tinta negra con caparrosa verde (sulfato de hierro) e infusión de agallas (las más estimadas, las de Alepo en Asia), pero se usó muy poco hasta el XII en que se impuso; pero es menos brillante que la de negro de humo, y con el tiempo se pone rojiza.

4.º De los *sellos* se ocupa la sigilografía, que estudiaremos aparte.

Los caracteres intrínsecos son los que pasan a la copia y son: el *idioma*, la *ortografía*, y las *fórmulas de redacción*.

1.º *Idioma*. En la Antigüedad, cada pueblo escribía en su idioma como ahora, excepto el predominio del latín en el Imperio

Romano y del griego en el Oriente europeo y Asia anterior. En la Edad Media, en Occidente se empleó exclusivamente el latín hasta el siglo XII. En Provenza se empieza a usar el romance en el XI, en Castilla y León en el XII, en Cataluña en el XIII, en Navarra en el XIV; pero el latín se siguió usando en la Corona de Castilla hasta mediados del XIII y en la de Aragón hasta el XVI. El primer documento escrito en castellano parece que es el Fuero de Avilés, y en gallego el Fuero de Cadelas.

2.º *Ortografía*. Esta no siempre pasa a la copia, y en la Edad Media es completamente anárquica, sin regla fija. Puede servir para determinar la época y el lugar en que se escribió, por las variantes locales.

3.º *Fórmulas de redacción*.—Son de dos clases: unas *esenciales* al documento, y otras puramente *formularias*. Las primeras son la expresión de los *otorgantes*, del *notario*, las *cláusulas* que varían según la clase de documento, la *fecha* y las *suscripciones*. La fecha se contó en España por la *Era hispánica*, en Cataluña hasta el siglo XI (aunque ya desde el IX se usaba la *Cristiana*); en Castilla hasta 1383 en que las Cortes de Segovia adoptaron la *Cristiana*; en Portugal hasta 1420. El año lo empezaban unas veces en la Encarnación y otras en la Circuncisión. La palabra *Era* indica la hispánica; las palabras *Era Homínis* o *Anno ab incarnatione Domini*, la *Cristiana*. Los días se cuentan a) por Kalendas, Nonas e Idus (hasta el XIII) b) días *andados* del mes; c) días *por andar* del mes; por el *Santo del día*; d) por las *primeras palabras del introito de la misa*; e) por *referencia a las fiestas movibles*. (Todo esto se explica en el cap. XII dedicado a la Cronología). Antes de la fecha van las palabras: *facta carta*, *notum*, *fatum* o *data*.

Las *suscripciones* son las firmas y signos. Por lo general, la firma autógrafa no se emplea hasta el siglo XIV. Hasta entonces, y desde Carlomagno, el secretario representaba la firma con *signos* o *monogramas*. Los documentos solemnes llevaban el signo del rey o del notario. Los signos reales eran complicados dibujos a pluma, que por lo general llevaban la inscripción: «*Signum Fulano Regis*». En el siglo XII aparece en Castilla y Portugal el *Signo rodado*, que es circular, con la inscripción y una cruz en medio, que desde el XIII van iluminados de colores.

La parte formularia se compone de la *invocación*, la *notificación*, la *salutación* y la *imprecación*. La invocación es una mención del nombre de Dios o de la Santísima Trinidad, generalmente reducida a las palabras: *In del nomine*. Comunmente va precedida del *Crismon* o monograma de Cristo que a veces se reduce a una cruz o una C. La notificación es para poner el documento en conocimiento de todos, con las palabras: *Notum sit omnibus*, *Conoscuda cosa sea*, o *Sepan quantos esta carta vieren*. La salutación la hacen los reyes y obispos con las palabras: *Salutem et gratiam*. La imprecación consiste en amenazar o malde-

cir a quien contravenga lo ordenado o convenido, con la indignación divina, la condenación eterna con Judas el traidor, con la lepra de Giezi, o el hundimiento de Coré, Datán y Abirón.

4. Clases de documentos.—Los documentos pueden ser *públicos* si proceden de Cancillería o Autoridad y *privados* si de notarios, corporaciones o particulares. Los originales auténticos se llaman *autógrafos*, que pueden ser *ológrafos* si son de propia mano del autor y *quirógrafos* si de amanuense; las copias se llaman *apógrafos*, y pueden ir o no autenticadas.

Por su contenido pueden ser: *decretos, edictos, constituciones y pragmáticas*, que son órdenes de los reyes y sus representantes; *Bulas Breves, Motu Proprio y Encíclica* que son de los Papas; *ordenanzas, leyes, capitulares, capítulos de Cortes* etc. que contienen series o sistemas de disposiciones; *sentencias y ejecutorias* que provienen de los jueces y tribunales; *escrituras, contratos y testamentos* que vienen de los Notarios; *actas capitulares* de las Corporaciones. Hay también los *fueros, cartas-pueblos, privilegios, albañales, cédulas reales, títulos, cartas credenciales y commendaticias*, etc.

En la Edad Media, en las iglesias y monasterios acostumbraban a copiar literalmente los diplomas y privilegios obtenidos en un libro o códice que se llamaba *cartulario, tumbo, o libro becerro*. En la oficina donde se expiden se acostumbra hoy a llevar un *registro* de los documentos. Los más antiguos en España son los de Aragón, desde 1162.

La oficina que despachaba los documentos reales se llamaba *Cancillería*, y estaba a cargo del *Canciller* o guarda-sello, que data de Constantino, y en España de los siglos XII y XIII.

5. La Sigilografía.—Es el estudio de los sellos que autorizan los documentos oficiales. Se llama también *esfagística*.

Sello es una pieza de metal, cera o papel, con ciertas figuras y leyendas y que se ponen en los documentos. Los sellos pueden ser *pendientes* si van colgados del documento, y de *placa* si van aplicados o pegados a él.

El sello se imprime con un *troquel*. Los más notables son los *cilindros-sellos* babilónicos y los *anillos signatarios*, que llevan el grabado en una piedra o placa de metal y fueron muy usados en el Asia occidental y en Roma.

Los sellos pendientes se colgaban de los pergaminos con hilos de seda o cáñamo o tiras de pergamino; si son de metal se llaman *bulas*. Los Papas usaron unos de oro con las imágenes de San Pedro y San Pablo y el nombre del Papa por el reverso, para las bulas, y para los breves, sello de cera con el *anillo del Pescador*, que representa a San Pedro pescando. Los reyes usaban el

sello *mayestático* que los representaba sentados en el trono, o el *ecuestre* (imagen de un caballero a caballo) propio también de los nobles, como el *heráldico* que lleva escudos de armas. Las iglesias y asociaciones usaban el tipo *simbólico*; los municipios el simbólico, el heráldico o el *arquitectónico* que representa edificios. La leyenda, siempre en latín, rodea al tipo y dice: *Sigillum* y luego la persona o entidad en genitivo. El sello pendiente lo usaron los emperadores romanos y bizantinos, los papas desde el siglo VII, los reyes de Occidente desde el X. Antes usaban sello de *placa* impreso con anillo.

En el siglo XVI se empezaron a usar de *placa* sobre papel pegado al documento con una oblea. En el XVII, de lacre; en el XVIII los sellos en seco.

6. La Bibliología.—Es la ciencia que estudia los libros, principalmente en su parte externa y material.

Libro es una colección ordenada de hojas escritas y unidas, y puede revestir cuatro formas principales:

1.^a *Volumen* que consiste en una gran tira de papiro o pergamino que se envuelve formando rollo. Las *partes* de papiro o trozos de pergamino, se pegaban una a continuación de otra; la primera se llamaba *proto colon* (y de aquí *protocolo*, archivo o colección de documentos) y la última *xato colon*. La tira se fijaba por uno de sus extremos en un cilindro de madera llamado *mubilicus*, con dos remates llamados *cornua*. Se escribían solo por el lado interior, en columnas, unas al lado de otras, hasta el final, y por el otro lado se escribía el título o el comienzo de la obra. Los volúmenes se guardaban en unos estuches cilíndricos llamados *scrinia*. Había algunos que llevaban dos *mubilica*.

2.^a *Códex*. Es la forma de libro que nosotros usamos. Se deriva acaso de los *dipticos*, *tripticos* y *poliáticos* que eran varios *pugilares* o tablillas escriptorias unidas por un lado con anillas o charuelas. A veces eran blanqueadas y se llamaban *album*, o enceradas. Las dos caras exteriores iban muchas veces adornadas con relieves artísticos. El *códex* de papiro o pergamino empieza en tiempo de Augusto, y consiste en hojas dobladas formando cuadernos de distinto número de hojas (*duerutiones*, *terniones*, *cuaterniones*, etc.) que se cosían unos a otros, como ahora, y reforzados por el dorso.

3.^a Hojas sueltas de árbol o de corteza, ensartadas en un cordón o en dos, forma usada en el Extremo Oriente y en la India. Hojas generalmente estrechas y largas, con tapas de madera esculpida.

4.^a Pedazos grandes de lienzo y de papel de ágave, doblados como mapas, forma de los *códices* americanos, mejicanos y mayas.

La materia empleada en Occidente fué del siglo VI a. J. C.

al XI después, el papiro; desde el IV al XIV el pergamino y desde entonces el papel. El más antiguo libro conocido parece ser el *Papiro Prisse*, de Pariss egipcio, de hacia el año 2000 a. J. C. En pergamino son del siglo IV. El más antiguo en papel es un tratado árabe del siglo IX, con sentencias de Mahoma, que está en la Universidad de Leyden.

7. La escritura de libros.—En Roma los libros eran copiados esmeradamente por esclavos (*servi litterati*) o amanuenses libres (*librarii*) del original en letra cursiva, o los escribían al dictado. Los títulos y las iniciales de capítulos iban en letra roja y el resto en negra. Había ya códices ricamente decorados.

En la Edad Media, hasta el siglo XIII los clérigos y los monjes son los que componen y transcriben libros. En los monasterios había una habitación destinada a ello, llamada *scriptorium*. Los *pendolistas* escribían con hermosa letra y dejaban en blanco los lugares de las iniciales e *iluminuras* o viñetas en colores y oro, con figuras y escenas o dibujos ornamentales; algunas páginas llevaban alrededor una orla decorada. Hay diferentes y variados estilos de iluminación (letras *ornamentadas*, *historiadas*, *antropomórficas*, *zoográficas*, *oruitoideas*, *ictiomorfas*, *afiligranadas*, etcétera). En la escritura usaban abreviaturas abundantes. Los libros manuscritos anteriores a la invención de la imprenta se llaman *códices*.

Desde la invención de la imprenta hizo desaparecer aquel arte. Los primeros libros impresos imitan los manuscritos, y emplean la letra *gótica* y las abreviaturas; pero después se introduce la *italica* y la *redonda* o *romana* y por fin la *elzeviriana*. Los libros impresos antes del año 1500 se llaman *incunables*. Fueron impresores famosos Aldo Mauricio en Italia, Stephanus en Francia, Plantin en Amberes y Elzevir en Holanda. Se discute si el primer libro impreso en España fué *Troves fetes en labors de la Verge María*, en Valencia, en 1474, o una *Ética* de Aristóteles, que se dice impresa en 1473 en Zaragoza. En Galicia fué el *Misal Auriense*, impreso en Monterrey, por Juan de Porres y Antonio de la Passera.

8. La encuadernación—Las más antiguas fueron de madera y piel, pero en el siglo IV empiezan a usarse con ornamentación de orfebrería, cubiertas de plata repujada e incrustadas con piedras finas, y después de marfil esculpido y de esmaltes; otras había de menos lujo, cubiertas de guadamucí o de terciopelo, con adornos de plata. Hacia el siglo XV desaparecen las de gran lujo, empiezan a hacerse de cartón y cubiertas de pieles trabajadas, decorando más el lomo que las tapas.

9 Clases de libros por su contenido—Los que se usan en la Iglesia se llaman *libros litúrgicos* y son el *Sacramentario*, el *Evangelario*, el *Leccionario* y el *Antifonario*, que se refundieron en el *Misal* en el siglo IX; el *Pontifical*, el *Ritual*, el *Breviario* y el *Martirologio*. Ya hemos explicado lo que eran los *Cartularios*. Los libros de magia se llaman *grimorios*; los de leyes, *Códigos*; las recopilaciones de poesías, *Cañoneros*, etc.

10 La Paleografía.—Es la ciencia que enseña a leer las escrituras antiguas. Se divide en *general* y *especial*, y esta en *epigráfica*, *bibliográfica*, *diplomática*, y *numismática*.

11 Clases de escritura y su historia.—En primer lugar la escritura suele dividirse en *pictográfica*, cuyos signos representan objetos; *ideográfica*, cuyos signos representan ideas, y *fonética*, cuyos signos representan sonidos. La fonética se divide en *silábica* y *alfabética*, según que los signos representen sílabas o letras. Hay una escritura compuesta, que es la *jeroglífica* que se compone de signos de varias clases.

En segundo lugar se distingue la escritura *ordinaria* por un lado, y por otro la *taquígráfica* o escritura abreviada rápida, la *braquígrfica* o de abreviaturas y la *criptográfica* o escritura secreta convencional para no ser entendida más que de los iniciados en ella.

a) Todas estas son muy antiguas. La taquígrafia ya la emplearon los romanos. La braquígrafia fue en la Edad Media de uso corriente. La criptografía ofrece multitud de sistemas (*trepa, excítala, temura, claves numéricas, claves masonicas*, etc.) en el siglo XVI se ocupó mucho de ella el Abad Trithemio y en el XIX el gran escritor norteamericano Edgar Poe.

En cuanto al origen de la escritura, los etnógrafos la encuentran ya en los pueblos primitivos y salvajes, en forma pictográfica e ideográfica (bastones de mensajero de los australianos, pictografías en corteza y cuero de los pieles rojas, jeroglíficos de la isla de Pascua). En la Prehistoria europea aparecen las inscripciones rupestres con figuraciones simbólicas, y la llamada escritura *hemisférica* o de cazoletas. Lenormant reconoce cinco tipos principales de escritura en los pueblos antiguos: los *jeroglíficos egipcios*, la *escritura china*, los *cuneiformes caldeos*, los *jeroglíficos mexicanos* y los *glifos mayas*. Hay además los cordones con nudos (*quipos*) de los peruanos y chinos primitivos, y la escritura *ógmica* de los celtas, derivada a caso de la hemisférica.

Durante mucho tiempo se creyó que los alfabetos occidentales se derivaban del fenicio, y a este se le hizo derivar de los jeroglíficos egipcios; después se dijo que su origen estaba en los sig-

nos cuneiformes. Pero en la cerámica prehistórica egipcia se han encontrado signos alfabéticos semejantes a los mediterráneos (carios, íbica ibéricos) y a los de los tuareg del Sahara (escritura *liffnar*). También se encontraron en el yacimiento neolítico de Alvão en Portugal, y últimamente en el de Glozel (Francia) que está produciendo apasionadas polémicas. Pero todo parece llevar a pensar en un alfabeto prehistórico occidental.

Las principales escrituras alfabéticas son: la *hebrea primitiva*, la *samaritana*, la *cuadrada*, la *rabínica*, la *sabea*, la *drabe*, la *fenicia*, la *griega*, la *etrusca*, la *latina*, la *ibérica*, la *turdetana*, la *rimica*, la *yemenita*, la *himjarita*, la *aria*, la *devanagari*, y las modernas de la India.

En España se usó la ibérica y la turdetana, de la que quedan monumentos epigráficos y numismáticos, y después la latina, introducida por los romanos y que es la que se usa hoy en toda Europa, excepto en Rusia, donde se usa el alfabeto *ciriliano*, inventado por San Cirilo.

12. La escritura en España.—Los romanos usaban cuatro tipos de letra, que se llaman: *capital*, usada en epigrafía y en títulos de libros y capítulos; *uncial*, más pequeña y arredondeada; la *minúscula*, algo ligada, y la *cursiva* o rápida. Los bárbaros modificaron estos cuatro tipos; los visigodos muy ligeramente, pero la hicieron degenerar. Mejor era la *carolingia* de los francos, introducida en Cataluña con la reconquista. De ella se deriva la cuadrada o francesa, hermosa letra muy legible, que introdujeron en España los monjes cluniacienses en el siglo XI, en la que se escribía con muchas abreviaturas. De ella se deriva la llamada *gótica*, que aun usan los alemanes en los impresos.

De la francesa se derivaron en el siglo XIII la *de privilegios* que se caracteriza por los trazos verticales muy alargados, y la *de albalades*, de menor altura, ligada y con profusión de rasgos paralelos al renglón.

En el XV se introdujeron la *redonda* o de juros, la *itálica* o bastarda, de la que se deriva la *bastardilla* de imprenta, y la *gótica alemana*. La de albalades dió origen en el XIV a la *cortesana*, muy difícil de leer y que degeneró hasta convertirse en la *procesal* ininteligible que los Reyes Católicos la prohibieron, no obstante lo cual siguió usándose y haciéndose cada día más intrincada, especialmente la *encadenada* del XVII que se caracteriza por ligar las palabras; pero en el XVI empezó ya la reacción promovida por los *calígrafos* (Izlar, Madariaga, Cuesta, Lucas) partidarios de la itálica, que al fin llegaron a imponerla, creando la que se llama letra *española*, que domina ya en el XVIII.

13 Otros caracteres.—En la Edad Media se emplean numerosas

abreviaturas (siglas, stucopa, apócope, letras sobrepuestas, monogramas, nexos). La ortografía es irregular; no se emplea el acento; el punto de la *i* aparece con la letra itálica; hay confusiones de letras y grafías especiales. Los números árabes son raros hasta el siglo XIII y no dominaron hasta el XVII; se usaban los romanos. La notación musical fué primero por letras; en el siglo VII empieza la *neumática* por puntos y rasgos sobre las palabras; en el XI los signos de clave y bemoles; el *pentagrama* aparece en el XV.

XI

La Geografía

1. Relación entre la Geografía y la Historia.—La Geografía, como ciencia auxiliar de la historia, hay que tomarla en sus dos aspectos de *descripción de la tierra* y de estudio de las *relaciones entre la tierra y el hombre*.

En el primer aspecto sirve para *situar* los hechos en el espacio, para saber el *lugar* en que ocurrieron.

En el segundo aspecto sirve para *explicar* los hechos que se deben al que hemos llamado *factor geográfico*, o influencia del medio natural.

Hay también una *historia de la geografía* en la cual se estudia la evolución de los conocimientos humanos acerca de la superficie terrestre y de los grupos humanos que la pueblan.

Indicaremos aquí, además de la historia de la geografía, algo acerca de la *geografía clásica* (de los griegos y romanos) que es necesaria para la inteligencia de las fuentes de nuestra historia antigua.

2. Historia de la Geografía.—Esta historia se refiere principalmente al conocimiento de la tierra por los pueblos europeos en general y de los mediterráneos en particular. Es una historia de la *Geografía de los europeos*.

Los más antiguos libros geográficos conocidos se deben a los griegos. Estos se fundaron en las exploraciones propias, y en las de los fenicios y cartagineses. Los fenicios de Sidón exploraron y colonizaron el *Mediterráneo oriental*; los de Tyro el

Mediterráneo occidental, y navegaron por el Atlántico en busca de las *Cassitérides* o islas del Estajo (islas de la costa gallega). Los griegos sustituyeron a los fenicios en la *thalassocracia* (dominio del mar), distinguiéndose los focenses de *Massalia* (Marsella). El cartaginés Himilcon exploró las costas occidentales de Europa; su *periplo* (viaje de circunnavegación) se atribuye hoy a un griego de Marsella. El cartaginés Hannon exploró las costas septentrionales y Occidentales del África. Por el mismo tiempo se coloca el viaje de Scilax de Carianda, griego, por el mar de las Indias y otras partes del mundo antiguo; su *Periplo del mar interior* se atribuye también a otro Scilax del tiempo de Alejandro o a otro contemporáneo del historiador Polibio (siglo II a. J. C.). Herodoto (—484—406) recogió en sus viajes muchos datos que consignó en su *Historia*. Viene después Eudoxio de Cnido (hacia—370) que trabajó en geografía astronómica. Las conquistas de Alejandro Magno (—334—323) abrieron el conocimiento del Irán y la India, de que se encuentran noticias en el *Periplo* de Nearco, y después en la obra atribuida a Megasthenes. Vienen luego los astrónomos: Eratóstenes (—275—194), Hiparco (hacia—127) y Ptolomeo (hacia 175), que construyeron la geografía astronómica, y aparece la primera gran obra geográfica, debida a Strabon de Amasia (—50 a 30) con una descripción casi completa del mundo conocido, a la cual sigue la de Ptolomeo. Son notables también las de Posidonio Plinio (*Naturalis historia*) y Pomponio Mela (*De situ orbis*).

En la Edad Media, el monje *Cosmas Indicopleustes* viajó por Oriente y la India hacia 519 y escribió la *Topographia Christiana*. Cultivaron mucho la geografía los árabes, siendo el más notable Abu-Abdallah El Edrisi (hacia 1153) que construyó un globo, mapas y escribió una *Geografía* de la que se conserva un completo, y luego el viajero del siglo XIII Ibu Batutah. En el siglo XIII realizó Marco Polo su viaje a la China (Cathay) a través del Asia Central.

En el siglo XV comienzan los viajes de los portugueses, alentados por el Infante Don Enrique o *Navegante*, hijo del rey Don Juan I, que tenía en Sagres una verdadera academia náutica y cosmográfica. Los portugueses realizaron la circunnavegación de África y hallaron el camino de la India, Vasco da Gama. En 1492, Cristóbal Colón buscando el camino de la India por Occidente, llegó a América, calificada como Nuevo Mundo por el florentino Américo Vepuccio. Los estudios cosmográficos eran cultivados en Italia por Paolo Toscanelli, por Regiomontanus y en Portugal por el alemán Martín Behem que construyó un globo terrestre que representa los conocimientos geográficos de aquel tiempo. Los portugueses llegaron también a la China, al Japón, al Brasil y al Norte de América. Los españoles, dirigidos por el portugués Magallanes y después por el vizcaíno El Cano, realizaron el primer viaje alrededor del mundo.

Los holandeses y los ingleses exploraron el Pacífico y la Oceanía, descubriendo la Australia en 1601. Después vino la exploración del continente africano, y últimamente la de las tierras Polares.

3 La Geografía clásica.—El mundo conocido por los griegos y romanos se reducía al Asia, Africa y Europa, y no en toda su extensión. Sus exploraciones tuvieron como centro el Mediterráneo, de cuyas costas solamente tenían una idea exacta.

Del Asia solo conocieron hasta el paralelo 50, que pasaba por los montes *Imans*, *Anaract* y *Alani* y hasta la embocadura del Ganges por el E. Allí imperaba el país desconocido de los *Seres* (imperio chino). Su límite S era el *Mare Indicum* y el *Occidental* el *Isthmus Arsinoe* (Suez), el *Sinus Arabicus* (mar Rojo), el *mare Internum* (Mediterráneo) y los ríos *Tanais* (Don) y *Rha* (Volga). Cuatro mares bañan el Asia: al N el *Oceanus septentrionalis*, *Scythicus* o *Hyperboreus* (Glacial); al E el *Eous* (Pacífico); al S el *Indicum* dividido en *Sinus Gangeticus* (Golfo de Bengala), *Erythreum mare* (Golfo de Oman), y *Sinus Persicus*; venía luego el *Arabicus* y el mar Interior que era el cuarto. Entre Asia y Europa se encontraban: el *Aegeum* (Archipiélago), *Fretum Helespontus* (Dardanelos), *Propontide* (Marmara), *Bosphorus Thracicus* y *Pontus Euxinus* (mar Negro). Había los lagos *Caspium* o *Hircanum*, *Chorasmitus* (Aral) y *Asfaltites* (mar Muerto). Los montes *Taurus*, *Caucasum*, *Paropamisus* (Hinda-Kuch), *Imaus* (Bolor) y *Emodi* (Himalaya) y los grandes ríos, dividían el Asia en varios países, de los que los principales eran:

La *India*, dividida por el río *Ganges* en *Transgangética*, del lado de allá, muy poco conocida, y *Cisgangética*, del lado de acá. Lo más conocido, desde la expedición de Alejandro, era el valle del río *Indus* y sus afluentes: *Hidaspes*, *Acesinus*, *Hidraotes*, *Hyphasis* y *Satadro*, y las ciudades de *Taxila* y *Palibothra*. Comprendida la India Cisgangética entre los mares Gangético y Eritreo, tenía al S la isla *Taprobana* (Ceylán).

El *Iran*, llanura atravesada por el Paropamis, comprendía al N de esta cordillera, la *Sogdiana*, la *Bactriana*, la *Margiana* y la *Hircania*, países habitados por pueblos que pasaban por bárbaros; y al S la *Paropamis*, la *Aracosia*, la *Drangiana*, la *Gedrosia*, la *Caramania*, el *Aria* y la *Parthia*, de donde salieron los más temibles enemigos de los romanos. Al O quedaban la *Media*, de cuya capital *Ecbatana* se contaban maravillas de lujo y magnificencia; la *Atropatene*; la *Persia* que fué centro de un gran imperio destruído por Alejandro, que incendió su capital, la suntuosa *Persipolis*, cuyas ruinas se conservan; y la *Susiana*, cuya capital *Susa* fué corte de los reyes de Elam.

En el valle de los ríos *Eufrates* y *Tigris*, se encontraban de N a S la *Asiria*, centro de un antiquísimo imperio cuya capital

fué la famosa *Niive* y donde estaba la ciudad de *Arbela*, donde ganó una batalla Alejandro contra los persas; la *Mesopotamia* situada entre ambos ríos con las ciudades de *Cunaxa*, donde fué vencido *Ciro el Joven* y *Calliroe* famosa por su fuente; y la *Babilonia*, país muy fértil, donde estaban la famosa *Babilonia* con sus templos y jardines colgantes atribuidos a la reina *Semiramis*, *Selencie* y *Ctesiphon*, que fué capital de los persas *Sasánidas*.

Al N quedaba la *Armenia*, entre el Cáucaso, el Ponto Euxino y el Caspio, país montañoso, con los ríos *Ciro* y *Araxes*, que comprendía la *Colquida*, donde se supuso la existencia del Vello cino de Oro, la *Iberia*, la *Albania*, y la *Armenia* propia con las ciudades de *Artaxata*, capital y *Triganocerta*, tomada por Júpulo.

Al O del valle del Eufrates estaba la *Siria*, entre los montes *Tauro Libano* y *Antilibano*, la recorría el río *Orontes* y tenía las ciudades de *Samosata*, *Antioquia*, *Selencia*, *Apamea*, *Palmira* de que son célebres las ruinas, como las de *Heliópolis*, *Damasco* y *Colbou*. Los Sirios eran un pueblo afeminado y artista. Parte de la Siria era desierto que se confundía con los de Arabia.

Las costas de la Siria hacia el Mediterráneo, comprendían la *Palestina*, en el curso del *Jordán* que atraviesa el lago de *Genesareth* y desemboca en el *Asfalites*, y dividida en *Judea* cuya capital era *Jerusalem*, *Perea*, *Samaria* y país de los Filisteos. Sus puertos eran *Ptolomaida*, *Cesarea*, *Joppe*, *Gaza* y *Ascalon*; y la *Fenicia* con las famosas ciudades comerciales de *Tiro*, *Sidon*, *Tripoli*, *Beritos*, *Bíblis*, etc.

Al S quedaba la *Arabia* que tenía al N la *Idumea*, capital *Petra* llamada también Arabia Petrea; luego venía la Arabia desierta y en las costas, la *Felz* de gran fertilidad, con las ciudades de *Jatrippa* y *Saba*.

Por fin, al N de la Siria estaba el *Asia Menor*, llena de colonias griegas, dividida en las siguientes regiones: al O la *Misia* junto al Helesponto, con el monte *Ida*, los ríos *Xanto* y *Gránico* y las ciudades de *Troya* cuya guerra cantó Homero, *Lampsaco*, *Mitilene*, *Pérgamo* con su biblioteca y su templo de Esculapio, dios de la Medicina; y la *Lidia* de la que fué rey el famoso Creso, regada por el *Pactolo* y el *Meandro*, y ciudades famosas, como *Foccea*, *Smirna*, *Ephero* cuyo templo de Diana, llamado Artemisión era una de las maravillas del mundo y fué incendiado por las Amazonas o por Eróstrato; *Clazomene*, *Sardes*, *Teos* patria de Anacreonte, *Magnesia* patria de Pausanias, *Halicarnaso* patria de Herodoto, *Cuido* con un templo de Venus, *Colophon* que dió nombre a una resina, *Mileto*, etc. Al S, la *Licia*, la *Pamfilia*, la *Pisidia* y la *Isauria*, habitadas por pueblos bárbaros; la *Cilicia*, con las magníficas ciudades de *Tarsus* patria de S. Pablo, y *Selencia*. En el centro la *Capadocia* de donde se sacaban muchos esclavos; la *Frigia* con las ciudades de *Apamea*, *Laudicea*, *Hierópolis* y *Timbrea*; la *Galacia* que fué ocupada por los celtas que

le dieron nombre, y tenía las ciudades de *Ancyra* y *Gordium* famosa por el nudo que cortó Alejandro.

Al N la *Bitulia* con las ciudades de *Calcedonia*, *Nicea* donde se celebró el primer concilio ecuménico, *Nicomedia* y *Heraclea* destruida por Júculo; la *Paffagonia* con la ciudad de *Sinope*; y el *Ponto*.

En el mar *Egeo* había las islas de *Lesbos* patria de Sapho, *Chios* famosa por sus viños, *Samos* consagrada a Juno, *Patmos* donde estuvo desterrado San Juan, que allí escribió el Apocalipsis, *Cos* con hermosas mujeres, *Rodas*, cuyo coloso era una de las maravillas del mundo, *Chipre*, con el templo de Venus en *Pafos*, etc.

Del *Africa* solo conocían la parte septentrional, al N del Gran Desierto. La recorría la cordillera del *Atlas*, y la bañaban al E los mares Eritreo y Rojo, al N el Interno, donde se abrían los golfos llamados *Grande* y *Pequeña Sirte*, y al O el Atlántico. El río más considerable del África era el *Nilo*. Los países del África eran los siguientes:

El *Egipto*, al E, en el valle del Nilo y fertilizado por sus inundaciones anuales. Se dividía en alto Egipto o *Tebaida* con las ciudades de *Elephantina*, *Tebas*, *Tentiris*, *Latopolis*, *Licopolis* y *Siena*; el Egipto medio o *Heptanómida*, con las ciudades de *Antinua*, *Arsinae* y *Memfis* y el lago *Moeris* con su laberinto. Junto a Memfis estaban las famosas Pirámides que allí se conservan y eran una de las maravillas del mundo. El bajo Egipto o *Delta*, comprendía las bocas del Nilo y tenía las ciudades de *Heliópolis*, *Pelusium*, *Sais*, *Canope* y *Alejandro* célebre por su museo y biblioteca y cuyo faro era otra de las maravillas del mundo.

La *Marmírica* confinaba con el Egipto, en la costa del Mediterráneo y tenía varios puertos, como *Parionium*.

La *Cirenaica*, país fértil y de buen clima, cuya ciudad de *Cirene* tenía mucho comercio y era lujosa y culta; tenía además el puerto de *Berenice*, y *Barka* en el interior. Seguía hacia el O la *Sírtica* con las ciudades de *Nedpolis* y *Leptis* y *Ocea* o *Tripoli*.

Los romanos llamaron *Africa* al territorio donde se asentaba la famosa *Carthago*, colonia fenicia cuya fundación se atribuía a Dido, hermana de Pigmalion, rey de Tiro, que constituyó un gran imperio y una tabasocracia y fué rival de Roma, siendo destruída al fin por Scipion Emiliano. Otras ciudades del África propia eran *Utica* donde murió Catón y *Tunis*.

La *Numidia* con su capital *Hipo-regius* y las ciudades de *Cirta* rica y populosa, *Zama*, donde Scipión derrotó a Aníbal y *Hipona* de donde fué obispo San Agustín, era país de gente belicosa y valiente, y sus reyes Masinisa y Yugurtha se hicieron temer de los romanos.

La *Mauritania*, país de los *mauros* o moros, fué algún tiempo el granero de Roma. Sus ciudades principales eran *Julia Cesá-*

rea capital de la Mauritania *cesariensis* y *Tingis*, capital de la Mauritania *Tingitana*, y los puertos de *Egilgills*, *Siga* y *Salé*.

Al S de estos países quedaba el gran desierto, la parte más conocida del cual era la *Libia*, limitando con Egipto, en la cual estaba el Oasis con el templo de Júpiter Aunnon, que fué a visitar Alejandro Magno. Los *Getulas* y los *Garamantas*, pueblos nómadas, recorrían el desierto, y más al S se hablaba de razas fantásticas de formas monstruosas, de las que se referían numerosas fábulas.

También se referían fábulas de las Islas *Afortunadas* o *Hespérides*, que eran las Canarias, donde se producían manzanas de oro. Las mayores eran *Nívaria* y *Planaria*.

Más noticias había de la *Etiopía*, país de los negros, al S de Egipto, en el valle del Nilo. Tenía las ciudades de *Meroe*, *Auxuni* y *Arsonia*. Pasaba este país por poseer fabulosas riquezas.

La *Europa* tenía por límite oriental el río *Tanais*, el *Palus Meotides*, *Ponto Euxino*, *Bósforo de Tracia*, *Propóntide*, *Helésponto* y mar *Egeo*; por el S el *mare Internum* y el estrecho de *Hércules* (Gibraltar); por el O el *Atlántico*, y por el N las tierras de los *Hiperbóreos* y *Cimmerios*. Sus países principales eran:

La *Tracia* recorrida por la cordillera del *Hemus* y regada por los ríos *Hebrus* y *Nestus*, tenía como ciudad más famosa a *Byzantium*, sobre el Bósforo; a ella trasladó Constantino la capital del Imperio y le llamó *Constantinópolis* y la hermoseó con grandiosas obras, siendo luego capital del Imperio de Oriente. Además tenía el puerto de *Heraclea* en la Propóntide y la ciudad de *Adrianópolis*.

La *Macedonia* regada por los ríos *Axius*, *Erigon* y *Strymon* tenía los montes *Athos*, *Scordius* y *Orbelus* y las ciudades de *Tesalónica*, *Potidee*, *Stagira*, patria de Aristóteles y *Philipos*, donde Augusto venció a Bruto y Casio, asesinos de César. La capital fué primero *Edesa* y después *Pelle*. Filipo rey de Macedonia llegó a ser el amo de Grecia. Su sucesor Alejandro conquistó el Asia.

La *Hellas* o *Grecia* comprendía varios países: la *Tesalia* en el valle del río *Peneus*, entre los montes *Puldo*, *Olimpo*, *Ossa* y *Pelion*, con las ciudades de *Larissa*, patria de Aquiles, *Pharsalia*, donde César venció a Pompeyo, y *Yolcos*, patria de Jason; la *Dona*, la *Lócrida*, la *Etolia*; la *Phocida* donde estaban los montes *Helicon* y *Parnaso* residencia de las Musas, y el río *Cefiso*. La ciudad de *Delphos*, llamada ombligo o centro del mundo, tenía un templo de Apolo famoso por su *Oráculo*, que daba la Pitonisa, consultado por todo el mundo griego, y la sagrada *fuelle Castalia*. Otras ciudades eran *Anticura* y *Elatea*. La *Beocia*, de incultos habitantes, tenía las ciudades de *Thebas*, *Cheronea* donde ganó Filipo una célebre batalla, *Platea* y *Leuctra*. El *Atica* tenía los montes *Citeron* e *Himeto*, célebre por su miel; producía mucho vino y aceite; su capital *Atenas* era la ciudad más culta e ilustre de Grecia; en *Eleusis* se celebraban los famosos Misterios de De-

meter; *Salamina* y *Maraton* figuraron en las guerras médicas. La *Megárida* capital *Megara* y *Corinto* en el istmo de su nombre, famosa por los juegos *Istmicos*.

La península meridional se llamaba *Peloponeso* y comprendía la *Acaya* y la *Elida*, donde estaba *Olimpia* con un templo de Júpiter en cuya honra se celebraban de cuatro en cuatro años las *Olimpiadas* o Juegos Olímpicos. La *Laconia* dividida en *Lacedemonia*, valle del *Eurotas*, donde estaba *Esparta*, ciudad fuerte, célebre y poderosa, rival de Atenas, y la *Mesenia* con la ciudad de *Pylus*, corte de Nestor. La *Argolida*, capital *Argos*, la ciudad más antigua del Peloponeso, y que comprendía además las de *Micenas*, corte de Agamemnon, *Epidauro* que tenía un oráculo médico en el templo de Esculapio y *Nemea*, donde se celebraban los Juegos Nemeos, en honor de Hércules que allí venció un feroz león. Y por fin la *Arcadia*, cuyos habitantes, dedicados al pastoreo, decíanse que conservaran las costumbres de la Edad de Oro. La regaban los ríos *Alfeo* y *Crato* y sus montes eran el *Erynantho*, *Stimphalo* y *Liceo*, sus ciudades, *Megalópolis*, *Mantineia* donde murió Epaminondas y *Tegea* en cuyo templo fué emparedado Pausanias.

Las costas de Grecia estaban rodeadas de islas, las principales de las cuales eran: *Lemnos* donde estaban las fraguas de Vulcano, *Samotracia*, donde se daba culto a los Kabiros, *Thasos* con minas de Oro, *Citera*, consagrada a Venus, *Eubea*, con la ciudad de *Chalcis*, *Delos*, cuyo templo era centro de una *aufictio-nia* o cofradía de ciudades, *Paros*, con ricos mármoles, *Naxos* con magnífico vino y *Creta* que fué asiento de una importante cultura en tiempo del rey Minos, famoso en las fábulas griegas y cuyo palacio fué descubierto en *Cnossos*.

Hacia el mar Jónico daban las costas del *Epiro*, país montañoso, regado por los ríos *Thiamis*, *Aqueron* y *Cocito*, e ilustrado por las ciudades de *Ambracia*, *Dodona*, con un célebre oráculo, y *Nicópolis*.

En el mar jónico estaban las islas de *Corcira*, *Cefalonia* e *Ithaca*, donde reinó Ulises. En el Adriático las costas de *Iliria* que tenía las ciudades de *Antona*, *Epidauro*, *Scodra* y *Salona*.

La *Italia* se dividía en cuatro partes: *Galia cisalpina*, en el valle del *Padus* (Pó), colonizada por celtas, cuyas ciudades principales eran *Mediolanum*, *Ravenna*, *Bononia*, *Augusta Taurinorum*, *Placencia*, *Mutina*, *Verona*, *Mantua*, patria de Virgilio, *Adria*, *Tergesto* en el Adriático y país de los Venetos y *Genua* en el Tirreno. La *Italia media* comprendía la *Etruria* regada por el *Arno* y poblada por los etruscos, con las ciudades de *Pisa*, *Lucca*, *Florenzia*, *Cortona*, *Perugia*, *Arrentum* y *Veies*; la *Umbria* y el *Piceno*; la *Sabiua* con las ciudades de *Reate*, *Teate* y *Cures*, patria de Numa Pompilio; el *Latium*, tenía la ciudad de *Roma*, sobre el *Tiber*, edificada en siete colinas; su puerto era *Ostia* y tenía además el *Cajetas*; las lagunas *Pontinas* daban al país un

clima insalubre. La *Campania* comprendía las ciudades de *Partenope* o *Nedpolis*, *Herculano* y *Pompeya*, al pié del Vesubio, que sepultó con sus lavas las dos últimas, *Capua* y *Bayas*, estaciones de placer, *Cumas* donde vivió una célebre Sibila, y *Salernum*. El *Samnium* cuyos habitantes sostuvieron guerras con Roma. La *Magna Grecia* cubierta de colonias helénicas, las principales de las cuales eran *Salapia*, *Lucania*, *Tarentum*, *Posidonia*, *Heraclia*, *Sibarís*, ciudad lujosa y viciosa, destruida por los crotoniatas, *Crotona* que fué gobernada por los pitagóricos, *Locri* y *Regium*. La isla de *Sicilia*, *Sicania* o *Trinacria*, cuyos vinos eran famosos, tenía célebres ciudades helenizadas, como *Syracusa*, *Mesena*, *Panormos* y *Agrigentum*.

La isla de *Sardinia*, habitada por hombres feroces y la de *Corsica* separaban el mar Tirreno del Baleárico.

Las islas *Baleares* o *Gimnias* se llamaban *Maior*, *Minor*, y junto a ellas estaban las *Pithiusas*, que eran *Ebusus*, *Phusa*, *Colubraria* y *Capraria*.

Al N de Italia estaban los montes del macizo alpino, que comprendía la *Rhetia*, la *Vindelicia*, la *Norica* y la *Helvetia*, habitadas por pueblos célticos, cuyas ciudades eran *Augusta Vindelicorum*, *Curia*, *Tridentum* y *Jubavum*.

En la cuenca del río *Ister* (Danubio) se encontraban la *Pannonia* con las ciudades de *Vindobona*, *Acincun* y *Taurunum*, la *Moestia*, con las de *Singidunum*, *Durostorum* y *Naisum*, y la *Dacia* con las de *Tibiscum* y *Nadia*. Todos estos países fueron colonizados por celtas; la Dacia fué ocupada después por Trajano con legionarios españoles.

Al N de estos, entre el *Vistula* al E, el *Ister* al S y el *Rhenus* al O, se encontraba la *Germania*, ocupada en parte por la selva *Herclúica*. Al N tenía el *Sinus Codanus*, de donde venía el ámbar amarillo y el *Chersonesus Címbricus*. De la Germania salieron los pueblos bárbaros que destruyeron el Imperio Romano.

Al O del *Renus*, estaba la *Galia*, habitada por los celtas, y por la que corrían los ríos *Rhodanus*, *Garumna*, *Duracla*, *Liger*, *Sequana* y *Scaldis* y los montes *Jura* y *Vogesus*. Distinguían los romanos la *Galia Nerbonense*, habitada por los ligures, cuya capital era *Narbo* y tenía ciudades romanizadas, como *Tolosa*, *Nemansus* y *Carcasso* y la colonia focense de *Massalia*; la *Galia Aquitania* habitada por los iberos, donde se encontraban las ciudades de *Abaricum*, *Burdigala*, *Gergovia*, *Turba*, *Lupurdum* (Bayona), *Augustonemetum* (Clermont) y *Limonum* (Poitiers). La *Galia Céltica* cuya capital era *Lugdunum*, y tenía las ciudades de *Augustodunum* (Autun) *Alesia* y *Bibractis*, destruidas por César, *Lutetia Parisii*, *Aurelianum* (Orleans), *Condivicnum* (Nantes) y *Rothomagus* (Ruan). Y la *Galia Bélgica* con las ciudades de *Samarobriva*, *Bononia*, *Durocorturum*, *Argentoratium* (Strasburgo), *Maguntiacum*, *Augusta Trevericorum*, *Colonia Agripina*, *Ambiarum* (Amiens) y *Noviomagus* (Nimega).

Las islas británicas se llamaban *Albion* o *Britannia* y *Yerue* o *Hibernia*. La primera se dividía en *Britannia romana*, con las ciudades de *Londinum* sobre el *Thames*, *Eboracum* (York) y *Dubris*, y *Britannia bárbara* o *Caledonia*. La capital de Hibernia era *Eblana* (Dublín).

Más allá del *Vistula* quedaban la *Sarmatia* y la *Scythia*, y más allá del *Sinus Codanus* la *Scandinavia*. Eran países habitados por pueblos bárbaros: los sármatas, los scitas, los hiperbóreos, de los que se contaban crueldades y prodigios. Al O, la última tierra conocida era la *Insula Thule*, acaso Islandia.

Sin embargo, en el Atlántico, muy al O de las Columnas de Hércules, se sospechaba la existencia de una inmensa isla o continente, mencionado en las obras de Platon, según noticias antiguas, con el nombre de *Atlantis*, sede de un poderoso imperio, y que un terremoto hundió bajo las aguas del Océano.

a) Acerca de la existencia de este continente, llamado *Atlántida*, se ha discutido mucho. Se dijo si se basaban los textos platónicos en noticias desfiguradas acerca del continente americano. Otros trataron de localizarla en tierras actualmente emergidas, principalmente en el África, suponiéndose si las arenas del Sahara ocultaban sus ruinas, como sucede con ciertas antiguas ciudades del Turkestan. Acerca de su posible existencia en el fondo del Atlántico, se han dado razones geológicas, botánicas, zoológicas y hasta arqueológicas. Los teósofos defienden la existencia de la Atlántida y la exactitud de los relatos de Platon, en ella colocan el origen de muchas de las razas humanas actuales, y de varias culturas históricas. No sólo los teósofos, sino también algunos historiadores. Un historiador de Galicia, el ilustre Verea y Aguilera, colocaba en la Atlántida el origen de los pueblos célticos. Unánime aventura la hipótesis de si el sentimiento llamado *morriña* y *saudade*, característico de gallegos y portugueses, sería la nostalgia de la perdida Atlántida. Últimamente se formó en París una asociación para investigar y defender la existencia de aquel continente desaparecido.

4. La geografía antigua de España.—Los antiguos dieron a la Península Ibérica varios nombres, principalmente los de *Hesperia*, *Hispania* e *Iberia*.

En su costa atlántica distinguían el *Promontorium Trileucum* (Ortegal) el *Artabrum* (Finisterre), el *Magnum* (Roca), el *Sacrum* (S. Vicente), el *sinus Gaditanus*, la montaña de *Calpe*, que con la de *Abila* en África formaba las *Columnas de Hércules* (estrecho de Gibraltar), el *promontorium Charidemum* (Gata) el *sinus Virgitanus*, el *promontorium Scombrarium* (Palos), el *sinus Ilicitanus*, el *promontorium Dianum* (Martín), el *sinus Sacronensis* y el *promontorium Aphrodisium* (Creus).

Desde este promontorio principiaban los montes de *Pirene*, la más nombrada de las cordilleras peninsulares. Otros montes eran los *Viudios*, *Carpetauos*, *Idubeda*, *Orospeda*, *Ilipula*, *Marianos*, *Hermitulos*, etc. Los ríos principales eran el *Minius*, *Durius*, *Tagus*, *Anas*, *Betis*, *Sucro*, *Iberus* y *Sicoris*.

Las divisiones de España fueron muchas. Los romanos la dividieron primero en *Citerior* y *Ulterior*. Augusto la dividió en tres: *Tarraconense*, *Betica* y *Lusitania*. De la Tarraconense separaron después la *Cartaguenense* y la *Gallaecia*.

La más romanizada y culta era la *Bética*, colonizada desde muy antiguo por los fenicios, que fundaron en ella las ciudades de *Gades*, *Hispanis*, *Corduba*, *Malaca*, *Carteia* y *Calpe*. Entre las ciudades indígenas, se encontraban la antiquísima *Tarteseos*, *Iliberris*, *Astigi* y *Munda*. La más notable ciudad romana era *Itálica*. Había además *Asta Regia*, *Bastia*, *Oretum*, *Sisapo* y *Acci*. En sus costas estaba la isla *Erythia*.

La *Cartaginense*, cuya capital era *Cartagonova*, fundada por Asdrubal Barka, comprendía la tierra *spartaria* cuyo esparto se utilizaba en tejidos y cestería que se exportaba en el puerto de *Lucentum*. Otras ciudades eran *Segobriga*, *Sagunto*, *Setubis*, *Talentum*, *Complutum*, *Uxama*, *Clunia*, *Termantia* y *Numantia*, todas ellas de importancia histórica. En la costa había establecimientos y factorías griegas.

La *Tarraconense* tomaba su nombre de *Tarraco*, su capital, ciudad ibérica que alcanzó gran importancia y conserva sus murallas. *Barcino* fué fundada por Amílcar Barka; *Gerunda*, *Ilerda*, *Oscá*, *Calagurnis*, *Destosa* y *Bilbilis* eran ciudades ibéricas; *Flavio-briga* parece de origen celta; *Emporion* y *Rhode* eran florecientes colonia griegas. La colonia romana más importante era *César Augusto*. Comprendía la Tarraconense el país de los Vascones y el de los Cántabros, rebeldes al poder de Roma.

La *Lusitania*, entre los ríos *Durius* y *Anas*, tenía por capital a *Emerita Augusta*, ciudad magnífica. A *Oliissipo*, en la embocadura del *Tagus*, se daba un origen fenicio o griego. Otras ciudades eran *Cetobriga*, *Lacobriga*, *Contimbriga*, *Scalabis*, *Norba Cesarea*, *Eboracum*, *Pax Augusta*, *Castra Julia*, *Abula*, *Salmanica* y *Ossonoba*. Fué poblada la Lusitania primero por celtas y después por iberos.

La *Gallaecia* comprendía además de la Galicia actual, las dos Asturias: país de los *Astures cismontanos*, entre los montes astúricos y el Duero y país de los *Astures transmontanos*, al N de los montes. Componían ambos el *convento jurídico Asturicense*, cuya capital era *Asturica Augusta*, y en cuyo territorio estaban *Legio VII*, *Palantia* y *Pintia*. En la Asturias transmontana se hallaba *Lucus Asturum*.

Otros dos conventos jurídicos había en la Gallaecia: el *Lucense*, cuya capital era *Lucus Augusta* y que tenía como ciudades más importantes: *Brigantium*, *Flavia Laubris*, *Iria Flavia*, etcétera. La primera estaba en el golfo llamado *Portus Magnus Artabrorum*, donde estaban también *Ardobriga* y el famoso *Farum Brigantium*. Los ríos principales eran el *Sala*, el *Tamara* y el *Ulla*, y probablemente en este convento estaba el *Mons Sacer*, que se suponía lleno de oro.

El convento *Bracarense* tenía por capital a *Bracara Augusta*. Sus ciudades principales eran *Thyde* en la embocadura del *Minus*, llamado también *Baenis*, *Aquae Calidae*, *Abobriga*, *Civitas* y *Forum Limicorum*, estas dos en el curso del río *Limaea* o *Bello-*

nis, del que se contaba que el que lo pasaba perdía la memoria de su vida pasada, *Duos Pontes*, *Aquae Flaviae*, y *Portu Cale*. A orillas del Minius estaba el monte *Medullum*, donde se defendieron los galaicos de los romanos. Otros ríos de este convento eran el *Leros* y el *Sil*, afluente del Miño, el *Ribalus*, etc.

En las costas de Gallaecia se encontraban las *Cassitérides* o islas del estaño: *Cicae*, *Aunius*, *Corticata*, *Silvora*, *Arausia*, etc.

5. Empleo de la geografía en la investigación histórica.— Hemos dicho que la geografía sirve para situar los acontecimientos históricos en el espacio. El situar los acontecimientos es muchas veces explicarlos: los movimientos y emigraciones de pueblos y razas, la propagación de las formas culturales, las agregaciones y segregaciones de territorios y provincias, son hechos geográficos además de ser hechos históricos. Solo el estudio geográfico hace comprensibles las vicisitudes de las guerras, invasiones, colonizaciones y relaciones comerciales.

El situar geográficamente los acontecimientos, no siempre es fácil; las nociones geográficas varían en los diversos pueblos, y a veces en los distintos autores. Es necesario conocer el *tecnicismo* geográfico de las fuentes que se interpretan: lo que los clásicos llamaban *Stria*, los hebreos le llamaban *Aram* y los egipcios *Kutenu*; lo que para unos es lago o golfo, para otros es mar. Aquí se relaciona también la geografía con la filología; el punto de relación es la *toponimia*, o sea los nombres geográficos. De aquí la necesidad de conocer la *geografía histórica*.

Otras veces, las fuentes no nos indican el lugar por su nombre, sino que sólo hacen de él una descripción; la geografía nos indica verosímelmente a que lugar puede corresponder tal descripción. De hecho, hay países históricos que todavía no han podido ser identificados; así acontece con el que los egipcios llamaban *Punt* y que los hebreos llamaban *Ophir*. Aun en la geografía clásica hay puntos dudosos, y sin salir de Galicia, no sabemos aun a que localidades modernas corresponden las antiguas ciudades de *Zinnania*, *Araduca*, *Lámbriga*, y también varían las opiniones acerca de la localización del monte *Medullum*.

Por último, por el estudio de la geografía podemos determinar la influencia del factor tierra sobre la vida y la cultura de los hombres.

XII

La Cronología

1. Su utilidad para la historia.—La Cronología es la ciencia que estudia las medidas y maneras de computar el tiempo.

Es tan importante para el estudio de la historia, que se ha dicho que la Geografía y la Cronología eran los *ojos de la historia*. Sirve para la comprobación de las *fechas* de los documentos y para *situar* los hechos en el tiempo, es decir para fijar el orden en que ocurrieron, cosa esencialísima en la historia, que es, por decirlo así, la ciencia de la *sucesión* de los hechos.

2. Historia de la Cronología—No todos los pueblos tuvieron cuidado de fijar con exactitud las fechas de su historia. Así, la Cronología de los indios suele ser tenida como fabulosa. En cambio los chinos poseen anales muy cuidadosos que consignan acontecimientos desde el año 2697 antes de Jesucristo. También cuidaron de su cronología los Caldeos. Los hebreos la consignan muy rigurosa en la *Biblia*.

Pero la más conocida es la cronología *clásica* (de los griegos y romanos). Los monumentos más importantes de esta cronología son: El *Catálogo* de 38 reyes de Egipto, desde Menes hasta Arun-tarteo, que reinaron por espacio de 1076 años, compuesto por Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría en el siglo II antes de Jesucristo, y conservado por Jorge Sincelo.—El *Canon* de Ptolomeo, del mismo siglo, que comprende la lista de los reyes de Babilonia, desde Nabonasar hasta Baltasar; de Persia, desde Ciro a Darío Codomano; de Alejandro y los Ptolomeos hasta Cleopatra y los emperadores romanos hasta Antonino Pío.—Los *Mármoles de Paros*, descubiertos en el siglo XVII por Peyrese y regalados a la Universidad de Oxford en 1667. Contienen unas tablas cronológicas que comprenden 1227 años desde Cecrops hasta el arconte Calistrato (355 antes de J. C.)—Los *Fastos Capitolinos* atribuidos al gramático Verio Flaco, del siglo I de la E. C. y grabados en mármol. Contienen la lista de los cónsules y magistrados romanos y fechas de algunos sucesos.

En la Edad Media, habiendo ya eras fijas, la historia empleó una forma cronológica (*Anales, Crónicas*). La cronología histórica fue muy cultivada en los tiempos modernos, principalmente

por los partidarios de la *historia erudita*, distinguiéndose Scaligero, el P. Petavio, Usserio y los Benedictinos.

3. La computación y divisiones del tiempo.—Las divisiones del tiempo pueden ser *naturales* y *artificiales*. Las primeras se fundan en el movimiento de los astros, y son el *día*, el *mes*, y el *año*, el *ciclo lunar* y el *solar*.

El *día* es el espacio de tiempo que emplea la tierra en su rotación. Se puede contar: de *orto* a *orto* (babilonios, persas, sirios y griegos modernos) de *ocaso* a *ocaso* (hebreos, atenienses, germanos, galos, chinos, la Iglesia) de *media noche* a *media noche* (egipcios, romanos, europeos modernos), o de *mediodía* a *mediodía* (árabes, astrónomos).

El *mes* puede ser *lunar* y *solar*. Mes lunar es el tiempo que emplea la luna en su revolución, y dura 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos. Mes solar es el tiempo que tarda el sol en pasar por uno de los 12 signos del Zodíaco. El primero fué empleado por los hebreos, los griegos, los romanos antes de la corrección juliana y los árabes. Los meses recibieron diferentes nombres en los distintos pueblos.

El *año* puede ser *lunar* y *solar*. El año lunar, empleado aun por los mahometanos, es el conjunto de 12 *lunaciones* o meses lunares, y tiene 354 días, 5 horas, 48' y 38". El año solar es el tiempo que tarda el sol en recorrer todo el Zodíaco, se compone de 12 meses solares y tiene 365 días, 5 horas, 48' y 45", siendo el más comúnmente empleado. La diferencia entre ambos años en días se llama *epacta*. El año comienza a contarse en diferentes días, según los pueblos: los hebreos, caldeos, persas y egipcios lo empezaban en el equinoccio de otoño; los griegos en el solsticio de verano; los romanos en el equinoccio de primavera (antiguamente) siendo Marzo el primer mes; los pueblos modernos, diez días después del solsticio de invierno.

El *ciclo lunar*, inventado por Metón (433 a. J. C.) es el período de 19 años, al cabo de los cuales se repiten las fases de la luna en los mismos días. El *ciclo solar* es el período de 28 años al cabo de los cuales vuelve a comenzar el año en el mismo día de la semana.

Las divisiones artificiales son la *hora*, la *semana* y el *ciclo*.

El *día* se divide en 24 horas. Para medir las horas se emplea el reloj (*hora-logion*).

b) El más antiguo reloj fué el *gnomon* o reloj de sol, que cuenta las horas por la sombra de una varilla sobre un semicírculo o círculo graduado y puede ser vertical u horizontal. Parece que los usaron los caldeos; los usaron los hebreos; Anaximandro (610-547 a. J. C.) lo introdujo en Grecia y el consul Papirio Cursor lo hizo, en Roma (298). Después se inventó la *clepsidra* o reloj de agua en que la aguja indicadora es movida por la caída del agua de un recipiente. De este se deriva el de *arena*. De esta clase fueron los construídos en Alejandría por Clebitio y Herón en el siglo II a. J. C.—El *reloj de pesas* se atribuye al monje Gerberto (Papa

silvestre II en el siglo X. El primero de torre fué el de Padua en 1344.—Los de *muelle* se inventaron en Sulza en el siglo XVI.—El de *péndulo* fué inventado por el holandés Huyghens en 1657.

Los hebreos y romanos dividían además el día en cuatro partes, cada una de tres horas, que se llamaban *Prima*, *Tercia*, *Sexta* y *Nona*, y la noche en cuatro *Vigilias*.

El mes fué dividido en diferentes períodos artificiales: los chinos y los griegos en *décadas*, los peruanos en *novenas*, los indios en *quincenas*. Los romanos empleaban tres períodos: *Kalendas*, *Nonas* e *Idus*. Las Kalendas eran el 1.º del mes, las Nonas el 5 las Idus el 13, excepto los meses de Marzo, Mayo, Julio y Octubre, que eran las Nonas el 7 y las Idus el 15. Se contaban los días que faltaban para aquellos días fijos (días por andar). También en la Edad Media se contaban muchas veces días por andar; nosotros hoy contamos días andados.

De todos estos períodos el que más se generalizó fué la *semana* de invención caldea y adoptada por los hebreos y luego por los griegos y romanos. Consta de 7 días consagrados a los dioses de los 7 planetas. Nosotros empleamos los nombres de los dioses romanos: Lunes (*dies Lunae*), Martes (*dies Martii*), Miércoles (*dies Mercurii*), Jueves (*dies Jovis*), Viernes (*dies Veneris*), Sábado (del hebreo *Sabbatu*, 7.º día, que los romanos consagraban a Saturno) y Domingo (día del Señor, que los gentiles consagraban al Sol). El Papa San Silvestre sustituyó estos nombres paganos por los de la semana cristiana: *Dominica*, *Feria secunda*, *Feria tertia*, *Feria quarta*, *Feria quinta*, *Feria sexta* y *Sabbatu*, cuyo uso se conserva en Galicia y Portugal (*Domingo*, *Segunda feira*, *Terza feira*, *Carla feira*, *Quinta feira*, *Sexta feira*, *Sábado*).

c) En Galicia y Portugal, el uso popular designa también algunos meses por las festividades religiosas, los santos o las operaciones agrícolas: *mes de San Juan* (Junio) *mes de San Yago* (Julio), *mes de Santos* (Noviembre), *mes de Natal* (Diciembre), etc. Es una completa cristianización del Calendario.

Los ciclos artificiales son muy variados: el más usado es el *siglo*, período de 100 años; pero se han usado otros, como los ciclos chinos, los *Yugas* y *Kalpas* indios, los *saros*, *neros* y *soros* de los caldeos, los años *subdíticos*, *jubilares* y *pascuales* de los hebreos, el *sottaco* de los egipcios, los ciclos griegos y el *lustrum* de los romanos, que duraba 5 años, al cabo de los cuales se renovaba el censo y se hacían las *lustraciones* o purificaciones religiosas.

d) Los Chinos contaban un período de 432.000 años durante el cual reinaron 12 reyes del Cielo y 11 de la tierra, 18.000 años cada uno; otro ciclo de 89.639.860 años, y otro de 60 años que es el que emplean los historiadores a partir del año 2697 a. J. C.

Los Indios dividen el tiempo de duración del Universo en *Kalpa*. Un *Kalpa* dura 4.320.000.000 de años y se divide en 14 *manvantaras* (períodos de manifestación) y un *sandhya*. Cada *manvantara* tiene 308.448.000 años y se divide en 61 *mahayugas sandhya*. Un *mahayuga* tiene 4.320.000 años y se divide en 4 *Yugas*:

VICENTE RISCO

<i>Julva-Yuga</i> (edad de perfección o de oro),	17,00,000 años.
<i>Tetra-Yuga</i> (edad de plata),	12,96,000
<i>Dvapara-Yuga</i> (edad de cobre, comienza el mal),	864,000
<i>Kali-Yuga</i> (edad del hierro o de la oscuridad),	432,000
Los caldeos contaban el <i>anno</i> de 60 años, el <i>nero</i> de 600 y el <i>saro</i> de 3,600, otro de 120 <i>saros</i> o sea 432,000 años.	

Los hebreos contaban el ciclo *sabático*, de 7 años, en el último de los cuales estaba prohibido cultivar los campos; el *jubil*, de 50 años, en el último de los cuales, todas las tierras volvían a sus primitivos dueños y caducaban los contratos y las deudas; y el *pascual*, de 362 años, producto del ciclo solar por el lunar (28 X 19).

El ciclo *sothiaco* de los egipcios se derivaba de las observaciones sobre la estrella *Sothis* (Sirio) o *Cornicula*, de influencia notable, pues anunciaba la inundación del Nilo, que fecundizaba el país. Era de 1460 años, al fin de los cuales volvía a concordar el año civil de 365 días con el astronómico.

Los griegos tenían el *dicterido* de 2 años, el *trictetrido* de 3 años, el *tetractetrido* u *olimpiada* de 4 años, el *octactetrido* de 8, el *hectactetrido* de 16, el de *Meton* o *Anreo número* (ciclo lunar), el de *Calejo* de 76 años y el de *Hiparco* de 104 años.

La *Indicción romana* instituida por el emperador Constantino en el año 312, a partir de 3 años a. J. C. es un periodo de 16 años.

4. Las Eras.—Se llama *era* el punto de partida para contar los años, a partir de un acontecimiento importante. Las principales son las siguientes:

Era de la Creación del Mundo, usada principalmente en la Historia Sagrada. Se coloca la Creación, comúnmente entre los años 6984 y 3616 a. J. C.

e) Los cálculos hechos sobre los libros sagrados varían entre estas fechas. Los principales son:

El texto Hebreo y la Vulgata señalan el año,	3992
El Samaritano,	4251
Los LXX (texto-griego),	5518
El Martirologio Romano,	5199
En cuanto a la Creación del Hombre:	
Los judíos modernos,	3761
San Gerónimo,	3941
San Isidoro,	5331
San Clemente de Alejandría,	5621
Jorge Synesto,	5500
Saldas,	6883
Onufrio Panyino,	6210
El P. Petavio,	5983
Usserio,	4994
Clinton,	4139
El <i>Arte de verificar las fechas</i> ,	4963

Era del Diluvio Universal, que también varía.

f) Los principales computos son:	
Texto hebreo y Vulgata,	2946
Samaritano y LXX,	3037
Martirologio Romano,	3182
Clinton,	2848
Usserio,	2848

Era de las Olimpiadas, usada por los griegos. Comenzó en 776 a. J. C. en que salió vencedor Corebo. Cada Olimpiada duraba

4 años que empezaban a contarse desde el plenilunio más próximo al solsticio de verano, y en el último se celebraban los Juegos Olímpicos, en la ciudad de Olimpia, en honor de Zeus. Se contaban: 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª de la Olimpiada.

Era de la Fundación de Roma, que tampoco es fija, pues Catón y los Fastos Capitolinos la ponen en el 752 a. J. C., Varrón el 753 y Verrio Flaco en el 754.

Era de Nabuasar, rey de Babilonia, que subió al trono el 747 a. J. C.

Era de los Selencidas, que subsiste aún en algunos pueblos de Oriente y empieza en 312 a. J. C. en que Selenco Nicator recobró a Babilonia.

Era Juliana, que empieza en 45 a. J. C. en que se hizo la corrección del Calendario.

Era Hispánica, usada en España, Portugal, S de Francia y N de Africa, empieza, según el P. Flórez en el año 38 a. J. C. en que España fué declarada provincia romana. También se llama de *Augusto*. Cuando en los documentos medioevales de la Península se dice en la fecha *Era*, es siempre la Era Hispánica.

Era Cristiana, llamada también *Vulgar*, de *Gracia* y de *Dionisio*, fué inventada por Dionisio el Exiguo, monje del siglo VI. En Francia se adoptó desde Pepino y Carlomagno; en el resto de Europa, desde los siglos X y XI; en Cataluña desde 1180 (Concilio en Tarragona); en Aragón desde 1350; en Valencia desde 1358; en Castilla y León desde 1303 (Cortes de Segovia); en Portugal desde 1492, reinando D. Juan II.

El punto de partida es el Nacimiento, la Circuncisión o la Encarnación de Jesucristo, hoy generalmente la Circuncisión (1.ª de Enero). Se calcula que Jesucristo nació el 25 de Diciembre del año 753 de la fundación de Roma, primero de la 195.ª Olimpiada.

Era de los Mártires o de Diocleciano, inventada por los Alejandrinos y empleada aún por los coptos y etíopes; comienza en 284 en que subió al trono Diocleciano.

Era Armenia que comienza en 552 en que los armenios se separaron de la Iglesia latina.

Hégira, usada por los musulmanes, empezando el 16 de Julio de 622 en que Mahoma huyó de la Meca a Medina.

6. El Calendario.—Es la disposición coordinada del año, con sus divisiones e indicación de las fiestas. Cada cultura distinta tiene su calendario; en Occidente, los más importantes son el *griego*, el *mahometano* y el *romano*. Nosotros seguimos el calendario romano. Ahora bien; este parece que fué al principio de diez meses y muy irregular, por lo que sufrió dos *correcciones* la *Juliana*, en 45 a. J. C. y la *Gregoriana* en 1582.

La Juliana fué dispuesta por Julio César, auxiliado del astrónomo Sosígenes; estableció un año de 365 días y 6 horas. Todos

los años serían de 365 días, y cada cuatro años, habría uno de 366 para compensar la diferencia de las 6 horas, y a ese año se llamó *bisestil* o bisiesto. Augusto dispuso que Enero, Marzo, Mayo, Julio, Agosto, Octubre y Diciembre, tuvieran 31 días y los demás 30, menos Febrero que tendría 28 en los años comunes y 29 en los bisiestos.

Pero como el año tiene en realidad 365 días, 5 horas, 48' y 48", del cálculo de Sosígenes sobraban 10' y 48", lo cual originó la confusión del calendario, al cabo de muchos años. Entonces el Papa Gregorio XIII dispuso la reforma que lleva su nombre. Quitó 10 días al año 1582; suprimió tres años bisiestos en cada cuatro siglos, y además el año 3600 y sus múltiplos. Los cristianos cismáticos siguieron empleando el calendario Juliano.

El calendario cristiano contiene también las fiestas de la Iglesia. Estas pueden ser *fixas* si caen en día determinado del año, y *movibles* que se rigen por las revoluciones lunares y varían de día. Como punto de partida para la fijación de las fiestas movibles, sirve la *Pascua de Resurrección*, que es el domingo siguiente al primer plenilunio después del equinoccio de primavera. La Pascua, hay que hallar el plenilunio después del 20 de Marzo. Para ello, se resta la epacta de 44, y el residuo se cuenta en días desde el 1.º de Marzo. Después, 63 días antes de Pascua, será Septuagésima; 49 días, Quincuagésima (Carnaval) y el miércoles siguiente, Ceniza; 14 días, Pasión y el siguiente, Ramos; el domingo siguiente a Pascua, Quasimodo; 40 días después, Ascensión y 10 días después de Ascensión, Pentecostés y el domingo siguiente, Trinidad y el jueves, Corpus.

a) El calendario musulmán es lunar y empieza en nuestro mes de Julio, con el mes de *Maharran*, al que siguen *Rabi I*, *Rabi II*, *Chumada I*, *Chumada II*, *Reheb*, *Xobda*, *Ramadán*, *Xanat*, *Dulcanda* y *Dulhicha*. Las fiestas son la Pascua de Ramadán, cuyo mes es de ayuno, el nacimiento de Mahoma en Rabi I, su Ascensión el 27 Reheb, y el Corbán Batram el 10 Dulhicha.

El calendario hebreo empieza en nuestro mes de Septiembre y tiene los meses de *Tisri*, *Heschván*, *Kislev*, *Tebeth*, *Schebat*, *Adar*, *Nissán*, *Iyar*, *Sivvan*, *Tammuz*, *Ab* y *Elul*. La Pascua es el 10 Nissán. Hay las fiestas de los tabernáculos, de la Ley, etc.

6. Empleo de la Cronología en la investigación histórica.—

Sirve, como hemos dicho para situar los acontecimientos en el tiempo. Como en el caso de la localización geográfica, la situación cronológica nos ayuda a establecer relaciones e influencias entre los hechos, y hasta lazos causales, indicados muchas veces por su sucesión: un acontecimiento anterior indudablemente influye en los posteriores con él relacionados por el lugar, por el sujeto, etc. La sucesión explica muchas veces el enlace de los hechos.

Tampoco es siempre fácil determinar el tiempo en que ocurrieron los hechos. Las fechas vienen indicadas en los documentos de maneras muy diversas: se señalan los años por los nombres de

magistrados llamados *epónimos* (que dan nombre al año, como los cónsules en Roma), por los años que lleva reinando un rey, por la distancia a un acontecimiento notable, por un *sinchronismo* (acontecimientos realizados al mismo tiempo); los días se señalan por las fiestas, por acontecimientos, por el Santo del día, por el Evangelio, por las primeras palabras del *introito* de la misa, etc. Hay que conocer la historia del país, el calendario, la cronología general, para determinarlos.

A veces no se puede determinar la fecha exactamente, sino solamente dos fechas límites entre las cuales tuvo que ocurrir el hecho: no pudo ser antes de tal fecha, ni después de tal otra. A la primera se llama término *post quem* y a la segunda término *ante quem*.

Otras veces, ni siquiera esta determinación es posible. A la determinación de la fecha se llama cronología *absoluta*. En los casos en que no se puede determinar ni aproximadamente, se acude a la cronología *relativa*, es decir, a determinar la sucesión de los hechos, el orden en que ocurrieron: tal hecho fué anterior o posterior a tal otro. En la prehistoria, por ejemplo, la cronología es solamente relativa.

XIII

La Etnología y la Sociología

1. **La Etnología.**—Es la ciencia que estudia los *pueblos* y su *cultura*. En realidad, el contenido de la etnología viene a ser casi el de la historia; efectivamente: si la historia estudia la evolución de la vida social y cultural de los hombres, los hombres se nos presentan agrupados en pueblos, y el concepto de cultura comprende también la organización social, de modo que; en resumidas cuentas, viene a ser lo mismo.

Sin embargo, hay diferencias; las principales son: 1.ª La historia atiende principalmente a la *evolución*, a los cambios de la cultura, y la etnología más bien a los *estados* culturales.—2.ª La historia estudia casi exclusivamente las *culturas superiores*, y la etnología se fija principalmente en las *inferiores*. De aquí que se haya dicho que la etnología estudia la cultura de los pueblos *que no tienen historia*.—3.ª La etnología estudia principalmente, en cada pueblo, sus manifestaciones culturales *autóctonas*, y la historia

estudia también, y a veces con mayor atención el *intercambio* y *transmisión* de elementos culturales.

A pesar de estas diferencias, si bien se observa, siendo los *pueblos históricos* un caso particular en el conjunto de los pueblos, la historia, aunque constituida mucho antes, es propiamente una rama de la etnología.

El estudio de los pueblos puede hacerse de dos modos: si describe los diferentes pueblos y sus culturas respectivas, se llama *Etnografía*; si por el método comparativo trata de determinar las condiciones generales de la vida y la cultura humana, se llama *Etnología*. Una rama de la etnografía es el *folk-lore*, que estudia la que se llama cultura *espiritual*, con aplicación especial a las clases menos cultas de los pueblos de cultura superior.

3 Historia de la Etnología.—Es esta una ciencia muy moderna y que llegó en este siglo a hacer grandes progresos.

Las primeras observaciones de esta clase, datan de los grandes descubrimientos de los portugueses y españoles y de los viajes de los holandeses e ingleses, y muy especialmente, de los misioneros.

En el siglo XVIII aparecen ya algunos intentos de sistematización, con el jesuita P. Lafiteau, el presidente des Brosses y el literato Fontenelle, y en el XIX la etnografía depende del estudio de las razas, y es en su mayor parte antropología, figurando lo propiamente etnográfico como un mero apéndice. Se relaciona también y toma sus nociones generales de la filología.

Su constitución como ciencia independiente data de la fundación de la Sociedad Etnológica de Berlín por Bastian Virchow y Vogt, y de los trabajos de la *escuela antropológica* inglesa de Tylor y Lang. Se crearon numerosas revistas, museos y sociedades, y se celebraron congresos. Contribuyó a su desarrollo la prehistoria, que comienza con Boucher de Perthes.

En nuestros días se hacen notar en Alemania los trabajos de la escuela histórico-cultural, derivada de Ratzel, y especialmente los de Froebenius, Foy y Grabner; en Austria Ehrenreich y el P. Schmidt; en Francia Van Gennep y la escuela sociológica de Durkheim, especialmente el sucesor de este, Levy-Bruhl; en América, Boas y Peabody, y en Italia Morselli, Loria y Mochi.

En España se han distinguido los vascos y los catalanes. Entre los primeros Eleizalde, Eguren, Aranzadi y Barandiaran; entre los segundos, Casades, Samper i Miguel y Maspons i Habros. En Asturias Canella, Jove y Bravo y Uría. En Madrid trabaja sistemáticamente el profesor Hoyos y Sáinz.

En Galicia recogieron muchos datos, Murguía, Barros Sibeio, García de la Riega, Maciñeira y otros, y hoy Cuevillas, Bouza

Brey, Martínez López, etc. Hay estudios publicados en la revista NÓS y en las publicaciones del Seminario de Estudios Gallegos.

En Portugal, los redactores de la *Portugalia* (Rocha Peixoto, Fonseca Cardoso, Severo, etc); Teófilo Braga, y actualmente Leite de Vasconcellos, Claudio Basto, Vieira Braga y otros.

3. El contenido de la etnología.—La etnología, como estudio de los pueblos, tiene un contenido muy vasto, que es necesario clasificar. Estudia los *grupos naturales* humanos en sus caracteres físicos, psíquicos, culturales y sociales.

Estudia primero los caracteres físicos (*Autropología*) y clasifica los pueblos según la *raza* a que pertenecen, determinando si es pura o mezclada y en este caso, los elementos étnicos que lo componen y su proporción, y también las cifras de población (*demografía*). Luego, las características psicológicas de temperamento, carácter, inclinaciones (*psicología étnica*).

Viene después el estudio del *área geográfica* que ocupa cada pueblo y su distribución en ella, su adaptación a sus condiciones, el aprovechamiento de sus recursos (*Antropogeografía*).

Estudia la *cultura* de los pueblos, en sus manifestaciones *materiales*: alimentación, vestido y adorno, habitación, sueño, defensa y armamento, técnica del trabajo, utensilios, industrias, transportes—y *espirituales*: idioma, escritura, literatura, ciencia, arte, religión y superstición.

Por último, estudia las *sociedades*: familia, tribu, Estado, propiedad, comercio, derecho y costumbre.

4. La cultura y su clasificación.—La cultura puede decirse que es el conjunto de todas las manifestaciones de la actividad humana. Hoernes la define: «lo que el hombre añade a la naturaleza para conseguir sus fines humanos».

Según esto, no hay ningún pueblo *inculto*: todos tienen *alguna* cultura; pero no todos tienen *la misma* cultura: 1.º Porque hay *grados* en el desarrollo de la cultura; 2.º Porque hay diferentes *tipos de cultura* que evolucionan independientemente unos de otros.

Por el grado de desarrollo, se distinguen culturas *inferiores*, que son las de los pueblos que más especialmente estudia la etnografía, y culturas *superiores*, que son las de los pueblos históricos. Dentro de cada una de estas dos divisiones, hay muchos grados: al estado más rudimentario de cultura, suele llamarse estado *pre-cultural*.

A veces, en un pueblo de cultura inferior, se produce un estado de mayor actividad espiritual que dá lugar a la cultura superior. Esta también tiene grados, en su evolución, primero va aumentando en fuerza y riqueza, hasta que alcanza cierto

grado de perfección; entonces, el impulso que le daba vida empieza a disminuir lentamente y viene la decadencia de la cultura. Hoy llaman muchos *cultura* al período de crecimiento y *civilización* al de decadencia. Se discute si la civilización puede llegar o no a una completa *degeneración*. Hay autores que suponen que los pueblos salvajes de hoy no están como los hombres primitivos en estado de precultura, sino que son degenerados, que han tenido en otro tiempo una cultura más o menos elevada. De hecho, se ha observado que algunos pueblos de Africa se hallan hoy en un estado cultural muy inferior al que tenían cuando los conocieron los viajeros portugueses de los siglos XV y XVI.

En cuanto a los tipos de cultura, debemos observar que en general, los pueblos de cultura inferior se parecen mucho más unos a otros que los de cultura superior. Las culturas superiores se separan mucho más unas de otras en sus caracteres.

Las culturas superiores son en su evolución absolutamente independientes unas de otras. Se distinguen varias culturas históricas: la *china*, la *inda*, la *babilónica*, la *egipcia*, la *grecorromana*, la *germanocristiana* u *occidental*, etc. A veces se comunican algunos elementos de unas a otras; si la cultura que recibe elementos ajenos se halla en un período de vitalidad los transforma para asimilárselos (a esto se llama *acculturación*); si está en un período de decadencia, los admite como son.

También hay distintos tipos de culturas inferiores. El Padre Schmidt establece diez tipos diferentes que distribuye en tres grupos: culturas *primitivas*, culturas *antiguas*, y culturas *mixtas*.

Cada cultura es un conjunto de creaciones humanas (*productos culturales*, *formas culturales*) perfectamente coherentes, que responden unas a otras, y forman lo que se llama un *círculo cultural*, con una área geográfica de expansión determinada. Una cultura es una unidad, es la exteriorización del alma de un pueblo.

5. Origen de la cultura.—En todas partes (en la filología con el origen del lenguaje oral, en la antropología con el origen del hombre, en la paleografía con el origen de la escritura) hemos encontrado, cuando hemos tratado de los orígenes, la misma incertidumbre y las mismas opiniones encontradas.

Los pueblos antiguos solían acudir, para explicar el origen de la cultura, a la intervención de personajes míticos (los emperadores divinos de la China, los Manús de la India, el pez Oannes de los Caldeos, etc) que vinieron enseñar a los hombres las artes y las ciencias. Nada de esto encontramos en la Biblia, antes bien, se hace allí la indicación expresa de que las artes y las cien-

cias son de invención humana (Caín labró la tierra, Tubalcaín forjó el hierro, etc).

Hay que convenir en que las creaciones culturales son creaciones del espíritu humano, de la mentalidad colectiva. Ahora bien ¿qué causas interiores y exteriores influyen en su formación y en su infinita variedad? Las hemos visto ya en el cap. II, en donde les hemos llamado los *factores de la historia*. También hemos visto allí como varían las opiniones en cuanto a la apreciación de estos factores. Ahora no hemos de añadir más que, así como en la época del positivismo se explicaba o trataba de explicar lo mismo la evolución biológica que la evolución humana, en lo biológico, en lo cultural y en lo social, por causas exteriores y mecánicas, como si dijéramos por una acción de fuera a dentro, de los elementos naturales mejor o peor interpretados sobre el hombre, hoy se tiende más bien a ver una acción de dentro a fuera; los productos culturales son precisamente una reacción del hombre sobre el medio; tienen hoy más valor los factores espirituales: la cultura es exteriorización del alma de los grupos humanos.

Se discute también si los productos culturales primarios son creación independiente de cada pueblo, o se transmiten de unos a otros. Fundándose en la identidad esencial de todos los hombres, sostuvo la primera opinión Adolfo Bastián: dice que hay ciertas *ideas elementales*, comunes a todos los hombres, que pueden hacer que se produzcan elementos culturales análogos en los pueblos más atrasados, sin que haya habido comunicación entre ellos. Sostuvo la *teoría de la transmisión*, Federico Ratzel.

8. Clasificación de los pueblos por su cultura.—Conocida es la clasificación que traen todos los textos de geografía y de historia universal, en *salvajes, bárbaros y civilizados*.

Más moderna es la de los autores alemanes en *pueblos naturales (Naturvölker)* y *pueblos cultos (Kulturvölker)*, suponiendo que los primeros, correspondientes a los salvajes de la clasificación anterior, vivían en *estado de naturaleza*. Pero no hay ningún pueblo que viva enteramente en estado de naturaleza.

El P. Schmidt dió una clasificación más racional. Divide los pueblos en *consumidores* que no trabajan la tierra ni crían ganado, sino que solamente recojen los frutos naturales (*recolectores*) o persiguen y capturan los animales salvajes (*cazadores*) y en *productores*, los cuales se subdividen en *semicultos* y *cultos*. Los semicultos pueden ser *inferiores*, que practican el cultivo a brazo y el pastoreo; *medios*, que conocen la cerámica y la metalurgia, y *superiores*, que conocen la escritura y poseen espíritu crítico. Los *cultos* son los de cultura histórica.

A la clasificación del P. Schmidt pudiéramos añadir los *civilizados* o *decadentes* y los *degenerados*.

7. Empleo de la etnología en la investigación histórica.—

La síntesis histórica aprovecha como supuestos fundamentales, las conclusiones generales de la etnología. Se explica esto, por ser la etnología, por lo menos en su aspiración, una ciencia *más general* que la historia. Si la historia ha de llegar alguna vez a determinar las causas y a establecer las leyes de los hechos, tiene que ser valiéndose del *método comparativo*, que es el que emplea la etnología, y aún más, ha de auxiliarse de esta, por que la comparación no ha de limitarse a los pueblos históricos entre sí, sino de estos con los actuales.

También auxilia a la historia en determinaciones de detalle, la *etnografía* o estudio descriptivo de los pueblos, pues le muestra la *fisonomía* particular de cada uno, base para la coordinación de sus hechos culturales.

8. La Sociología.—Es la ciencia que estudia los *hechos sociales*. La sociología examina la organización y funcionamiento de las sociedades y su origen y desarrollo, tratando de determinar las leyes que los rigen.

El contenido de la sociología es muy vasto; en realidad, todas las relaciones humanas entran en el campo de la sociología. Comprende esta por lo tanto el estudio de las *relaciones familiares* (matrimonio, paternidad, linaje, etc.); de las *relaciones privadas* (trato social, cortesía, etc.); de las *relaciones políticas* (autoridad, gobierno, leyes, justicia, guerra, relaciones exteriores, administración, etc.); las *clases sociales*, las *relaciones económicas* (propiedad, trabajo, comercio), el *ceremonial*, los *juegos y diversiones*, etc. Como se vé, coincide exteriormente con una parte de la etnografía, pero estudia estos asuntos desde otro punto de vista, que es el de su producción social.

La sociología así entendida, es una ciencia de observación; hay una sociología *normativa*, que estudia no como las sociedades son, sino como deben ser. Pero este aspecto de la sociología pertenece a las ciencias jurídicas, y no tiene nada que ver con la historia.

9. Historia de la Sociología.—Siempre se estudiaron, desde uno u otro punto de vista, los fenómenos sociales; pero la constitución de la sociología como ciencia data del filósofo francés Augusto Comte, fundador de la escuela positivista, que fué quien dió nombre a esta ciencia. La cultivaron sus continuadores: Herbert Spencer, Giddins, Lester Ward, etc. y luego por un lado, los economistas de la escuela socialista (Carlos Marx, Engels) que le aplicaron el criterio del materialismo histórico, haciendo depender los fenómenos sociales de los económicos, y por otro los etnógrafos y etnólogos, principalmente los de la

escuela antropológica. El alemán Bachofen lanzó la teoría del matriarcado; Mac Lennan, Lang y otros estudiaron las sociedades totémicas; después se estudió el papel de las sociedades secretas, de la división del trabajo, etc.

El francés Durkheim fundó la escuela de la morfología social, que estudia los fenómenos en su interdependencia, independientemente de otras clases de fenómenos. Lo siguieron Levy-Bruhl y otros.

10. Los orígenes de la vida social.—Hubo acerca de esto varias opiniones. La más curiosa es la que supone en los hombres un *estado de naturaleza* anterior al *estado de sociedad*. Sostuvieron esta doctrina, Juan Jacobo Rousseau y otros filósofos del siglo XVIII. En estado de naturaleza, según Rousseau, el hombre era libre, feliz, no conocía la ley, ni la autoridad, ni la propiedad. La sociedad se estableció por la imposición de los fuertes sobre los débiles.

La historia y la etnografía no confirman estas ideas, que no están fundadas en la observación, sino en el razonamiento puro y en la fantasía. Al contrario; las sociedades primitivas, sino tan complicadas como las superiores, sujetan al hombre a tantas trabas y prejuicios como estas. Y donde quiera que encontremos hombres, encontramos sociedad. Por eso dijo Aristóteles que el hombre era un *animal político*.

Ahora bien, las formas sociales evolucionan. Hay una rama de la sociología, la *sociología genética*, que estudia el origen de las formas sociales.

11. La evolución de las formas sociales.—Hay dos clases principales de sociedades: las que se fundan en el parentesco dan lugar a la *tribu*; las que se fundan en la solidaridad o en la coacción dan lugar al *Estado*.

La tribu tiene su origen en la familia y en la estirpe. La *familia* primitiva no estaba constituida como la actual. Se supuso que hubo una fase primitiva de *hetairismo*, en que no había matrimonio sino amor libre, y los hijos pertenecían al *clan* (agrupación familiar) y no a sus padres. Esto no ha sido comprobado. En algunos pueblos, los hijos pertenecen a la familia de la madre, y no a la del padre que no tiene derecho alguno sobre ellos, ni les da nombre, ni posición social; se llama a esta, *familia matriarcal*. Cuando es el padre el que da nombre y linaje y ejerce autoridad, se llama *familia patriarcal*. Los clanes donde no se permite el matrimonio entre sus miembros, se llaman *exogámicos*; cuando al contrario, no se permite el matrimonio fuera del clan, se llaman *endogámicos*. En algunos pueblos, los clanes tienen un animal, planta u objeto sagrado con el que se creen emparentados y que

les sirve de emblema y con el cual se relacionan con prácticas religiosas o mágicas. A ese ser se llama *totem*.

El patriarcado se origina muchas veces por la introducción del matrimonio por *raptó* y por *compra* de la mujer, y se da mucho en los pueblos nómadas y pastores, como también la *poligamia* o casamiento de un hombre con varias mujeres.

La *propiedad* en los pueblos primitivos es, excepto en las cosas de uso personal, *colectiva*, del clan y después de la familia. La tribu es una asociación de clanes que llega a adquirir carácter político, principalmente en los pastores nómadas.

La *sociedad política* se origina de las asociaciones de varones, que suelen ser *secretas* y de carácter religioso o mágico. Entre los hombres se destacan al fin el *cacique* que los dirige en la guerra y en la caza, y el *brujo* que adivina el porvenir, cura las enfermedades, etc. Una organización más perfeccionada trae el gobierno de la tribu por un *consejo de ancianos*, jefes de clanes o familias. Los pueblos pastores suelen tener una organización despótica y guerrera; son los pueblos *conquistadores* por excelencia. En ellos aparecen los *reyes*. La guerra trae como resultado la *esclavitud*, y la posesión de la tierra por privilegiados, la *nobleza*. Las divisiones sociales traen en algunos pueblos el sistema de *castas* cerradas.

La *educación* es a veces bastante complicada; ella prepara a los muchachos para la *iniciación* que se verifica con gran ceremonial.

Los pueblos primitivos viven casi siempre en *aldeas*. La *ciudad*, señala casi siempre la aparición de la cultura superior. El régimen de ciudades libres, gobernadas en forma monárquica o republicana (*asamblea*) caracteriza a muchos pueblos antiguos. Las ciudades, como las tribus, forman *confederaciones* temporales o permanentes, a veces de origen religioso. Los *imperios* se originan de una confederación de ciudades, o de la conquista por un pueblo nómada; en el primer caso, tienen un carácter *teocrático*, es decir dominados políticamente por el sacerdocio. Las discusiones acerca del gobierno de las ciudades, las luchas de clases y las rivalidades de jefes originan los *partidos políticos*.

A veces los imperios se fraccionan, o se relaja la autoridad del rey, los gobernadores de territorios se hacen del todo o casi independientes, los grandes propietarios los imitan, unos y otros luchan entre sí y transmiten su autoridad a sus descendientes; a esto se llama *régimen feudal*, que se repite en muchas culturas distintas.

En las ciudades, a veces imponen su autoridad los nobles y gobiernan prescindiendo de las otras clases; este es un *régimen aristocrático* (la nobleza puede ser de sangre o de riqueza: *plutocracia*). Otras veces, las clases inferiores se insurreccionan, se apoderan del gobierno y establecen la *democracia*. Es frecuente que las democracias degeneren en plutocracias.

XIV

La Crítica externa

1. **La Crítica histórica.**—Hemos dicho que las operaciones de investigación histórica se dividen en *analíticas* o preparatorias del material y *sintéticas* o constructivas, y que las analíticas eran la *heurística* y la *crítica*. También hemos visto que la *heurística* se ocupa de la busca o recolección de fuentes. Ahora bien, las fuentes no pueden ser utilizadas sin *depuración*, esto es, sin someterlas al examen de la *crítica histórica*.

La *crítica histórica* se propone depurar las fuentes y determinar su autenticidad o falsedad, y la autenticidad o falsedad de los hechos en ellas consignados.

Con esto vemos ya que la operación crítica tiene dos partes: una que se refiere a las fuentes mismas, y se llama *crítica externa*, pues primero es necesario saber si la fuente es auténtica o falsa y cual es su valor como testimonio histórico; y otra que se refiere ya al contenido de la fuente, o sea a los hechos, y se llama *crítica interna*. Así pues, llamamos *crítica externa* a la que se propone averiguar si las fuentes son o no auténticas y si son de la época y del autor a quien se atribuyen y *crítica interna* a la que, aclarados ya aquellos extremos, averigua si la fuente dice o no la verdad.

A la primera se le llama también *crítica de erudición* por ser labor de eruditos, versados en las ciencias auxiliares, y a la segunda *crítica de sinceridad y de exactitud*, por basarse en las cualidades psicológicas del autor o autores de la fuente.

2. **La lógica.**—Aquí nos encontramos con otra ciencia auxiliar de la historia: la *lógica*, porque la crítica histórica es en realidad una rama de la lógica.

La lógica es una disciplina de carácter filosófico; es la ciencia del discurso, o sea del pensar, del discurrir; investiga las leyes del raciocinio, y se propone guiar al entendimiento hacia el conocimiento de la verdad. Todas las ciencias dependen por lo tanto de la lógica, que es para todos conocimiento instrumental preciso.

La lógica se divide en tres partes: *dialéctica*, *metodología* y *crítica*. La dialéctica estudia las leyes del raciocinio en general

y es por lo tanto aplicable a todas las ciencias. La metodología estudia el *método*, o sea el camino que sigue el entendimiento para llegar a la verdad y a la construcción de la ciencia; tiene una parte general que estudia las leyes generales del método, y una parte especial que estudia los métodos de las diversas ciencias, y por lo tanto, también el método histórico, que por cierto es característico y uno de los principales tipos lógicos de método. La crítica, llamada también *criteriología*, *lógica real*, *epistemología*, estudia los *criterios*, es decir, los fundamentos de la certeza de nuestros conocimientos, los medios que tenemos para distinguir la verdad del error. Se divide también en general y especial, y un capítulo de la especial está consagrado a la certeza histórica, que es el fundamento de la crítica histórica, la cual se apoya además en todo el aparato de la lógica.

La certeza histórica, según el Cardenal Mercier, no se basa en la autoridad del testimonio, sino en la evidencia mediata de un razonamiento fundado en nuestra experiencia.

3 Historia de la crítica.—La crítica histórica rigurosa se origina principalmente en la historia eclesiástica, por las disputas entre católicos y protestantes. Entre estos se destaca primero Mathias de Albona y entre los católicos, Baronio. Siguen después Scaligero, Cujacio, Justo Lipsio, Conrado Celtis, todos del siglo XVI. En España, Ambrosio de Morales y Zurita.

En el XVII aparecen en Francia du Chesne, Dupuy, Du Cange y Baluse que editan, glosan y depuran los escritores antiguos y medioevales; en los Países Bajos, Heinsius, Vossius y Gronovius, y en Inglaterra Tanner. En Italia florece principalmente la epigrafía. En España trabajan Mariana y Aguirre. El siglo XVII es principalmente de erudición y publicación de fuentes.

En el XVIII comienza la obra de los Bollandistas, y las de los benedictinos de Saint Vanne y de Saint Maur, distinguiéndose Dom Calmet y Mabillon. En Alemania representa este movimiento el filósofo Leibniz; en Italia, Muratori; en España, el P. Flores; en Portugal, Barbosa Machado; en Galicia, el P. Sarmiento. Progresó el análisis o depuración de los textos; pero se fué a veces demasiado lejos, iniciándose la *hipercrítica*, o crítica exagerada, que acoge los testimonios históricos con una desconfianza demasiado escrupulosa, rechazando toda tradición popular, tachando de falsos documentos que después resultaron verdaderos, prescindiendo de todo detalle que se les antojase fabuloso. Representan este hipercriticismo en España, Masdeu y el P. Feijóo, que se inspira en fuentes francesas, como las *Memorias de Trevoux* y el *Diccionario* de Moreri.

En la época romántica decayó la crítica histórica, pero después los alemanes volvieron a la historia erudita, imitándolos los franceses. Los teóricos de la crítica más renombrados son: en

Alemania Bernheim y en Francia, Langlois y Seignobos, que son casi hipercríticos.

4. La Crítica externa.—La crítica externa se propone eliminar todas las causas que nos puedan inducir a error, en lo que se refiere a la autenticidad del documento histórico. Ahora bien, el error puede venir de que la fuente sea falsa, o puede venir de que nosotros no sepamos apreciar su valor. Tiene, pues, la crítica externa dos aspectos:

1.º Determinar la *autenticidad o falsedad* de la fuente.

2.º Determinar el *valor* de la fuente. Para esto es preciso aclarar: a) su *relación con el hecho*; b) la *época*; c) el *lugar de procedencia*; d) el *autor*; e) su *relación con otras fuentes*.

Entra también en la crítica externa la que se llama *crítica de restitución de textos*, o sea la labor de restablecerlos en su redacción original, libre de variantes e interpolaciones.

5. La falsificación de fuentes.—Lo primero es como hemos visto, averiguar si la fuente de que se trata es auténtica o falsa.

Efectivamente, hay muchísimas falsificaciones de fuentes históricas, tantas que fundándose en ello, hay quien niega la certidumbre del conocimiento histórico. Los motivos porque se falsifican fuentes históricas son muy varios: por negocio, por afán de gloria, por interés de partido político o religioso, por probar una teoría, por vanidad de investigador, por patriotismo, etc. Tiene mucha importancia la determinación del motivo.

También puede suceder que se tomen como falsos documentos auténticos, ya por exceso de espíritu crítico, ya por los mismos motivos que llevan a falsificarlos. Así sucedió con el famoso *Fuero de Avilés* que fué dado por falso, y después se demostró que no lo era.

El Cardenal Baronio rechazó como falsas las actas del VI Concilio Euménico, III de Constantinopla, porque en ellas se condenaba al Papa Honorio y después se vió que eran auténticas.

6. La falsificación de restos.—Se hacen muchísimas falsificaciones de restos arqueológicos, y hasta de restos humanos, y casi siempre por los buenos negocios que produce el tráfico de antigüedades, como que su falsificación ha llegado en algunos países a constituir una verdadera industria.

En los mismos Museos hay muchísimas piezas falsas. En el Arqueológico de Madrid, hay las estatuas del Cerro de los Santos, falsificadas por un relojero de Yecla; en París los monumentos moabíticos, encontrados por un árabe y falsificados. La tiara de Saitaphernes del Museo del Louvre, encontrada en el Sur de

Rusia es una falsificación que dió lugar a un proceso célebre.

Modernamente, los hallazgos prehistóricos de Glozel fueron tachados también de falsos por muchos sabios, lo que dió lugar a una polémica que aun no ha terminado.

Entre los restos, los más expuestos a falsificaciones fueron las reliquias de los Santos, pues habiendo prohibido un concilio que se erigiese una iglesia sin reliquias, originó que se fabricaran muchas falsas. Respecto a Jesucristo y los Apóstoles, San Agustín y Gregorio de Tours explican las reliquias que se conservaban. Hoy se hacen investigaciones sobre cada reliquia, antes de expedir el certificado de autenticidad.

No hay reglas precisas para juzgar de la autenticidad de los restos. Solo un conocimiento muy profundo de la arqueología puede guiar al investigador.

7. La falsificación literaria.—Es también abundantísima. Hubo ciertas épocas en que fué más grande la tendencia a las falsificaciones de esta clase. Una de ellas fueron los primeros siglos del Cristianismo. Las distintas sectas, para apoyarse en la autoridad de los Apóstoles y de los Patriarcas, fabricaban libros *apócrifos*. A esta época se atribuye el *Libro de Henoch*, que se decía escrito por un antepasado de Noé, y fué tenido por auténtico en el Renacimiento. En el siglo IV se fabricaron las supuestas *cartas* cruzadas entre San Pablo y Séneca, que fueron tenidas en gran estima en la Edad Media. Los *Oráculos de la Sibila de Cumas*, que existieron hasta el tiempo de Sila, en que fueron destruidos, fueron rehechos dos veces: primero en los últimos tiempos de la República, cuya redacción pereció bajo Nerón, y después en la Edad Media, añadiéndole la profecía de la venida de Cristo.

Son también falsificaciones célebres los llamados *Evangelios apócrifos*. Se conservan tres, en griego, latín y árabe: el de *Nicodemo*, el de la *Infancia* atribuido a Tomás o a Pedro, y el *Protoevangelio* de Santiago. En ellas se cuenta lo que callan los canónicos, y fueron escritos en los siglos II y III. Aunque no canónicos pasaron como auténticos hasta el Concilio de Trento y fueron la base de muchísimas leyendas y tradiciones piadosas y de las representaciones iconográficas.

a) El afán por fabricar escrituras apócrifas fué muy grande entre las primeras sectas cristianas. Estos escritos, aunque falsamente atribuidos a los Apóstoles y sus discípulos, contienen a veces tradiciones que pueden ser auténticas. De ellos proceden parte de la historia de San José, el buey y la mula del establo de Belén y otras muchas tradiciones piadosas. Libros como la *Divina Comedia* del Dante y el *Paraíso Perdido* de Milton se inspiran en ellos.

También se hicieron apócrifos paganos. El judío Aristóbulo falsificó libros de Homero, Hesíodo y Orfeo.

En el siglo XVI y siguientes, hubo falsificaciones notables, como las del Abad Trithemio en Alemania; el *Buscapé del Quijote*, que declaraba el sentido oculto de la obra de Cervantes; las *Querrelas* de Alfonso el Sabio, falsificadas por Don José Pellicer, el *Centón epistolario* y los falsos Cronicones que son: la *Crónica de Don Rodrigo*, el de *Juliano Didcono*, el de *Pedro César Augustano*, *Vasconio Obispo de Lugo*, el de *Pelagio Ovetense*, el de *Flavio Dextro*, *Gregorio Bético*, *Pedro Seguino*, *Don Servando*, etc. Los principales falsificadores peninsulares fueron Pellicer, el Padre Román de la Higuera en Castilla, Miguel de Luna en Aragón, Fray Bernardo de Brito en Portugal, Lupián Zapata en Aragón y los Boán en Galicia.

b) Los hermanos Boán eran de Orense, de familia hidalga. Su casa ojiyal, situada en la plaza del Hierro, fué derribada en el último tercio del siglo pasado. Interviniéron en la confección del *Cronicon de Don Servando*, y hasta inventaron lápidas romanas. Otra falsificación gallega fué la *Crónica Irfense*, en gallego, atribuida a Juan Rodríguez da Cámara, de Padrón. También pasan como falsas la *Canción do fignetrá*, y las poetas de Egas Monis y Gonzalo Hermiguez.

Estas falsificaciones se hacían para defender derechos nobiliarios y de las iglesias y monasterios, remontando su antigüedad a los tiempos apostólicos e inventando obispos, santos y mártires.

En Inglaterra fué famosa la invención de los *Poemas de Osstan* por Mac Pherson. También se falsificaron *Triadas* drúidicas. Pasan para muchos como falsos los *Cantos populares de Bretaña*, de Hersart de la Villemarqué, en Francia. Una notable falsificación moderna fué la de los *libros de Sauchonethian* por Wagenfeld.

8. La falsificación de documentos — Hay tres clases de documentos sospechosos: los *reescritos*, los *subrepticios* y los *falsos*. Los primeros son los que pretenden ser copias de otros antiguos perdidos, y los imitan en los caracteres extrínsecos. No son radicalmente falsos; en la Edad Media, cuando en un monasterio se estraviaba un documento importante, lo sustituían; por lo tanto, el original pudo existir.

Los subrepticios son falsificaciones hechas en las propias cancellerías, en obsequio de particulares que sobornaban a los funcionarios; estos escribían una merced sin importancia con tinta que se pudiera borrar, y después de obtener el refrendo, la borraban y escribían lo que querían. De esta manera preparó el Refrendario de la Cancillería Papal una licencia del Pontífice para que el duque Juan V de Armagnac se casase con su hermana. Por lo tanto, estos documentos por sus caracteres no se diferencian de los auténticos. También se dió el caso de que documentos auténticos, cuando convino, se los declaró subrepticios.

Los falsos se presentan unas veces como originales y otras como copias. En España suelen dar como falsos los del *Voto de Santiago* y la *Carta de Alabón*, que ambos se presentan como copias. El primero dió lugar a tremendas discusiones, sobre todo en el siglo XVII.

La más famosa falsificación de documentos es la de las *Falsas Decretales*, colección de disposiciones pontificias desde el siglo I al VIII, que se atribuyen a Isidoro Mercator o Pecator, que conocía muy bien la historia de la Iglesia y el Derecho Canónico; pero no supo acomodar el lenguaje ni el estilo. Cuando aparecieron, ya las dieron como falsas, pero después el Papa Nicolás I las declaró auténticas, y ya no se las discutió más hasta la Reforma. Hoy se tienen como falsas.

Para discernir la autenticidad de las fuentes literarias y documentales, es necesario conocer las ciencias auxiliares. Muchas veces, la falsificación se denuncia por anacronismos y errores; otras veces hay que acudir, en las fuentes literarias, al examen del estilo y del lenguaje, y en los documentos, además, a los caracteres diplomáticos y paleográficos. También sirven las observaciones de crítica interna. Los documentos y escritos deben tomarse como auténticos, mientras no haya motivo grave de sospecha. Los *caracteres externos* han de ser apreciados en conjunto, y no aisladamente: si coinciden con los de otros auténticos, se puede afirmar la autenticidad. Igualmente los *internos*: si estos son los de los auténticos, los motivos de duda desaparecen. En cuanto al *contenido*, es necesario ver si el documento no contradice lo que sabemos positivamente por otras fuentes indudablemente auténticas, y si no omite hechos conocidos que no se deben omitir, como también si contiene anacronismos, errores o elementos que denuncien la *tendencia* que guió la falsificación.

A veces, en los libros y documentos, la falsificación no es total, sino que se limita a *raspados*, *sobreescritos*, *interpolaciones*, *yuxtaposiciones*, *supresiones* y otras que veremos en la crítica de restitución.

a) De esta clase son las alteraciones realizadas en los documentos con los que se trató de probar que Cristóbal Colón era natural de Pontevedra. Según unos, en ellos se habían raspado y sustituido los nombres de los personajes; según otros, solamente se habían arañado las tintas, para que salieran más legibles en las pruebas fotográficas; pero aunque solo se hubiera hecho esto, bastaba para comprometer la fuerza probatoria de documentos que en lo demás eran auténticos.

9. La falsificación de tradiciones.—También las tradiciones son objeto de falsificación. Las verdaderas pueden reconocerse en la evolución que siguen.

Muchas leyendas europeas proceden de los Libros Santos y otras de la India, por intermedio de los árabes y de los cruzados. Otras son formadas en el país.

Como las leyendas verdaderas están sujetas a desfiguración y a ser aumentadas con detalles, resulta muy difícil distinguir las verdaderas de las falsas. Sin embargo, puede conseguirse; pero muchas veces hay que acudir a procedimientos de crítica interna, juzgando por la persona que nos trasmite la tradición.

Una probable falsificación folklórica es el romance gallego titulado *O Canouro*, publicado por Murguía, el cual ni está en metro de romance, ni tiene formas populares, ni fué recogido por el ilustre historiador de labios del pueblo.

10. Crítica de procedencia — Se propone determinar la *fecha*, el *lugar*, el *autor* de la fuente y la *relación* de esta con otras, es decir, si la fuente que se examina ha tomado algo de otras.

En cuanto a la fecha, es muy importante, porque nos dá a conocer la mayor o menor proximidad de la fuente a los hechos de que trata. En las fuentes escritas, las hay que tienen indicación de fecha; pero en escritos antiguos, es muy común que no la tengan, y aún los que la tienen, puede no ser verdadera. Para determinar la fecha hay que atender: 1.º al lenguaje empleado en la fuente; 2.º al estilo literario o diplomático; 3.º a las ideas y modos de pensar que revela; 4.º a las referencias que contenga a hechos conocidos; 5.º a las referencias que haga a otras fuentes de fecha averiguada; 6.º a si la fuente ha sido citada o imitada en otras fuentes. No siempre se puede determinar la fecha exacta; muchas veces solo se puede determinar por aproximación, por ejemplo, entre tal año y tal otro, o sea después de tal año y antes de tal otro. Al primero se llama *término post quem* y al segundo *término ante quem*. En las fuentes figuradas, el único criterio es el estilo, o el lugar del hallazgo y objetos que la acompañan.

El lugar se determina atendiendo en primer término al lugar del hallazgo, y luego, en las escritas a las variedades dialectales de lenguaje, gusto, estilo, y en el contenido a la predilección por determinado país, o mas exactas descripciones del mismo, o el silencio sobre cosas demasiado conocidas de sus habitantes, o exageración de detalles que les interesan. De esta manera es como se fundamenta por ejemplo la opinión corriente de que el *Cantar de Mio Cid* fué escrito en los alrededores de Medinaceli.

La determinación de la fecha y el lugar ayudan a la del autor. En los escritos autógrafos, se puede acudir al examen de la letra; sin embargo, este no siempre es seguro. Hoy día, cada persona tiene un carácter de letra personal, que se puede identificar mediante los estudios *caligráficos* y *grafológicos*; pero en la Edad Media, por ejemplo, la letra no estaba ni mucho menos tan individualizada, que sea fácil identificarla. Además, pocos son los documentos autógrafos que quedaron. Hay que acudir, pues al estilo, pues, aunque este varía con el género literario, si conocemos

el de un escritor, podemos hasta cierto punto decir si un escrito determinado es o no de su mano. También los conocimientos que revela y otros datos internos de la fuente misma. En las fuentes figuradas, el gúfa casi único es el estilo.

Hay obras que son debidas a varios autores. Hay casos de *colaboración*, en que dos o más autores trabajan juntos, y entonces es útil determinar la labor de cada uno. Otras veces, la obra de un autor es *continuada* por otro, caso frecuente en las fuentes de la Edad Media (ejemplo, la *Historia Compostelana*) y no se expresa donde acaba lo de uno y empieza lo de otro, por lo que no hay otro modo de guiarse que el examen del estilo. Por último otras obras sufren adiciones en el texto ya hecho: son *interpoladas*; estas interpolaciones suelen ser fáciles de distinguir. También puede darse el caso de que el propio autor haga *refundiciones* en su obra, lo que distingue también el análisis.

Más difícil es a veces la *crítica de relación*. Una fuente puede ser *originaria* o *derivada*. En las fuentes figuradas, los tipos artísticos e industriales repiten uniformemente sus modelos; unos pueblos imitan a otros (como Grecia al Oriente y Roma a Grecia), unas veces *copiando*, otras veces *interpretando*; en arte moderno, se trata a veces por distintos autores el mismo asunto de un modo parecido, pero con diferencias fundamentales, y entonces se dice que una obra es *réplica* de la otra, siendo la posterior casi siempre la que venció mayores dificultades.

En los documentos, hay la parte formularia, que es siempre de imitación. Aun en el contenido: en los documentos que participan la elección del Papa, suele decirse que el elegido rechazó primero la dignidad. Esto no suele ser verdad, sino que el documento copia este detalle de los de las elecciones anteriores, de modo que no es más que una fórmula protocolaria.

En las obras históricas, se dan muchísimos casos de copia y no siempre es fácil determinar cual es la original. La copia directa es la más fácil. Cuando son solamente dos fuentes copiada una de otra, la misma coincidencia denuncia la copia, pues acontece que dos testigos que presenciaron el mismo hecho, ni lo ven los dos del mismo modo, ni aunque se formaran de él la misma idea, la expondrían los dos igual; luego cuando hay coincidencia absoluta de detalles y lenguaje, hay copia. Para saber cual es la original y cual la copiada, hay que atender a las variantes: el copista reproduce a veces conceptos y frases que no están conformes con la tendencia que quiso darle a su obra, o mejora el estilo, o lo empeora a conciencia para desfigurarle, o dispone los hechos con más arte.

Estas copias eran corrientes en la Edad Media, como hoy lo son en los libros de texto.

Cuando hay tres fuentes se pueden dar tres casos, que se expresan en los tratados de metodología por medio de los siguientes esquemas:

Primer caso: A dos fuentes derivadas de una tercera (B y C



derivadas de A). Esto se nota generalmente en que B y C contienen datos tomados de A, pero los que se encuentran en B no son los mismos que los que se encuentran en C; en unas cosas se asemeja más B a A; en otros es C la que se asemeja más. Se dice que A es la *fente común* de B y de C.

Segundo caso: A C ha copiado de B y B de A. La que



más se parezca a A será la más próxima, la copiada directamente de A. Además, en C habrá probablemente elementos de A y elementos de B que nos harán conocer que C no copió directamente de A, sino de B.

Tercer caso: A B una fuente tomada de otras dos (C copió



de A y de B. Algunas veces, C repetirá la misma noticia, en un lado tomada de A y en otro de B; también se vé que las coincidencias de A y C son siempre distintas de las de B y C.

Cuando son más de tres fuentes, el problema se complica y entonces hay que ir las comparando dos a dos y tres a tres.

También se puede, por el examen de las fuentes existentes, determinar la existencia de *fuentes perdidas* de donde las existentes tomaron sus noticias. A veces se puede hasta reconstituirlas. Rufo Festo Avieno, escritor del siglo IV, copió datos de un periplo massaliota del VI a. J. C. que se ha perdido. Menéndez Pidal y Pujol reconstruyeron trozos de cantares de gesta prosificados en las *Crónicas*.

II Crítica de restitución de textos.—Es la que se propone restablecer el texto de las fuentes, en lo posible, en la misma forma que salió de las manos del autor, es decir, establecer el texto *auténtico y sin alteraciones*.

De la mayor parte de los textos antiguos no se conservan más que copias, y casi siempre copias de copias; se hallan por lo tanto llenos de errores debidos a la incomprensión o a la negligencia de los copistas. Es necesario, pues, restituirlos en su verdadera forma y hacer de ellos *ediciones críticas*. Para ello se ha llegado a determinar las más constantes causas de alteración; estas son el *fraude* y el *error*. Los errores son de *juicio* (mala inteligencia del texto copiado) o *accidentales* (omisión de renglones o de palabras, trasposiciones, de palabras, sílabas y letras, dupli-

caciones, palabras mal separadas, mal puntuadas, etc). Los casos de restitución son tres:

1.º Si hay *texto autógrafo*, es preciso reproducirlo tal como es.

2.º Si hay *una sola copia*, como no hay con que contrastarla, es preciso acudir a la restitución *conjetural*, que solo puede ser hecha por especialistas conociendo bien las que se pueden llamar leyes del error.

3.º Si hay *varias copias diferentes*, es preciso determinar primero cuales son independientes, es decir, no copiadas unas de otras, sino directamente del original o de copias perdidas, y rechazar las demás. Si las conservadas están de acuerdo y el texto que dan es satisfactorio, se sigue aquél texto; si no están de acuerdo, es preciso escoger el más claro y acomodado al estilo e ideas del autor; si dan un texto defectuoso, se acude a la restitución conjetural. Se debe publicar con el texto la clasificación de las copias y las variantes rechazadas.

XV

La Crítica interna

1. Concepto y división.—La crítica interna, como hemos dicho es la que se propone averiguar la verdad o falsedad de los hechos consignados en las fuentes, después de haber sido estas depuradas por la crítica externa, es decir, averiguar si la fuente tenida ya como auténtica, dice o no la verdad. Para eso, primero es preciso interpretarla, esto es, enterarse de su verdadero contenido, de lo que verdaderamente dice.

Por lo tanto, la crítica interna tiene dos partes: la *hermenéutica* o crítica de *interpretación* y la crítica que hemos llamado de *sinceridad y exactitud*. Es preciso ver si el autor de la fuente pudo conocer los hechos y si los conoció y los reprodujo bien (*exactitud*) y si conociéndolos quiso o no desfigurarlos (*sinceridad*).

2. La hermenéutica.—Se propone interpretar el contenido de las fuentes, esto es, determinar fielmente que es lo que realmente quiso decir el autor, o sea el *sentido* del escrito.

Este trabajo tiene dos partes: determinación del *sentido literal*, y determinación del *sentido real*.

Para la determinación del sentido literal, hay que valerse de la filología. En primer lugar, para comprender un texto, es necesario conocer la lengua en que está escrito, y además hay que conocer la lengua tal como era, tal como se empleaba en la época y en el país en que el texto fué escrito. Sabido es que las lenguas cambian por evolución continua: las mismas palabras, las mismas frases no tienen el mismo significado en todas las épocas y en todos los lugares. Es preciso, pues conocer:

1.º *La lengua de la época.* El sentido de las palabras (semántica) se averigua reuniendo los pasajes en que es empleada, hasta encontrar algunos en que se derive el sentido por el contexto.

2.º *La lengua del país,* que se determina del mismo modo.

3.º *La lengua del autor.* Cada escritor tiene una manera personal de escribir y dá a las palabras un sentido particular. También se reúnen los pasajes en que empleó cada palabra.

4.º *La regla del contexto.* Una expresión cambia de sentido según el pasaje en que se encuentra, por lo cual no se deben interpretar las palabras y frases aisladamente, sino en relación con el sentido del texto total.

Para la determinación del sentido real, no hay reglas determinadas como para el sentido literal. Se acostumbra muchas veces a emplear expresiones, no en su sentido literal, sino en su sentido *figurado*: unas veces se emplea la *alegoría* o la *expresión simbólica*; otras veces el *humorismo* o la *mixtificación*; otras veces las *figuras retóricas* (metáforas, tropos, personificaciones, etcétera); otras veces simples *alusiones*, como cuando se escribe para un público que puede entenderlas fácilmente. En la Antigüedad se empleaba frecuentemente el esconder el sentido verdadero bajo un sentido aparente. En el Renacimiento y más tarde hubo novelas, escritos satíricos y de crítica social, que tenían *clave*: los personajes novelescos eran personajes reales bajo nombres disimulados. Conocidos son los numerosos intentos de encontrar un sentido oculto en el *Quijote*.

a) Se han fundado diversas teorías sobre la base de considerar en los escritos antiguos, especialmente religiosos, un doble sentido: *exotérico* o literal y *esotérico* u oculto. Todos los grandes libros han sido estudiados desde este punto de vista, especialmente la Biblia. Se llama *Kabalah* la ciencia que trata de interpretar el sentido esotérico del Antiguo Testamento. La *Kabala* floreció entre los judíos, especialmente los de la Edad Media, pero después se extendió entre los cristianos, especialmente en el Renacimiento. Sus procedimientos son un análisis minucioso del texto, no solo de las frases y de las palabras, sino también de las letras, haciendo con ellas diversas combinaciones y apreciándolas por su valor numérico. Estas reglas (*gematria, notarión, temura, etc.*) son tenidas hoy generalmente por arbitrarias e infundadas. En ellas se fundamentó una filosofía mística u *teosofía* que gozó de gran favor entre los neoplatónicos y los alquimistas.

Aparte de los kabalistas, la interpretación y la crítica de los textos fué muy trabajada por los *exégetas* y comentaristas bíblicos, empezando por los hebreos, especialmente la escuela de los *masoretas*, que trataron de fijar el texto del Antiguo Testamento para impedir su alteración e interpretación falsa.

3 La crítica de sinceridad y de exactitud.—Es la que se propone averiguar si el contenido de la fuente es verdadero, si el autor ha desfigurado los hechos, o tenía de ellos una idea falsa. Para esto es preciso ver si el autor es *contemporáneo* de los hechos, si ha sido *testigo* de ellos, si está bien *informado*, si es *digno de fé*. Las opiniones varían acerca del punto de partida de la crítica; unos, como Mabillon, dicen que se debe dar fé al testimonio mientras no se pruebe su falsedad; otros como Langlois y Seignobos, dicen que se debe partir de una *desconfianza metódica* y no creer en el testimonio más que cuando su verdad aparezca claramente. En todo caso, casi todos están hoy conformes en que no se debe creer todo lo que diga un autor porque éste sea digno de fé, sino que se deben someter a crítica cada una de sus afirmaciones separadamente.

Esta crítica tiene dos partes: *crítica de sinceridad* que averigua si el autor ha desfigurado o inventado los hechos voluntariamente, o si ha sido sincero al exponerlos, y *crítica de exactitud* que averigua si el autor se ha equivocado al observar o al interpretar los hechos. Ambas se suelen practicar al mismo tiempo, pero una y otra presentan distintos problemas, unos y otros de orden principalmente psicológico.

Aquí encontramos, por lo tanto, otra ciencia auxiliar de la historia, que tiene aplicación a la crítica interna y también a la interpretación de los hechos y a la construcción histórica; esta ciencia es la *Psicología*. La psicología es la ciencia que estudia el alma humana y sus operaciones (sensación, percepción, representación, memoria, imaginación, emoción, pasión, expresión, tendencia, juicio, raciocinio, actividad, voluntad). La sinceridad y la exactitud del escritor dependen de sus estados psicológicos.

a) La Psicología ha tenido un gran desarrollo en los tiempos modernos. Antes, al lado de la *Psicología racional* o estudio metafísico del alma, se practicaba la *observación empírica* de los fenómenos anímicos; hoy se los aplica el *método experimental*. La psicología, para estudiar la vida del alma, la descompone y analiza en *procesos simples*: sensaciones, afectos y tendencias; y *procesos complejos*: representaciones de objetos, de movimientos, de tiempo, de espacio; memoria (reconocimiento y recuerdo), sentimientos (sentimientos, emociones, pasiones), movimientos (movimientos físicos, inclinaciones, expresión y lenguaje), y estudia luego las *convenciones* de unos y otros: atención, hábito, imágenes, conceptos, juicios, razonamientos, abstracción, generalización, sentimientos superiores, acción voluntaria, y su *anttesis* en la conciencia: los *estados psíquicos*: vigilia, sueño, hipnosis, sugestión, enfermedades, estados supernormales; la *evolución* (psicogenia); y por fin la *síntesis* de la *psicología individual* y sus variedades (caracterología) o sea el estudio del *carácter* o modo de ser individual de cada sujeto (temperamentos, tipos psíquicos, etc.), que es la parte que más aplicación tiene a la historia. También hay una *psicología social*.

Según esto, es necesario, para la crítica de sinceridad, hacer un cuestionario de los motivos que, según la psicología, puede tener un autor para *engañar*, y mirar luego si en el autor de que se trata pudieron concurrir esos motivos. Las causas generales de la mentira son, según Langlois y Seignobos, las siguientes:

1.º *Interés práctico determinado*, ya sea individual, ya de familia, de localidad, de patria, de secta religiosa, de partido político, de clase social, etc.

b) Ejemplos: los escritores gallegos que quieren probar que muchos grandes hombres nacieron en Galicia, si el grande hombre es simpático (como los sostenedores de la tesis de Colón gallego) o no nació en Galicia, si el personaje no les es simpático (como el Cura de Pruique quiso probar que Prisciliano no era gallego porque fue hereje). Todos sabemos además que hay historias escritas en sentido católico y anticatólico, liberal y reaccionario, socialista y anti-socialista, etc.

2.º *Fuerza o coacción moral*, ya sea directamente ejercida por alguien, ya por las circunstancias especiales en que se encuentra el autor.

c) Tal es por ejemplo, la situación de los cronistas, oficiales a sueldo de los reyes, Estados y Corporaciones. Los reyes de la Edad Media tenían cronistas pagados.

3.º *Simpatía o antipatía*, ya por un grupo de hombres (nación, partido, secta, ciudad, etc.) ya por una institución (Iglesia, papado, realza, república, etc.) o una doctrina (religión, filosofía, partido, etc.) que sin proponerse efecto determinado, inclinan al autor a no conservar la imparcialidad.

d) Así se tachó al Canciller Pero López de Ayala de parcialidad contra Don Pedro el Cruel y en favor de su hermano Don Enrique. Es muy raro encontrar historiadores verdaderamente desinteresados e imparciales.

4.º *Vanidad individual o colectiva*, que lleva al autor a atribuirse importancia, o a elevar el nivel moral, cultural o histórico de su grupo o de su país.

e) También es frecuente entre los gallegos, por ejemplo, hoy día aún, asegurar que Galicia es mucho más rica y culta de lo que en realidad es. Igualmente en Historia de España se exageraron muchísimo, en otro tiempo las victorias y las virtudes y hoy la cultura de los españoles. Pero en estas exageraciones nadie ha ido más adelante que el orgullo nacional de los franceses.

5.º *Adulación al público, o temor de desagradarle*, lo cual lleva a la aceptación de convencionalismos y prejuicios morales.

6.º *Artificio literario*: para interesar al público se hace uso de la deformación oratoria, épica, dramática o lírica, inventando o exagerando y embelleciendo las palabras, los actos, la rapidez de los acontecimientos o los sentimientos respectivamente de los personajes.

Las mismas causas intervienen en la deformación de la verdad en los documentos, siendo por regla general los menos dignos de fé, los *oficiales*, en los que intervienen muy a menudo las dos primeras causas. Los *particulares* suelen ser más sinceros, especialmente aquellos que fueron destinados a no ser publicados.

f) Los reyes de Egipto repetían en las inscripciones las victorias y actos de administración de su predecesor; otras veces hacían borrar el nombre de este y poner el suyo. Los reyes de Castilla se titularon reyes del Algarbe, que pertenecía al de Portugal; Enrique VIII, al parado de la Iglesia, se siguió titulando *Defensor fidei*. Las firmas y corroboraciones de muchos diplomas son fingidas, y en las actas de sesiones, etc. se pone muchas veces aún hoy el nombre de personas que no asistieron. Por último, muchas frases pomposas y de corteza, como en las lapidas romanas las que expresan el agradecimiento de los súbditos al emperador, son puramente formularios.

Documentos de gran importancia histórica son las *cartas particulares*, mucho más sinceras que la *correspondencia oficial y diplomática*, y también deben aprovecharse los *documentos falsos*, que muchas veces solo lo son en la forma.

Para la crítica de exactitud, se hace también una lista de las *causas de error*, que son:

1.º Engaño por *alucinación o ilusión* y por *prejuicio*. Las causas del prejuicio vienen a ser las mismas que las de la mentira, y además cuando el autor responde a una pregunta, pues esta muchas veces sugiere la respuesta.

g) Langlois y Seignobos ponen aquí en guardia contra las respuestas a cuestionarios.

2.º Observación mal hecha por *mala situación*, por *incomprensión* o por operar sobre *recuerdos*.

3.º Afirmar hechos que no se han observado por *negligencia o falta de interés*.

4.º Afirmar hechos para los que *no basta* la observación. Otras veces, el autor ha tomado los hechos de la *tradición*, ya de *testigos presenciales* ya de *testigos indirectos*. Entonces hay que aplicarles las reglas críticas de la tradición.

4. La crítica de relación.—Se propone determinar los hechos por el examen comparativo de las fuentes. Se comienza por reunir todas las afirmaciones referentes al mismo hecho que se encuentran en las fuentes.

En muchos casos, no hay más que *una fuente*. Entonces no se puede hacer más que asegurar que tal fuente afirma el hecho. En la misma fuente se pueden encontrar varias afirmaciones sobre el mismo hecho; si son concordantes; la crítica debe examinar

sus circunstancias; si se contradicen, hay que aplicarles las mismas reglas que si fueran dos fuentes.

Cuando hay *varias fuentes*, o se contradicen o concuerdan. La *contradicción* puede ser aparente o real; si es aparente, el análisis puede desvanecerla; si es real, una de las dos afirmaciones tiene que ser falsa; hay que decidirse por la más probable. La *concordancia* entre fuentes independientes, es probatoria; si las fuentes son una reproducción de las otras, es como si fuera una sola fuente. Es, pues, necesario averiguar si las fuentes son independientes.

Hay otra especie de crítica de relación fundada en el examen comparativo de los hechos mismos. La relación entre los hechos ayuda a la crítica de relación entre los hechos, y además se puede emplear independientemente. Como las fuentes, los hechos pueden estar o no de acuerdo; la *concordancia* entre hechos insuficientemente probados, disipa las dudas, los *confirma*; la *contradicción* con hechos históricamente establecidos, destruye al menos probable.

Los hechos que están en contradicción, no con hechos históricos probados, sino con los resultados de otras ciencias se llaman *inverosímiles*. Entre ellos colocan muchos críticos los *milagros*. Sabido es que hay milagros verdaderos y milagros falsos; pero la crítica positivista rechaza como inverosímil *todo* milagro. Ahora bien, la ciencia no ha podido presentar hasta ahora, en contra de la posibilidad del milagro, ningún argumento irrefutable; hay eminentes hombres de ciencia que creen en el milagro; no podría haberlos, si el milagro estuviera de verdad en contradicción con la ciencia. Se lo niega por prejuicios de secta o de doctrina; pero negarlo en nombre de la ciencia es factancia temeraria. En todo, el decidir sobre la posibilidad del milagro no es incumbencia de la ciencia histórica; esta no tiene derecho a rechazarlo *a priori*. Un hecho milagroso asentado en testimonios suficientes, depurados por la crítica, es un Hecho histórico.

a) Reciente está la discusión sostenida acerca de la posibilidad del milagro, con gran aparato lógico y científico por ambas partes, entre el P. Sureda y el Dr. Lafora. El ilustre médico pudo en ella *justificar* sus motivos psicológicos personales para no creer en el milagro; pero no *probar* su imposibilidad racional.

Aparte de esto, es verdad que hay muchos milagros históricamente falsos, otros cuya historicidad no ha sido probada, y hay también hechos que parecen milagros y no lo son, sino que se deben a causas meramente naturales o preter naturales.

Por fin no hay que confundir los milagros con los fenómenos llamados *metapsíquicos* (telepatía, visión a distancia, premoniciones, fenómenos llamados espiritistas, etc.) que la ciencia al fin ha tenido que ir admitiendo, pero que fueron negados por la crítica del siglo XVIII y gran parte del XIX (Voltaire, los enciclopedistas, el P. Feijoo). Parece que el contenido de las llamadas ciencias *ocultas* (magia, astrología, alquimia, adivinación) se reduce al estudio filosófico de estos fenómenos y sus causas. Muchos de estos hechos han sido rechazados, acaso indebidamente, por los historiadores modernos.

6. La crítica de la tradición —La tradición no debe ser recha-

zada como fuente histórica, Langlois y Seignobos la rechazan en cuanto no se refiere a las creencias del pueblo que la creó. Más esto no puede admitirse. La *tradicción* es admisible como fuente, cuando explica sucesos referidos en otras fuentes, las cuales viene ella a confirmar y ampliar, y cuando menciona instituciones y costumbres, aun cuando no sean mencionadas por los autores.

La *leyenda* encierra siempre un fondo de verdad que es necesario desentrañar.

A las tradiciones y leyendas se les aplica el método *comparativo*. Además, hay que estudiar en ellas la *transmisión*, y su posible mención antigua en fuentes esentas, que nos puede asegurar de su antigüedad y de la mayor o menor fidelidad con que se ha trasmitido.

Hay que determinar también en lo posible las *deformaciones* que ha sufrido; hoy se conocen las causas generales de la alteración de las tradiciones y leyendas y los procesos que siguen. Se puede hacer por lo tanto de ellas un estudio *analítico* para separar en ellas lo histórico de lo imaginativo, lo primitivo de lo adventicio, y separar en los *ciclos* las leyendas originales que entraron a formarlos.

Hay que tener en cuenta que la historiografía no es más que *tradicción escrita*, y que entre la tradición escrita y la oral hay un intercambio constante de elementos que pasan de una a otra y viceversa, por lo cual, rechazada la una, habría necesariamente que rechazar también la otra.

6. La crítica de los restos.—Los restos, una vez que la crítica externa los ha declarado auténticos, son inmediatamente probatorios; no hay más que estudiar las condiciones del hallazgo, para determinar sus relaciones geográficas, y muchas veces, como en la prehistoria, también cronológicas. De aquí los detalles precisos que se deben dar en las *Memorias de excavaciones*.

Los restos además sirven de fundamento a numerosas inferencias.

XVI

La Síntesis histórica

1. Operaciones sintéticas.—Hemos dicho que las operaciones

sintéticas eran la *ordenación* de los hechos o composición histórica y la *exposición*, y que las ciencias auxiliares de que se vale la síntesis histórica eran la *geografía*, la *cronología* y la *sociología*, a las cuales hemos agregado la *psicología*.

Efectivamente, la síntesis histórica *ordena* primero el material, o sea los hechos, en el mismo orden en que han ocurrido en la realidad, *situándolos* en el espacio (para lo que se vale de la geografía) y en el tiempo (para lo que se apoya en la cronología), para determinar la *evolución* de las formas *culturales* y *sociales* (a lo que le ayudan la etnología y la sociología) y su posible *causación* inmediata (a lo que en parte le ayuda la psicología), y luego los *expone* artísticamente, para comunicar a los investigadores o al público los resultados del trabajo histórico.

2. La ordenación histórica.—Los hechos históricos son de muy diversa naturaleza, y de la misma fuente deducimos hechos de especie muy distinta: en un documento, la materia, la escritura, el lenguaje, las noticias que contiene, las costumbres que revela, los personajes que intervienen, etc. Hay muchas suertes de hechos históricos: *individuales* y *colectivos*, *únicos* y *repetidos* (instituciones, usos, costumbres), *grandes* (el Renacimiento, la Reforma) y *pequeños* (tal batalla, tal embajada, tal descubrimiento), etc). Es, pues, necesario *clasificarlos*.

Para clasificar los hechos por su naturaleza histórica, hay que seguir la clasificación de los *productos culturales* que sigue la Etnología, y que se estudia en el lugar correspondiente. El estudio aislado de cada uno de estos productos, constituye las *historias espectales*; su estudio en conjunto, la *historia general*.

Ahora bien, esta es la ordenación *sistemática* o *lógica* de los hechos; pero los hechos no son los mismos al mismo tiempo en todas partes, sino que lo son solamente en un *grupo humano* (pueblo o nación) que ocupa una *area geográfica*. Hay que determinar en cada momento, el área de expansión de cada *forma cultural* o *social*. Esto nos da la ordenación *geográfica*, que en conjunto, coincide con la de los pueblos o naciones.

El estudio en conjunto de las formas culturales y sociales de un pueblo en un momento dado, nos da su *estado social* en aquel momento. Pero la historia estudia precisamente los cambios, la *evolución* de ese estado social, que nunca es el mismo en dos momentos sucesivos. Por lo tanto hay que determinar el *comienzo*, la *duración* y el *fin* de cada forma cultural, y sus *etapas* sucesivas, situándolas en el tiempo, y de aquí la ordenación *cronológica*.

Lo que hemos visto hasta ahora constituye el contenido de la llamada *historia de la cultura* (o de la *civilización*, como dicen otros), que estudia los hechos *repetidos*; pero en la ordenación cronológica tienen su lugar los hechos *únicos*, constitutivos de la

llamada *historia externa o política* (que no debe ser separada de la historia de la cultura con ningún pretexto), los cuales hechos son siempre además, ya *expresión*, ya *causa* de los hechos culturales, con los cuales están en la realidad estrechamente unidos.

3. La inferencia.—Hasta ahora nos hemos ocupado de hechos *testimoniados, documentados*, esto es, afirmados o negados en las fuentes; pero muchas veces faltan o callan sobre cualquier asunto. Entonces el historiador, para suplir las indicaciones de las fuentes, parte de la *inferencia*, que es un razonamiento por medio del cual de los hechos conocidos por los documentos, infiere otros hechos no mencionados en ellos. Así como un paleontólogo, por un fragmento fósil del cuerpo de un animal, induce la forma y el tamaño del animal desaparecido, así también el historiador, de los hechos conocidos induce otros hechos para *reconstruir* el cuadro de una época o de un suceso.

La inferencia puede ser *negativa o positiva*. La inferencia negativa, llamada también *argumento de silencio* supone que no existió un hecho cuando los documentos no lo mencionan. Este argumento no siempre tiene valor. Para que se le pueda invocar es preciso que sea un hecho de tal naturaleza que de haber ocurrido, necesariamente hubiera sido observado y anotado, y que de la época en que se dice ocurrido, queden numerosos documentos. En efecto, se ha demostrado en muchos casos que hay hechos que se observan y no se toma nota de ellos, y además son tan pocos relativamente los documentos que se conservan de muchas épocas, que el hecho en cuestión pudo haber sido mencionado en los que se han perdido. Por lo tanto, el argumento de silencio solo se puede invocar en caso de que el autor que no lo menciona hubiera querido mencionar todos los hechos de aquella clase y debiera conocerlos todos, y que el hecho se impusiera necesariamente a su atención.

a) El argumento de silencio de los contemporáneos ha sido invocado para negar la existencia histórica de Jesucristo. Hoy día nadie niega ya, científicamente, el que Jesucristo sea un personaje histórico. Últimamente, el hallazgo de un texto eslavo de Flavio Josefo y de una carta del Emperador Claudio a los alejandrinos, que autoridad tan poco sospechosa como Salomón Reinach, da como irrefutables, viene a desvanecer toda duda acerca de la existencia real del fundador de nuestra religión.

La inferencia positiva parte de un hecho afirmado por los documentos para inferir otro no indicado en ellos. Se funda en la analogía de los hombres del pasado con los hombres de ahora y en la interdependencia de los hechos históricos. Reducida esta inferencia a forma silogística, tiene como premisas una proposición general, sacada de la marcha de las cosas humanas, y una proposición particular, que es el hecho afirmado en las fuentes, y se co-

mienza por la particular. Langlois y Seignobos ponen el siguiente ejemplo:

«Salamina lleva un nombre fenicio».

«El nombre de una ciudad está en la lengua del pueblo que la fundó».

Conclusión: «Luego, Salamina fué fundada por los fenicios».

b) Forma silogística es forma de *silogismo*; el silogismo es lógica es la forma perfecta del razonamiento deductivo. La teoría del silogismo se debe principalmente a Aristóteles. El silogismo es un razonamiento en que se comparan dos ideas o dos términos llamados *extremos* con un tercero que se llama *medio*, y consta de tres proposiciones: las dos primeras se llaman *premisas* y la que se deduce de ellas, *conclusión*. En la premisa mayor el término mayor se compara con el medio; en la menor, el término menor con el medio, de lo que se deduce en la conclusión la relación entre los extremos. El ejemplo citado es en realidad un *polisilogismo* simplificado.

c) La segunda premisa no es universalmente verdadera; en los Estados Unidos de América hay numerosas ciudades con nombre griego: *Philadelphia, Ithaca* y no fueron fundadas por griegos; *Petersburgo*, ciudad fundada por el zar ruso Pedro el Grande, lleva nombre alemán.

La proposición general no puede ser en historia más que una *ley empírica*, obtenida por observaciones de conjunto, pero debe ser exacta, y el hecho particular detalladamente conocido.

4. Las divisiones de la historia.—La ordenación histórica implica ya ciertas divisiones de la historia de las que han sido estudiadas en el lugar correspondiente: 1.^a división *sistemática* por productos culturales, y en relación con ella, división en historia *general* (de todos los productos culturales en conjunto) e historias *especiales* (del arte, de la religión, del gobierno, del derecho, etcétera y división en historia *externa* o *política* e historia *interna* o *de la civilización (de la cultura)*; 2.^a división *geográfica*, por países o por naciones. Se ha empleado también sobre todo para ciertos períodos, una división por razas, llamada *etnográfica*; hay historias particulares de una raza (como los *Orígenes indoeuropeos* de Pietet); una historia de los judíos tendrá que ser siempre la historia de una raza. En conexión con las divisiones geográfica y etnográfica, está la que se hace en historia *universal* y *particular*.

a) Respecto a la división llamada etnográfica, tenemos que observar que muchos autores modernos, no siempre guiados por un interés científico, sino más bien por ideas políticas (para combatir el *pangermanismo*, fundamento del imperialismo alemán que quería reunir bajo su férula todos los pueblos europeos, con la idea de imponerles la cultura germánica), fundándose en la superioridad de la raza, a la que atribuían la cultura occidental autores como Gobineau y Hegel; y el *paneslavismo* o imperialismo ruso de los zares, continuado hoy en parte con respecto al Asia por los bolcheviques) quisieran eliminar de la historia el concepto de *raza*, fundados en que hoy no existen razas puras, sino *pueblos* formados por razas mezcladas. Esta opinión prepondera entre los autores franceses.

Pero la ordenación cronológica nos presenta el problema de

las divisiones en *edades*, *épocas* y *períodos*. «Es una necesidad de todo estudio de hechos—dicen Longlois y Seignobos—procurarse algunos puntos de parada, límites de comienzo y de fin, a fin de poder cortar trechos cronológicos en la masa enorme de los hechos». El caso es que estos cortes respondan a la realidad; por lo demás, el uso de estos cortes es tan antiguo como la historia.

Deben ser los hechos mismos los que proporcionen estos puntos de división. En la práctica lo que aconteció fueron dos cosas: 1.º Que se establecieron a veces divisiones arbitrarias, como la separación entre la Edad Media y la Moderna y la Contemporánea, que se fundan en apreciaciones de los historiadores; 2.º Que establecidas las divisiones para un área geográfica determinada (para la Europa occidental) fueron aplicadas arbitrariamente a otros países de evolución distinta. Y esto es precisamente lo que hay que evitar.

Los autores de metodología histórica no dan en esta materia ninguna idea que se salga de la rutina. Se limitan a relatar lo que *se hace*. En las historias especiales, se toma como *fecha* punto de partida de una época, el acontecimiento que ha producido un cambio profundo, y que puede ser o no de la misma especie de los hechos cuya evolución se está estudiando. En la historia general, se buscan hechos que marquen período a la vez en varias ramas, y las subdivisiones partes de hechos que han traído cambios secundarios. Como los períodos tienen diferente duración, han llegado a distinguir los de cambio rápido, o *críticos*, y los de cambio lento, u *orgánicos*.

Los períodos de la historia de Occidente, como mejor estudiados, en general, pueden ser conservados; las divisiones generales de la historia son las que necesitan una revisión completa, y en todo caso es inaceptable la aplicación de esas divisiones a la historia universal, que carece de la *uniformidad cronológica*, y sobre todo de la *unicidad* que algunos aún se obstinan en suponerle.

5. Postulados de la historia.—La síntesis histórica funda sus inferencias y sus construcciones en ciertos *postulados*, necesarios para que la historia pueda ser una ciencia. Se llama postulado una verdad no demostrada e indemostrable, y sin evidencia inmediata, a la que sin embargo no podemos menos de prestar asentimiento.

El postulado fundamental de la historia es el de la *analogía* de los hombres pasados y los hombres actuales; pero además de este, se admiten otros, como son la llamada *ley de simplicidad de los orígenes* que supone que un instrumento, una técnica, un uso, una institución, son tanto más sencillos cuanto más antiguos. En realidad esta ley se funda, ya en la idea del progreso indefinido, ya en la de la evolución, concebida como un paso de lo homogé-

neo e incoherente a lo heterogéneo, definido y coherente. Pero esta es ya una *teoría* y no un postulado necesario, como el de la analogía, y en muchos casos particulares no es verdadera como ley: así por ejemplo, en la ornamentación, que empieza por ser *naturalista* y acaba por ser *estilizada* en muchísimos casos, y se hace más sencilla cuando degenera.

a) En arte se llaman *formas naturalistas* las que reproducen formas naturales de manera aproximada a la realidad, y *estilizadas* las que indican las formas naturales esquemáticamente, esto es, reducidas a sus líneas esenciales y de una manera más o menos geométrica. La estilización llega a ser una *degeneración geométrica* de las formas naturales. El arte paleolítico es naturalista; el arte neolítico, más moderno, es esquemático.

Sin embargo, la ley de simplicidad de los orígenes es muchas veces verdadera.

6. Las fórmulas generales.—La historia no es como las llamadas ciencias naturales, una ciencia *generalizadora*; no formula leyes, ni considera los hechos que observa como casos particulares de aplicación de una ley. Es una ciencia *individualizadora*, que considera los hechos en su singularidad, en lo que tienen de diferente, de propio.

Claro que hemos dicho que la historia estudia hechos *generales* (usos, costumbres, instituciones, etc.) hechos que se repiten muchas veces por muchos hombres; pero esto no quiere decir que la historia generalice: cada uno de esos hechos generales, en realidad es un solo y único hecho para la historia, como los que hemos llamado *únicos*.

Ahora bien es tan grande la multitud de los hechos históricos, que si la historia los pudiera recoger y registrar todos, no habría nadie que pudiera estudiarlos ni conocerlos. Es, pues, necesario *seleccionarlos*, escoger los que son *importantes*. El criterio de selección lo da el concepto de *sociedad* y el concepto de *cultura*: son importantes los hechos que revelan el estado social y cultural de un pueblo en una época, y los que influyen en su evolución social y cultural. Estos hechos deben ser reducidos a fórmulas inteligibles, breves y características: en los generales, hay que determinar el *carácter*, la *extensión* y la *duración*, y sus *variaciones* sucesivas. En los hechos únicos, hay que escoger los que han producido un cambio en las costumbres o en el estado de las sociedades, y los personajes que han obrado como iniciadores o directores de un movimiento (artistas, sabios, inventores, estadistas, jefes de Estado, políticos, predicadores, etc.), y se determinarán en el hecho igual que para los hechos generales, el carácter, la extensión, la duración y las vicisitudes. Estas son las que se llaman *fórmulas descriptivas*.

Para encontrar fórmulas de mayor generalidad, se emplea el *método comparativo*. La comparación se establece: 1.º Entre clases especiales de hechos (lenguas, religiones, artes, etc.), por cuyo medio se obtienen *familias* de lenguas, de gobiernos etcéte-

ra. 2.º Entre grupos humanos, de la misma manera que procede la Etnología, la cual comparará también; 3.º Conjuntos culturales, en lo que se han obtenido ya algunos resultados (clasificación de culturas matriarcales y patriarcales, totémicas, etc.)

7. La investigación de las causas — Los historiadores han tratado siempre de determinar las causas de los hechos históricos. Se distinguen, como hemos dicho las *pequeñas causas* (causas próximas o accidentales) y las *grandes causas* o causas generales.

Las primeras son relativamente fáciles de determinar en los hechos únicos, no en los hechos generales, en los que hay que acudir a la analogía con los contemporáneos, y esto sentado, como esas causas se han de encontrar en los hombres, que son los que los crean, será preciso resolver el dilema siguiente: ¿Todos los hombres de todas las épocas son fundamentalmente iguales y no difieren más que en sus condiciones de vida—o hay grupos humanos con diferencias hereditarias? Lo segundo es de seguro lo más verdadero.

En cuanto a las causas generales, es estudio que entra ya en la *filosofía de la historia*, que se hará en la última parte de este libro.

Para la investigación de las causas, se han aplicado el *método comparativo* (en detalle, tal como se expone en el párrafo anterior, y en conjunto: una sociedad con otra, o la misma sociedad en dos momentos de su evolución, lo cual sirve para determinar negativamente que tal hecho no es efecto de tal otro) y el *método estadístico*, examinando el número de casos en que dos hechos se dan concomitantes, método empleado también en etnografía.

8. Bases explicativas de la historia — Como resultado general de las investigaciones de conjunto, se han llegado a determinar ciertos hechos extensos que son hoy las bases más seguras para llegar a una explicación de la evolución histórica. Citaremos los principales:

1.º La *solidaridad* entre las diferentes manifestaciones culturales del mismo pueblo. Esta idea que se encuentra ya en Montesquieu, fué desarrollada en Alemania por Herder, Savigny y la escuela histórica, y más tarde por Lamprecht, Froebenius, la escuela histórico-cultural y Spengler. El lazo que une las manifestaciones culturales se llama *consensus* (en alemán *Zusammenhang*) y ha sido explicado como manifestación del *genio del pueblo* o del *alma social*.

2.º El *proceso vital* de cada manifestación cultural aislada (vida de las palabras, muerte de los dogmas, crecimiento de los mitos) y de los complejos culturales o *culturas*, observado

como enteramente análogo al de los seres vivos) nacimiento, crecimiento, plenitud, decadencia y muerte). De aquí nació la *teoría del desenvolvimiento* (en alemán *Entwicklung*), de la escuela histórica, que supone en las manifestaciones culturales, (como hoy Spengler y la escuela histórico-cultural en las culturas como conjuntos) una virtualidad interna mediante la cual se desarrollan.

3.º La *acción de los factores de la historia*, que proporcionan las condiciones en que el desenvolvimiento social y cultural ha de realizarse, variando las circunstancias exteriores e interiores humanas de acción. Igual que acontece en biología y en psicología, acontece en historia: el positivismo, aplicando nociones físicas trataba de explicar el desarrollo fisiológico, psicológico e histórico, de fuera a dentro, por causas exteriores al ser; hoy se tiende más bien a explicarlos como acciones de dentro a fuera, procedentes de una virtualidad interna del sujeto.

9. Los juicios históricos.—Es tradicional en los historiadores el formular *juicios* acerca de los hechos y de los personajes históricos, alabar o censurar la conducta histórica de estos o de los pueblos. Este juicio puede ser hecho desde dos puntos de vista: 1.º Desde un punto de vista *moral*, lo cual ha de responder, claro está, a los ideales del historiador que formula el juicio, y variarán según sus ideas religiosas, filosóficas, políticas, nacionales.—2.º Desde un punto de vista *objetivo*, observando si los hechos han sido bien o mal realizados en vista del éxito o del resultado que el personaje o el grupo se proponía.

No se debe coartar la libertad del historiador para emitir estos juicios; siempre que para fundamentarlos no desfigure los hechos, los juicios emitidos, aunque sean equivocados, no hacen desmerecer la obra histórica. Pero estos juicios no son asunto de la ciencia histórica: son añadidos que el historiador hace si quiere, completamente aparte de la labor científica; pertenecen a la parte *literaria* de la historia.

10. La exposición histórica.—La exposición reviste diferentes formas, según los tiempos, y según el destino de los escritos históricos. Acerca de las formas sucesivas que ha revestido la exposición histórica en las diversas épocas y pueblos, hemos hablado ya en el cap. V párrafo 3, referente a la *historiografía*. En el capítulo III párrafo 5, hemos indicado también las formas de exposición cronológica: *Crónicas, Décadas, Anales, Efemérides*.

La forma de exposición varía también según la extensión del contenido: *historia universal, historia de una nación, genealogía, biografía, monografía*; más detallada cuanto más restringido el asunto. Y por la forma se diferencian también las que se

llaman historia *narrativa, novelesca, pragmática, erudita, filosófica, científica*.

En la exposición histórica hay que distinguir la disposición, u *ordenación expositiva*, que puede seguir el orden *cronológico, etnográfico, geográfico, sincrónico, regrestivo, retrospectivo* (véase cap. III, 5, y más adelante), y la *forma literaria*.

Una moderna clasificación de las obras históricas es en dos clases: *trabajos preparatorios* que comprenden las colecciones y publicaciones de documentos y las discusiones críticas, y *trabajos históricos* propiamente dichos, que exponen los *resultados* de la labor de investigación y síntesis.

Los históricos se dividen en tres clases: *obras científicas*, destinadas a los especialistas; *obras de vulgarización* destinadas al gran público y *obras pedagógicas* destinadas a la enseñanza.

Las científicas pueden ser *monografías*, que tratan un asunto particular y obras *de conjunto*, divididas en *repertorios, manuales y tratados históricos*.

Las monografías exigen que cada hecho vaya acompañado de los documentos que lo prueban y el valor de ellos, con todas las indicaciones necesarias para su comprobación (a esto se llama el *aparato crítico*); que se siga el orden cronológico, y que el título indique exactamente el contenido.

Los repertorios contienen conjuntos de hechos comprobados, con su aparato crítico, clasificados por orden cronológico o por orden alfabético (*dicionarios históricos*). Los manuales contienen abreviadamente y con indicación de fuentes, el estado de los conocimientos acerca de una rama histórica en el momento en que se hacen. Los tratados son los que se suelen llamar *historias*. En todas estas obras, el estilo debe ser claro, preciso, simple, prescindiendo de las figuras retóricas que desfiguran el pensamiento.

Las obras de vulgarización contienen los resultados de las obras científicas. No tienen que apoyar cada hecho con su prueba; pero por lo mismo, no deben afirmar nada que no esté racionalmente probado. Admiten galas de estilo que no se deben emplear en las científicas; pero con precaución, de modo que no induzcan a error a los lectores.

De las obras de enseñanza nos ocuparemos en la segunda parte de este libro.





SEGUNDA PARTE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Segunda Parte

METODOLOGÍA DE LA ENSEÑANZA

XVII

La evolución de la enseñanza de la historia

I. La Metodología de la enseñanza.—La metodología de la enseñanza de la historia es en realidad una parte de la *didáctica pedagógica*. Conocida es la división que suele hacerse de la Pedagogía en una parte dedicada al estudio de la educación, a la cual algunos llaman *exagogía* y otra al de la enseñanza, la *didáctica*, en la cual se suele incluir el de la organización y régimen de las escuelas. Prescindiendo de las discusiones acerca de si esta clasificación de la materia pedagógica (contenido de la Pedagogía) está justificada, y de si es lícito separar la educación de la instrucción—problemas reservados a la pedagogía propiamente—podemos considerar dividida la didáctica en dos partes: *metodología y organización escolar*, y sabido es que en la metodología suelen considerarse una parte *general* y una parte *especial* que se refiere a la enseñanza de cada una de las asignaturas o materias del programa escolar.

La metodología de la historia puede considerarse incluida en principio en la metodología especial. Sin embargo, hay que tener en cuenta que muchos pedagogos consideran la historia como asignatura de *concentración*, es decir, como centro o eje de la cultura primaria, alrededor de la cual, y como desenvolvimiento y explanación de ella, se han de agrupar las demás asignaturas. Otras veces, en la distribución del programa, la historia acompaña a cada una de las asignaturas. Por lo tanto, la historia debe ser tenida en cuenta en la metodología general. Además, la historia—como toda otra asignatura, y aun más como base que es de cultura humanística—tiene un valor educativo muy importante, por lo cual su consideración entra también en la teoría de la educación.

La metodología de la enseñanza mantiene una estrecha relación con la metodología de la investigación. En cierto modo,

la enseñanza debe reproducir el proceso seguido en la investigación. La investigación nos enseña el camino que sigue el entendimiento en la adquisición del conocimiento histórico, nos sugiere los procedimientos más fáciles y la manera de evitar las mayores dificultades. Sin embargo, en historia sobre todo, no es lo mismo *investigar* que *aprender*.

Los procedimientos activos, recomendados por los sistemas que se agrupan bajo el nombre de *educación nueva*, suponen el que los alumnos han de realizar trabajos de investigación y aprender a manejar el material histórico y encontrar la verdad histórica en las fuentes. Esto da nueva importancia a la metodología de la investigación.

Estudiaremos primero la evolución de la enseñanza de la historia, y luego la metodología propiamente dicha.

2. La evolución de la enseñanza de la historia.—La estudiaremos desde el Renacimiento, que es cuando empieza en Occidente la enseñanza regular de la historia. Antes no hay metodología ni pedagogía sistemática, en rigor. Los pueblos clásicos (griegos y romanos) no poseían sentido histórico; la historia era para ellos una especie de novela. Sin embargo, los griegos, desde Tucydides comprendieron el valor educativo moral de la historia (historia pragmática), pero no lo utilizaron en la enseñanza. Tampoco se enseñó regularmente la historia en la Edad Media, ni aún en las clases de latinidad; pero se cultivó con mejor sentido y rigor crítico.

3. La enseñanza de la historia en el Renacimiento. Vives—En el Renacimiento, el estudio de la Antigüedad clásica da un nuevo valor al estudio de la historia. Se vuelve al concepto ciceroniano, que la considera como maestra de la vida. Entonces también empieza la ciencia pedagógica, y con ella la investigación del valor de la historia y de los métodos para su enseñanza.

El primero que se dedica a estudiar el concepto y el valor de la historia es el gran humanista y filósofo valenciano Juan Luis Vives en su obra *De tradendis disciplinis*. Allí aparecen todas las ideas y tendencias modernas acerca de esta cuestión.

Vives divide la *sabiduría* en dos ramas: la *sapiencia* que sirve para las cosas divinas, y la *prudencia*, que sirve para las cosas humanas.

La *prudencia* se funda en el *juicio* y en la *experiencia*, y la experiencia puede ser *propia* o *ajena*. La *experiencia ajena* se encuentra en la *historia*. Esta es, pues, una parte importante del arte de prudencia.

El fin útil de la historia es, para Vives, el contener valiosos ejemplos y conocimientos riquísimos para el presente. Sin ella no

podemos conocer á nuestros padres, ni nuestro derecho, ni el derecho ageno, ni nuestro país. Además, en ella se vé realizada y demostrada la providencia de Dios.

Cree que la historia no debe relatar con gran detalle la vida puramente política, sino ahondar en la vida de los pueblos, en sus creencias y sus costumbres.

Dice también que el estudio de la historia capacita para el manejo de los negocios públicos; por esto es estudio propio de príncipes y de gobernantes. Que desarrolla las facultades intelectuales y morales.

En conjunto, la obra de Vives merece un estudio especial.

En Alemania, Winfen fué en esta época un precursor, al dar a la enseñanza de la historia un sentido patriótico.

4 La Historia en la Pedagogía protestante—Los promotores de la Reforma, convencidos providencialistas, dieron una gran importancia educativa al estudio de la historia. Lutero decía que era como una segunda Biblia, el más firme apoyo de la enseñanza religiosa. En la Pedagogía de Melancton, la historia se dice ser tan necesaria al hombre como el mismo sol. En la manera de enseñarla, predomina entre los protestantes el sentido pragmático.

5. Siglo XVII. Comenius. La Historia en la Pansophía.—En el siglo XVII aparece el profeta de los pedagogos, Comenius (Juan Amós Komensky) que en su tiempo tuvo más fama como filólogo, pero dejó un monumento notable en su *Didáctica Magna*.

Los principios de este sistema son admirables. Quiere conseguir, a pesar de la brevedad de la vida humana, la perfección y la armonía de las facultades del espíritu y del cuerpo. Quería toda la ciencia para todos, y toda en todos los momentos de la enseñanza. A esto llamaba la *Pansophía*, que no implica enciclopedia, sino el conjunto, el sistema de las ideas centrales de todas las ciencias, que debían ser desenvueltas ciclicamente en todos los grados de la enseñanza. Es la idea de Bacon, de la formación del *globo intelectual*.

La historia debe desenvolverse del mismo modo. Veamos su lugar en la Pansophía.

Dice Comenius que el hombre desarrolla hasta los 24 años, y divide esta edad en cuatro períodos: *infancia* que dura hasta los 6 años; *puericia* de los 6 a los 12; *adolescencia* de los 12 a los 18, y *juventud* de los 18 a los 24. Cuatro grados de la enseñanza y cuatro clases de escuela les corresponden.

A la infancia, la *escuela maternal*, que debe cuidar del desarrollo de los sentidos. En esta época, de historia solo se enseñarán los hechos próximos.

A la puericia, la *escuela de lengua nacional*, que ha de desarrollar los sentidos internos, la memoria y la imaginación, Allí se enseñará la *Historia sagrada*.

A la adolescencia, la *escuela latina*, donde se cultiva la inteligencia y el juicio. Esta tiene ya un programa completo, dividido en grados. En cada grado se dan 6 enseñanzas a las que corresponden 6 partes de la historia en la forma siguiente:

- Primer año—Gramática le corresponde la Historia Sagrada,
Ciencias físicas . id. id. de las cosas naturales.
Matemáticas . . . le corresponde de las cosas artificiales.
Ética le corresponde de la moral.
Dialéctica id. id. de los usos y costumbres.
Retórica le corresponde Universal, principalmente de la Patria. etc.

El cuadro de la historia es, pues, en la *Didáctica magna* importante y completo.

Los demás pedagogos y escritores del siglo XVII, o consideran la historia como una mera enseñanza de adorno, o hacen de ella como Leibnitz un auxiliar de la Religión, sirviendo para confirmar la idea de una Providencia divina rigiendo el mundo.

6. Siglo XVIII. Ideas de Rousseau acerca de la historia y su enseñanza.—Las dos escuelas pedagógicas principales del siglo XVIII son las de los *pietistas* y de los *filántropos*. Augusto Hermann Francke, el fundador de la pedagogía pietista se ocupó muy poco de la enseñanza de la historia; da solo indicaciones generales.

Los filántropos fueron discípulos de Juan Jacobo Rousseau, verdadero revolucionario en la ciencia de la educación. Rousseau, consecuente con su sistema, relega la enseñanza de la historia, dejándola para los 18 años. El fin de la enseñanza de la historia es para él el conocimiento del corazón humano. El alumno debe conocer a los hombres, y esto no puede hacerlo en la vida, porque los contemporáneos se disfrazan y no se dan a conocer como son; en la historia se los ve como son, se los sorprende en sus intenciones secretas. Esto se ve mejor que en la vida política y en las guerras y acontecimientos notables, en la vida callada y tranquila, en la vida íntima, en una anécdota, en un detalle. Pero no se deben comentar los acontecimientos, ni formular juicios, cuando se enseña historia; es preciso dejar que los hechos hablen por sí solos, con su peculiar elocuencia, y que el alumno deduzca por sí mismo. En esto dice Rousseau que el modelo es Tucydides. El sistema preferido es el biográfico de Plutarco; las biografías de los grandes

hombres tienen una gran fuerza sugestiva y sirven por ello para formar los sentimientos.

7. La historia en la escuela de los Filántropos.—El principal pedagogo de la escuela filantrópica fué Juan Bautista Basedow, entusiasta partidario de Rousseau. Basedow se fija principalmente en el aspecto político de la historia, por que su fin es preparar al futuro ciudadano. Por eso cree que a cada curso histórico debe preceder una introducción hablando del despotismo, la tiranía, la aristocracia y la democracia. Esto debe explicarse primero mediante una historia inventada, para dar idea de la vida política. Después, en los gimnasios, es cuando se ha de estudiar la verdadera historia.

8. Siglo XIX. La enseñanza de la historia en Alemania.—El fundador de la Pedagogía moderna, Pestalozzi, apenas se ocupó de la enseñanza de la historia; pero sus ideas generales sobre enseñanza y educación influyeron mucho en los que después estudiaron esta materia, sobre todo en cuanto a la finalidad de la historia, la selección y ordenación de los hechos, y la aplicación de la intuición a la enseñanza de la historia.

9. Herbart y su escuela—Se considera a Herbart como un continuador de Pestalozzi que desarrolló y sistematizó las doctrinas de este. La enseñanza oficial de la historia en Alemania, se hace según las doctrinas de la escuela de Herbart.

Según el sistema herbartiano de la educación por la instrucción, toda enseñanza debe proponerse el desenvolvimiento del carácter moral, y la historia, como todas las asignaturas, son predominantemente, medios de educación. El principal resorte de la educación es el interés. Para Herbart, el interés no es solo el gusto o complacencia en el estudio, sino algo más: un deseo de ampliar conocimientos. Y poco importa que se pierdan los conocimientos, si queda el interés.

10. Ziller y el paralelismo.—De los discípulos de Herbart, el que hizo verdadera aplicación de sus principios pedagógicos a la enseñanza de la historia, fué Ziller. Dice Ziller que el fin y la condición de la enseñanza es no disgregar la personalidad, la unidad de la conciencia. Para esto, hay que relacionar, agrupar los conocimientos, alrededor de una asignatura; a esto se llama el principio de la *concentración*. Según Ziller, la historia, que nos pone en relación con el prójimo (Historia profana) y con Dios (Historia sagrada), suministra un punto de concentración de toda enseñanza. Debe ser, pues, el centro de toda cultura.

La historia debe ser enseñada, según Ziller, siguiendo el desenvolvimiento de las facultades en el niño, el cual guarda paralelismo con el desenvolvimiento de la humanidad. El orden que debe seguirse es, pues, el cronológico, del modo siguiente:

1.^{er} Período: en que el niño establece solo relaciones de posibilidad en lo intelectual, y en lo moral obedece ciegamente a sus superiores. Corresponde al período mítico de la humanidad. Se enseñará, en Historia Sagrada, la época de los Patriarcas; y en Historia Profana, cuentos y leyendas nacionales. Se relacionará con las Ciencias Naturales, de las que se enseñará en este período en especial la Zoología, por su relación con la caza, ocupación de los pueblos primitivos.

2.^o Período: en lo intelectual se establecen relaciones de realidad, y en lo moral se practica la obediencia espontánea. En Historia Sagrada se enseñará la época de los Jueces, Reyes y Profetas; y en la Profana, la Historia Nacional. Se relacionará con la Botánica y Mineralogía, por su relación con la agricultura y la industria.

3.^{er} Período: se establecen relaciones de necesidad, y se obedece reflexivamente. En Historia Sagrada, Jesús, los Apóstoles y Lutero; en la Profana, las hechas por la liberación de los pueblos. En las Artes corresponde primero la ornamentación geométrica y luego la representación de plantas y animales.

En cuanto a los procedimientos, no se debe enseñar dogmáticamente, sino que la ha de sacar el alumno de la lectura de las fuentes.

Esto tuvo un éxito enorme. Pero es demasiado sistemático y la sistematización rompe la manera de estudiar. Rein y Rosemburg representan hoy esta tendencia.

Otros en cambio, inspirados en las doctrinas de Ritter, sostuvieron que la historia se debía enseñar al mismo tiempo que la geografía. Esto tuvo gran influencia fuera de Alemania, sobre todo en Francia.

II. Jegger y la dirección biográfica de Rousseau —Jegger sostiene que, si la enseñanza de la historia se ha de proponer la educación y la formación del carácter, hay que dar en ella relieve a la personalidad humana, y para ello, agrupar los hechos históricos en torno a las figuras salientes. Se escribieron historias para la enseñanza, que eran colecciones de biografías, hasta ordenándolas por las fechas del calendario.

Contra esto se dijo que establecía entre los hechos un enlace artificial, lo cual no siempre es exacto. Lo que es verdad es que, así, el alumno no se da bien cuenta de la marcha general de la historia.

12 Biedermann y la historia de la civilización —Contra la di-

rección biográfica sostuvo Biedermann que debía enseñarse preferentemente los movimientos sociales y la historia de la civilización. Ya en el siglo XVIII daban preferencia algunos a la civilización; pero las guerras napoleónicas habían traído una reacción en Alemania. Desde 1815, una época de paz favoreció una nueva orientación que representa Biedermann. Divide este la historia en *política* y de la *civilización*. La primera dice lo que los hombres hicieron como unidad: el Estado; la segunda lo que hicieron como unidad o individualmente. No debe verse en esto una opinión: unos hechos ayudan a los otros. El Estado protege la civilización con las leyes y la defensa exterior, y por otra parte, necesita de los servicios de los individuos; hay además algo que sintetiza ambas historias: la *historia de la constitución política*.

El método de exposición, según Biedermann, no ha de ser biográfico ni progresivo, sino *retrospectivo*. El biográfico dice que es falso. Cuando le objetan que el método biográfico produce agrado e interés en el niño, Biedermann responde que no es el interés del niño el que ha de gular exclusivamente al maestro. Cuando le dicen que los estados de cultura no son comprensibles para los niños, responde que esto no indica más, sino que la historia no debe empezar a estudiarse en la primera infancia. Y añade que el método biográfico tiene el grave inconveniente de que hace perder el sentido del verdadero desarrollo de la evolución humana; además es poco democrata; parece ignorar que todo héroe tiene detrás un pueblo.

En la exposición retrospectiva de la historia, los hechos han de agruparse por categorías. Como los adelantos cambian paulatinamente, es preciso escoger las épocas de transición, por ejemplo, el paso del nomadismo a la agricultura, en los pueblos eminentemente agrícolas, y las épocas en que hay un gran progreso. En la selección de la materia Biedermann considera como importantes los hechos que influyen en la vida de varias generaciones, o que diferencia y distingue a un pueblo de los demás, como también los que sirven para explicar las instituciones modernas. Tal es lo que debe ser enseñado. Luego deben escogerse para la exposición períodos distanciados, estudiando cada uno de ellos estáticamente, con todo detalle; después se establecen comparaciones con los estudiados anteriormente y se señalan los progresos realizados. Para el enlace de unos períodos con otros, sirve la historia política.

Esta teoría tuvo gran influencia en toda Europa, y en Alemania sirvió de fundamento a todos los planes de enseñanza de la historia.

Todos esos libros de texto, tan abundantes en España, en los cuales se desarrolla en algunos capítulos la historia política de un período (la Edad Media, por ejemplo) y al final tienen otro capítulo dedicado a la *Civilización* o *Estado social* del período estudiado, responden más o menos a la concepción de Biedermann.

13. Tendencia oficial.—Contra la de Biedermann hay otras dos tendencias: una es la del estudio preferente de las instituciones políticas y sociales (Sybel) y otra la de la *educación política*. Esta fué la que se impuso.

Se inspira esta tendencia en la filosofía de Hegel, para quien toda la evolución histórica se dirige a la perfecta realización de la idea del Estado que es lo divino terrestre, la realización suprema de los ideales morales. La educación, según Hegel debe proponerse hacer desaparecer las diferencias individuales, uniformando los espíritus para la obediencia, en la inteligencia y en la voluntad. El individuo es para el Estado, y este es el único que tiene derecho a educar. Los liberales españoles de hoy, que, contra el acaparamiento de la enseñanza por las congregaciones religiosas, sostienen que la enseñanza debe ser monopolio del Estado, sostienen la misma tendencia autoritaria del Estado militarista prusiano. En cambio los reaccionarios españoles, autoritarios en todo lo demás, defienden la libertad de enseñanza, que es uno de los artículos de las constituciones democráticas de que ellos abominan.

La enseñanza oficial alemana adoptó aquellas ideas, y se hizo de la historia una enseñanza de sentido estatista, antisocialista y conservador. Naturalmente, esto encontró contradictores en el campo opuesto, como Natorp, Kerchensteiner y Hermig.

Decían estos que no se debe educar a la juventud para adaptarla al estado de cosas existente, pues esto sería matar el deseo de mejoramiento, creando generaciones de conformistas e imposibilitando el progreso; se los debe educar para la sociedad futura, que ha de ser mejor que la actual. Esto era sostenido principalmente desde el campo idealista neokantiano, y era el punto de vista de la *Pedagogía social* de Natorp, perteneciente a la escuela filosófica de Marburgo, dirigida por Hermann Cohen: la sociedad ideal solo se puede conseguir por medio de la educación del individuo ideal; el Estado moderno ha de ser una comunidad moral y no de fuerza; la cultura debe ser para todos, y el Estado ha de hacer accesible a todos la participación en sus obras.

La polémica fué fecunda: la historia siguió siendo el punto de concentración. En ella ha de estudiarse el Estado en lo interior, como *órgano de cultura*; en lo exterior, algunos decían que la misión del Estado es precisamente la defensa de la cultura nacional.

La reforma de Kerchensteiner será estudiada al tratar de lo que se llama la *nueva educación*.

14. La enseñanza de la historia en Francia.—Los franceses copiaron mucho de los alemanes. En Francia no era tradicional la enseñanza de la historia, que no entró en la enseñanza oficial hasta el siglo XIX. Antes era una dependencia de los estudios clásicos, o una enseñanza de adorno, limitada casi siempre a la historia de Grecia y de Roma.

La historia se estudió primero para la explicación de los textos clásicos, y a esto se dirige el tratado de Daunou. Luego, estudios de cronología. Los franceses son muy cuidadosos, casi esclavos de la cultura clásica; se pagan mucho de la *claridad latina* y se consideran los verdaderos continuadores de los antiguos. En su clasicismo llegan a la pedantería más inconcebible.

Los procedimientos de enseñanza; uniformes y oficialmente dispuestos, eran el dictado de textos, resumen, estudio de memoria y repetición oral.

La reforma de Víctor Duruy, que era historiador, hizo entrar en la enseñanza la historia contemporánea, que hasta entonces no se enseñaba.

Donde más atención se le dá a la historia es—por efecto de la educación clásica, que comienza en ella—en la segunda enseñanza (Liceos). La reforma de 1890 introdujo la *bifurcación*. A imitación de la separación del bachillerato clásico y el moderno en Alemania, donde se dá el primero en los *Gymnasien* y el segundo en las *Realschulen* se introdujeron en Francia, separándose, desde Duruy, desde el 4.º año.

En las Escuelas Normales eran tres cursos de historia: Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna, y además conferencias de ampliación.

En las escuelas primarias se sigue principalmente el método biográfico.

En cuanto a los procedimientos y orientación, hay instrucciones oficiales que guían a los maestros. Se preceptúa que la enseñanza de la historia sea *demostrativa* en el fondo e *intuitiva* en la forma. Demostrativa, esto es, que ha de señalar el enlace de los hechos. Se acomoda a la inteligencia de los alumnos; pero es en todo caso, *dogmática* y no crítica. Se recomienda la exposición pintoresca, la descripción, el relato animado, la visita a los museos, a los monumentos, a las bibliotecas, el empleo de láminas, facsímiles, fotografías, proyecciones, etc.

La enseñanza de la historia en Francia no atiende primordialmente al aspecto educativo; se dirige primeramente a la memoria y a la imaginación, y luego a la razón, según el grado de enseñanza. Trata de delimitar los periodos, dando de cada uno una imagen típica y viva, reconstruyendo escenas, buscando lo distintivo, lo diferencial, lo expresivo. Se concentra en tipos y en hechos *representativos*, en personajes *simbólicos*. En este sentido están concebidos los libros de texto, algunos de ellos verdaderos modelos de exposición histórica.

Los ejercicios de los alumnos son *escritos y orales*. Los ejercicios escritos, unos se hacen en la clase, y otros en casa; a estos se llama *deberes*. Los temas versan sobre estudio comparativo de dos periodos o de dos civilizaciones, de instituciones, costumbres, etc; sobre análisis de relatos históricos, sobre juicios morales acerca de acontecimientos, etc. Hay otras clases de ejercicios:

los mapas y dibujos, y las lecturas históricas, para las que se emplean fuentes originales.

La enseñanza francesa, en general, peca por exceso de sistematización, por exceso de previsión, de reglamentación. Conocida es la frase que dice que por la mañana, el Ministro de Instrucción pública, al sacar el reloj del bolsillo, puede decir exactamente que lección están explicando en aquél momento todos los maestros de Francia.

15. La enseñanza de la historia en los demás países — Los demás países europeos siguen unos el tipo francés, otros el tipo alemán excepto Inglaterra, donde no hay metodología oficial, donde la libertad de enseñanza es mayor que en ningún otro país. Se atiende allí muy especialmente a la historia sagrada y a la historia clásica.

XVIII

La enseñanza de la historia en la actualidad

1. La enseñanza de la historia en la "nueva educación".— Se llama *nueva educación* al reciente movimiento pedagógico que, moviéndose principalmente en el campo de la enseñanza privada, se extiende actualmente por Europa y América, y aún por otros países, con gran propaganda de revistas, libros, folletos y Congresos. Este movimiento es realmente propio del siglo actual.

Las primeras *escuelas nuevas* fueron creadas ya en el siglo XIX, y fueron la de Abbotsholme, creada por Cecil Reddie, y la de Bedales, en Inglaterra, la del Dr. Lietz en Alemania, y la Escuela de las Rocas, en Francia, de Demoulin. Siguió a estos, el norteamericano John Dewey, y poco a poco se aliaron al movimiento los más famosos pedagogos contemporáneos: el alemán Kerscheustainer, el suizo Claparède, el francés Cousinet, la italiana Montessori, el belga Decroly, etc.

En realidad, los partidarios de la nueva educación no hacen más que volver a los principios proclamados por los grandes pedagogos románticos, a partir de Rousseau; representan una nueva reacción contra la escuela intelectualista y autoritaria, que había vuelto a triunfar con Herbart y sus discípulos, y contra la pedantería tan cruelmente criticada por Tolstói. Efectivamente, los prin-

cipios más generalmente admitidos entre los representantes del actual movimiento, son: 1.º El respecto a la individualidad, a la *espontaneidad* y a la infantilidad del niño; 2.º La libre cooperación y trabajo *colectivo* de los escolares, con una mínima intervención del maestro; 3.º La educación y la instrucción por la *acción* (escuela *activa*, escuela *del trabajo*); 4.º Conexión unitaria de toda la educación, desde la escuela de párvulos a la Universidad, y acceso de toda ella a todas las clases sociales (escuela *única*); 5.º Escuela más educativa que, instructiva, e instrucción *asociativa*, sin artificial separación de asignaturas; 6.º La enseñanza no ha de ser dogmática.

A estos principios ha de conformarse por lo tanto la enseñanza de la historia en la escuela primaria. Acerca de esta materia ha escrito uno de los principales propugnadores de la nueva educación en Francia, Roger Cousinet.

Dice Cousinet que de todas las materias enseñadas en la escuela primaria, la historia es la que ha aprovechado menos los progresos de la pedagogía experimental, es la que ha quedado más estacionaria, y es necesario arrancarla de este estacionamiento. Combate la *historia política y nacional* fundándose: 1.º En que es *inteligible* para los niños, que no se pueden dar cuenta exacta de la vida política, por lo cual confunden hechos y personajes y acaban por olvidarlos.—2.º En que es *parcial y falsa*, porque no menciona los hechos culturales y pone como esenciales los políticos, que son accesorios.—3.º En que hablando solo de guerras y de reyes, ahonda las diferencias nacionales y crea el odio al extranjero. Combate la *historia de la civilización*, tal como suele enseñarse, porque los niños no pueden entender las instituciones, las leyes ni las costumbres. Admite solamente la *historia de las cosas*, es decir, de los objetos, de los instrumentos, mobiliario, construcciones, etc.

Se funda en que las *cosas* es lo único que interesa a los niños y además en que la historia de las cosas, en lugar de fomentar los odios nacionales, establece lazos entre los diferentes pueblos, puesto que las invenciones y perfeccionamientos se comunican de unos países a otros, y por lo tanto es una historia internacional, que enseña la solidaridad entre los hombres; además en que, en realidad, las cosas son lo esencial en la vida de los pueblos, pues la vida es más hondamente modificada por una transformación en los medios de transporte, de iluminación y de calefacción, que por una guerra o un cambio de gobierno.

En esta teoría ha influido la reacción pacifista que siguió a la gran guerra en los países más directamente dañados por ella, y que suscitó ideas análogas en el novelista inglés H. G. Wells, y en el pedagogo Suizo Bovet, del Instituto J. J. Rousseau, de Ginebra y en muchas asociaciones de maestros.

En cuanto a los métodos de enseñanza de la historia, han trabajado el mismo Cousinet, Decroly en Bélgica, Miss Pank-

hürst en Norteamérica, Mac Murry, Cloudesley y Bereton en Inglaterra, y Ferrière en Suiza.

La reforma consiste en aplicar el *método activo* en una triple forma: 1.º La *investigación histórica* realizada por los niños.— 2.º La *exposición histórica* hecha también por ellos.— 3.º La *realización dramática*.

La exposición consiste en que uno de los niños expone oralmente el resultado de sus investigaciones personales, y los demás completan o corrigen su exposición.

La realización dramática consiste en representar los niños una escena histórica, para lo cual ellos mismos se preparan papeles, trajes, decorado y mobiliario.

Más valiosos son los trabajos de investigación histórica. En ellos, los niños siguen aproximadamente, los mismos procedimientos que los adultos: reúnen materiales manejando las fuentes, las figuradas en los monumentos y museos o en fotografías y grabados, y también las documentales, cuando son accesibles, consignan los datos en fichas, copian objetos y dibujos, los reúnen, y redactan el tema por escrito, o lo exponen luego oralmente. Los temas son libremente elegidos, y el trabajo se realiza en colaboración por grupos.

2. Crítica de las nuevas orientaciones.—No todos los representantes de la educación nueva comparten las ideas de Cousinet, Bovet y Wells, pero como están muy extendidas, es preciso examinarlas.

En primer lugar, no se puede rechazar la enseñanza de la historia política, pues ya hemos indicado que la historia política está incluida en la historia de la cultura, de la cual es una parte importante, de la que no se puede prescindir. Suprimirla equivale a dar una idea falsa de la historia. De hecho, los gobiernos y las guerras han influido, en bien o en mal, en el desarrollo de la cultura, en la propagación de invenciones, de sistemas de construcción y de trabajo, etc. Además no se puede, sin dar de la historia una idea falsa, prescindir de la solidaridad entre todas las manifestaciones de la cultura de un pueblo, que como hemos dicho forman una unidad, responden unas a otras; enseñar una de ellas prescindiendo de esta dependencia en que está de las demás, es falsear la verdad.

En segundo lugar, la historia tiene necesariamente que ser nacional: las naciones son los verdaderos actores de la historia; toda cultura, o es nacional, o se presenta en variedades nacionales. Las naciones, los pueblos, son los órganos de producción y de propagación de la cultura; es el alma nacional la que la crea como unidad, la que crea o transforma cada forma cultural. Decir lo contrario es falsear la historia. Tampoco es verdad que la historia nacional alimente el odio entre los hombres; lo que enseña es un

ideal superior al individualismo egoísta, la fidelidad a una tradición y el deber de contribuir a una obra común de mejoramiento.

En tercer lugar, la historia de las cosas, tal como la preconiza Roger Cousinet, limita el estudio de la historia a la cultura material, no atiende a los bienes del espíritu, que son los que constituyen la verdadera cultura. Esto, no solo falsea la verdad histórica, sino que dá de la cultura humana un concepto equivocado, pues los niños la identificarán naturalmente con los adelantos materiales y no sabrán estimar, al salir de la escuela, más que estos accesorios de la cultura. Esto dá a la enseñanza de la historia un sentido materialista que acaso sea lo que se propone el citado pedagogo, pero que nunca podrá lograr el asentimiento de todos.

Por último, se dice que la escuela ha de moverse en un campo de absoluta neutralidad doctrinal, que no debe inculcar ninguna doctrina, crear ningún prejuicio; y por otra parte, se trata de sugerir una inclinación al pacifismo y al universalismo. Pero el pacifismo y el universalismo son doctrinas perfectamente definidas, acaso prejuicios, en todo caso teorías filosóficas o morales, no resultados científicos. Hay aquí por lo tanto una flagrante contradicción. Mas aún en el terreno de las concesiones, el pacifismo y el universalismo son cosas independientes: la una no supone la otra. En nombre del pacifismo no se puede combatir la historia nacional; y en nombre del universalismo tampoco se le puede combatir como tal historia.

Sobre los métodos de enseñanza ya no son fáciles las objeciones contra los dos primeros (la investigación y la exposición por los niños). Las levanta en cambio el empleo de las realizaciones dramáticas.

En efecto, es fácil ver como se prestan tales comedias a hacer nacer en el espíritu de los niños una porción de ideas falsas. De este modo, este procedimiento, puesto en práctica en la escuela-laboratorio de Dalton en los Estados Unidos de América, por Miss Pankhurst, y en otras escuelas nuevas, es por lo menos de delicada aplicación. Se puede caer en puerilidades como las que tanto se han censurado en los métodos del P. Manjón en las escuelas del Ave María. Más ridículas son algunas que menciona Cousinet, como las representaciones en que «entrecruzan los períodos suponiendo que personajes de otros tiempos aparecen entre nosotros o inversamente».

3. La reforma de Kerschensteiner.—Este sabio pedagogo, creador del sistema llamado *escuela del trabajo* (en las que el trabajo es medio y fin de la educación: educación *por* el trabajo y *para* el trabajo), influido por la filosofía idealista alemana, llevó a cabo la reforma de la enseñanza en Baviera.

Según él, la historia debe ser el centro; pero como el niño

no comprende bien la estructura de las instituciones, se deja la historia política para el 4.º grado de la escuela primaria. Con la historia se relaciona la educación cívica, pero esta no se propone educar para la sociedad actual, sino para la sociedad ideal, esto es, para una sociedad futura más perfecta que la de hoy, y que precisamente es la escuela la encargada de prepararla.

Así y todo, la historia en la escuela primaria es propiamente historia *nacional*. En el primer grado se trata del nacimiento y origen de la cultura germano-cristiana (tercer período de la evolución histórica según Hegel). En el segundo, de la Edad Media, hasta Federico el Grande, y el tema es el desenvolvimiento del carácter alemán. En el tercero, del renacimiento alemán bajo Federico el Grande, las revoluciones americana y francesa, guerras napoleónicas y su influencia en Alemania.

El cuarto grado comprende tres ciclos: evolución de una ciudad (Munich) en todos sus aspectos, y en su estado actual.—Evolución de un Estado alemán (Baviera) en todos sus aspectos y en su estado político actual.—Evolución de la nación alemana y su estado político en la actualidad, estudiando también los partidos políticos y sus doctrinas. Esto es necesario, porque desde los actuales partidos se ha de construir la representación del Estado ideal que preconiza Kercheusteiner.

En los métodos de enseñanza, introdujo el reformador la aplicación de muchas ideas modernas.

4. La enseñanza de la historia en España.—Poco puede hablarse de la enseñanza de la historia en España. Aunque hoy han progresado grandemente los estudios históricos, y se cuenta con centros de investigación y de cultura superior muy importantes (Real Academia de la Historia, Centro de Estudios Históricos, Institut d'Estudis Catalans, Seminario d'Estudios Galegos, Real Academia Gallega, Sociedad de Estudios Vascos, Comisiones de Monumentos, Sociedades regionales y locales) ya oficiales, ya particulares, la enseñanza, sobre todo en la escuela primaria está muy poco adelantada.

En las escuelas nacionales se suele conceder muy poca atención a la historia. Cuando se enseña, se limita a explicaciones del maestro o a aprender de memoria un texto elemental. Sin embargo, hay algunos maestros que se han asimilado los sistemas modernos y aún los aplican con cierta originalidad. En las escuelas particulares, aún en las de las Congregaciones religiosas, que suelen ser las mejor organizadas, la enseñanza de la historia se encuentra en el mismo atraso. Como cosa digna de nota en la metodología de la historia, merecen mención especial las escuelas del *Ave-María* y las de la *Institución libre de Enseñanza*.

Las escuelas del *Ave-María*, fundadas por el ilustre sacerdote D. Andrés Manjón aplican los métodos activos preconizados

por su fundador, que consisten en simultanear la enseñanza con el juego. Pero estos métodos son demasiado artificiales, y se proponen solamente fijar los conocimientos en la memoria. Los niños jugando representan los personajes y los pueblos que figuran en la historia de España; evolucionan sobre un gran mapa hecho con tierra y cemento en el jardín, etc. Pero estas representaciones son más bien simbólicas que reales, e incluyen recitados memorísticos. Se utilizan también cuadros sinópticos, esquemas y gráficos de la historia, de muy difícil interpretación para los niños, aunque excelentes como medios mnemotécnicos.

Las escuelas de la Institución libre de enseñanza, que funcionan en Madrid, bajo el patronato de esta asociación, emplean un método muy racional, que nos describe Cossío: Comienza la enseñanza de la historia desde la escuela de párvulos, por medio de cuentos y narraciones. Viene después el acopio de materiales, con visita a los museos, lecturas de narraciones y viajes, etc, en forma fragmentaria. Después se empieza a sistematizar haciendo ver los contrastes y haciendo el cuadro de la cultura actual y la de los primitivos y salvajes. Después se establece el contraste entre la cultura oriental y la occidental, y luego entre dos etapas de esta, la griega y la cristiana. Sobre esta base se va especializando gradualmente. El núcleo de concentración es el arte, señalando en cada estilo la expresión de la época. Los métodos son intuitivos y activos.

En el Bachillerato, ha habido diferentes planes, casi siempre girando sobre un curso de historia de España y otro de historia universal. En el plan actual se introdujo la historia comparada, universal y de España y se especializa la de América, unida con la geografía.

En las Normales hubo también historia de España y Universal, que después se unificaron en cuatro cursos, debiendo enseñarse con la historia la metodología.

En la enseñanza universitaria, la antigua facultad de filosofía y letras se dividió en secciones, siendo una de ellas la de ciencias históricas, en la que entran las ciencias auxiliares.

Nada de particular ofrece la enseñanza de la historia en Galicia. Solamente que la historia regional no se enseña en ninguna parte, ni siquiera por iniciativa particular, y que establecida la sección de Ciencias históricas de la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago, pueden salir de ella los licenciados ignorando en absoluto la historia de Galicia, como ellos no la estudian particularmente en sus casas.

En cuanto a la primera enseñanza, tenemos las escuelas sostenidas por los gallegos emigrados en América. Casi todas ellas son escuelas preparatorias para la emigración, donde los niños aprenden la historia de las repúblicas americanas, pero casi siempre ignoran la de Galicia y a veces también la de España.

XIX

La finalidad de la enseñanza de la historia

1. El problema.—Hemos hablado ya en el capítulo I, del interés que tienen para nosotros los estudios históricos, y del papel que desempeñan en la cultura general y en la cultura primaria. Mas, al comenzar el estudio de la metodología de la enseñanza, es necesario volver sobre este asunto, para estudiarlo en cada uno de sus múltiples aspectos.

Y esto por varias razones, entre las que hay dos principales:

1.^o Porque, además de la utilidad *material* de la historia, como ciencia que forma parte de la cultura general necesaria a todo hombre civilizado, es decir, como *asignatura*, como parte del contenido del programa escolar, tiene su estudio una utilidad *formal*, es decir, en cuanto *ejercicio* del entendimiento, de la cual no nos hemos ocupado en aquél capítulo, y que es de suma importancia pedagógica.

2.^o Porque de la finalidad que nos proponamos con la enseñanza de la historia, depende su *lugar* en el programa de la escuela, la *selección* de la materia histórica que debe ser enseñada, su *extensión*, su *ordenación* y los *métodos* que deban emplearse.

Ahora bien, es claro que la finalidad de la enseñanza de la historia depende a su vez de la finalidad de la educación en general. Decimos de la educación y no de la enseñanza, porque la educación envuelve a esta en su contenido, es decir, la enseñanza, mejor acaso, la instrucción, es a la vez un medio y una parte de la educación. Examinaremos primero brevemente el fin de esta.

2. El fin de la educación—Acerca del fin de la educación, las opiniones son muy varias y encontradas. Pedagogos, filósofos, sociólogos y políticos muestran puntos de vista muy diferentes. Más fácil es el acuerdo en cuanto a los medios que en cuanto a los fines de la educación. La historia nos enseña que en cada raza, en cada cultura, en cada época, surgen distintos ideales educativos. Los ideales de la educación son un elemento de los que mejor expresan el sentido de una cultura. De aquí precisamente su variedad.

Es cierto, a pesar de esto, que hay en todos ellos algo de común: se habla de que la educación es *educación* del hombre,

preparación para la vida, perfeccionamiento, adaptación. Y la historia nos muestra que la educación es siempre, salvo desviaciones esporádicas, *social*: formación del hombre social, preparación para la vida social, perfeccionamiento según los ideales sociales, adaptación a la sociedad. Eso es lo que es siempre *prácticamente* la educación: una acción ejercida por las generaciones adultas de un país y de una época, sobre las nuevas generaciones para adaptarlas a la sociedad histórica en que han nacido. La enseñanza es, a su vez, la transmisión de una tradición. Se habla hoy de educar para el porvenir, para la sociedad futura; esto significa, en suma, educar para el porvenir tal como nosotros lo imaginamos: queremos que el futuro realice nuestros ideales de ahora, y que nosotros hemos formado según la tradición de ayer, ya los concibamos como continuación de la tradición, ya como reacción contra ella.

Según esto, el fin de la educación es la *adaptación* del hombre futuro a la *vida social*, no abstractamente, sino de una sociedad determinada, cuyos ideales son sugeridos a los que han de continuarla, y cuya suma de conocimientos acopiados por las generaciones anteriores, se transmite por la enseñanza a sus descendientes. Es la manera de transmitir la *herencia espiritual* en las sociedades.

Mas, como las sociedades modernas, como las de otras épocas correspondientes de la historia, exigen del hombre una mayor iniciativa y una mayor responsabilidad, de aquí que la adaptación precise un más cuidadoso *desevolvimiento de la personalidad individual*, pero siempre para mejor servir fines sociales, para el servicio de los *valores*, para la producción de *bienes culturales*.

3. El fin de la enseñanza de la historia — Si el fin de la educación es adaptar al hombre a la vida social y al trabajo creador de la cultura, el fin de la enseñanza de la historia será comunicarle el *sentido* de la evolución social y cultural.

En efecto, los demás conocimientos podrán darle *contenidos* de cultura, el resumen de lo adquirido (ciencias de la naturaleza) y de lo construido (ciencias del espíritu) hasta el presente; pero no el sentido, es decir lo que significa, la dirección que sigue, lo que vale esa cultura. Esto solo lo puede comprender contemplando su desarrollo tal como se lo muestra la historia. Y para colaborar eficazmente, conscientemente, en una sociedad y en su cultura, es necesario penetrarse lo más posible de su sentido.

Además, aquellos conocimientos de las diversas ciencias, como los que pudiera proporcionarle una ciencia más general, la filosofía, no le dan más nociones que las de la cultura a que perte-

nece y en la que es educado, y dejan aparte los demás tipos diferentes de la cultura humana, que solo la historia le hace conocer.

Aún hay otra consideración importante: las otras ciencias nos dan a conocer el mundo y el hombre en su aspecto *estático*, de permanencia, de estado (manera de estar o de encontrarse una cosa en un momento dado) y la historia nos los muestra en su aspecto *evolutivo*, de cambio, de *devenir*, de producirse, que es el verdadero. Y frente al aspecto filosófico que es *ideal*, nos presenta el aspecto *real* de las cosas.

De aquí se deduce desde luego:

1.º La necesidad de estudiar la *historia nacional* (primer aspecto: conocimiento de la sociedad a que pertenecemos y su cultura).

2.º La necesidad de estudiar la *historia universal* (segundo aspecto: conocimiento de los diversos tipos de sociedad y de cultura).

3.º La necesidad de estudiar la *historia de la naturaleza* (tercer aspecto: conocimiento de la evolución de las cosas).

Y todavía queda, si queremos explicar el cuadro completo, la *historia sagrada* que nos da a conocer el proceso de las relaciones del hombre con Dios.

Tenemos que considerar ahora que, como hemos dicho, la adaptación social requiere un desenvolvimiento completo de la personalidad humana. Por eso, previa a toda educación especializada y profesional o de clase, hay un proceso educativo que se propone la formación del *hombre total*; a esto responde la que llamamos *cultura humanística*, y de esta clase es la cultura primaria, que debe ser integral y predominantemente educativa. La historia debe ser, por todo lo que llevamos dicho, la base principal sino única de esta cultura.

Aún tiene prácticamente otra finalidad la historia: servir de base a la *educación cívica*.

4. Utilidad material de la enseñanza de la historia.—Hasta ahora nos hemos ocupado de la historia en su aspecto material, y seguiremos ocupándonos en este párrafo, considerando algunos fines derivados de los que hemos indicado.

Ante todo, debemos recordar lo dicho en el primer párrafo acerca del valor material y del valor formal que, ante la ciencia pedagógica tienen las distintas materias de enseñanza: se llama *valor material* al que tiene una materia en sí, por su utilidad teórica o práctica como tal conocimiento: la aritmética es útil materialmente, porque enseña a contar, y contar es útil para la vida. Se llama *valor formal* al que tiene una materia como ejercicio de las facultades mentales: la aritmética es útil formalmente porque ejercita el entendimiento, y lo sería, aunque no se aprendiera en ella nada útil.

Con lo dicho anteriormente, es bastante para comprender la utilidad material del estudio de la historia; pero además de su utilidad propia, manifiesta en su fin, hay que tener en cuenta su valor como *ciencia auxiliar* de las demás.

No solo cada cosa que pueda ser objeto de una ciencia tiene su evolución, su historia, sino que hay también la *evolución de las ciencias*: nuestro conocimiento del mundo, cambia, varía, evoluciona; la ciencia se transforma: las observaciones y los estudios aumentan, las teorías se desenvuelven, son deshechadas y sustituidas por otras, las opiniones se combaten unas a otras, caudales enormes de experiencias se pierden. Hay una historia de cada ciencia, de cada problema científico. La ciencia debe ser estudiada también en este aspecto, como cosa viva en perpetuo producirse, si no queremos tener de ella una idea falsa. En cada descubrimiento, en cada problema, en cada conocimiento adquirido, la historia nos hace conocer los trabajos anteriores, lo que los hombres han hecho hasta ahora en aquello, y por lo tanto nos muestra métodos, procedimientos, experiencia, lo que está hecho y lo que está por hacer.

Además, hay aún las múltiples relaciones especiales de la historia con las demás ciencias. Se distinguen dos grandes grupos de ciencias: las *ciencias de la naturaleza* y las *ciencias del espíritu*; la historia pertenece al segundo grupo, en el que se distinguen las *ciencias filosóficas* y las *ciencias históricas*. Con todas ellas se relaciona la historia; pero especialmente con las ciencias del espíritu. Hay ciencias para las que la historia tiene una importancia especial: la sociología, la política, el derecho, la filosofía, la literatura, la filología, entre las ciencias del espíritu; la geografía, entre las de relación. Muchas de estas ciencias, además, no entran en la enseñanza primaria: la historia ha de dar la base elemental sobre la que han de asentarse más tarde.

6. Utilidad pragmática de la historia.—Secundariamente y sin salirnos de la consideración material de la historia, tiene esta un indudable valor *pragmático*, o sea educativo, con aplicación a la vez a la educación intelectual, a la formación moral y a la dirección práctica de la vida.

En el primer sentido, la historia es la disciplina más apta, más adecuada para crear lo que se llama en pedagogía: la *multiplidad del interés*. Desde Herbart, y sin que esto haya variado, se considera el interés (curiosidad, deseo de saber, inclinación a resolver los problemas que nos presenta la vida) como el principal impulso de la educación; para los herbartianos, como para los modernos pedagogos, despertar el interés del alumno es el verdadero fin de la enseñanza. Pues bien, la historia es la ciencia que mayor variedad de asuntos atractivos, *interesantes*, ofrece a la curiosidad del niño y del joven, asuntos relacionados con todos.

los conocimientos humanos, y por tanto no crea un interés especializado, sino *múltiple*, general, integral, que es el que requiere la educación del hombre en sus primeros años.

En el segundo sentido, y análogamente crea una suerte de multiplicidad del interés en el orden moral, a la que llamamos *simpatía universal*. Efectivamente, la historia nos pone en contacto con los hombres de todos los tiempos y de todos los países, y nos enseña a comprender su vida, sus costumbres, sus ideas, tan extrañas a las nuestras, nos explica los motivos profundos a que obedecen, y hace que no contemplemos tales ideas y tales costumbres como extravíos y locuras, sino como fenómenos que tienen su motivación. De este modo hace nacer ideas de tolerancia y de respeto hacia todas las manifestaciones del espíritu humano y hacia todas las opiniones y doctrinas y corrige la soberbia del hombre moderno, envanecido con el progreso material, al mostrarle otras culturas distintas que acaso tenían un más alto valor humano.

Además, no hay duda, que la historia nos presenta, como pensaban los antiguos, en medio de muchas maldades triunfantes, crímenes abominables, fanatismos y pasiones, algunos altos y sublimes ejemplos de virtud, de abnegación y de heroísmo que se destacan con noble brillo en el cuadro general, que además, en su conjunto, nos muestra el valor de la voluntad y la perseverancia.

En el tercer sentido, hay que reconocer aún que la historia puede seguir siendo, como decía Cicerón, la *maestra de la vida*. No solo contiene en detalle multitud de experiencias útiles que pueden ser aprovechadas, sino que, mirada en conjunto, nos familiariza con la eterna variedad y el cambio perpetuo de las cosas humanas, nos muestra al hombre luchando con las más desfavorables circunstancias, y con ello nos infunde confianza en nuestras fuerzas, hace que no temamos a lo nuevo, que sepamos, esperar la sazón de las cosas. De la historia se puede extraer un verdadero *arte de prudencia*, y en este sentido la aprovecharon muchos escritores desde el Renacimiento.

6 Utilidad formal de la historia.—La historia, como ejercicio del entendimiento, es un medio eficaz de educación intelectual y de educación moral.

En primer lugar, ejercita la *imaginación*, por la necesidad de representarse la vida de otras épocas en todos sus detalles: modo de vivir, empleo de tal objeto o instrumento, carácter de tal personaje, fisonomía de tal raza, etc., etc. Los problemas históricos son problemas de imaginación; pero no de imaginación libre, sino limitada por los datos que se poseen y por la razón que los coordina; la imaginación ha de moverse dentro de un campo limitado para sus hipótesis. De aquí su alto valor educativo.

En segundo lugar, ejercita la *memoria*. Esto es reconocido

por todos, y hasta se le ha achacado a la historia como un defecto. Pero hay que tener en cuenta que nunca se puede prescindir de la memoria, porque al fin, lo que se sabe es lo que se recuerda.

En tercer lugar, ejercita el *sentido crítico*, que nos lleva a distinguir lo verdadero de lo falso. Basta recordar a este respecto los capítulos que tratan de la crítica histórica. En el ejercicio de la investigación, el sentido crítico se desarrolla y se afina más considerablemente que en ninguna otra disciplina. Por algo los grandes problemas de la historia son problemas críticos.

Por último, el estudio de la historia desarrolla los *sentimientos sociales*. Conocer es amar: los sentimientos de ciudadanía, patria, humanidad, se despiertan únicamente con el estudio de la historia.

Por todas estas razones, la historia ha sido escogida por los pedagogos de la escuela herbatiana y por algunos modernos como punto de *concentración* de todas las materias del programa escolar, que se han de enseñar como desenvolvimientos de la historia y respondiendo al plan de esta. El hacer esto tiene además otra ventaja: fundamentar la enseñanza en el aspecto evolutivo de las cosas, que es el real, en vez de fundamentarla como hasta ahora en el aspecto estático, que siempre es abstracto, y desde cierto punto de vista, falso.

7. Relaciones de la historia con la educación cívica.—Se llama educación cívica a la que se propone preparar al futuro ciudadano como miembro activo del Estado. En la educación cívica se comprenden cosas estrechamente relacionadas, pero de naturaleza diferente, como son la educación política y la educación de los sentimientos sociales. La educación cívica ha ido casi siempre en los pueblos modernos de Europa, unida con la historia, sobre todo en Alemania, donde la historia se empleó como instrumento de formación patriótica, entendiéndose por patriotismo el servicio de las instituciones. La relación de este asunto con la política hace que los de la educación cívica sean los problemas más debatidos y no siempre con verdadera serenidad científica.

Para aclararlos, conviene distinguir bien los términos del problema. En primer lugar, distinguiremos entre Estado y nación. La nación es una comunidad natural de hombres que con un fondo racial común, y habitando en el mismo territorio, poseen una tradición común y hablan la misma lengua. El Estado es una sociedad política formada por los hombres que obedecen al mismo gobierno. El Estado puede coincidir o no con la nación; hay Estados que comprenden varias naciones; hay naciones divididas en varios Estados.

Los hombres que forman parte del mismo Estado, se llaman *conciudadanos*; los que forman parte de la misma nación, *compatriotas*.

Ahora bien: los vínculos que unen a los conciudadanos entre sí y con el Estado, son vínculos *jurídicos*; están ligados por relaciones de derecho. Los ciudadanos, como miembros del Estado tienen *derechos y deberes*; el recto ejercicio de estos derechos y de estos deberes es lo que se llama *ciudadanía*. La ciudadanía es, según esto, una especial actitud o disposición moral que implica un justo comportamiento con el Estado y con todos sus miembros y también con los que no lo son. La educación cívica es la que se propone crear en el hombre esta disposición moral que llamamos ciudadanía.

La educación cívica tiene por lo tanto un doble fin: 1.º Mostrar al futuro ciudadano cuales son sus derechos y cuales son sus deberes como miembro del Estado (derechos del hombre o *individuales*, como los de libertad, igualdad, seguridad personal, etc.—Derechos del ciudadano o *políticos*, como los de sufragio, acceso a los cargos públicos, etc.—Deberes de obediencia a la ley, servicio militar, pago de impuestos, etc.—Derechos y deberes *cíviles*: patria potestad, herencia, derechos y deberes que se derivan de los contratos, etc). Esta parte de la educación cívica es de carácter eminentemente jurídico y se corresponde con enseñanzas de esta clase: Ética, Derecho usual, Constitución del Estado. Pero la historia nos muestra la evolución de estos derechos y deberes y de estas disciplinas.

2.º Formar aquella disposición moral que hace al buen ciudadano: respecto a la ley y a los derechos ajenos, justicia, benevolencia, ayuda y servicio a los semejantes y a la comunidad. La formación de estas tendencias, en las que se funda el recto ejercicio de la ciudadanía, depende del cultivo de los sentimientos sociales. Ya hemos visto que la historia es la enseñanza más adecuada para desarrollar estos sentimientos.

Los vínculos que unen al hombre con la nación a que pertenece y con sus compatriotas, son aún más profundos: son de naturaleza afectiva y de naturaleza intelectual de un orden superior, tienen un principio instintivo y radican en lo más hondo de la personalidad humana. La educación no puede, acaso, directamente crear el amor a la patria, el sentimiento nacional; pero puede en parte formar el ambiente psicológico individual en el que nace. El patriotismo es principalmente un sentimiento de convivencia, y en gran parte está formado por la participación en la tradición. La historia nacional es la que comunica y hace vivir esta tradición; es, pues, el principal medio de educación patriótica. La conciencia nacional es en gran parte un producto histórico: nace de la vivencia de una evolución común, de la participación de los individuos de un pueblo en los mismos episodios afortunados o dolorosos, y en el esfuerzo común de creación cultural. Sólo el estudio de la historia nos puede mostrar esto.

De todo lo dicho se desprende que la historia tiene el papel principal en la educación cívica en todos sus aspectos. El proble-

ma está en sí es *lícito* emplearla con este fin. El motivo de que este problema se plantee, es que efectivamente se ha abusado de la historia en este sentido: se ha enseñado en muchos países la historia dándole, a pretexto de educación cívica, una tendencia de nacionalismo exclusivista o agresivo (*chauvinismo*) o imperialista. En este sentido, combaten muchos partidarios de la *educación nueva*, la enseñanza de la historia política, porque alimenta los odios nacionales. Al comentar los ideales de la educación nueva (cap. XVIII, párrafo 2) hemos indicado algo acerca de este asunto. Pero es necesario decir más.

El cultivo del sentimiento nacional es necesario, como verdadero motor de la cultura en su unidad; «Este ideal—dice Augusto Messer, citando a Windelband, respecto al ideal de la humanidad del siglo XVIII—no se nos ofrece ya en la vaga unidad del cosmopolitismo progresista, sino en la más vigorosa heterogeneidad de las culturas nacionales, particulares; y si bien esperamos que el juego contradictorio de las fuerzas nacionales, puestas en acción por el siglo XIX, transforme las groseras rivalidades en modos de relación más elevados, no por eso han de desaparecer estas formas culturales diferenciadas de los distintos pueblos, sino que han de subsistir, como los individuos, con los mismos deberes, y por lo tanto, con los mismos derechos». El nacionalismo, además, no ha de ser necesariamente agresivo, ni el pacifismo ha de ser necesariamente cosmopolita. El verdadero nacionalismo tiende a la paz por el respeto a la libertad de todos los pueblos; el verdadero pacifismo se funda en esta libertad. Precisamente, en estos principios se funda la Sociedad de Naciones, única institución internacional que existe como viable. Lo que se debe combatir es el cosmopolitismo cultural esterilizante y el imperialismo que no respeta las libertades ni las diferencias nacionales.

De modo que, hay que distinguir el uso del abuso. La enseñanza de la historia puede y debe cultivar el sentimiento nacional, de acuerdo con el fin general de la educación; no debe cultivar los odios nacionales ni las tendencias imperialistas. Debe mostrar que la nación es un *órgano de cultura* para servicio del género humano; debe mostrar que el Estado es un *órgano de derecho*, para la convivencia interior y exterior.

Por último, hay que guardarse de considerar la educación cívica como el fin *exclusivo* de la enseñanza de la historia.

La selección y la graduación de la materia

1. Los problemas prácticos de la enseñanza de la historia. —Después de haber examinado la evolución de la enseñanza de la historia, hemos visto cual es su fin, es decir: *para qué* se enseña la historia. Podemos decir que este es el problema *teórico* de la enseñanza de la historia, pero ahora visto que hay que enseñarla, es necesario ver el modo de hacerlo, y esto nos presenta los problemas *prácticos*, que podemos reducir a tres fundamentales:

1.º El *qué*, o sea, de la enorme multitud de hechos históricos, cuales son los que deben escogerse para enseñarlos: problema de la *selección* de la materia histórica.

2.º El *cuando*, o sea, en que momento de la vida del niño debe comenzar la enseñanza de la historia, y cual ha de ser la distribución de la materia histórica según la edad y desarrollo intelectual de los escolares: problema de la *graduación* de la enseñanza.

3.º El *como*, o sea la manera de enseñar la historia, lo cual envuelve a su vez dos cuestiones: como se ha de disponer la materia: problema de la *ordenación*; —y como se ha de enseñar: problema del *método*.

Los iremos tratando en el orden indicado.

2 Selección de la materia —Dada la importancia de la historia en la formación de la cultura, su enseñanza, teóricamente, debería principiar desde el primer grado escolar. Ahora bien, como no se puede enseñar toda la historia en todos los grados, como aún un especialista no puede abarcar toda la historia, el primer problema que se nos presenta, es el de la selección de los conocimientos, esto es: de la inmensidad de conocimientos que constituyen el contenido de la historia ¿cuales son los que deben ser enseñados, especialmente en la escuela primaria? ¿Cuales son los que forman parte de lo que llamamos cultura general, o sea la suma de conocimientos que consideramos indispensables? ¿Cuales son los que han de contribuir al fin educativo de la historia? ¿Cuales debemos escoger y cuales debemos dejar para los especialistas?

Ahora bien, para seleccionar la materia histórica que ha de ser enseñada, tenemos que seguir un triple criterio, tenemos que partir de tres puntos de vista diferentes, a saber:

1.º Atendiendo al concepto histórico, o sea a la significación histórica de los hechos.

2.º Atendiendo a los fines especiales que se propone la enseñanza de la historia.

3.º Atendiendo al grado de desarrollo intelectual de los alumnos a quienes ha de ser expuesta.

3 Selección de la materia por el concepto histórico.—En primer lugar, hay que atender a la significación histórica de los hechos.

Según esto, tenemos que la historia estudia fundamentalmente lo social, estudia al hombre en cuanto vive en sociedad y en cuanto produce o crea cultura (arte, ciencia, religión, moral, organización, trabajo, costumbres). Solamente por lo tanto merecen ser estudiados aquellos que *influyen* en cualquiera de estas manifestaciones de la vida social y de la cultura humana, o que *revelan* su estado en una época o en un pueblo. A los primeros (los que influyen) llamamos hechos *importantes*; a los segundos (los que revelan) llamamos hechos *característicos*.

En general puede decirse que el criterio de la influencia histórica se aplica principalmente a los hechos *únicos* (una batalla, la aparición o la muerte de un personaje, una invasión, una rebelión, etc.), y el de revelar un estado social o cultural, o los hechos *repetidos* (una costumbre, una institución política o jurídica, una religión, una lengua, un estilo artístico o literario). Es decir que en general, entre los hechos únicos deben escogerse los importantes, y entre los repetidos, los característicos.

También hay que fijarse en que no todos los hechos influyen en la misma medida, no todos tienen igual importancia, sino que cuanto más amplia y general y cuanto más duradera haya sido su influencia, más importancia tienen. Del mismo modo, no todos los hechos son igualmente reveladores, igualmente característicos. Hay entre los hechos característicos algunos que tienen un relieve especial, que resumen y manifiestan lo que hemos llamado el *sentido* de una cultura: llamamos a estos hechos *simbólicos*, por que son como símbolos, esto es, representación plástica de valores espirituales.

Estos criterios se aplican lo mismo a los hechos propiamente dichos (acontecimientos) que a las cosas y a los personajes.

Hay, por lo tanto, una jerarquía entre los hechos por su importancia, por su significación, por su simbolismo. Pero no siempre es fácil colocarlos en ella. Esto depende mucho del criterio individual o de escuela, del historiador y del maestro. Unos darán más importancia a unos hechos, otros se la darán a otros. Esto no es malo: la variedad de opiniones es la que da movimiento y vida a la ciencia. En la educación, tenemos que, si bien la variedad de opiniones es inevitable, hay siempre un número sufi-

ciente de hechos acerca de cuyo interés todos están conformes y que vienen a ser aquellos en que se tiene que fundar la cultura histórica primaria.

Aquí se presenta también la cuestión de si se ha de enseñar la historia *externa* o política, o solamente la *interna* o de la cultura, y si ambas, a cual de las dos se ha de dar la preferencia. Como hemos indicado repetidas veces, ni se puede ni se debe establecer esta distinción, la cual es artificial y falsa; establece un corte ficticio en la unidad de la historia, por lo cual, los niños no deben ni aún oír hablar de ella. Los hechos meramente políticos deben tener la misma extensión en principio que los hechos de otro orden.

4. Selección de la materia por el fin.—Entre los hechos que tienen importancia histórica ¿cuales son los que responden a los fines de la enseñanza primaria y secundaria? He aquí la segunda cuestión.

Siendo el fin de la enseñanza primaria y secundaria la formación de la cultura general básica (humanística), se presentan las consideraciones siguientes: 1.º Que, en rigor, no podemos dejar de lado la historia de ningún pueblo, es decir, que tenemos que enseñar lo que llaman *historia universal*. La limitación del tiempo hará que no se le pueda dar gran extensión; pero en todo caso no podemos prescindir de algunos elementos como son: a) los hechos que interesan a muchos pueblos, especialmente a los del grupo a que el nuestro pertenece, como las grandes emigraciones de los pueblos antiguos, los descubrimientos geográficos, los grandes inventos, los grandes movimientos religiosos o de ideas, como el cristianismo y el islamismo, etc.—b) la historia de los pueblos que han tenido una cultura poderosa, por alejados que estén de nosotros, como la India y la China.—c) la de los pueblos cuya cultura ha influido en la nuestra, como Grecia y Roma, o la del grupo de pueblos a que el nuestro pertenece, en nuestro caso, la Europa Occidental.

2.º Que a pesar de esto, como nosotros hemos de formar en los jóvenes la cultura general y humana, tal como la entiende y como es aplicable al pueblo a que pertenecemos y en él que ellos han de vivir, hay que dar preferencia a la *historia nacional*, en la cual hemos de profundizar y detallar más, y que nos ha de servir de ejemplo y de término de comparación para explicar la de otros pueblos, la cual en lo posible, se ha de exponer en relación con la nacional.

3.º Que como nosotros educamos, no para el pasado, sino para el presente y para el porvenir, debemos también dar cierta preferencia a aquellos hechos históricos que sirvan para explicar el estado actual de la sociedad y de las distintas manifestaciones culturales. Debemos dar la historia como una introducción a la

vida, como la tradición que guía. De aquí que no se deba prescindir de la llamada *historia contemporánea*.

Por último, además de estas normas generales, es preciso, en detalle, tener en cuenta el valor educativo de la historia.

5. Selección de la materia por el grado de desarrollo intelectual de los alumnos.—Es claro que de los hechos escogidos conforme a los dos criterios expuestos, todavía habrá que seleccionar aquellos que se acomoden a la comprensión de los discípulos en cada grado de la enseñanza. Efectivamente, no se debe enseñarles hechos que no puedan comprender, o de los que puedan formar una idea falsa. Habrá muchos conceptos de historia religiosa, de organización política y social, de movimientos de ideas, que los niños de la escuela no puedan comprender claramente, y de los que habrá que prescindir hasta que sus espíritus estén preparados para recibirlos. Habrá que escoger, en los primeros grados, aquellos que más relación tengan con el interés o la curiosidad del niño y que mejor puedan ser sugeridos por la intuición sensible, (relatos legendarios y pintorescos, costumbres, imágenes, armamento, indumentaria, arquitectura, etc.)

Bien se vé que el criterio ha de ser distinto en la enseñanza primaria y en la secundaria, y dentro de cada una, en los distintos grados. Y se debe tener en cuenta que es preferible en cada uno, presentar un esbozo completo, una visión de conjunto que en los sucesivos se vaya ampliando, rellenando, aclarando, y explicando lo que quedó inexplicado.

Esto se relaciona y depende, naturalmente del problema de la graduación de la enseñanza de la historia.

Resumiendo ahora lo expuesto acerca de la selección de los conocimientos, diremos que se debe enseñar,

1.º La historia nacional.

2.º De la historia universal, en la cultura primaria, a) los hechos que influyen en la cultura nacional.—b) la de los pueblos de nuestro grupo cultural.—c) los hechos de importancia universal o muy extensa.—d) la historia de los pueblos de alta cultura. Por este orden de preferencia y de intensidad.

3.º En cada caso, los hechos importantes, los hechos característicos, los hechos simbólicos.

4.º En cada grado, aquellos hechos que puedan ser bien comprendidos y asimilados.

Como condiciones generales de la enseñanza, esta debe ir mostrando poco a poco, lo *diferencial* de cada pueblo, de cada época, de cada cultura; la *solidaridad* orgánica entre las distintas manifestaciones culturales dentro de cada pueblo y de cada tiempo; la *relatividad* de los conceptos de cultura y de civilización; la *espiritualidad* que se revela en las creaciones culturales.

5. La graduación de la materia histórica.—La graduación de la enseñanza ha existido, prácticamente, siempre. Aún la enseñanza primaria, si bien de un modo empírico, ha sido siempre graduada por exigencia inexcusable de la práctica pedagógica; la edad y el desarrollo intelectual de los niños la impone. La graduación organizada y científica, es cosa de la pedagogía moderna, y ha sido universalmente aceptada, al menos como ideal.

La graduación afecta no solamente a la organización escolar, sino a la metodología, en dos aspectos: en el de los *procedimientos* de enseñanza y en el de la *distribución* (selección y ordenación) de la materia. Cada grado, cada edad, necesita métodos distintos y no en todas se pueden enseñar las mismas materias, ni la misma materia con la misma intensidad.

Nos vamos a ocupar ahora de la distribución de la materia histórica en los distintos grados de la enseñanza primaria, no partiendo de un sistema de graduación dado, sino como distribución racional de la enseñanza de la historia.

Este problema se relaciona con el de la *ordenación* de la materia, que se trata en el capítulo siguiente, y con el del *paralelismo* entre las formas históricas y su enseñanza, que también examinaremos.

La primera cuestión que se nos presenta es la de cuando debe comenza la enseñanza de la historia.

6. Cuando ha de comenzar la enseñanza de la historia.—En principio, todos los autores están conformes en que la enseñanza de la historia debe comenzar desde los primeros años. Sin embargo, no deja de haber contradictores. Los más se fundan en que los niños en los primeros años no pueden comprender la historia. Este argumento no tiene valor: no pueden comprender *todo* el contenido de la historia, pero hay en esta muchas cosas que comprenden muy bien. Es asunto de selección, de escoger lo que puede ser enseñado.

El pedagogo suizo Claperède indica que la época en que debe comenzar la enseñanza de la historia propiamente dicha, es la de la pubertad, que es cuando se desarrollan en el niño los intereses sociales. Pero los conocimientos propiamente históricos, de historia social, requieren una preparación anterior. Todo nuevo conocimiento necesita una base asociativa con la que venga a coordinarse; si no se enlaza con conocimientos anteriores, no puede ser aprendido ni asimilado. Herbart llamaba a esa base asociativa, *los elementos aperceptivos*. Hay, pues, que preparar a la historia social esta base: hay que darle conocimientos históricos anteriores en que se asiente y con los que se asocie, de modo que no se presente como una súbita sorpresa que viene a conmover todo el sistema de ideas asimiladas.

Además, y aparte de que la opinión de Claperède es discuti-

ble, el niño manifiesta desde muy pronto el sentido histórico. Todos han observado la afición de los niños a escuchar relatos. Cossío insiste en que el vivo interés que el niño tiene (aun antes de saber hablar) por *lo que ha pasado* y por su *narración* y el placer tan intenso que encuentra en el *cuento*, indican cuán íntimo le es el sentido histórico y la necesidad de cultivárselo desde muy temprano. El ayer y el hoy—continúa—la sucesión, el cambio y la unión con el pasado, son elementos primordiales en la vida de representación del niño». Por lo tanto, venimos a parar en que la enseñanza histórica puede y debe comenzar desde el primer grado escolar. La dificultad está solamente en *graduar la materia*.

7 La cuestión del paralelismo entre las formas históricas y su enseñanza.—El paralelismo entre las formas históricas y su enseñanza, es un sistema especial de ordenación y graduación de la materia histórica preconizado principalmente por el alemán Ziller. Como hemos visto en el cap. XVII, Ziller se funda en que el desenvolvimiento intelectual del niño reproduce, guarda *paralelismo* con el desenvolvimiento intelectual de la humanidad. Es como si hiciéramos una aplicación de la famosa *ley biogenética* de Haeckel, según la cual: «la ontogenia es como el logaritmo de la filogenia», esto es que cada individuo de una especie reproduce en su desarrollo, en forma abreviada, las etapas fundamentales del desarrollo de la especie. Según esto, el hombre, en las distintas edades de su vida, hasta llegar a la edad adulta, se iría pareciendo a los hombres de las sucesivas épocas históricas, y el niño, por lo tanto, en los primeros años, sería una especie de hombre primitivo y así sucesivamente. Así, en cada edad, debería el niño estudiar la edad histórica correspondiente.

La idea de Ziller es a pesar de todo, más racional. No hay duda de que el niño posee una mentalidad mítica, semejante en ciertos aspectos a la de los primitivos, por lo cual, comienza la enseñanza de la historia por la narración de cuentos y leyendas, Ziller, además, acepta la teoría de los tres períodos y dispone según ellos la enseñanza de la historia.

Pero el paralelismo puede aún ser aplicado desde otros puntos de vista. Se puede hacer, como indica Cossío, que la instrucción histórica siga por los mismos caminos que la humanidad espontáneamente, y el historiador en forma reflexiva, han construido la historia: acudiendo a las fuentes directas y atendiendo primero y durante un largo tiempo solamente al acopio de materiales. Ya se ha visto en el cap. XVIII que algo semejante se practica en las llamadas escuelas nuevas.

Se puede también incluso, y ello acaso es importante, reproducir en la enseñanza los conceptos distintos que los hombres han tenido de la historia en épocas sucesivas. Según esto, puede haber un período de tradición oral legendaria, un período de tra-

dición histórica, un período de historia crítica, un período de historia filosófica. En el primero predominarían los relatos histórico-legendarios, en el segundo las biografías y las lecturas, en el tercero la actividad investigadora de los niños, en el cuarto la comparación y la reflexión.

Ahora bien, ninguno de estos puntos de vista puede ser aceptado de un modo exclusivo. Pero el tomarlos en cuenta es necesario para una graduación racional de la materia histórica.

8. Distribución gradual de la historia.—Según acabamos de ver, podemos determinar en el desenvolvimiento de la mentalidad del niño ciertos períodos en cierto modo paralelos a los del desenvolvimiento de la mentalidad de un pueblo y aún de toda la especie humana. Por otra parte, podemos notar los mismos grados en el desenvolvimiento del interés, que va de lo próximo a lo remoto, y que también guarda cierto paralelismo con el de los pueblos (en estado precultural, un pueblo no se interesa más que por su propia vida; luego se interesa por los pueblos próximos o de cultura semejante, en las épocas cultas; el interés por todos los pueblos—por la historia universal—es propio de las épocas de civilización). Y como quiera que, según en el capítulo siguiente veremos, el orden que mejor responde al natural de la formación de los conocimientos en el hombre, es el orden cíclico, de aquí que la historia deba repetirse en nueva forma en cada período o grado de la enseñanza.

Fundado en todas estas consideraciones, puede proponerse el siguiente sistema de graduación:

1.^a etapa o grado: *Período mítico*. Predominio de la historia local. Exposición de la historia por medio de leyendas, tradiciones, recuerdos de usos y costumbres del país, biografías de personajes conocidos en él, recuerdos personales y familiares de los niños, historia sagrada. Ni orden sistemático, ni hilación cronológica precisos.

2.^a etapa o grado: *Período narrativo*. Predominio de la historia regional y sistematización de la local. Tradiciones, usos y costumbres, biografías, sucesos importantes, descripción de monumentos, viajes. Lecturas históricas o literarias de valor histórico. Hilación cronológica y cuadros de cultura.

3.^a etapa o grado: *Período crítico*. Predominio de la historia nacional y sistematización de las anteriores. Lecturas y manejo de las fuentes. Investigación personal por los niños con predominio de la heurística. Hilación cronológica y cuadros de cultura más especializados. Comparaciones y relaciones.

4.^a etapa o grado: *Período sistemático*. Predominio de la historia universal y relación con las otras dos. Investigación personal de los niños con predominio de la crítica y de la construcción. Cuadros sincrónicos y de cultura. Sistematización.

XXI

La ordenación y los medios auxiliares

1. **La ordenación de la materia histórica.**—Hemos dicho que de los problemas prácticos de la enseñanza de la historia, el primero es el de la selección de los conocimientos, el segundo el de su graduación y el tercero el que comprende la ordenación y el método. Vamos a tratar ahora el de la *ordenación*.

Este tema está íntimamente relacionado y depende en gran parte del de la graduación. Se refiere a la *manera de ordenar* los hechos históricos en la enseñanza.

Han sido defendidos, desde distintos puntos de vista, varios sistemas de ordenación de los hechos históricos: el orden *progresivo*, el orden *regresivo*, el orden *retrospectivo*, el orden *cíclico*, el orden *concéntrico*.

Examinaremos cada uno de ellos separadamente.

2. **El orden progresivo.**—Consiste éste, en exponer los hechos según el orden real cronológico en que ocurrieron, es decir, empezando por los más antiguos y concluyendo por los más modernos.

Es naturalmente el primero que se ocurre seguir, por ser el natural de toda narración. Sus ventajas claramente se notan: expone los hechos tal como han ocurrido, en su verdadero orden, y muestra la evolución histórica en su realidad. Si una de las finalidades principales de la enseñanza de la historia es darnos la idea de la evolución, del desenvolvimiento de las sociedades y de las culturas, no hay que dudar que este es el orden que se debe seguir.

Sin embargo ha sido combatido, fundándose en que la enseñanza debe partir de lo próximo y más conocido, para por medio de ello explicar lo remoto y menos conocido, y empleando este orden, partimos, al contrario de lo más lejano y menos fácil. Dicen que la vida de los pueblos antiguos es la menos comprensible para los niños, y por lo tanto no se debe comenzar por ellos. Aún refiriéndose a la enseñanza de la historia en las Normales españolas, dicen algunos que es un error poner la Edad Antigua en el primer curso, pues los alumnos no están preparados para entenderla.

Estos argumentos, aunque tienen algún valor, no son suficientes para hacernos deshechar el orden progresivo que es el verdadero de la historia. En efecto, los que los aducen se fijan solamente en la dificultad que pueden tener los niños en comprender

lo más lejano antes que lo más próximo; pero olvidan el *interés* del niño por lo remoto y extraño, que la vida de los pueblos antiguos habla acaso mejor a su imaginación y que la psiquis del niño es imaginativa antes de ser discursiva y observadora. Además, la manera de realizar la enseñanza, el empleo del método comparativo, y una graduación cíclica, pueden obviar todos los inconvenientes del orden progresivo.

3. El orden regresivo.—Consiste, contrariamente al anterior, en estudiar los hechos en un orden inverso al cronológico, es decir, comenzando por los más modernos para concluir por los más antiguos. Según esto, se ha de empezar por la historia contemporánea, y dentro de esta, por lo más reciente.

Se funda en los argumentos expuestos en el párrafo anterior contra el orden progresivo. Dicen que es el presente el que nos enseña a comprender el pasado, y no al contrario; que los niños comprenden mejor la época actual, en que están viviendo, y el pasado más próximo que vive en la memoria de las gentes, y del cual han oído hablar en sus casas, y sobre esta base se ha de edificar el conocimiento histórico. Este argumento está bien fundado; no hay duda de que casi todos los niños han oído hablar a sus mayores de las guerras de Marruecos y de Cuba, y aún de los carlistas y franceses, de los últimos inventos y transformaciones industriales, de política, etc. Esto nos da una utilísima *base comparativa* para establecer el conocimiento histórico; pero no es suficiente para hacernos aceptar el orden regresivo.

Dicen además que este orden reproduce el que naturalmente sigue el hombre en la creación de la ciencia histórica: efectivamente, el hombre comienza por conocer lo actual, y después es cuando va descubriendo las épocas anteriores. Esto es verdad hasta cierto punto; es cierto que el hombre comienza por conocer lo actual y que la historia últimamente establecida fué la de los pueblos antiguos de Oriente, y más recientemente aún, la prehistoria; pero no es cierto que se tuviera que seguir necesariamente este orden, y de hecho, la historia de la antigüedad clásica fué científicamente conocida antes que la de la Edad Media.

El principal inconveniente del orden regresivo es que rompe la continuidad de la historia, invirtiéndola, y destruye la verdadera imagen de la evolución.

4. El orden retrospectivo.—Consiste en escoger las épocas más característicamente definidas del desenvolvimiento cultural y social de un pueblo o de un conjunto de pueblos (épocas de pleno desarrollo de un conjunto de formas, épocas de crisis o de transición) y detenerse en ellas para estudiar el estado social y cultural en cada una de ellas. Después se hace la comparación de cada una

con la anterior, para establecer los cambios ocurridos. El orden de estudio de las épocas puede ser progresivo o regresivo.

La ventaja de este orden es la de poder hacer el estudio completo de la cultura de una época, el cual solo deteniéndose en ella se puede realizar, ya que se le puede aplicar un orden sistemático, y dedicarle tiempo suficiente, si se prescinde de la narración seguida.

El inconveniente está en que estudia los estados culturales como algo estático y parado, cuando la imagen histórica nos debe mostrar el desarrollo, el cambio, la evolución.

En muchos libros de texto se suele emplear este orden para la exposición de la historia interna o de la civilización, mientras la historia externa o política se expone por el orden progresivo. Otros libros hay que se acomodan más bien al orden retrospectivo, aún en la historia política, como algunos textos franceses (los de Lavissee, Seignobos, Malet e Isaacs, etc.)

5. El orden cíclico.—Acomodado este orden a la enseñanza graduada de la historia, repite en cada curso o grado, toda la historia, del principio al fin. El programa de cada grado repite, amplía, completa e intensifica el del anterior. Cada grado es un *ciclo* completo, y dentro de él, se puede seguir el orden progresivo, el regresivo o el retrospectivo, o combinarlos.

Las ventajas de este orden son manifiestas a todo el que conozca la didáctica pedagógica, y se observarán claramente con solo recordar lo expuesto en el capítulo anterior: responde además mejor que ningún otro al orden natural de formación de la cultura, de adquisición de conocimientos por el hombre. En efecto, esta procede siempre por desenvolvimiento y amplificación de conocimientos anteriores, clasificando, ampliando, completando la imagen del mundo al ligar, al conexionar lo nuevamente averiguado con lo ya conocido.

Contra estas ventajas, no hay inconveniente serio que oponer. Esta es la causa de que el orden cíclico sea hoy universalmente admitido en teoría, si bien pocas veces racionalmente practicado.

6. El orden concéntrico.—Consiste (como ya hemos indicado) en agrupar los conocimientos alrededor de un núcleo que sirve de centro, dándose todas las enseñanzas como desenvolvimiento, comentario y explicación de aquella, procediendo por círculos concéntricos cada vez más amplios, pero siendo siempre el mismo centro el dominante.

Si bien observamos, este sistema es muy antiguo: todos los pueblos donde la enseñanza es predominantemente religiosa, lo han practicado; la enseñanza musulmana tiene por núcleo de con-

concentración el Korán, que sirve de libro de lectura y de texto fundamental de todas las materias; gramática, retórica, aritmética, cosmología, historia, todo se enseña en el Korán o comentando y explicando el Korán. Igualmente la enseñanza brahmánica se funda en los Vedas, la de los druidas se fundaba en las Triadas bárdicas, etc. Algo de esto pretendía en la escuela primaria el pedagogo Jacotot. Aún hay más: toda la literatura de esos pueblos es desenvolvimiento y comentario de los libros sagrados, como gran parte de la literatura europea lo es de la Biblia y de los clásicos griegos y latinos. Así pues, el concentrismo tiene también a su favor la tradición.

El principio de la concentración puede ser aplicado a la enseñanza de la historia de varias maneras:

1.^a Se pueden agrupar los conocimientos históricos tomando como núcleo una de las *manifestaciones culturales* (el arte, como indica Cossío; la cultura material como practica Cousinet, etc.) En realidad esto es tomar como centro una de las que llamamos *historias especiales*; pero es que toda la historia puede ser estudiada estudiando historia del arte o historia económica, dada la solidaridad que existe entre todas las manifestaciones de la cultura. Como indica Cossío, el arte, que se conoce por la intuición sensible y habla directamente a la fantasía, es el mejor núcleo de concentración, porque además es el que mejor puede enseñar a interpretar el *lenguaje de las formas*, nervio de la historia, pues las formas son las que hacen sensibles las ideas, y como dice el mismo Cossío nos muestra que todo proceso de perfeccionamiento consiste en encontrar formas adecuadas a las ideas.

2.^a Se puede desarrollar también concéntricamente la historia, comenzando por la historia *local* y siguiendo con la de la *comarca*, la *región*, la *nación* y terminando por la *universal*. Es la mejor manera de ir pasando de lo próximo a lo remoto, siendo esto lo que se aconseja también para la enseñanza de la geografía, y según ello está concebido el plan de la geografía en nuestras normales. El partir de la historia local tiene la ventaja de responder mejor al interés de los niños, la de tener mayor enlace con conocimientos que estos poseen, y la de ofrecer al alcance más vestigios históricos auténticos. Esto aparte de lo que se relaciona con el desenvolvimiento de los sentimientos sociales, de comunidad y solidaridad. Además de ser el orden natural del conocer.

3.^a Se puede, por último, combinar ambos procedimientos lo cual es todavía más perfecto y ventajoso.

El orden concéntrico puede combinarse además con el cíclico en varias formas. Una combinación acertada de los sistemas cíclico, concéntrico y paralelístico es la forma más perfecta de enseñanza de la historia.

7 En que ha de basarse la enseñanza de la historia.— Hemos pasado revista en esta parte, a varios problemas que nos plantea la enseñanza de la historia: el de la *selección*, el de la *graduación* y el de la *ordenación* de los conocimientos. Vamos a ver ahora otro, intimamente relacionado con aquellos, y que es preliminar necesario al del método. Se trata de saber en que conocimientos anteriores se ha de basar la enseñanza de la historia, que elementos de los que existen en el espíritu del niño cuando entra en la escuela, han de ser aprovechados para edificar sobre ellos el conocimiento histórico.

Efectivamente: en el capítulo anterior hemos estudiado cuando ha de comenzar la enseñanza de la historia, y hemos dicho allí, que todo nuevo conocimiento necesita una base asociativa, un núcleo con el que el nuevo conocimiento venga a enlazarse, es decir, necesita elementos aperceptivos.

Ahora bien: el niño, cuando llega a la escuela, su estado no es de completa ignorancia, su cerebro no está vacío, *tanquam tabula rasa*. Ni mucho menos: el niño, cuando llega a la escuela, *sabe* ya muchas cosas; posee un núcleo de conocimientos muy importante, posee los rudimentos de una ciencia y de una concepción del mundo, de carácter tradicional, que no viene a ser otra cosa que esa suerte de ciencia de los analfabetos a la que llamamos saber popular o *folk-lore*. La escuela, atenta solamente por lo general, a la guerra contra el analfabetismo, desprecia y aún tiende a destruir esa ciencia del vulgo, que el sabio recoge y estudia con amoroso cuidado, como un tesoro del ayer. Pero el despreciarla y destruirla es un gran error.

Modernamente, el pedagogo italiano Gentile se fijó en esto, y dijo con razón que sobre ese conocimiento vulgar es sobre el que debe fundarse la labor de la escuela. La enseñanza debe perfeccionar y no destruir esos conocimientos, pues en realidad, la ciencia no es otra cosa que un desenvolvimiento del conocimiento vulgar. La escuela no se ha de proponer llenar los espíritus de saber libresco, sino ensanchar y profundizar el núcleo de cultura del pueblo. Por eso, en la reforma escolar italiana llamada «reforma Gentile», los programas se inspiran en gran parte en el *folk-lore* regional.

He aquí, pues, la base asociativa de la enseñanza de la historia: leyendas y tradiciones populares, cuentos y cantos del pueblo, artes decorativas e industriales del país, métodos de trabajo, de construcción, fiestas y costumbres, todo lo que el niño sabe acerca de su pueblo, de su casa, de su familia, de sus conocidos, de los personajes que se destacan en el país, de acontecimientos ocurridos en él, todo el complejo de cultura que el niño trae a la escuela. Lo primero será, pues, avivar estos recuerdos, ordenarlos, relacionarlos, para que constituyan la primera imagen de la historia, que sucesivamente se ha de ir haciendo más clara, más

amplia y más completa, y ha de servir de término de comparación explicativa para el conocimiento de otros pueblos y otras épocas.

8. Los medios instrumentales de la enseñanza de la historia.—La historia, como toda otra ciencia, es un sistema de representaciones, de ideas, de recuerdos; vive en el espíritu. La labor de enseñarla y la labor de aprenderla, son un proceso espiritual, mental. Pero esta labor necesita una serie de medios instrumentales, auxiliares, muchos de los cuales son de naturaleza material. Al estudiar la investigación histórica, hemos visto cuales son estos medios; les hemos llamado: las *fuentes de la historia*. Pues del mismo modo, la enseñanza precisa de esos medios. Es preciso saber, en efecto, *en donde* se ha de estudiar la historia. De aquí la cuestión del *libro* y del *material de enseñanza*.

¿En donde se ha de estudiar la historia? La respuesta a esta pregunta no puede ser otra que la dada al tratar de la investigación: *en las fuentes*. Sean fuentes primarias o directas, sean fuentes de segunda mano, la historia no se puede estudiar más que en ellas. El maestro no puede tener a su alcance todas las fuentes directas; no hay tiempo tampoco para examinarlas, y muchas de ellas ofrecen para los niños dificultades de interpretación. Habrá que acudir, pues, en la mayor parte de los casos, a fuentes de segunda mano; sin embargo, hoy se aconseja que siempre que se pueda, se acuda a las fuentes directas.

Así como hemos dividido, al tratar de la investigación, las fuentes históricas en *tradicionales*, *monumentales* y *escritas*, podemos aquí conservar la misma división: a las tradicionales corresponderán los recuerdos de los niños, la explicación del maestro y la conversación; a las monumentales, el material de enseñanza, y a las escritas, los libros. Dejando la primera sección para cuando estudiemos los métodos, trataremos ahora de las otras dos.

9. El libro en la enseñanza de la historia.—Dos clases de libros se pueden emplear en la enseñanza de la historia: las *fuentes narrativas* directas y los *tratados doctrinales*. El leer y estudiar todas las fuentes narrativas de un país o de un período, solo pueden realizarlo los especialistas. De aquí que para la enseñanza se empleen obras doctrinales muy breves y resumidas, a los que suele llamarse *libros de texto*. Durante mucho tiempo, la enseñanza de la historia consistió, y consiste aún en muchas partes, en hacer aprender de memoria un libro de texto. No es preciso que digamos que saber un libro no es saber historia. Esto es hoy universalmente reconocido, por lo cual, la tendencia es más bien a prescindir del libro de texto. Ninguna clase de libros ha sido tan combatida como esta, y en gran parte, con razón.

Sin embargo, en ciertos grados de la enseñanza, es necesar-

rio un libro *guía*. En primer lugar, el libro es necesario. Aunque se quiera combatir la cultura libresca y alejar el libro de los niños, siempre nos encontraremos con que la ciencia se encuentra en los libros, y en ellos hay que ir a buscarla, y por lo tanto, más tarde o más temprano, los niños han de tener que leer y manejar libros, por lo cual, es necesario que desde la escuela se familiaricen con ellos y aprendan a servirse del más poderoso instrumento de cultura. Esto no quiere decir que se hayan de sujetar a un libro, sino al contrario, que sepan orientarse y manejar muchos. Y tampoco sujetarse a los libros exclusivamente, sino comprender la relación de los libros con la vida: los libros son interpretaciones de esta.

El libro de texto es, desde cierto grado necesario, porque la enseñanza de la historia no puede ser solamente oral, ni solamente conversación y evocación de recuerdos, ni solamente intuición sensible; es preciso recordar, es preciso leer, es preciso tener un guía más detallado que un programa, al que se pueda acudir, un esquema que el trabajo de clase amplíe. Éste es el papel que debe desempeñar el libro de texto. Ha de ser un guía y una *ayuda* para la memoria.

Las condiciones de un libro de texto se deducen claramente de lo dicho: ha de ser un *resumen* claro y sucinto de hechos; ha de acomodarse a los más sólidos y más recientes resultados de la investigación; ha de desarrollar el programa del grado o etapa en que se hallen los alumnos que lo han de utilizar; ha de estar escrito en forma clara y asequible.

Ahora bien, el libro de texto no ha de ser el libro único que los niños manejen. Al lado de él, debe existir el libro *de lectura*. Es decir un libro que llene los vacíos de la labor escolar y en el que se presente la historia viva, como no puede presentarse en los libros doctrinales. Hay varios tipos de lecturas históricas: a) libros originales en los que un escritor profundamente documentado en el asunto presenta la historia en cuadros vivientes, con detalles y con interés. Pueden estos libros revestir variadas formas: biografías, viajes, cuadros y escenas, descripciones, narraciones de episodios, etc.—b) trozos escogidos de historiadores modernos que han escrito sobre diversas épocas, ya literalmente transcritos, ya modificados.—c) trozos escogidos de fuentes narrativas o documentales contemporáneas de los hechos. Los tres tipos pueden ser empleados a un tiempo, o mejor, en forma graduada, comenzando por el primero. Sin embargo, nunca debe prescindirse de las fuentes narrativas, muchas veces más comprensibles para los niños que los autores modernos. La tendencia actual se inclina a las fuentes originales.

Aún así, no debe ser este el único libro de lectura* de los niños, en lo referente al estudio de la historia: los niños deben acudir además a las fuentes directas no recogidas en el libro de lectura, siempre que sea preciso, y mucho más, cuando hayan de investigar por sí mismos, como hoy se hace en las escuelas nue-

vas. Nada puede crear en ellos el sentido histórico como el contacto directo con las fuentes de las diferentes épocas.

Por último, otras muchas lecturas de otra índole pueden prestar auxilio eficaz a la enseñanza de la historia.

10 El material de enseñanza.—Comprende las que, al tratar de la investigación, hemos llamado *monumentos o fuentes figuradas*. Ahora bien, en la escuela difícil será tener a mano muchas fuentes de esta clase; de aquí que haya que acudir a *representaciones* de las mismas.

Los monumentos arquitectónicos existentes en la localidad o a corta distancia, deben visitarse, como también los museos y colecciones particulares, las archivos y las bibliotecas. Algunos objetos históricos (objetos arqueológicos, documentos, etc.) puede también poseer el Museo escolar. Se aconseja que estos objetos, si es posible, sean proporcionados por los mismos niños, como estímulo poderoso del interés.

Las representaciones pueden ser de muchas clases: *mapas*, indispensables para la localización de los hechos; *fotografías* de lugares, monumentos, material arqueológico, obras de arte, personajes, trajes, costumbres; *láminas* con reproducción de los mismos objetos, en dibujo o en color; *vaciados* de obras escultóricas o de objetos arqueológicos; *modelos* de monumentos; *diapositivas* para el aparato de proyecciones y *películas* para el de cinematógrafo. Es útil que todo esto sea proporcionado y pudiendo ser, elaborado por los mismos niños.

En todo caso, las reproducciones deben ser, siempre que sea posible, de monumentos y objetos *reales* y existentes, no de tipos ideales o de fantasía. Solo pueden tolerarse las reconstrucciones hipotéticas de monumentos desaparecidos.

La importancia del material de enseñanza se comprende fácilmente: ningún discurso puede sustituir de ningún modo a la vista de los objetos o de sus representaciones.

XXII

Los métodos de enseñanza

I. Los métodos y su división.—Hemos dicho ya que la palabra *método* significa camino, y que en lógica y en pedagogía, indica el camino que sigue el entendimiento para la adquisición del saber. Hemos dividido también los métodos, en métodos de *investigación* y métodos de *enseñanza*. En la primera parte de este libro nos hemos ocupado de los primeros; en la presente de los segundos. En realidad, cuanto llevamos dicho acerca de la enseñanza de la historia, se refiere al método; selección, ordenación, graduación de los conocimientos, material de enseñanza, todo es objeto de la metodología. Pero ahora vamos a ocuparnos del método en sentido estricto, es decir, de la práctica misma de la lección.

Los que se ocupan de la didáctica pedagógica suelen distinguir los *métodos*, los *procedimientos* y las *formas* de enseñanza. En realidad, procedimientos y formas no son más que desarrollos del método, y muchas veces se llaman métodos también. Se hacen varias divisiones generales del método: *inductivo* y *deductivo*; *analítico* y *sintético*. Como quiera que ambos han de emplearse a la vez, estas divisiones no tienen para nosotros gran importancia.

Más interés tiene la que se hace de métodos o procedimientos *verbales*, *intuitivos* y *activos*. Los primeros se fundan en la palabra y pueden revestir formas puramente expositivas (explicación, narración, descripción) o interrogativas (forma catequística, forma socrática, conversación, discusión) y se pueden realizar en el libro, en la exposición oral del maestro o del alumno, en el dictado, en los ejercicios escritos. Los segundos se fundan en la intuición sensible, consisten principalmente en ver, y se realizan en los paseos, excursiones, visitas a monumentos o museos y en clase mediante el material de enseñanza. Los terceros se fundan en la acción, apelan a la actividad del alumno y son muy variados; ejercicios orales o escritos de descripción de objetos, resumen de explicaciones o de lecturas, relato de recuerdos, de excursiones; dibujos, copia de objetos, de láminas, de mapas; recolección o elaboración de material de enseñanza; trabajos de investigación, de recogida y ordenación de datos, etc.

Distinguen también otros los métodos de *preparación* (preparación del alumno y preparación del maestro) que se realiza antes de la clase; los métodos de *exposición*, o sea de trabajo en clase (oral, escrita, lectura, dibujo, etc), y métodos de *asimilación*.

que suelen ser posteriores a la clase (repetición, mnemotécnica, asociación, resúmenes, esquemas, etc). Los examinaremos también.

2 Métodos de preparación.—La preparación atañe principalmente al maestro. Este tiene que poseer un conocimiento de la historia, naturalmente mucho más profundo, extenso y detallado que el que ha de transmitir a sus discípulos. Debe tener una visión personal del sentido de la historia y de su importancia en la cultura, y por lo tanto de lo que de ella debe enseñar y como. Pero además, como el guía principal de la enseñanza es la curiosidad, el interés de los alumnos, debe poseer una cultura histórica que lo capacite para responder a sus preguntas y resolver sus dudas y sus dificultades.

La preparación general envuelve la elaboración del *programa*, general, o para cada grado. Se combate hoy el empleo de los programas; se dice que la única guía debe ser el interés de los escolares, y que este debe dar la pauta y el orden de la labor docente. Sin embargo, el maestro debe tener una norma general, un índice de cuestiones a tratar (cuestionario, plan). Por eso muchos educadores modernos (por ejemplo, Dewoly) conservan el programa. Claro está que este no debe ser rígido, sino flexible, subordinado a la oportunidad y al interés de los muchachos; en los últimos grados puede ya desarrollarse de un modo más sistemático; El programa puede ordenarse por cualquiera de los cinco tipos de ordenación que hemos estudiado (progresivo, regresivo, retrospectivo, cíclico, concéntrico), según el sistema que se adopte; ya hemos indicado que el mejor es la combinación del cíclico, el concéntrico y el paralelístico.

Además de la preparación general, hay la preparación especial de cada lección por el maestro. Se trata aquí de dos cosas: avivar, *refrescar los recuerdos* por medio de la lectura en las fuentes originales o en los tratados doctrinales, y *disponer el orden del trabajo* en la clase, elaborando un esquema de la lección. Claro está que la labor de clase no siempre es previsible, pues depende en mucho de las oportunidades del momento del camino que tome el interés de los alumnos; pero la preparación debe hacerse siempre, aunque después no se la siga enteramente.

La preparación del alumno puede ser *aprendiendo* determinados datos concretos en el libro de texto, o *leyendo* meditadamente en el de lectura o en otro proporcionado al asunto de la lección, para llevar una base sobre la que el trabajo de clase haya de operar.

3. Métodos de exposición o de trabajo en clase—Son de las tres clase que hemos enumerado: verbales, intuitivos y activos.

Los más corrientemente empleados han sido y son los verbales. Se ha dicho que en la enseñanza de la historia es en la que habla más el maestro y en la que más se usa el libro. No se puede prescindir de estos procedimientos, pero hay que saber usarlos. Distinguiremos la *lección oral*, en que el maestro *expone* un punto cualquiera, *explica* lo leído o lo presentado a los niños (un objeto, un mapa, una lámina), o *resume* lo aportado por ellos; la *narración*, en la que el maestro refiere un cuento, una leyenda, una biografía, un hecho o episodio histórico; la *interrogación*, por medio de la cual el maestro guía la atención de los niños, estimulándoles a observar un objeto o analizar un trozo de lectura, propone problemas sencillos, pide un resumen, comprueba el resultado del trabajo de clase, o evoca los recuerdos de trabajos anteriores.

Otra clase de procedimientos orales son los de *lectura*, que puede ser *individual* o *colectiva* y puede ser o no *comentada*.

En la primera etapa de la enseñanza histórica, predomina la narración. La interrogación se emplea entonces para avivar los recuerdos de los niños, a fin de buscar las relaciones entre lo que se les cuenta y sus experiencias de la vida diaria y de establecer comparaciones. En Alemania se estiman mucho las condiciones de narrador de un buen maestro; la narración ha de ser hecha con viveza y calor de entusiasmo, ha de ser pintoresca y llena de colorido, de manera que hiera la imaginación, acudiendo a comparaciones y asociándola con la presentación de objetos o láminas que ayuden a los niños a representarse las escenas. Nunca, en la enseñanza de la historia, puede abandonarse por completo la forma narrativa, viva y artística.

La lección oral expositiva, ha de ser en los comienzos siempre explicación de algún objeto, y ha de ir acompañada siempre de la interrogación. Su forma debe ser siempre dialogada, o estimulando a los niños a exponer sus propias observaciones. También es preferible que el resumen sea hecho por ellos. La lección oral como *conferencia* o exposición de un punto por el maestro debe ser reservada para los grados superiores, y aún así debe ser empleada solamente cuando la imponga la necesidad. Sus condiciones principales son la *claridad*, la *animación*, la *repetición*, la *haneza* de lenguaje. La repetición del mismo concepto en diversas formas es muy importante.

La lectura colectiva comentada es uno de los más fructuosos procedimientos. Se explicarán las palabras desconocidas, se aclararán los conceptos oscuros, se repetirán en otra forma, se pedirá a los niños la explicación y el resumen de lo leído.

4. Los métodos intuitivos.—Fundados en la intuición sensible, suponen el empleo de abundante material de enseñanza, y la realización de excursiones y visitas a monumentos, museos y colecciones, o lugares históricos. Naturalmente, lo preferible es esto úl-

timo; nada puede ser tan eficaz como ver los objetos mismos, por lo cual debe recomendarse la frecuencia de tales excursiones y visitas.

Pero la mayor parte de las veces, tendrá que reemplazar a los objetos su representación. El principio es que, siempre que sea posible, no se hable de ningún monumento, objeto, escena, personaje, sin mostrar a los niños su imagen sensible. Es más, la lección debe comenzar por la presentación de la imagen o del objeto. Guiados por el maestro, los niños observan el objeto, lo describen, lo comparan con otros, evocan sus recuerdos de otros análogos, etcétera. Entonces se inicia la explicación o narración con el conexionada.

Naturalmente, en presencia del objeto sensible, vuelven a aparecer todos los métodos verbales. En realidad, en la práctica los métodos diversos son inseparables. Los pedagogos separan por abstracción y explican aisladamente unos de otros; en la práctica se dan siempre juntos.

El empleo de la intuición en la enseñanza de la historia es tanto más indispensable, cuanto que el conocimiento histórico es esencialmente interpretación del lenguaje de las formas. Hay que enseñar a leerlo; hay que ir paulatinamente mostrando como la figura de los objetos más sencillos, los mismos útiles del trabajo y de la casa, son signos reveladores del alma de los pueblos. Y como en el arte se revela esta con más claridad, de aquí la necesidad de familiarizar a los niños con las obras y las formas artísticas.

5. Los métodos activos.—Se fundan en la acción y se proponen aprovechar la actividad espontánea del niño y su tendencia a la imitación. El principio: *aprender haciendo*, descubierto ya por los pedagogos románticos, especialmente por Froebel, domina la pedagogía actual y es una de sus más valiosas adquisiciones. Nada se aprende mejor que lo que se hace; el niño debe, pues, construir la ciencia, volver a encontrarla, reconstruirla (en resumen, claro está).

En realidad, los *ejercicios* realizados por los alumnos respondían ya al método activo. Hay muchas clases de ejercicios de estos: la *lección oral*, dada por el alumno, en sus variadas formas (repetición de una explicación del profesor, de lo estudiado en un libro; resumen de conversaciones, de lecturas; descripción de objetos, de excursiones, etc.; interpretación de un texto; relato de cuentos, escenas, acontecimientos, etc.); el *diálogo* sobre temas propuestos o que surgen al azar; la *lectura comentada*, todos aquellos en que el alumno tenga que ejercitar su actividad y su iniciativa.

Los *ejercicios escritos* sobre los mismos temas indicados, o respondiendo a cuestionarios o preguntas formuladas, o como resultado de investigaciones realizadas o de datos recogidos. Se dis-

tinguen varias clases de ejercicios escritos, principalmente dos: los *ejercicios en clase*, que son una suerte de examen y los *deberes* que se hacen en casa. En Alemania se introdujo el sistema de los *tópicos*, que son un avance de los procedimientos de investigación de las escuelas nuevas: el maestro escribe en un papel o en la pizarra los tópicos que forman el asunto de la lección siguiente y envía a los alumnos a la biblioteca o a utilizar las fuentes de información que tenga a mano; después cada alumno informa en la próxima lección oralmente o por escrito.

Los *ejercicios gráficos*, de copia y trazado de mapas, copia de objetos y de dibujos, dibujos sobre recuerdos, esquemas, etcétera a los que se enlazan los de *construcción*: modelos de monumentos, copia en barro u otro material, de objetos o figuras, etcétera. Por estos medios puede conseguirse la elaboración de parte del material de enseñanza por los escolares. Procedimiento activo es también hacer que estos recojan objetos o dibujos para el museo escolar, aprovechando su afán coleccionista.

Por último, encontramos los métodos más modernos: la *investigación histórica* por los niños y las *representaciones*, de las que ya hemos hablado. En la primera, el procedimiento es enteramente semejante al de los tópicos, arriba indicado; los niños comienzan por recordar o escribir lo que saben acerca del asunto (estado de la cuestión); después reúnen los materiales de trabajo (heurística); estos pueden ser objetos, dibujos, láminas, fotografías, libros, apuntes, recortes de periódicos, documentos, etc; los examinan y comparan (crítica); luego ordenan sus notas en fichas (composición, síntesis) y con ellas escriben la historia del objeto, personaje, suceso, etc. Las fichas van acompañadas de dibujos. Luego se reúnen los trabajos realizados en serie. Como se vé, esto supone un trabajo colectivo.

Las representaciones escénicas presentan la historia viva. Para realizarlas, es preciso construir el decorado y los trajes, y conocer la escena que se va representar. Esto obliga a los niños a *documentarse* sobre la época, los personajes, los sucesos, y ellos deben buscar esta documentación; encontrar representaciones de trajes, de muebles, de arquitecturas, estudiar la vida y el carácter de los personajes, etc. Para esto tienen que consultar libros, atlas, colecciones. El juego guía así el trabajo y lo estimula.

6. Los métodos de asimilación.—Aprender las cosas no es solo comprenderlas, sino recordarlas. Se sabe tan solo aquello que se puede recordar. Los conocimientos han de ser fijados en la memoria, han de ser *asimilados*, incorporados al *contenido* mental del estudiante.

Para ello hay dos medios fundamentales: la *relación* y la *repetición*. Un conocimiento que no se haya relacionado con otros, que ha sido aprendido aisladamente, no se recuerda ni en realidad *

puede decirse que se posee. Aparte de que, sin relación, no tiene valor, no sirve para nada. Para ser útil, tiene que entrar a formar parte de un sistema. Por lo tanto, para aprovechar y conservar nuestros conocimientos, es necesario *multiplicar* las relaciones entre ellos, hacer que entre todos formen un sistema, que es al que llamamos nuestra *representación o imagen del mundo*. La historia tiene relación teórica y práctica con todos los conocimientos humanos. Es necesario, pues, poner de manifiesto estas relaciones, no como una relación abstracta de ciencia a ciencia, sino en cada caso, como una relación concreta del aspecto histórico de cada cosa con los aspectos científicos, prácticos y vulgares. Establecer el mayor número de *asociaciones* de ideas.

Tampoco se recuerda lo que se estudia una sola vez. Es necesario repetirlo, para formar el *hábito* del recuerdo, las veces que sea necesario. La repetición reiterada de una lectura o de un recitado literal se ha empleado mucho; no es que no sea útil en muchos casos, pero no debe ser tomada como norma. Es preferible repetir en diversa forma la misma cosa. En el estudio, la lectura mental asociada a la audición, a la lectura en alta voz, a la recitación, a la copia, a otros medios intuitivos, gráficos, activos en su caso, ayuda extraordinariamente a la memoria (*memoria complicativa*).

Procedimientos bien conocidos de repetición son la *recapitulación* o resumen y el *repaso*. De aquí la ventaja del orden cíclico que repite el mismo contenido esencial en todos los grados.

Estos son los métodos que podemos llamar *naturales*. Pero hay otros métodos *artificiales* de auxiliar a la memoria que se llaman *mnemotécnicos*. Uno de los más empleados ha sido el verso y aún la música. Los versos se recuerdan mucho mejor que la prosa, a causa del ritmo. La antigua escolástica disponía de numerosos medios mnemotécnicos o *memorialines*. Después se han inventado otros, algunos complicadísimos, verdaderos derroches de ingenio; muchos de ellos están fundados en la asociación de ideas, algunos en la repetición maquina. Indudablemente son útiles para muchas cosas. Los métodos de enseñanza de la historia del P. Manjón son principalmente medios mnemotécnicos.

7. Un plan para la enseñanza de la historia.—Como resumen de todo lo expuesto acerca de la enseñanza de la historia, pondremos aquí un plan racional para su desenvolvimiento.

La enseñanza de la historia comenzará desde la *entrada* del niño en la escuela, se *relacionará* con las demás enseñanzas y se desenvolverá *cíclicamente* en cuatro etapas principales, tomando como punto de concentración el *arte* y basándose en lo que el niño ya *sabe*. El desenvolvimiento será el siguiente:

1.ª Etapa (Período mítico). De los 6 a los 8 años. Predominará la *historia local* y el método *narrativo*. Se hablará de historia

especialmente una o dos veces a la semana, y se hará alusión a lo sabido con ocasión de otros estudios, para establecer conexión.

a) Se hará que los niños refieran: sus recuerdos personales; lo que sepan acerca de sus padres o de su familia; los cuentos, leyendas, consejos, tradiciones históricas o fabulosas que hayan oído contar; los dichos, frases, refranes, cantares, anécdotas que sepan; las vidas de personajes famosos y los sucesos importantes o raros de que tengan conocimiento.

El maestro les mostrará láminas, dibujos, fotografías que puedan servir para plastificar las imágenes de las personas o cosas que intervienen en el relato; ayudará a situar los acontecimientos en tal lugar o país, y en época antigua o moderna; les preguntará si encuentran diferencia entre aquellos acontecimientos y los que ocurren ahora y hará que las indiquen; repetirá alguno de los relatos en forma viva, plástica, patética, y referirá otros nuevos.

b) Se preguntará a los niños lo que saben por haberlo visto u oído, de los usos y costumbres del país: fiestas, bodas, bautizos, entierros, diversiones, trabajos del campo y oficios, etc. tal como existen o tal como han oído referir que eran en otro tiempo.

El maestro añadirá detalles que los niños no sepan, sobre todo de los usos antiguos. Luego hará que los niños busquen en los cuentos y narraciones que han contado, ejemplos de los usos y costumbres, con sus semejanzas y diferencias; en los refranes, cantares, etc. les hará que recuerden los que se refieren a estos usos y costumbres y sus variaciones históricas.

c) Los niños hablarán de la iglesia del pueblo, de los monumentos históricos o artísticos que existan en las cercanías, por humildes que sean, lugares ligados con las tradiciones locales, casas o propiedades notables, etc. y referirán lo que sepan acerca de su origen e historia.

El maestro referirá lo que no sepan los niños acerca de estas cosas (noticias sencillas y siempre en forma de cuento). Luego hará que los niños recuerden los relatos o leyendas, dichos, refranes o cantares que se refieran o relacionen con estos monumentos.

d) Otros datos históricos serán suministrados por la historia sagrada y por los cuadros, grabados, figuras, objetos que los niños por casualidad contemplen en su casa o en la escuela.

Al final, los niños tienen un esbozo ligero de la historia local y algunos puntos de referencia de la historia regional, nacional y universal.

En esta etapa, el maestro no explica propiamente las cosas, ni suministra más aclaraciones que aquellas que las preguntas de los niños le pidan, siempre ateniéndose a su preparación mental y al espíritu de este plan.

Los niños cuentan, escuchan, repiten, observan los objetos o representaciones que se les muestran, preguntan o son preguntados, resumen sus conocimientos acerca de un punto, procuran copiar algún objeto o dibujo. Es útil también que se les hagan di-

bujar de memoria objetos y monumentos conocidos para dar idea de ellos.

2.^a *Etapa* (Período narrativo). De los 8 a los 10 años. Predominará la historia *regional* y el método *narrativo*.

a) Los niños recordarán y recapitularán lo que saben de la etapa anterior, ya dispuesto en orden cronológico, con ayuda del maestro. Formarán el esquema de la historia local, que se irá ampliando y detallando en esta etapa y aclarando por su conexión con la regional.

El maestro irá evocando en sus espíritus, sacándolas de las noticias que vayan adquiriendo, las nociones de familia, pueblo, región, nación.

b) Los niños recogerán y aportarán elementos folk-lóricos del país, recuerdos históricos de toda clase, objetos, láminas, mapas, documentos iconográficos, monedas, etc. para el Museo escolar. Harán dibujos de escudos, elementos arquitectónicos, artísticos u ornamentales que haya en el pueblo.

El maestro les ayudará en la ordenación y clasificación del material aportado; les hará observar y describir los objetos; les hará notar semejanzas y diferencias.

c) Los niños referirán lo que sepan o lo que averigüen acerca de personajes o sucesos de historia regional y también de la nacional y universal.

El maestro les ayudará en la ordenación cronológica y llenará los vacíos refiriendo cosas nuevas.

d) Se harán lecturas históricas, prefiriendo las fuentes directas que sean accesibles a la inteligencia de los niños, y el maestro hará que los niños las interpreten y hará las aclaraciones precisas.

e) Se relacionará la historia local, ya más ampliada, con la regional y con los sucesos de la nacional y universal que vayan siendo conocidos. Se esbozarán los principales cuadros culturales: precultura, cultura, civilización; cultura antigua o grecorromana, y cultura cristiana u occidental, haciendo que los niños vayan advirtiendo las diferencias.

Los niños se irán dando cuenta de las cosas por sí mismos, estableciendo ellos las síntesis y las relaciones; el maestro los guía, pero no debe imponerles las ideas hechas, jamás debe dogmatizar ni prejuzgar.

3.^a *Etapa*. (Período crítico). De los 10 a los 12 años. Predominará la historia *nacional* y el método de *investigación*. Este método, que se ha iniciado en la etapa anterior con la recogida folk-lórica y la aportación de material por los niños, continúa en esta en la misma forma y se amplía con trabajos de investigación propiamente dichos.

a) Los niños recordarán, recapitularán y redactarán lo que saben de las etapas anteriores, dispuesto en orden cronológico y

en cuadros de cultura. Formarán el esquema ampliado de la historia local y el de la historia regional.

El maestro les irá ayudando a formar y perfeccionar las nociones de familia, pueblo, región, nación, humanidad, cultura, historia.

b) Se continuarán practicando la aportación de folk-lore y de objetos y representaciones históricas, y las lecturas de fuentes, con resúmenes escritos.

c) El maestro fijará una serie de puntos de historia local, regional y nacional, que los niños se distribuirán entre sí según sus preferencias, individualmente o por grupos (mejor en ambas formas alternativamente) para investigar sobre ellos recogiendo noticias en libros, documentos, objetos, visitas a monumentos o museos, etc, haciendo papeletas, dibujos, mapas, que se reunirán después para ordenarlos, y al fin, redactarán o expondrán oralmente el resultado de su trabajo.

d) Se relacionará la historia local y la regional, ya más ampliadas, con la nacional, y con los sucesos de la universal que se conocen y se amplian y comparan los cuadros de cultura: pre-cultura, cultura y civilización; cultura antigua y cultura occidental; cultura cristiana y cultura musulmana.

4.^a Etapa. (Período sistemático). De los 12 a los 14 años. Predominará la historia *universal* y el método *comparativo*, ya iniciado en la etapa anterior al formar los cuadros de cultura.

a) Los niños recordarán, recapitularán y redactarán lo que saben de las etapas anteriores, dispuesto en orden cronológico y cuadros de cultura y formarán el esquema de la historia local, de la regional y de la nacional.

El maestro les guiará para perfeccionar las nociones de grupo social, humanidad, cultura, historia, sociedad, gobierno, religión, ciencia, etc.

b) Se continuarán practicando la recolección de folk-lore y de objetos para el Museo escolar, las lecturas de fuentes y obras literarias y los trabajos de investigación.

c) El maestro propondrá temas de redacción sobre comparaciones entre cuadros de cultura de distintas épocas y de distintos países, o determinados elementos culturales, sucesos, personajes, etc.

d) Se puede emplear un libro de texto, un corto resumen cronológico para ayudar a la memoria y servir de guía.

e) Se relacionará la historia local, regional y nacional con la universal; se completarán los cuadros de cultura, y se irá haciendo descubrir la expresión de ellos en las formas artísticas: correspondencia del románico con el feudalismo, del gótico con el régimen comunal, del barroco con la monarquía absoluta, del neoclásico con el despotismo ilustrado, etc. Se formarán los cuadros de las culturas orientales y americanas primitivas.

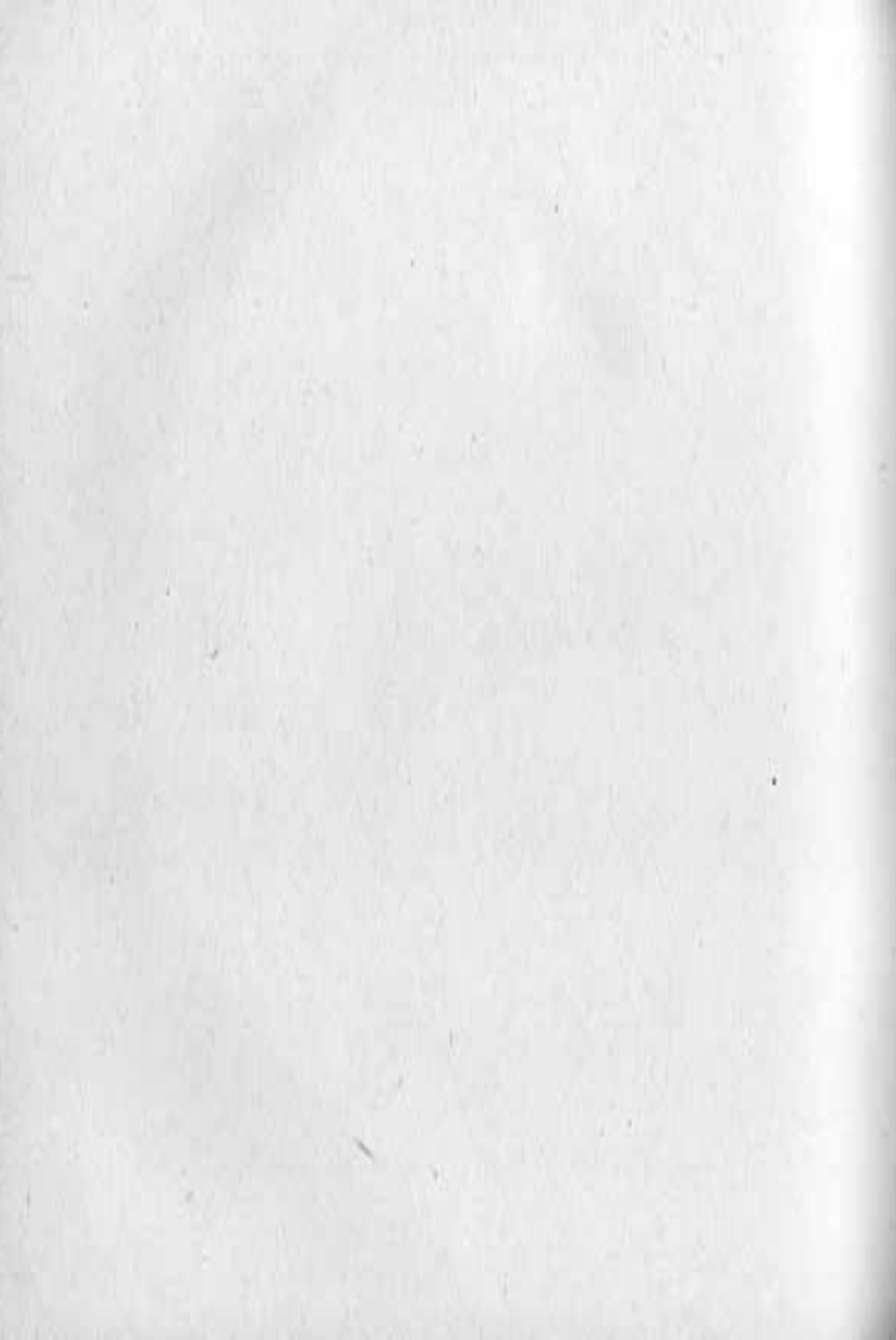
No declimos, porque se supone, que en todas las etapas, las

visitas a museos, monumentos y lugares históricos son absolutamente necesarias, siendo posibles.

También debemos advertir que la práctica de la investigación en su debida forma supone la existencia de una biblioteca y museo escolar o una biblioteca particular del maestro que los niños puedan utilizar. Más siempre hay medios de llegar a ello interesando a las familias y particulares en la labor de la escuela.



TERCERA PARTE



Tercera Parte

PROBLEMAS DE FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

XXIII

Naturaleza de la ciencia histórica

1. Importancia de la historia para el maestro.—Se habla mucho, y a veces equivocadamente, de la importancia de los estudios históricos para el que se dedica al ejercicio de la enseñanza primaria.

Esta importancia es desde luego doble: el maestro tiene que conocer los rudimentos de la historia, como de una cualquiera de las asignaturas del programa escolar; y para ello tiene que saber naturalmente más, con mayor extensión y con mayor intensidad, tiene que poseer muchos más conocimientos que los que ha de transmitir a sus discípulos. Lo cual se desprende del estudio de la metodología: si ha de poner algo de *personal* en la enseñanza (única manera de que sea realmente fructífera), si no ha de atenerse a la rutina, a las pautas recibidas, sea en los programas oficiales, sea en los libros guías que le ofrece el comercio, tiene que conocer ampliamente la materia para operar con conocimiento de causa la *selección* y la *ordenación* de lo que ha de ser enseñado, y la *manera* de realizar la enseñanza.

Pero no esta sola, ni siquiera la principal importancia del estudio de la historia para el alumno normalista y para el maestro ya formado. El maestro necesita, ante todo, para darse cuenta de la misión que tiene que desempeñar y para llevarla a cabo dignamente, poseer una *cultura general*. Cultura general que debe ser predominantemente *humanística*, esto es, *formadora* del espíritu, antes que *amuebladora* de él. Tiene que conocer lo *humano*, lo *social*, la *esencia de la cultura* de la que va a ser agente trasmisor y conservador, pues el maestro es ante todo el instrumento de la *tradición*, el que trasmite y entrega a los descendientes la suma de bienes culturales que constituyen la herencia espiritual de los

antepasados, y el que ha de sugerirles el deseo de acrecentarlos. Ninguna disciplina como la historia puede fundamentar la cultura general del maestro, pues ella es la que ha de darle a conocer el *sentido* de la tradición y de la cultura.

Por lo tanto, es necesario conocer y apreciar las principales ideas de la *filosofía de la historia*, para, de su consideración, procurar deducir algo que nos sirva de guía para llegar a una visión *independiente y personal* del sentido de la cultura y de la evolución histórica.

a) El autor de este libro no pretende de ningún modo *imponer* sus opiniones personales a quien haya de servirse de él para iniciarse en estos problemas. Pero pretende que sus opiniones sean por lo menos conocidas y contrastadas con las demás que aquí se expongan.

Anda por el mundo, inspirada en las ideas demasiado ingenuas de Mister H. G. Wells y patrocinada por varias asociaciones de maestros, una, que pretenden nueva, consideración de la importancia de la historia en la enseñanza, que según esa opinión debe orientarse en el sentido de la paz universal y de la formación de una conciencia universal humana. El intento es desde luego generoso; pero implica una consideración de la historia desde luego parcial y estrecho. No creemos que se deba emplear la historia en este menester *pragmático y unilateral*, para lo cual habrá que desfigurarla muchas veces. La historia debe ayudar a despertar el interés de los jóvenes por *todo lo humano* y no solamente por lo que nosotros *preferamos*.

b) El ideal de paz universal es desde luego laudable, aunque acaso no llegue a realizarse nunca; no obstante, claro está que debemos hacer cuanto sea posible por la evitación de las guerras.—Hay así y todo quien defiende la guerra desde distintos puntos de vista, como son: 1.º ser necesarias para la *expansión de la civilización* (conquistas de Alejandro, de los romanos, guerras coloniales) o para su *defensa* (reconquista española, cruzadas, guerras de rusos y polacos contra los tártaros, de austriacos, polacos y españoles, contra los turcos).—2.º servir a la *comunicación de los pueblos* (guerras médicas, cruzadas, conquistas de los portugueses en Asia, guerras del Islam).—3.º servir a la *constitución de Estados nacionales* (guerra franco-prusiana).—4.º sacudir la *corrupción* y la *moliente* que se incuban en la paz (los romanos de la República, guerreros, fueron austeros y virtuosos; los que vivieron bajo la *paz romana* del Imperio, fueron disolutos y viciosos).—5.º ser escuela de *virtudes sociales* (heroísmo de los numantinos, de los galgos del Medollo, de los griegos contra los persas de los Hemonos contra los españoles) y otras. Entre los más notables defensores de la guerra se encuentran el Conde de Maistre y el filósofo alemán Federico Nietzsche.—Sin embargo, la mayoría de las opiniones actuales están en contra de la guerra, aunque son muchos los que la consideran *inevitable*.

Los filósofos y los tratadistas de Derecho Internacional distinguen así y todo entre *guerra justa* y *guerra injusta*, aunque varían las opiniones acerca de cuales deben considerarse como justas. Los más vienen a coincidir en considerar como justa la *guerra defensiva* y como injusta la de *agresión*.—En principio, toda guerra debe ser reprobada, como se reprobó el homicidio; pero, así como algunas veces (como en caso de legítima defensa) el homicidio se considera justificado, así también la guerra en el orden internacional debe ser considerada como delito contra la humanidad, toda guerra *ofensiva* y de *conquista*, y como justa toda *guerra defensiva* de la independencia nacional. En el orden interior, los teólogos y moralistas consideran legítima la rebelión contra los tiranos, cuando los medios legales no son suficientes para libertar al pueblo de la tiranía, como también es legítimo en este caso el *homicidio*, subyugado cuando puede evitarse la rebelión con derramamiento de sangre.

c) En cuanto a la conciencia universal humana, es este un término sumamente vago, que no se sabe a ciencia cierta lo que significa; si con ello se quiere significar que se imponga

en todo el mundo la misma cultura, entonces, ni es posible ni es conveniente. No es posible porque para ello habría que anular enteramente la mentalidad de numerosos pueblos y razas (la cual sería a su vez otra serie de delitos contra la humanidad), lo cual no se puede conseguir en absoluto, y porque la evolución humana tiende más bien a la variedad que a la unidad, y aunque en un momento dado se consiguiera imponer un mismo tipo de cultura en todo el mundo, no podría sostenerse, pues no se podría detener para siempre el poder creador del espíritu humano, el cual seguiría creando nuevos tipos de cultura sugeridos por las circunstancias étnicas y geográficas. No es conveniente, con ello se impondría una limitación a las posibilidades culturales de la humanidad, la cual no podría desarrollarse más que en un sentido único, con lo cual, el perfeccionamiento posible se limitaría extraordinariamente, y la inevitable decadencia sería total en todo el mundo. Además, habría que escoger entre todos, un tipo de cultura al cual habrían de ser sacrificados los demás (¿en que daríamos esta preferencia? ¿sería esta preferencia aceptable para todos los hombres, o siquiera idealmente, desde un punto de vista total humano? ¿No sería siempre el ideal de una parte de la humanidad que sin derecho alguno a ello impondríamos a todos? También se podría escoger lo mejor de cada cultura existente o pasada. Pero esto no podría de ningún modo ser una cultura, que es conjunto orgánico, expresión de un alma diferenciada, sino un conglomerado artificial, respondiendo a concepciones diferentes y aun opuestas y sin vitalidad posible, y en todo caso de los mismos efectos esterilizantes que la imposición de una cultura especial. — Si por conciencia universal humana se entiende la adopción por todos los pueblos de un núcleo de ideas que fundamenta la fraternidad humana, entonces no se puede negar de ningún modo su conveniencia, aunque puede dudarse de su posibilidad. Ahora bien, este núcleo de ideas — fuera de una conciencia religiosa común, que solo el catolicismo puede crear — tendría que reducirse, si había de respetar la originalidad de las culturas diversas, a ciertos principios jurídicos de convivencia internacional.

2. Problemas que plantea el estudio de la historia — El estudio de la historia presenta una serie de problemas que son fundamentales en toda la cultura que hemos llamado *humanística* y particularmente importantes en la filosofía y en la sociología.

Analizando la definición que hemos dado de la historia, como la ciencia que estudia la evolución de la vida social y cultural de los hombres; podemos ver cuales son los problemas fundamentales de lo que se llama *filosofía de la historia*.

Al decir que la historia es *ciencia* se nos presenta el que llamaremos problema *epistemológico*, problema complejo que comprende otros varios a él subordinados.

Al decir que la historia se refiere al *hombre*, tenemos delante el problema del *sujeto* de la historia y de los *factores* de la evolución histórica.

La noción de *vida social* contiene el problema de la naturaleza y condiciones de la *sociedad*. La de *vida cultural* nos plantea el también complejo problema de la *cultura*.

Por último, la *evolución* envuelve un nuevo problema, con el que se relacionan, como por otra parte con el que hemos llamado problema epistemológico, y con el del sujeto y los factores, los de la *causalidad* y las *leyes* de la historia.

Se considera generalmente que estos problemas, si bien envuelven supuestos necesarios que el investigador y más aún el expositor histórico tienen que tener en cuenta, no pertenecen propiamente a la ciencia histórica, que es fundamentalmente una ciencia de hechos, que deben ser investigados sin prejuicios, sino a una disciplina que tiene con ella íntima relación, pero que es de ella completamente independiente y de otra índole diferente: la filosofía de la historia.

3 Si es la historia una ciencia.—Vamos a empezar el estudio del problema epistemológico de la historia. Este problema es el que se refiere al *carácter científico* de la historia: ¿Es la historia una ciencia? Si lo es ¿que lugar le corresponde en la clasificación de las ciencias? ¿Son aplicables a la historia los conceptos de ley y de causalidad? ¿Hasta que punto?

Veamos primeramente si la historia es efectivamente una ciencia.

Se ha negado, efectivamente, el carácter científico de la historia. Se ha dicho que es más bien una disciplina de carácter literario. ¿A que se debe esto? A lo siguiente: el gran desarrollo que en los tiempos modernos han tenido las ciencias naturales (física, química; geología, biología) ha hecho que en opinión de muchos, solamente estas disciplinas pudieran ser llamadas verdaderas ciencias. Fundándose en las ciencias naturales se ha llegado a concebir un *modelo* ideal de ciencia, calcado sobre los caracteres lógicos de las ciencias de la naturaleza. La historia no se conforma a ese modelo; luego no es verdadera ciencia.

Esto sería cierto si no hubiera otro tipo posible de ciencias más que el tipo de las ciencias naturales; pero entonces no sería solo a la historia a la que habría que negar el nombre de ciencia, sino también a la filología, la sociología, el derecho y cuantas estudian hechos humanos (las que se llaman ciencias culturales o ciencias del espíritu). Y si lo que caracteriza a las ciencias de la naturaleza es el que reducen la variedad de los hechos a la mitad de las leyes de validez universal, entonces tampoco serían en rigor verdaderas ciencias las descriptivas, como la zoología, la botánica y la mineralogía, en cuanto se limitan a describir las especies, ni las de carácter *histórico*, como la geología, cuando reconstruye la historia de la tierra, y la filogenia cuando reconstruye la de las especies vivas.

Sin embargo, nadie puede negar la buena *fé* que tanto estas disciplinas y las más arriba señaladas, como la historia forman parte integrante de la enciclopedia científica. Es, pues, necesario admitir otro tipo de ciencias diferente del de las ciencias naturales. Así, hoy nadie niega a la historia el carácter de ciencia: lo es de hecho; si no encaja en el concepto que en el siglo pasado se tenía de la ciencia, es porque aquel concepto, o era falso, o era insuficiente.

Claro está que la historia no es —como veremos— en el sentido en que lo son las ciencias naturales, una *ciencia de leyes*; es esencialmente una ciencia de hechos.

4. Lugar de la historia entre las ciencias.—La historia es, por lo tanto, una ciencia. Veamos ahora cual es el lugar que le corresponde en la enciclopedia científica, en el *globus intellectualis* o *imago mundi*.

Modernamente se considera que, dejando aparte la ciencia más general (la filosofía), las ciencias particulares se dividen en dos grandes grupos, para los que se han propuesto los nombres de *ciencias de la naturaleza* y *ciencias del espíritu*. Estos nombres provienen de la oposición entre espíritu y naturaleza establecida por el idealismo alemán, y que ha llegado hasta hoy.

Se ha criticado esta distinción, especialmente por los filósofos de la llamada escuela de Baden, Windelband y Rickert, fundadores de la filosofía de los valores. Se dice que el concepto de ciencias del espíritu incluiría todo lo que no es corpóreo, y por lo tanto también la psicología, y esta es considerada hoy como ciencia natural, o por lo menos aplica los métodos de esta clase de ciencias.

Windelband propone en lugar de aquella, la oposición entre *historia* y *ciencia natural*. En efecto: el investigador de la naturaleza vé en los objetos individuales casos particulares de una ley e intenta hacer abstracción de ellos para comprender la ley abstracta universalmente válida e invariable; mientras el historiador busca lo concreto, lo individual, lo temporal, lo único. En su virtud, propone la división de las ciencias en *nomotéticas* o de leyes e *idiográficas* o de hechos.

Rickert propone en cambio la de *ciencia natural* y *ciencia cultural*, que dice que se funda a la vez en el aspecto material, en cuanto por cultura se entiende todo aquello que no es mera naturaleza, o sea aquello que tiene un *valor* reconocido por los hombres; y en el aspecto formal, o sea en la diferente concepción y diferentes métodos de ambos grupos de ciencias, pues la ciencia natural generaliza y la historia individualiza. La realidad es una continuidad heterogénea que la ciencia natural concibe como continuidad homogénea y la historia como discreción heterogénea.

Ahora bien el concepto de *naturaleza* que aquí empleamos es el de la ciencia y no el de nuestra experiencia vital diaria. La naturaleza, para nosotros, son las cosas, tomadas o no en conjunto (no colectiva sino, en cierto modo, genéricamente). Pero para la ciencia, la naturaleza no son las cosas tal como son y existen *en sí*, sino, según la definición de Kant, es «la existencia de las cosas en cuanto *es determinada por leyes universales*». Podemos decir que el primero es el concepto *real* de la naturaleza; el segundo su concepto *lógico*.

a) Todos tenemos la impresión (aún prescientífica) de que en la naturaleza hay *algo más* que lo que en ella es estudiado por la ciencia. La representación de la naturaleza que nos da la ciencia *no coincide* con la naturaleza real. La filosofía moderna (y aún la ciencia misma) ha tenido que reconocer esta verdad: que la ciencia estudia solamente *un aspecto* especial de la naturaleza, que puede no ser el principal, y que los otros aspectos pueden ser estudiados con igual legitimidad lógica por otras formas de conocimiento, y principalmente por la historia. El aspecto que estudian las ciencias naturales es el aspecto estático, uniforme, *devenido* (*das Gewordene*) de la naturaleza; el que estudia la historia es el aspecto dinámico, vario, *viviente*, *devenir* (*das Werden*) de la naturaleza. Cuando la ciencia estudia un cambio, un movimiento, un desarrollo, lo estudia como *sucesión* de estados; la historia (acaso contrariamente a lo que

piensa (Rickert) debe estudiarlo como *duración* cambiante. Goethe llama a la primera (la ciencia) naturaleza muerta, a la segunda, naturaleza viviente.

Pues bien: en *realidad*, todo lo que estudia la historia el hombre, sus hechos, los valores culturales, la actividad del espíritu son también naturaleza, forman parte de la naturaleza (en sentido *real*); de modo que el estudio de la historia es también estudio de la naturaleza, solo que en otro aspecto. Ciencia natural e historia son dos *maneras* de estudiar el mismo objeto (o partes del mismo objeto); la naturaleza.

Spengler, siguiendo a Goethe, considera que hay dos modos posibles de reducir el conjunto de lo consciente (la naturaleza real del mundo) a una imagen cósmica uniforme (*imago mundi*): *historia* y *naturaleza* (en el concepto kantiano y científico). La historia es una *intuición orgánica* del mundo, atiende al devenir, al producirse (*das Werden*); la naturaleza una *intuición mecánica*, atiende a lo devenido, a lo producido (*das Gewordene*). Son, pues, el *anverso* y el *reverso*.

Efectivamente, *todo* puede ser considerado y estudiado desde estos dos aspectos, que son los fundamentales del conocer. La historia es en realidad, por lo menos, la mitad del saber humano.

b) La primacía del saber histórico como fundamento de la concepción total del mundo (*Weltanschauung*) es defendida no solo por Spengler, sino también por Windelband. Se funda este en que nuestros sentimientos e intereses existenciales—que producen los valores—fundamento de la cultura—tienen su raíz en lo singular y en lo incomparable, mientras que la repetición y la regla entorpecen el sentimiento. Spengler viene también a indicar que la visión histórica es más real que la visión científica, la cual no es más que una *traducción*. Algo se desprende de las ideas de Bergson.

5. El concepto de ley y la historia.—La ciencia (natural) concibe la naturaleza como sujeta a leyes universales, aún más, considerando el producto de la acción de esas leyes. El fin de la ciencia es determinar las leyes a que obedecen los fenómenos.

Se supone que los fenómenos están regidos por leyes. Una ley es una relación constante y necesaria entre dos fenómenos entre series de fenómenos.

Estas relaciones son cuantitativas, son de naturaleza matemática. La ciencia trata siempre de prescindir de la cualidad y sustituir un objeto de sensación por un objeto de medida.

Pues bien, en el siglo XIX, en el período álgido del cientificismo, se trató, para conformar la historia al modelo de las ciencias naturales, de aplicarle el concepto de ley y de determinar las leyes del acontecer humano, las *leyes de la historia*. La empresa fué intentada casi siempre por filósofos y no por historiadores. Primero se trató de buscar leyes generales que comprendieran todo el desarrollo histórico, y así nació la filosofía de la historia. Aquellos filósofos aplicaron a la historia sus prejuicios para

contrar en ella la confirmación de sus doctrinas concebidas con anticipación, y muchas veces trataron de demostrar que todo el desarrollo histórico no había sido más que una preparación de los hombres para recibir sus doctrinas. De aquí viene el que cada filósofo haya formulado leyes distintas y el que ninguno de los sistemas haya conseguido una aceptación universal, ni aún como hipótesis. Sin embargo, de todo aquello quedó la famosa *ley del progreso*, de la que trataremos más adelante.

Otros, más modestamente, trataron de inducir de los hechos estudiados, leyes de menor alcance. Esto se aplicó principalmente en dominios especiales y restringidos, como la historia del lenguaje, de las religiones, del derecho, etc. (historias *especiales*). Ejemplo de esto son en la filología las llamadas *leyes fonéticas*, de las cuales se aceptan algunas, aunque se consideran siempre limitadas en el espacio y en el tiempo: a un territorio y a una época determinados, pues las leyes más generales, como la del *menor esfuerzo*, no son hoy universalmente aceptadas. En todo caso, como dicen Langlois y Seignobos, todas estas no son más que leyes empíricas que no hacen más que explicar sucesiones de hechos sin explicar su causa determinante.

Por fin, renunciando a establecer verdaderas leyes, buscaron otros establecer por los menos las coincidencias de hechos por medio de la aplicación de la estadística a la historia. Tampoco esto ha dado ningún resultado.

Ni podía darlo, porque el suceder histórico es singular y heterogéneo y no se deja reducir a fórmulas científicas, ni a métodos elaborados para otra clase muy diferente de investigaciones. El devenir no puede ser comprendido aplicándole los procedimientos que empleamos para comprender lo devenido; una cosa es el hacerse y otra cosa es lo ya hecho.

Por eso hoy se ha renunciado por la mayoría de los historiadores y de los filósofos a formular las leyes de la historia.

a). Sin embargo, hay algunos intentos que a pesar de no ser nada convincentes, no dejan de tener algún interés. El belga Hacha quiso demostrar que la humanidad se mueve con oscilaciones alternativas como un péndulo entre dos extremos: a una época de libertad, sucede una de tiranía; a una de dispersión de la autoridad, otra de centralización del poder, etc. Algo, en cierto modo parecido, es la tesis de Ortega y Gasset. Me una oposición (en las épocas que llama críticas o polémicas que alternan con otras cumulativas o tradicionales) de cada generación a la anterior. Ninguna de estas tesis puede demostrarse históricamente.

Pero aún hay más: el concepto de ley natural, universal y necesaria ¿es legítimo, filosóficamente, aún en las ciencias de la naturaleza? Hay muchos que lo niegan; efectivamente, hay que tener en cuenta que las leyes de naturaleza son creaciones del espíritu humano, son maneras de comprender los fenómenos, reduciendo a la unidad su variedad innumerable; pero no pertenecen a la naturaleza *en sí*, no están en la naturaleza. Además,

si hoy vemos que los hechos naturales ocurren de ese modo (por ejemplo: que el agua hierve a 100 grados y se hiela a 0), no por eso podemos asegurar que *siempre* haya ocurrido así, ni que en lo futuro haya de ocurrir también. Modernamente se ha hablado de la *contingencia* de las leyes naturales; se ha visto que algunas de las leyes fundamentales de la física (las de la conservación de la energía) no son constantes ni necesarias, sino que quiebran algunas veces. De modo que en rigor, la naturaleza no tiene leyes, sino *hábitos* de funcionamiento y la ciencia tampoco puede, en rigor filosófico, encerrar en leyes la naturaleza libre.

Las leyes naturales son precisas para las aplicaciones prácticas de la ciencia; pero en el dominio de la ciencia pura, no hay duda de que se puede concebir un tiempo futuro en que la ciencia prescindiera de las leyes para explicar el mundo, y es posible que entonces se haya acercado más a la realidad de las cosas.

Por lo tanto, la aplicación del concepto de ley natural a la historia, no solo es imposible, sino también inútil.

De aquí se deduce también que la distinción entre la ciencia natural y la ciencia histórica, no es una distinción *real*, sino solamente una distinción *lógica*. La historia no se diferencia de las otras ciencias por su *objeto material*, ya que todo en el mundo (en la naturaleza) tiene historia, y puede ser estudiado en su aspecto histórico, se distingue, pues, la historia de las otras ciencias en su *objeto formal*, pues es el aspecto de génesis, de evolución el que estudia.

b) Se llama objeto material de una ciencia a la cosa misma que la ciencia estudia; se llama objeto formal al aspecto de la cosa (u objeto material) que la ciencia toma en cuenta. Varias ciencias pueden estudiar a la vez el mismo objeto material; más sus objetos formales son distintos.—No hay que confundir el *objeto* de una ciencia, que es la cosa que estudia, aquello de que trata, con el *fin*, que es lo que se propone. Por el fin se dividen las ciencias en *especulativas* que se proponen solamente el conocimiento (*saber*) y *prácticas*, que se proponen dirigir nuestros actos. La historia es una ciencia especulativa.

6. El concepto de causa y la historia.—Hemos visto que en rigor, la historia, ni admite el concepto de ley, ni lo necesita tampoco, y que aún en filosofía, está sujeto a revisión este concepto.

Ahora bien: ¿sucede lo mismo con el concepto de causa? El problema es importante, porque, si como opina la escuela aristotélica, ciencia es conocimiento de las cosas por sus causas, solo será verdadera ciencia la que pueda dar razón de las causas de los hechos que estudia. Por eso hemos dicho en la parte preliminar y más adelante, en el cap. XVI párrafo 7, que los historiadores han tratado siempre de determinar las causas de los hechos históricos. También sabemos que esta investigación determina el concepto de la ciencia histórica que llaman historia *genética*.

Causa es lo que da origen al ser, a la existencia o a las modificaciones de una cosa. La filosofía define la causa: un principio

en virtud del cual una cosa es lo que es o pasa a ser esto o aquello (Mercier); la causa influye sobre la existencia y las propiedades del ser.

a) Los filósofos distinguen cuatro clases de causas: *Causa material*: aquello de que es una cosa, la materia de que está hecha; *Causa formal*: la forma que hace que sea tal cosa y no otra; *Causa eficiente*: la causa formadora, la acción que da origen a la cosa, por ejemplo, el autor de una obra; y *Causa final*, el *para qué* fué hecha la cosa, el fin. Aquí se trata de la causa eficiente.

No todos los filósofos admiten la realidad del concepto de causa eficiente. El excepticismo empirista supone que de la observación de la sucesión constante de dos fenómenos, deducimos que el primero es la causa del segundo: *post hoc, ergo propter hoc*. Kant supone que el concepto de causa es un concepto *à priori*, una de las formas necesarias del pensar, que reside en nuestra constitución mental y no en los hechos. En todo caso, el concepto de causalidad eficiente es propio de las ciencias naturales, y de ellas ha sido aplicado a la historia. Pero la causa supone la ley; donde no hay ley (relación necesaria y constante entre dos fenómenos) no es posible la determinación de la causa; si la historia no admite el concepto de ley, tampoco se le podrá aplicar rigurosamente el de causa. Prueba de ello es la enorme variedad de opiniones acerca de las causas de los hechos históricos. Además, el mero enlace de los hechos particulares (azar) no explica la evolución histórica.

En efecto, como dice Henri Berr: «la causa determinante se apoya en un total indefinido de condiciones; el espíritu no tiene en cuenta sino las más próximas, y entonces llama causa a determinada condición que le interese más especialmente». Se vé aquí muy bien lo que hay siempre de subjetivo en la apreciación de las causas. Sucede lo mismo que con las leyes: son creaciones del espíritu, para las que es aventurado suponer una objetividad real. Por lo tanto, la falibilidad de la causa eficiente puede ser sostenida igualmente en el terreno de las ciencias naturales.

Por eso, algunos modernos pensadores, como Spengler, tratan de eliminar de la historia los conceptos de causa y de ley, que se refieren a lo devenido, a lo producido (a algo regular y constante, y por ende, estático) y sustituirlos por el de *sino*, que supone en el desarrollo histórico lo que en él verdaderamente hay: una dirección, un sentido, una duración. En realidad, el sino no puede definirse: es cosa que se siente, pero que se pierde cuando queremos analizarla. Pero en todo caso, esto nos vuelve traer muy cerca de la noción de *causa final*, que los científicos eliminaron de sus concepciones para atender exclusivamente a la causa eficiente. El sino, en efecto, es la lógica de lo orgánico, del devenir, del producirse, que se dirige necesariamente a algo. Esto es

lo que la causalidad eficiente no nos explica y por eso no nos explica la historia. Esta idea del sino, del sentido, no excluye la influencia y aún la acción de unos seres y de unos hechos sobre otros; pero esta relación, este influjo es de naturaleza completamente distinta de lo que supone la idea de causalidad eficiente, la cual supone una reversibilidad teórica, mientras el sino conoce el producirse como esencialmente irreversible.

Por lo tanto, la investigación de las grandes y las pequeñas causas en la historia, pierden toda su importancia, y la naturaleza de la ciencia histórica se nos ofrece como esencialmente distinta de la de las actuales ciencias naturales, aunque aplicable también a los objetos de estas. Es lo que llama Spengler el universo como naturaleza (que no es la naturaleza tal como es) y el universo como historia. Y podemos concebir que la aplicación del método histórico al estudio de la naturaleza llegue a cambiar toda nuestra concepción del mundo.

XXIV

El sujeto de la historia

1. El problema del sujeto de la historia.—Hemos dicho en la parte preliminar (cap. I párrafo 1, y cap. II párrafo 1), que el sujeto de la historia es el hombre, ya por ser al hombre a quien se refiere la historia (la cual, en cuanto ciencia, es también obra del hombre), ya por ser él también casi siempre el *agente* que realiza los hechos históricos; y también hemos advertido que no siempre es el sujeto agente, pero que cuando no interviene en el hecho como agente, interviene como sujeto *paciente*, esto es, como afectado por los hechos. Esto es bien claro: el problema más difícil que nos presenta el hombre como sujeto de la historia es el ya indicado en los lugares arriba citados, de si el agente de los hechos históricos es el hombre *individual*, o son las *colectividades*, los *grupos humanos*.

Planteemos bien el problema:

Se dice que durante mucho tiempo, la historia fué principalmente de individualidades; se fijaba casi exclusivamente en los individuos que se suelen llamar *personajes importantes*: reyes, políticos, grandes guerreros, conductores de pueblos o de masas, grandes artistas, grandes sabios. De aquí aquella definición: *Res gestae regumque ducumque*. Solo más tarde fué cuando los histo-

riadores empezaron a fijarse en la masa, en el pueblo y advirtieron la transcendencia histórica de los hechos diarios, de la costumbre, de la opinión pública, de las creencias, etc. De aquí que unos se inclinen a dar el principal papel a los individuos y otros a la sociedad, según la clase de hechos que estudien preferentemente, pues cuando consideramos los hechos políticos, se destacan más ante nuestra vista los personajes individuales, y cuando estudiamos el lenguaje, las costumbres las ciencias de un pueblo, vemos mejor la acción anónima de la masa. Por eso, el fijarse principalmente en las individualidades, se le achacó como un defecto a la historia llamada externa o política.

Ahora bien, no cabe duda de que nosotros vemos actuar históricamente a los individuos, y que en último caso, de individuos se componen las sociedades y los grupos, una masa está formada por un conjunto, una serie de individuos; un ejército que avanza, es una serie de individuos que avanzan; una multitud que se revuelve y agita, no es más que una suma de individuos que se agitan y revuelven.

El problema está por lo tanto, en lo siguiente: cuando una masa, un conjunto, una reunión de individuos, actúan en la historia ¿actúan los individuos por sí, o actúan por presión de la masa? ¿Hay en el conjunto de individuos *algo más* que la suma de los individuos que lo forman? Y cuando actúa un individuo sólo ¿actúa por su propia iniciativa, o no es más que un intérprete de la masa, de un pueblo, del alma de un conjunto social? Es decir: ¿a quien corresponde la iniciativa?

Por ejemplo: un individuo crea una religión nueva, un sistema filosófico, una doctrina política; pero ¿se le ocurrió a él, lo inventó él, o es que aquello ya estaba, como suele decirse, en el ambiente, y él no hizo más que recoger aquellas ideas, que dar forma a las aspiraciones y a los sentimientos colectivos?

Como puede observarse, este problema está intimamente conexas con otros dos: 1.º el de la naturaleza de la sociedad humana; 2.º el de la importancia causativa del factor social en la historia. No podremos resolver el que aquí nos ocupa, sin haber resuelto el primero de estos dos últimos; la resolución del que nos ocupa, nos dará resuelto el segundo.

Ante todo, debemos decir que, acerca de este problema, podemos considerar dos doctrinas opuestas: la que pudiéramos llamar *socialista de la historia* que atribuye todo el papel a la sociedad, exclusivamente, y cuyos representantes son principalmente los socialistas de cátedra alemanes, como Wagner y Schaeffle, y en Francia actualmente la escuela sociológica de Durkheim, sostenida hoy por su discípulo Levy-Bruhl. Sostiene esta doctrina que el verdadero actor o agente de la historia es la *conciencia social*: el hombre, el individuo, jamás obra libremente. Nosotros somos deformados—y formados—por el medio social, que nos rodea constantemente, y del que sacamos todas nuestras ideas y

tendencias; no pensamos, pues, ni obramos jamás según nuestro libre albedrío, según nuestra iniciativa individual, sino que pensamos y obramos tal como la sociedad nos obliga a pensar y obrar, pues ella es la que nos educa, nos instruye, nos contagia y nos presenta ejemplos, nos coacciona por medio de las leyes, las costumbres, la opinión pública, la fuerza, etc. Así, aún los rebeldes son suscitados por el ambiente social, como opositores necesarios o como colaboradores inconscientes.

En este sentido de la conciencia social, aunque dando una considerable importancia a los grandes hombres, vienen a estar concebidas otras doctrinas, como la del filósofo norteamericano Emerson, que les llama *hombres representativos*, pues lo son por lo menos de un sector de la conciencia social del momento: son el símbolo del momento, de una parte de dicha conciencia.

Otros creen, por el contrario como Gotheim que las ideas aparecen primero en los grandes hombres, que son los iniciadores, y que de ellos pasan a encarnar en la conciencia social. Acaso la mayor apreciación del grande hombre y del individuo en la historia, sea la del inglés Tomás Carlyle en su libro *Los Héroes*, Ranke sostiene que los actores de la historia son los individuos.

Por último, en el papel preponderante de los individuos, grandes o insignificantes, viene a fundarse la teoría del *azar*, estudiada en el capítulo anterior.

2. La sociedad humana.—Hemos dicho que antes de resolver el problema del sujeto individual o social de la historia, era necesario estudiar la naturaleza de la sociedad. Es lo que vamos a hacer ahora.

En primer lugar ¿que es la sociedad? Hablamos constantemente de vida social; vida social es vida de *relación*. Se dice que el hombre, como ser vivo, tiene funciones de nutrición, de reproducción y de relación. El cuerpo humano (y el de los animales superiores) tiene órganos especialmente destinados a cada una de estas funciones. Los de la vida de relación son los de los sentidos, que nos ponen en comunicación con el mundo exterior, el sistema muscular y locomotor, por el cual podemos actuar sobre el medio, y el sistema nervioso, especialmente el cerebro-espinal, que los relaciona. Las relaciones del hombre son con el medio físico (tierra, agua, aire, plantas, animales, etc) del cual saca lo necesario para satisfacer sus necesidades corporales, y con sus semejantes; estas son las que constituyen la vida social. Aquí entran también las funciones de reproducción, pues la conservación de la especie exige ya una relación entre hombre y mujer, de la que deriva el matrimonio, la familia, las relaciones étnicas. Mas las relaciones entre los hombres son de muchas clases (familiares, étnicas, de ayuda mutua, de trabajo, de defensa, de cambio, espirituales, etcétera); pero su conjunto tiende ya de por sí a organizarse, a for-

mar un sistema: rodean al hombre de un medio distinto del medio físico, el medio social en el cual se desarrolla la vida del espíritu (principalmente por medio del lenguaje articulado) y con ella, la cultura. Es a este sistema orgánico de relaciones al que llamamos *sociedad*.

Claro está que la sociedad (ni la cultura) no es exclusiva del hombre: existe en los animales (bandos, grupos migratorios, manadas, rebaños, etc), en algunos con organización tan perfecta, que ha llamado siempre la atención de los hombres, como sucede con las sociedades de insectos (hormigas, abejas). La sociedad humana, sin embargo, tiene caracteres propios, que la distinguen de las sociedades animales, principalmente la conciencia del fin, la relativa libertad de orientación, la acumulación de experiencias, la menor estabilidad, la posibilidad de entrar un individuo en varios grupos a la vez.

Hablamos aquí de sociedad humana, en general: esto no quiere decir que exista una sola sociedad humana. Existen por el contrario muchas sociedades humanas, de una inmensa variedad, que pueden ser clasificadas desde distintos puntos de vista. En primer lugar, hay sociedades *naturales*, de formación, por decirlo así espontánea. En efecto, primeramente, el medio social sufre de muchas maneras la influencia del medio físico: una de ellas es la causa de que las sociedades se organicen siguiendo las variedades del medio geográfico, pues los hombres se agrupan por razón de proximidad, de parentesco, de similitud de vida y ocupaciones que requieren además el mutuo auxilio, de similitud de carácter proveniente de la acción del medio, parentesco, igualdad de vida, etcétera. Así se forman las sociedades naturales, agrupaciones independientes, como la familia, el clan, la tribu, la nación, todas ellas de base etno-geográfica.

Pero como el hombre tiene un alma, y con ella necesidades espirituales y cierta independencia de las determinantes naturales, se asocia también voluntariamente con otros hombres para distintos fines especiales, formando las sociedades *artificiales* (que otros llaman también *culturales*), como la ciudad, el Estado, el municipio, asociaciones religiosas, políticas, profesionales, científicas, etc. Hay otros grupos que nacen espontáneamente en la vida cultural, como las clases sociales.

Las sociedades naturales son necesarias, no pueden desaparecer sin que desaparezca la socialidad humana, las artificiales dependen de las primeras: donde no hay asociación natural, no puede haber asociaciones artificiales. Un casino, un convento, una sociedad de sabios, no pueden nacer ni desarrollarse sino en el medio creado por una sociedad natural. Las sociedades artificiales son un producto del medio social. En los pueblos que se encuentran en estado pre-cultural, organizados en clanes, patrias, tribus, se forman ya las primeras asociaciones artificiales las *sociedades secretas*, de carácter religioso y mágico, a las que se da una gran

importancia en el desarrollo progresivo de la vida social y cultural. En los estados de decadencia, las sociedades artificiales se desarrollan extraordinariamente a expensas de las naturales, sobre las que ejercen una acción destructora, y a las que tratan de suplantar. El estado de equilibrio vital de la sociedad y de la cultura se encuentra en el Estado Nacional perfecto que representa la síntesis de ambos elementos, dando una forma voluntaria a una sociedad natural, realizando el ideal en la naturaleza. Además las sociedades naturales son totales, es decir, comprenden toda la universalidad de los fines humanos de todos los órdenes, mientras que las artificiales son incompletas, se forman únicamente para un fin o un grupo de fines.

Ahora bien, cualquiera que sea la clase de sociedad de que se trate, ella supone un *consensus*, un acuerdo, una voluntad común, en los individuos que la forman, de múltiples vínculos espirituales entre ellos, que dan lugar a lo que se llama *conciencia colectiva*.

3. El alma social.—Aquí se nos presenta otra cuestión: ¿que valor debemos dar al término: conciencia colectiva? ¿Existe un algo al que podamos llamar alma social? ¿Es distinta de las almas de los asociados? O como preguntábamos antes: ¿hay en la sociedad algo más que una agrupación de individuos?

Los partidarios del alma social dicen que la sociedad tiene un alma independiente del alma de los individuos que la forman, un alma que se superpone a las almas individuales y que aún viviendo en ellas es distinta de ellas, es la conciencia, el alma común del grupo y es la que le da una *personalidad*. La personalidad jurídica de las colectividades se fundaría en esto. Claro que esta alma no está (para muchos) fuera de los espíritus de los individuos; está dentro de las almas individuales de los que forman parte de la sociedad. Lo que pasa es que, en cada uno de nosotros, hay contenidos psíquicos individuales, propios de cada uno como ser distinto, y hay contenidos de orden social, que son propiedad de la sociedad a que pertenecemos. Nosotros recibimos estos elementos de la herencia, de la tradición, de la imitación, del contagio social; la educación tiene por objeto (como hemos dicho en la segunda parte de este libro, cap. XIX, párrafo 2) el transmitirnos esos elementos, el hacernos partícipes del alma social.

Desde el punto de vista idealista, esta doctrina aparece de una manera clara desde Hegel. En el alma social es donde obran las *ideas* (o ideales; en la filosofía de hoy, los valores) que se van realizando en la historia, según las diversas escuelas alemanas (Schlegel, Fichte, Schelling, Hegel). Para Hegel, la plena caracterización del espíritu del pueblo y la forma más elevada en que el Espíritu se realiza en la tierra, es el Estado. El alma social es un concepto que responde muy bien al panteísmo alemán, y al

romanticismo. En la ciencia del Derecho fué introducido este concepto por el ilustre Savigny, el cual sostiene que el derecho surge orgánicamente, gracias a la fuerza que actúa silenciosa en el espíritu del pueblo (*Volksgeist*), que está por encima de los individuos, criterio sustentado por la *escuela histórica*, fundada por él.

Desde el punto de vista positivista, tenemos dos doctrinas que responden a la concepción del alma social: la del *paralelismo* y la de la *evolución superorgánica*, que realmente vienen a ser una sola. La del paralelismo es la que dice que la sociedad es un verdadero organismo que se puede comparar perfectamente (paralelizar) con el organismo físico. Ya el filósofo inglés Hobbes representaba al Estado como un monstruo compuesto del conjunto de los individuos que lo forman, y que él llamaba *Leviathan* (título de su libro) en recuerdo del monstruo bíblico de este nombre. Esta doctrina ya está en el jesuita Suárez, que decía que las sociedades vienen a ser como cuerpos, cuya alma está formada por el *consensus*, es decir, el acuerdo o concordia de voluntades de los individuos que las forman. Pero la doctrina positivista va más allá: encuentra entre la sociedad y el organismo físico un paralelismo completo y perfecto, y por eso trata de encontrar en ella las mismas funciones y los mismos sistemas, aparatos, órganos, que en los organismos naturales (ella misma es también un organismo natural). La sociedad tiene funciones nerviosas; movimiento de las ideas, gobierno, etc.; tiene funciones digestivas: economía nacional, etc.

La doctrina de la evolución superorgánica fué defendida por el filósofo inglés Herbert Spencer. La teoría darwiniana de la evolución, o de la transformación evolutiva de las especies (véase cap. VIII, párrafo 3, en la primera parte de este libro) no debe detenerse, según Spencer, en explicar el origen del hombre: la evolución se continúa en las sociedades que son *superorganismos*, seres vivos de un orden superior. De la misma manera que los organismos pluricelulares, las sociedades son colonias de seres, de individuos, que irán cada vez integrándose más, mediante la división del trabajo, y que como es natural, han de tener una suerte de principio espiritual director, que es el alma social.

El *psiquismo social* fué estudiado también por Roberty y Giddins.

Es indudable que el alma social existe. En primer lugar, es la única hipótesis que puede explicar la solidaridad entre todas las manifestaciones culturales de un pueblo (*Zusammenhang*), y que hoy se tiende a considerar como creaciones de esa alma. Luego, tenemos el hecho que se ofrece aún a la observación vulgar, del parentesco espiritual, de la semejanza entre los individuos de un país, de una clase social, hasta de una profesión; así se habla por ejemplo del *carácter inglés*, de la *gracia* y la *claridad francesas*, de la *tenacidad alemana*, caracteres y cualidades de las que participan en mayor o menor grado todos los individuos de esos

países. Y además, la psicología nos confirma lo que ya hemos dicho, de que hay en cada uno de nosotros contenidos psíquicos individuales y contenidos psíquicos colectivos; en nuestros días, el estudio del psiquismo inconsciente, ha descubierto en estas varias capas profundas en las cuales encontramos contenidos sociales, contenidos étnicos, etc.

Estos contenidos colectivos pueden resultar de la herencia, de la tradición, de la constante sugestión, acción y reacción de unas individualidades sobre otras, que dan lugar a un fondo común de representaciones e ideas (consensus, opinión, mentalidad colectiva), a una común estimación de ciertos principios (espíritu del tiempo, voz del pueblo), a hábitos comunes de sentir y de obrar (carácter nacional); pero también es indudable la existencia de corrientes espirituales inconscientes que se transmiten, a veces misteriosamente, de alma a alma (simpatía, mimetismo, contagio social). Esto puede ser experimentado muy fácilmente: cuando una multitud avanza por la calle cantando un himno, poseída de una emoción común, el individuo que marche al mismo tiempo, se ve arrastrado por la masa a seguir el mismo son que ella; si entonces trata solamente de andar a distinto paso, se encontrará con que le cuesta un verdadero esfuerzo el sustraerse a la sugestión de la multitud. Esto se realiza artificialmente en el ejército, donde se obliga a una muchedumbre a realizar los mismos movimientos simultáneamente.

Hay medios artificiales de crear un estado de conciencia social. Ya hemos dicho que la *educación* no es otra cosa; pero hay otros muchos: todo lo que llamamos *proselitismo* y *propaganda* (anuncio, reclamo, cruzada, chantage, bluff, silencio, la prensa, el mitin, la cátedra, el libro, el folleto, la hoja, el pasquín), el *ejemplo*, etc.

Hay una ciencia que estudia estos fenómenos: la *Psicología social*.

4. El individuo en la historia.—Exclarecido este punto, podemos ya abordar plenamente el problema del sujeto de la historia. Lo primero que hay que preguntar es si admitida la existencia y la acción del alma social, debemos por ello dejar de considerar al individuo como actor y agente de la historia. ¿Es que el individuo no significa nada en el desarrollo de los hechos sociales? El psiquismo social ¿absorbe en tal forma la iniciativa individual que la anula por completo?

Esta idea, en realidad, parece inconcebible. Desde el momento en que reconocemos, como no podemos menos de reconocer, la existencia en los espíritus individuales de contenidos propios, procedentes de sus experiencias personales o de su herencia individual, no puede negarse la influencia causal de estos contenidos sobre la conducta histórica de los individuos. Y tampoco cabe

dudar de que sean los individuos los actores materiales de muchos hechos históricos, ya obren impulsados por su conciencia personal, ya por la conciencia colectiva. En el terreno de los hechos, nadie niega esto. Es preciso, por lo tanto, reconocer un sujeto individual y un sujeto colectivo en la historia.

Pero ahora aparece la cuestión de los límites de la acción individual en la historia, y la de cual es el papel que corresponde al sujeto individual y cual al sujeto colectivo. Estas cuestiones son de una gran dificultad y están muy lejos de haber sido resueltas. Para resolverlas es necesario huir de prejuicios apriorísticos, y atenerse a los resultados del estudio objetivo de los hechos. En esto es naturalmente el estudio de los hechos actuales, *contemporáneos*, el que más acertadamente nos puede guiar. El estudio *biográfico* de las personalidades históricas, hecho a la luz de la psicología, puede ayudar en gran medida a determinar los motivos individuales o sociales de sus actos.

En principio parece claro que cuando se trata de actos políticos, religiosos, etc. de hombres cuyo pensamiento se mueve en un mundo subjetivo (de ideas), no hay dificultad en admitir que sean portavoces de la conciencia social. Otra cosa parece cuando el pensamiento se mueve en el mundo objetivo (de hechos naturales) como el de los científicos experimentales, los inventores, etcétera. Se comprende mejor como representante de la conciencia social a un Dante, un Tomás de Aquino, un Napoleón, que a un Copérnico o a un Edisson. Sin embargo, aun estos es preciso reconocer que han recibido una educación y con ella una orientación especial del pensamiento hacia aquellos problemas y aspiraciones que preocupan a la sociedad y a la época en que viven. Esto en el caso de que no admitiéramos con E. de Roberty, con Giddins y con otros sociólogos (en cierto modo aun la escuela francesa de Durkheim), la idea de que el propio espíritu individual es un producto social.

En cuanto a los límites de la acción individual en la historia, es problema acaso más difícil. Es preciso ante todo tener en cuenta que el individuo actúa siempre en el medio social, cuyas resistencias, si el individuo obra en contra de sus tendencias determinantes, son infinitamente más poderosas que las fuerzas del individuo, y cuya corriente, si el individuo obra en el sentido de las tendencias sociales, arrastran y engloban la acción individual. Esta, en todo caso, llegará a donde le permitan llegar las resistencias y corrientes del medio social.

5. Los grandes hombres —La historia nos presenta personalidades destacadas cuya acción influye innegablemente en el desarrollo de los hechos. Estas personalidades pueden ser distribuidas en dos clases, unos se destacan y actúan en virtud de la *representación social* que ostentan; así los reyes, los ministros, los diplo-

máticos, los grandes señores, los altos cargos eclesiásticos, los generales, gobernadores, etc. Otros lo son en virtud de su propio valer personal, como los santos, los filósofos, los sabios, los poetas, los artistas, los jefes de partidos, etc.

Las personalidades históricas extraordinarias que se destacan y se imponen por la gran fuerza creadora de su espíritu, se llaman *genios*, *héroes*, etc. A esta categoría pertenecen figuras como San Pablo, San Agustín, Sócrates, Platón, Keplero, Newton, Dante, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Velazquez, Julio César, Napoleón, etc. Estas personalidades han sido interpretadas de muy diversas maneras; en general han sido admirados como hombres superiores, cuyas extraordinarias facultades se atribuyeron a un don de la Divinidad, a influencias astrológicas o a otras causas misteriosas. En el siglo pasado, el médico italiano César Lombroso aventuró la hipótesis de la *psicosis del genio*; según él, el genio es un anormal, un enfermo del espíritu que sufre una tara hereditaria que produce la hipertrofia de determinadas facultades. Lombroso fué muy combatido y hoy su teoría ha quedado olvidada. Algunos positivistas, en cambio, fundados en una interpretación ingenuamente optimista de la teoría darwiniana de la evolución, supusieron si los genios eran hombres adelantados en su evolución, precursores de lo que ha de ser el hombre futuro, pues según esa interpretación optimista, ha de llegar un tiempo en que todos los hombres sean genios. Algo parecida, si bien menos ingenua, es la *teoría del superhombre*, debida al filósofo alemán Federico Nietzsche. El superhombre, que es una superación de la humanidad actual (cuya razón de ser es la producción del superhombre) no es precisamente el genio, pero es algo parecido, y desde luego, no todo genio es superhombre, aunque algunos genios han sido una anticipación viviente de ese posible ser futuro.

Desde luego, el genio, el grande hombre, se produce merced a una feliz concurrencia de condiciones individuales; pero su actuación histórica depende de su más profunda comprensión de las tendencias y aspiraciones de su país y de su tiempo. El alma social vive más profunda y más conscientemente en el espíritu de los hombres superiores, los cuales, mediante esta posesión de la conciencia colectiva, es como asumen su misión *directora*. El grande hombre es en gran parte, por lo tanto un producto social. La misión directora del grande hombre puede ser también desempeñada por lo que se llama una *élite*, es decir, un grupo de hombres de talento que sepan expresar la conciencia social de su país y de su época.

En la misión directora de los grandes hombres y de las élites, se funda el *mesianismo*, o teoría de los hombres providenciales, encargados por Dios de una misión histórica especial, como el Mesías de los hebreos, el Mahdí de los musulmanes, etc. Esta teoría ha sido acogida en parte por algunos providencialistas.

a) Son muchos los hombres que se han creído investidos por Dios de una misión histórica: así, Mahoma; así Atila, que se titulaba el *agote de Dios*. Mas comunmente, el mesianismo se reduce, como en los casos citados arriba, a una esperanza. Otras veces, el hombre providencial que ha de venir, es un personaje que ya ha existido. Así, del rey ARTUS se dice que está encantado en la isla de Avalon, y de allí ha de volver a restablecer el poderío de los celtas. El emperador Federico Barbarroja, ahogado en un río cuando iba a la cruzada, también es creencia en Alemania que vive encantado, y que ha de volver a regenerar el sacro Imperio.

b) Una curiosa manifestación de esperanza mesiánica es el *sebastianismo* portugués. El rey Don Sebastián condujo una expedición contra los marroquíes, y perdió la batalla de Alcazarquivir, en la que desapareció. Su corona fue heredada, después de varias vicisitudes, por Felipe II, con lo que Portugal perdió su independencia. Pero se dijo que el rey Don Sebastián no había muerto y que había de volver a reinar en Portugal. Esta creencia, alimentada por estampas y coplas populares y por las profecías del zapatero Baudarra, persistió mucho tiempo, hasta el punto de que en la guerra de la independencia, contra Napoleón, se esperaba la vuelta de Don Sebastián. Esta creencia fue explotada por algunos impostores, como el famoso pastrero de Madrigal, que se hizo pasar por el rey desaparecido, a quien llamau en Portugal *O Encoberto* y *O Desejado*.

c) El papel mesiánico puede también ser atribuido, no a un hombre, sino a un pueblo. Algunos poetas y filósofos polacos (Mickiewicz, Cieskowski) suponen que Polonia tiene una misión mesiánica respecto a la humanidad: es el Mesías de las Naciones, que como Cristo ha muerto y resucitado, como las vestiduras de Cristo fue repartida entre Prusia, Austria y Rusia, y como Cristo ha de servir de ejemplo de virtud y de perseverancia en el bien a todos los pueblos del mundo. El mesianismo polaco es hoy sostenido, entre otros, por el gran filósofo Vicente Lutowski.

Por último, el grande hombre puede obrar en favor o en contra de las tendencias sociales dominantes en su país y en su tiempo. En el primer caso, obra como representante de esas tendencias que, difusas en la colectividad se hacen conscientes en él, o imponiendo a la colectividad a la que inspira fé, tendencias nuevas. En el segundo caso, o representa la tradición; porque se ha refugiado en la cultura ancestral, alejándose de su época, o representa una influencia extranjera en la que se ha educado aislándose de su país. En contraste con el grande hombre, la multitud se llama *masa*. A veces el grande hombre combate las tendencias de la masa, en la que se manifiesta lo más superficial de la conciencia colectiva, defendiendo él las tendencias más profundas de esa conciencia, y el que es presentado como un enemigo del pueblo, es a lo mejor, en realidad, un gran patriota.

6. El problema del libre albedrío.—Hemos dicho también en el cap. II, párrafo I, que otro de los grandes problemas que nos presenta la consideración del sujeto de la historia es el siguiente: el sujeto de la historia (sea este individual o colectivo) ¿es libre en sus determinaciones u obra impulsado por causas distintas que su propia voluntad? Este problema, que corresponde a la filosofía y a la psicología superior, es el llamado problema del *libre albedrío*.

Aquí encontramos dos opiniones opuestas. Dicen unos (los escolásticos, la filosofía cristiana en general, muchos idealistas, algunos filósofos modernos); el hombre es libre en sus determinaciones, en su querer; entre dos motivos que se le presentan, puede elegir indiferentemente cualquiera de ellos; ante un solo motivo, puede querer o no obrar en el sentido que aquel motivo le marca.

Dicen otros (los positivistas, algunos idealistas, los panteístas...

tas, los escépticos): el hombre obra siempre determinado por el motivo más fuerte, por sus tendencias orgánicas y psicológicas, por su carácter, por su manera de ser; no tiene libertad de elección. El libre albedrío es una ilusión subjetiva; nos figuramos que somos libres, creemos que seguimos nuestra propia iniciativa, cuando en realidad no hacemos más que seguir impulsos que vienen de su naturaleza física o espiritual, o del mundo exterior. El obrar humano es causal, como el de todos los seres de la naturaleza. Si la piedra que lanzamos con nuestra mano tuviera una conciencia creería que obraba por su propia voluntad. Se llama a esto *determinismo*.

Esta discusión no llegará probablemente nunca a un término. La antinomia libre albedrío-determinismo, una de las cuatro señaladas por Kant, es acaso insoluble dentro del pensamiento racional. Por eso muchos filósofos modernos (los pragmatistas, los intuicionistas, etc.) creen que el libre albedrío no puede ser asunto de demostración racional, sino de creencia, de fé, y según otros de experiencia interior, de vivencia. Así opina Lutoslavoski, el cual dice que es inútil querer convencer del libre albedrío al que no se siente interiormente libre; el libre albedrío es una cosa que hay que conquistar, pero el que lo ha logrado, a ése es también inútil querer convencerle de que no existe. Estos argumentos aunque suficientes, es difícil que sean admitidos por los racionalistas.

Ahora bien: el determinismo supone que el obrar y el querer humano es *causal*, esto es, obedece a causas y está regido por leyes; pero, si por una parte presenta esto dificultades, aún admitiendo la causalidad natural en todo su rigor, y si por otra se admite, por lo menos, la posibilidad de la contingencia de las leyes naturales, resultará que el determinismo no podrá resistir la crítica aún racional. En todo caso, para un cristiano, la cuestión está resuelta a favor del libre albedrío.

Pero, aún admitido el libre albedrío, nos queda por determinar (siempre que ello pueda ser determinable) cual pueda ser su alcance en la historia, es decir, hasta que punto el libre albedrío humano puede introducir en el desarrollo histórico una variación imprevista o no concorde con el sentido general del devenir. Para ello, haremos las siguientes consideraciones:

1.^a El libre albedrío solo puede ser atribuido al sujeto individual. Solo el individuo autónomo es verdaderamente libre. El alma social, naturalmente instintiva, obedece por ello necesariamente a un sino inevitable. A nadie se le ocurre atribuir libertad al alma social, a ninguna agregación de hombres.

2.^a Aún el sujeto individual, libre siempre en potencia, no lo es siempre en acto. No todos nuestros actos son, en efecto, actos libres; muchos son inconscientes (actos reflejos, actos automáticos, actos instintivos); otras veces nos dejamos llevar de los motivos más poderosos. El acto libre exige atención y esfuerzo, que nosotros muchas veces no ponemos en nuestro obrar; más bien

tendemos a rehuir el esfuerzo, por lo cual puede decirse que pocas veces obramos libremente. Poseemos la libertad, pero pocas veces la ejercitamos. Esto observa muy acertadamente el Cardenal Mercier, objetando contra los contradictores del libre albedrío.

3.^a Es preciso tener en cuenta que el libre albedrío se refiere al *querer* y no al *hacer*. Somos libres de querer, no de hacer lo que queremos. Una cosa es nuestra intención y otra el resultado de nuestros actos. Nosotros podemos querer hacer una cosa y encontrarnos impedidos de obrar por resistencias y fuerzas externas que se oponen a nuestra acción: el paralítico es libre de *querer andar*, no de *andar*. También podemos obrar y nuestros actos no dar el resultado apetecido: podemos fracasar y de hecho fracasamos en muchísimos casos. Ahora bien, la historia se refiere a los hechos externos, no a las intenciones.

Por todo lo expuesto se verá claramente que el libre albedrío humano tiene en el devenir histórico un papel realmente insignificante. No explica, ni las formas culturales ni la marcha general de los hechos. No así en los hechos particulares y circunstanciales, que constituyen lo que algunos llaman el azar histórico, en los cuales el libre albedrío debe ser tenido en cuenta.

XXV

El problema de la Cultura

1. Cultura y civilización.— Hemos estudiado ya el problema epistemológico de la historia, el del sujeto y el de la vida social; nos queda lo referente a los otros dos elementos del concepto de la historia: la cultura (objeto de la historia) y la evolución (que es la historia misma, objetivamente).

Respecto de la cultura, tenemos que tratar de determinar: 1.^o su naturaleza y origen; 2.^o si es una o múltiple; 3.^o su evolución, con lo que entramos ya en el estudio de esta.

Vamos a estudiar primeramente la naturaleza y origen de la cultura. Hemos definido la cultura, en el capítulo I, párrafo 1, c, y en el XIII párrafo 4, como el conjunto de todos los productos de la actividad humana, o sea, siguiendo la definición de Hoernes: todo aquello que el hombre con su inteligencia y trabajo, añade a lo que ha recibido de la naturaleza, para cumplir fines humanos. Esta definición, importante y desde el punto de vista de la investigación histórica y etnológica, muy suficiente, no deja de ser una definición

puramente descriptiva. Para llegar a una que nos dé a conocer la naturaleza íntima de la cultura, es preciso pasar revista a todos los más importantes problemas de la filosofía moderna.

En primer lugar, necesitamos precisar la significación de dos términos que en el lenguaje corriente se suelen emplear como sinónimos: son los de *cultura* y *civilización*. Son varias las acepciones que se suelen dar a estos términos: unos dan el nombre de cultura a lo que hemos llamado cultura *espiritual* (caps. I, párrafo 1 y XIII; párraf. 4) y civilización a la que llamamos cultura *material*; otros, precisando más, llaman civilización a todo lo que significa dominio del hombre sobre la naturaleza, y cultura a lo que significa dominio del hombre sobre sí mismo. En este sentido, sería civilización la economía, la agricultura, la industria, y hasta cierto punto, la ciencia; y cultura la religión, la moral, el derecho, el arte, ciertas manifestaciones científicas. No falta quien invierte totalmente estas últimas significaciones. Otros consideran la civilización como un estado más avanzado y más perfecto de la cultura. Ultimamente, Spengler llama cultura al período de ascensión y de fuerza y civilización al de cansancio y decadencia; en el primero predomina el producirse sobre lo producido, en el segundo, al contrario: la civilización representa lo concluso, lo acabado, lo ya hecho.

En todo caso, la expresión cultura es más adecuada para designar la vida del espíritu creador en sus actividades verdaderamente libres y humanas, que todos llamamos superiores: religión, arte, derecho, moral, ciencia pura, sociabilidad; y la expresión civilización envuelve la idea de complicación, de artificialidad, de organización, de regla, de mecanismo. No cabe duda de que el Estado moderno, con su exceso de legislación y de intervención en la vida privada; el cientificismo que pretende racionalizar y someter a reglas la vida entera; las máquinas y las aplicaciones científicas hipertrofiando y standardizando la producción y mecanizando el vivir; la organización refinada del tráfico, el crédito, etcétera mercantilizando todos las manifestaciones sociales, etc., son productos de la civilización y nada tienen que ver con la cultura propiamente dicha. En suma, la civilización viene a coincidir aproximadamente con lo que llamamos (en su sentido más amplio) la *técnica*.

La técnica nace de la cultura, es un producto cultural que con el tiempo se hipertrofia y se desarrolla excesivamente (y parasitariamente) a expensas de la cultura, cuyas fuerzas llega a agotar. Esta hipertrofia de la técnica es lo que constituye la civilización; y como esta hipertrofia acontece en las épocas de decadencia, de aquí que este concepto, en lo cronológico, coincida con el de Spengler. Hay, pues, una verdadera oposición, en cierto respecto, entre cultura y civilización.

2. La oposición entre naturaleza y cultura—En cambio los modernos filósofos idealistas (y singularmente los partidarios de la llamada filosofía de los valores) tienden, sin hacer distinción entre cultura y civilización, sino comprendiendo ambas dentro del término cultura (muy usual en Alemania); a oponer esta a la naturaleza. Se concibe la cultura como una lucha del hombre con la naturaleza (esto es, el mundo exterior); se cree que por la cultura el hombre se emancipa de la causalidad natural, y aplica su actividad a la naturaleza para dominarla y hacerla servir a los fines del hombre. Esta idea, cuyo germen se encuentra en los filósofos del Renacimiento, y muy singularmente en el inglés Francisco Bacon, parece servir de norma a nuestra civilización occidental. Se dice que lo que distingue al hombre de los animales es precisamente el concebir algo superior a la naturaleza: ciertas normas o principios directores de la conducta total, los *valeres* y el tratar de modificar la realidad natural dada, con arreglo a esos valores. Y aún añaden algunos que la naturaleza representa el conjunto de las resistencias que se oponen a la acción del hombre, el enemigo de éste.

¿Es legítima esta manera de ver? ¿Tiene el hombre derecho a erigirse en ser autónomo, aparte y dominador de la naturaleza? ¿Es la cultura algo esencialmente distinto de lo natural? Veamos.

En el hombre hay, indudablemente, algo exterior y superior a la naturaleza: el *alma* inmortal. Esta tiene una importancia decisiva en la actuación sobrenatural del hombre; pero esta interesa a la religión; pero quien actúa en la historia es el *compuesto humano* y éste obra condicionado por su naturaleza material, es una parte de la naturaleza, uno de sus elementos actuantes, un ser entre los seres naturales. No puede, por lo tanto, oponerse a ella como un ser aparte y libre de su influjo. Además, la naturaleza exterior al hombre ¿es solo materia, es esencialmente, puramente material? Es, por lo menos, dudoso. ¿No actuarán en ella otras fuerzas sobrenaturales distintas de las del hombre? No lo sabemos ciertamente, pero es posible. Luego el hombre no es un ser aparte, y la evolución humana, la evolución histórica, no es, como veremos, más que una parte, un aspecto, de la evolución natural.

También es cierto que el hombre modifica con sus obras (caminos, canales, cultivo, edificación etc.), aunque sea mínimamente, el aspecto exterior de la naturaleza terrestre, única que está a su alcance; pero todos los seres naturales contribuyen, y algunos en mayor escala que el hombre, a modificar con su acción la faz y la economía de la tierra. El hombre utiliza para su servicio los recursos y las energías naturales (materiales, luz, calor, electricidad, etc.); pero también lo hacen los demás seres vivos, sin que haya en este orden entre ellos y el hombre más que una diferencia de grado.

La cultura además, no es tampoco un producto exclusivamente humano: hay animales que poseen cierto grado de cultura.

Efectivamente, el reconocimiento de una jerarquía de valores es característico de la cultura; pero hay que tener en cuenta que estos valores universales así expresados, son meras abstracciones que nada significan, simples palabras vacías, si prescindimos de su contenido histórico, el cual es eminentemente temporal y variable. Es verdad que todos preferimos lo bello a lo feo, lo justo a lo injusto; pero lo esencial es determinar en cada caso lo que es bello y lo que es justo, y el hecho es que en una época y en un pueblo se tendrá por bello y por justo, lo que en otro pueblo o en otra época se tendría por feo y por injusto. Lo importante es, pues, el *contenido* de los valores, no su forma lógica vacía.

Pero los idealistas pretenden que el verdadero contenido de los valores no es su contenido histórico, sino su contenido ideal y trascendente el cual es eternamente y universalmente válido, y aun hay algunos que pretenden que en el curso de la historia nos vamos acercando indefinidamente, cada vez más a esos ideales. Mas ¿cuales son, en suma, esos ideales? Nadie nos lo podrá decir de un modo que satisfaga universalmente a todos los hombres (esto lo reconoce por ejemplo, Rickert); cada uno nos presentará como tales los de su época y los de su raza, y ninguno nos podrá demostrar su realización progresiva.

Aún aceptando, como no podemos menos de aceptar, como insuperable, la variabilidad histórica del contenido de los valores, podemos hasta cierto punto superar su relatividad, si conseguimos establecer entre ellos una jerarquía, si logramos encontrar algún valor o algún grupo de valores fundamentales que sirvan para contrastar la validez de los diversos contenidos. El problema se pone del modo siguiente: ¿queremos, estimamos nosotros estos valores (lo verdadero, lo bello, lo bueno, lo justo, lo útil, etc.) por sí mismos, o por consideración a alguna otra cosa? Es decir, por ejemplo: ¿estimamos lo justo solamente por ser justo, o hay algo exterior a la justicia que nos obliga a estimar lo justo? El filósofo alemán Federico Nietzsche, y tras él los neorrománticos e irracionales, atribuyen el valor supremo a la *vida* fenómeno primario e inmediato (que corresponde a lo que hemos llamado *el producirse* mientras que los valores, en cuanto productos humanos, pertenecen a lo *producido*, y más cuando se trata de ideales concebidos perfectos y tenidos por intemporales), que es el que da sentido a toda creación humana: son valores verdaderos y dignos de estimación, los que sirven para exaltar y elevar la tensión y la fuerza de la vida; son valores falsos los que tienden a su negación o contribuyen a su debilitación o rebajamiento. Contra esto protestan los idealistas: Rickert sostiene que la vida por sí no tiene valor; no toda vida es valiosa (y cita como ejemplo los ratones, chinches y pulgas, con lo cual confiesa un antropocentrismo que habría que justificar, y que no deja de ser vitalista: odiamos a esos animales por que son perjudiciales a nuestra utilidad vital); estimamos más una vida consagrada al servicio de los valores y a la producción

de bienes culturales. Pero esta observación de Rickert, indudablemente exacta, no nos explica que los valores valgan por sí, y menos que valgan más que la vida. Los valores no son tales sino cuando se incorporan a los objetos reales como cualidades, y no cuando los consideramos como esencias abstractas. El que nosotros los separemos por abstracción de los objetos no autoriza a erigirlos en valores en sí.

El espiritualismo pone por lo tanto el valor supremo en la vida, cuya última esencia es espiritual (naturalmente, no en el sentido del idealismo, sino en un sentido, por decirlo así, sustancialista). Por lo tanto los valores lo son en cuanto sirven o manifiestan la expansión de la espiritualidad (de la cual, la vida orgánica es acaso un resultado) y la vida espiritual no ha de entenderse en ningún caso como opuesta a la vida orgánica (vegetativa y sensitiva), sino al contrario: podemos concebir, como dice Ortega y Gasset, una futura biología general que comprenda también la vida sobrenatural, como una de las formas posibles de vida. En cambio, una alta espiritualidad puede manifestarse algunas veces como contraria a la cultura, como sucede con los yoguis indos, los filósofos cínicos griegos y romanos y aún con los anacoretas cristianos.

En todo caso, la teoría de los valores nos descubre, por lo menos la índole espiritual de la cultura.

4. El origen de la cultura—En primer lugar, aceptando los valores como principios directores de la cultura ¿dónde aparecen esos valores? En la conciencia colectiva, en el alma social. Pueden ser creación directa de ella, pueden acaso venir de Dios—principio y garantía suprema de todo valor—pero en todo caso, es en el alma social donde Dios los pone. Ninguna norma puede tener validez real (vigencia) si no encarna en la conciencia social. Aun suponiendo, como los idealistas, que los valores tuvieran validez en sí mismos, no podrían informar la cultura si no obtuvieran la adhesión de la conciencia colectiva, si no fueran por esta *reconocidos* como tales. De hecho, los valores no son impuestos a cada uno de nosotros por la opinión aceptada en la sociedad en que vivimos, es decir, por la conciencia social; es esta la que nos sugiere esos valores o nos obliga, hasta en ocasiones por medio de la coacción, a reconocerlos. De niños nos los inculcan en la familia y en la escuela, y de grandes, si nuestra conducta los viola gravemente, se nos castiga, bien por la autoridad pública, bien por la opinión. De aquí lo que ya hemos dicho repetidas veces: que toda cultura es social.

La cultura tiene su origen en el alma social; es a la vez la forma de la acción del alma social en el mundo, su producto natural y la manifestación exterior de su vivir. El alma social se *plasma* en creaciones culturales.

Cada sociedad natural completa es una vida. Una sociedad (o un grupo de ellas que formen una agrupación cultural) es vida creadora de formas culturales solidarias entre sí (una cultura). Cada forma, cada creación cultural es un *símbolo* del alma que la produce, y su conjunto orgánico es una *fisonomía*. La cultura es, en sentir de Spengler, como el cuerpo que corresponde al alma de un pueblo o de un grupo de pueblos. El gran pensador alemán supone que la cultura es como el desarrollo de un símbolo primario (el cuerpo aislado para la cultura antigua, el camino para la egipcia, la cueva para la árabe, etc) en el que se expresa la sensación del espacio de cada alma, la cual, a su vez, es dada por el paisaje. Aun cuando esta concepción pueda parecer atrevida, no hay duda que el paisaje tiene una significación decisiva en las representaciones fundamentales de un pueblo, sobre todo al salir del estado de precultura.

Efectivamente: ¿Que es en suma el alma social sino una común reacción ante un determinado medio geográfico? La biología moderna asegura que entre cada ser y su medio hay una correspondencia y una educación perfecta, de modo que ser y medio forman una suerte de conjunto indisoluble, una verdadera conjugación, la cual no previene, como pensaban los darwinistas de una larga y trabajosa adaptación que solo se conseguía después de varias generaciones, sino de una suerte de *preadaptación*: cada ser viene ya preformado para su medio. Entre el alma social y el medio geográfico ha de haber también, y acaso de un modo más refinado estrecha correspondencia. El medio no solo conforma la vida de los pueblos, sino también su espíritu, cuyas impresiones primordiales, decisivas para formar una concepción del mundo, provienen del paisaje. El paisaje es la representación psíquica del medio geográfico.

He aquí como nos encontramos otra vez con los factores de la historia. Otro de los determinantes bien se comprende que ha de ser el factor étnico, pues las impresiones dichas se reciben en un alma que ha heredado ciertas disposiciones, y ya se dice que lo que se conoce, al modo del cognoscente es conocido.

a) Por esto hemos dicho en un trabajo anterior que la tierra alimenta al cuerpo con las *especies físicas* y al alma con las *especies sensibles*. Recordamos aquí cuanto se ha escrito últimamente en Galicia sobre el alma y el destino de los pueblos célticos, localizados en los *Finisterres* europeos (Irlanda, Bretaña, Galicia) y de la impresión en ellos causada por la contemplación del gran Océano occidental (el Atlántico). A esto han atribuido muchos, entre ellos Usamuno, ese sentimiento que nosotros y los portugueses llamamos *morriña* y *saudade*.

5 Unicidad y multiplicidad de la cultura.—Un imperfecto conocimiento de la cultura de los pueblos exteriores al círculo cultural del Occidente europeo, unido al envanecimiento de los occidentales con su propia cultura, hizo que durante mucho tiempo se creyera que en el mundo no había más que una sola forma

de cultura; la cultura, o como acostumbraban a decir los historiadores del siglo pasado, *la civilización de la Humanidad*, la cual progresaba indefinidamente en una única dirección lineal. Las distintas y variadísimas formas de cultura que nos presenta la historia no representan, según esa concepción, sino *variedades* que en otro tiempo ha tenido la *civilización* única, o diversos *estadios* o etapas por los que la *civilización* ha pasado. Aun hoy encontramos pueblos en estado precultural (los llamados *salvajes*), y otros que son cultos, pero que poseen concepciones e ideas muy diferentes de las nuestras, como lo es también su organización social, su economía, su arte, su vestido, etc. La concepción unitaria de la cultura supone en estos casos que los salvajes no han entrado aún en la vida de la *civilización*, en la *corriente del progreso*; y que los pueblos de cultura diferente de la nuestra (a los que postulando gratuitamente nuestra superioridad, llaman desde luego *bárbaros*) son pueblos *estacionarios*, cuyo progreso se ha *detenido* en una de las etapas de su desarrollo histórico. No se medita en el absurdo de llamar bárbaros a pueblos de civilización refinadísima, como los indos y los chinos (ambos en período de decadencia); solo se hace una excepción con los antiguos griegos y romanos, especialmente con los primeros, a los que, a causa de la idolatría que hacia ellos se despertó en el Renacimiento y en el tiempo de la Ilustración, no hay quien se atreva a llamar bárbaros. Suponen también que nosotros hemos heredado y desenvuelto o hecho *progresar*, la cultura grecorromana, como los griegos y romanos habían heredado la cultura oriental. De aquí la absurda división de la historia en Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea, y de la Antigua en Oriente, Grecia y Roma, y la extraña idea de que la *civilización* sigue el curso del Sol; nace en Oriente, se desarrolla en Grecia y Roma, se perfecciona en el Occidente de Europa, y será continuada en América, y... suponemos que vuelta a empezar... De aquí también la teoría de las aportaciones de los diversos pueblos al *acervo común* de la *civilización*: Oriente nos habría dado la religión, Grecia la ciencia y el arte, Roma el derecho, etc.

Aunque parezca mentira, estas ideas son aún las dominantes en los libros de texto y en los artículos de periódico, y aún hay hombres ilustres que las defienden: estas son las ideas del novelista inglés H. G. Wells, en su *Esquema de la Historia*, y el propio filósofo Rickert, muchísimo más serio que Wells, afirma tranquilamente que los griegos *crearon la ciencia*.

Pero, naturalmente, un mayor ensanchamiento del horizonte espiritual, un más minucioso conocimiento de la historia de los pueblos asiáticos y africanos y americanos propiamente dichos, el gran desarrollo de la etnología, no podían menos de herir de muerte aquella estrecha y unilateral concepción de la unidad de la cultura. Efectivamente, hoy no se admite una *civilización de la humanidad* (la *humanidad*, no es más que una especie zoológica

—o una abstracción—como decía Goethe). No hay una sola y única cultura de que las culturas de los pueblos históricos sean etapas o simples variedades; la cultura es múltiple, hay muchas culturas, distintas e impenetrables entre sí, que no progresan indefinidamente ni se integran unas en otras, sino que cada una tiene un ciclo vital propio. Esta concepción se debe principalmente a los etnólogos de la escuela histórico-cultural, muy especialmente a León Froebenius; pero quien la ha expuesto en forma más grandiosa y fecunda, llevándola más lejos, fué Oswald Spengler, cuya doctrina tiene su lejano precedente en la teoría de los ciclos del italiano Vico.

Una cultura es un organismo que vive unido a una tierra y tiene su forma propia, su vida propia, su propia alma, y se forma como hemos explicado en el párrafo anterior. Cada una es totalmente distinta de las demás, y viene encerrada en sí misma. Cada una tiene, como indica Froebenius, un área geográfica de expansión determinada; pero no hay transmisión ni fusión de culturas. Se transmiten, sí, elementos culturales aislados; estos pueden ser incorporados por otra cultura (a cuyo fenómeno se llama *acculturación*) o simplemente tomados y repetidos; pero esos elementos, al transmitirse, pierden su sentido originario (si son acculturados, reciben el sentido que les da la cultura que se los apropia. El alma de la cultura es incomunicable. Puede una cultura vivir incidentalmente bajo las formas exteriores de otra (a este fenómeno llama Spengler *pseudomorfosis*) pero entonces le da un sentido diferente a esas formas. Ejemplo: nosotros empleamos formas de la arquitectura griega, o estudiamos las obras de Platón, pero les damos otro sentido diferente del que le daban los griegos; los japoneses visitan y a veces construyen a la europea, estudian nuestras ciencias, etc., pero no penetran en el sentido que nosotros les damos: las viven con un alma distinta. No pueden, pues, ser una cultura continuación de otra; cada una tiene su ciclo vital separado; nacen de un fondo común de pre-cultura y pasan por su período de juventud (cultura), madurez y caducidad (civilización), y al fin mueren y desaparecen, según Spengler, o se adormecen, según Froebenius.

La teoría de la unicidad de la cultura pertenece ya por lo tanto al pasado.

Spengler distingue ocho grandes culturas históricas que son: la *china*, la *india*, la *abilónica* (con la Persia antigua y los pueblos del Asia anterior: hittitas, amorreos, hebreos, etc.), la *antigua*, grecorromana o mediterránea, hasta Diocleciano (que él llama *apolínea*), la *árabe* o cristiana primitiva (antigua decadente desde Diocleciano, cristiana primitiva y gnóstica, persa sasánida, bizantina, islámica; él le llama *mágica*), la *occidental*, o germano-cristiana, en Europa occidental desde el año 1000, y después en América (él le llama *fidustica*) y *americana*, del antiguo México, Centro América y Perú. La última de todas, la occidental, está ya

en periodo de decadencia, y está para formarse la cultura *rusa*, encubierta desde Pedro el Grande bajo una pseudomorfosis occidental. Exacta en sus grandes rasgos, esta división no deja de presentar ciertas dificultades, como lo es la cultura mágica y la americana.

También se distinguen varios tipos de culturas inferiores (precultura) cuya clasificación más admitida se debe al P. Schmidt y la hemos dado en el cap. XIII.

6. Apreciación de la cultura.—Aunque no pertenezca de lleno a la filosofía de la historia, es digno de tratarse este problema, por su importancia, sobre todo para los maestros.

Seignobos termina su manual elemental de historia de la civilización con la pregunta, tantas veces formulada, de si la civilización (esto es, la cultura) hace a los hombres más felices. El ilustre historiador responde, como no puede menos de responder, que a fin de cuentas, las ventajas y los inconvenientes de la cultura, se compensan, y que el hombre, en cuanto a su felicidad, nada gana ni pierde con ella, por lo cual no podemos decir que el civilizado sea más ni menos feliz que el salvaje, ni viceversa. En efecto: si la vida de los hombres incultos puede ser a veces más difícil y menos cómoda, también los cultos están expuestos a una constante excitación de sus deseos, no siempre satisfechos, de todos los llamados bienes de la cultura, y al hastío que produce el exceso de tales bienes; el hábito hace que los incultos (además de no desear lo que no conocen) sienten menos sus privaciones, y los cultos den menor importancia a las ventajas que poseen.

No todos son, empero, del mismo parecer: hay *optimistas* que teniendo la cultura como cosa excelente para la felicidad de los hombres, desearían extender a todos los pueblos sus *beneficios*; hay *pesimistas* que por el contrario, creen que la cultura es eminentemente dañina para el hombre y desearían suprimirla. Como la discusión se mueve principalmente alrededor de nuestra civilización occidental, la dejaremos para el final de este párrafo.

Peró fuera de lo que se refiere a sus efectos beneficiosos o perjudiciales para el hombre, el problema puede considerarse desde un punto de vista más elevado: puede preguntarse si la cultura tiene un valor en sí, y si es por lo tanto digna de la atención y del esfuerzo del hombre. Ya hemos dicho que puede una alta espiritualidad sentir menosprecio por la cultura y negarse a colaborar en ella: tal es la actitud *ascética* que se da en todas las religiones y en muchas doctrinas filosóficas; hemos citado ya a los yoguis de la India, a los filósofos cínicos de la antigua Grecia y a los anacoretas cristianos, que renunciando a todas las ventajas de la cultura, llevaban y llevan una vida corporal en realidad restituida a la naturaleza. Dicen los ascetas que en la vida culta, el hombre se hace esclavo de los bienes culturales, perdiendo su libertad inte-

rior y distrayéndose de su fin supremo, del servicio de Dios y de la práctica de la virtud.

Son además muchos los filósofos, en todos los tiempos y países, que han negado el valor de la cultura. Citaremos, como más conocidos, al chino Lao-tsé, fundador de la doctrina llamada *taoísmo*, el cual dice que el verdadero sabio no se preocupa de la cultura, y que si él gobernara un pueblo, lo volvería al uso de los cordoncitos con nudos (escritura primitiva de los chinos), y que si hubiera otro pueblo tan próximo que el canto de los gallos y el ladrido de los perros se oyeran de uno a otro, los habitantes de su pueblo morirían sin haber visitado aquel pueblo vecino; Juan Jacobo Rousseau, que opone al estado de cultura el de naturaleza, en que los hombres eran libres, iguales, felices y vivían en paz entre sí y dice que el hombre es naturalmente bueno, siendo la sociedad y la cultura las que lo corrompen; el Conde León Tolstoy, que menosprecia y ataca la ciencia, la cultura, la educación y la política, y proclama un ideal de vida sencilla y rústica. Estos y otros muchos contradictores nos prueban que, a pesar de cuanto se ha escrito acerca del particular, no hay una justificación del valor de la cultura que pueda pretender un asentimiento universal. Acaso lo que sucede es que cuando se mueven las más acervas críticas contra la cultura es en las épocas de decadencia, o sea de civilización, esto es, cuando la cultura artificializada y mecanizada se apodera de todas las manifestaciones de la vida humana y la invade tan por completo que ahoga toda espontaneidad y mata el espíritu.

Es lo que ocurre en nuestros días en Occidente, y aún en Oriente, con el extraordinario desarrollo de la técnica y de la aplicación de las ciencias, el cual no solo multiplica las máquinas, sino que mecaniza la vida entera, sometiéndola a reglamentación minuciosa y a un control social y científico constante y abusivo que la hace vulgar, prosaica, fría, artificial, infecunda y sin alma. Nuestra vida es además excesivamente agitada, febril, trepidante, llena de preocupaciones económicas y hedonistas, y de aquí el agotamiento y el hastío, las enfermedades nerviosas, el vicio refinado, la irreligiosidad, la desorganización de la familia y de la sociedad, que se convierte en un agregado informe de individuos, la despoblación de los campos, la hipertrofia de las ciudades, la disminución de nacimientos, y en suma, la degeneración de las razas. Es cierto que muchos de estos fenómenos son propios de toda decadencia (muchos de ellos se dieron en el Imperio Romano, por ejemplo); pero también lo es que nuestra civilización presenta ciertos caracteres teratológicos, morbosos, que no conocemos en ninguna otra.

Claro está que no le faltan panegiristas al progreso mecánico, aún entre los poetas, ejemplos: el yanki Walt Whitmann, nuestro Curros Enríquez, el belga Verhaeren y el italiano Marinetti; pero la campaña contra él viene ya desde sus comienzos. En ella

se han distinguido, además del ya citado Tolstoy y otros muchos que no citaremos, el inglés John Ruskin, que creó numerosa escuela. En general, es en Inglaterra donde el progreso y el maquinismo han tenido más enemigos. En nuestro tiempo se ha levantado un gran movimiento de crítica contra la civilización mecánica y aún contra la ciencia moderna. En gran parte, el llamado *movimiento de los jóvenes (Jugendbewegung)* en Alemania, tenía ese sentido. En general, las opiniones están divididas: quedan aún fervientes del progreso maquinista, como el novelista inglés Wells y el fabricante americano Henry Ford (ambos viven de él); pero la mayor masa es la de los contradictores. Entre ellos, unos como el alemán Juan Müller, muchos conductores del movimiento de los jóvenes y el indio Mahatma Gandhi, abominan resueltamente de él y proclaman una vuelta a la naturaleza y al ruralismo; otros, como el Conde Hermann Keyserling, Walter Rathenau, y el poeta Stephan George, quieren conservarlo, pero quieren infundir en nuestra civilización un nuevo espíritu que se oponga a los abusos y funestas consecuencias del maquinismo y del intelectualismo. Por su parte, Spengler viene a decir que es preciso aceptarlo como inevitable y obrar en el sentido que nos marca, por ser el único posible.

XXVI

La Evolución histórica

1. El concepto de evolución.— Como hemos dicho en el capítulo I, párrafo I, d, todo cuanto vive está sujeto a cambio, a un proceso, a una serie continua de transformaciones. Más no solo cuanto vive, sino cuanto existe. Pues bien: el conjunto, la serie, el proceso de los cambios que experimenta un ser, es lo que se llama su evolución. Hemos dicho también, en el mismo lugar, que los grupos humanos y los conjuntos culturales (ahora podemos decir ya las culturas) están sujetos también, como todos los seres, a un ciclo o proceso vital, a un cambio o serie de cambios, a una evolución, y que el objeto propio de la historia era precisamente el *proceso*, la *evolución* de la sociedad y de la cultura. De aquí que el problema fundamental y, por decirlo así, *específico* de la historia, sea el problema de la evolución.

Examinemos detenidamente este concepto. Aunque el hecho de la evolución universal estuvo siempre patente a la observación

de los hombres, la ciencia no siempre reparó en él. Se explica, por el hecho de que la ciencia; es decir, la forma de conocimiento científico que nosotros estamos acostumbrados a tener como tal (y que, como hemos insinuado, no es la única posible) atendió siempre de un modo primordial, no a lo que pasa, sino a lo que permanece; no a lo mudable, sino a lo fijo; su aspiración ha sido siempre a encontrar lo permanente en medio de lo mudable. Como decían algunos pensadores griegos (por ejemplo, los eleatas) lo que cambia, lo que pasa es *lo que no es*; lo que queda, lo que permanece, es *lo que es*. Ciertamente que ya en Grecia, Heráclito de Efeso dió la idea de que la única realidad es el cambio, el fluir constante de las cosas; pero en general, la mentalidad griega era refractaria a esta idea, era, como dice Spengler, *ahistórica*, y es posible que la influencia del pensamiento griego en el nuestro haya contribuido a la tardía atención que obtuvo este concepto. Lo cierto es que el concepto de evolución, de *devenir*, no llega a tener un papel preponderante en la filosofía occidental hasta Hegel, en quien forma la base de la filosofía de la historia. Después se introduce en las ciencias naturales, principalmente con Darwin y su teoría de la transformación evolutiva de las especies, que ya hemos estudiado en el capítulo VIII. En manos de los positivistas, la evolución fué la explicación de todo, como hemos visto con la teoría de la evolución superorgánica, continuación de la evolución biológica, como esta lo era de la evolución geológica y esta de la evolución planetaria. Todavía hoy, H. G. Wells comienza su historia universal por la formación del sistema planetario, y no solo él, sino la publicada en Francia bajo la dirección de Henry Berr, y que es obra de otra seriedad que la del novelista inglés. Según esto, la evolución del sistema solar, la geológica de la tierra hasta hacerse habitable, la de las especies vivas, animales y vegetales, la del hombre y la de las sociedades, formaría una línea continua: la materia cósmica condensada daría origen a los minerales, la materia mineral llegaría por síntesis química a hacerse materia viva, la materia viva en su complejidad funcional daría nacimiento a la vida psicológica y esta a la vida social. Ya hemos dicho que hoy se oponen a esto serios argumentos.

Pero en todo caso, la ciencia natural no deja de concebir la evolución de una manera en cierto modo discontinua: como una *sucesión de estados*, lo cual nos dá una idea falsa de la evolución. Tampoco es aceptable definirla, como lo hemos hecho provisionalmente, diciendo que es una serie de transformaciones: la transformación es continua; la evolución de un ser es en realidad un solo *proceso*. Esto lo expresa la palabra *devenir* (*Werden*), venir a ser empleada por Hegel. Spengler opone al concepto naturalista de la evolución, los conceptos del *producirse* y del *protofenómeno*, a los que Goethe debe sus descubrimientos en ciencias naturales. Toda evolución es un *desenvolvimiento*, un *desarrollo*; en la semilla está preformada la planta, el animal en el embrión. Y no hay

diferencia, ni propiamente discontinuidad entre la evolución natural y la evolución histórica (ya hemos dicho que esta es un proceso natural). En un ser cualquiera está ejemplificado el proceso entero de la evolución: contemplemos el desarrollo de un árbol, el crecimiento de un animal, y tendremos una idea clara de como la evolución se produce.

2. Interpretación del proceso histórico. Teoría de la caída.

—Hemos dicho que la idea de la evolución es moderna en la ciencia occidental. Sin embargo, el movimiento de la historia es demasiado patente para que no se haya tratado en todo tiempo de buscarle explicación. Efectivamente, ha sido objeto de numerosas interpretaciones: estas interpretaciones son la filosofía de la historia. Ahora bien, entre todas ellas destacaremos cuatro como fundamentales: 1.^a la interpretación mística, o pesimista: *teoría de la caída*; 2.^a la interpretación idealista u optimista: *teoría del progreso*; 3.^a la interpretación orgánica o *teoría de los ciclos*.

La primera es la más antigua y tiene un origen religioso, encontrándose en muchísimos pueblos. Supone una época primitiva de paz, de felicidad y de virtud, a la que, por los pecados de los hombres, sigue otra de castigo y expiación, que es la actual, o sea la propiamente histórica, pues la otra suele ser mítica. Los chinos y los egipcios suponían una primera época de *reyes divinos* que habían enseñado a los hombres las artes y las ciencias, y otra época posterior, en que los hombres hacen un mal uso de aquellos conocimientos. Semejantes tradiciones pueden rastrearse entre los caldeos (el pez Oannes), los maya-kichés (Quetzalcoatl), los peruanos (el Sol y sus descendientes los Incas) y otros muchos pueblos.

Va hemos hablado en el cap. III párrafo 6, de las cuatro edades del mundo o *Yugas* de los indios, en las cuales se supone un estado primitivo de pureza, perfección y felicidad, que van decayendo progresivamente en las siguientes, hasta llegar al actual *Kali-Yuga*, edad negra, de la obscuridad o de la obcecación rematada; y también de la misma idea entre los griegos, con sus edades de Oro, Plata, Cobre y Hierro.

Análoga es la idea judeo-cristiana del *Paraíso* y el *Pecado original*: el hombre gozó en el Paraíso de una existencia feliz y virtuosa. No tenía entonces cultura, no le hacía falta: la naturaleza le daba pródigamente cuanto podía apetecer. Pero apeteció la ciencia, y pecó. Entonces fué castigado, arrojado del Paraíso, y comenzó la expiación, es decir, comenzó la historia. La historia es una expiación; la cultura, un castigo. Pocos han penetrado en la profunda significación de este relato, el más terriblemente dramático de todos. Más aun no se detuvo aquí la prevaricación humana, y entonces atrajo sobre los hombres el *Diluvio*; y aún después del Diluvio la soberbia del género humano levantó la *Torre de Babel*.

Se ve aquí la idea de una progresiva degeneración moral de la humanidad. Pero no es esto sólo; la filosofía de la historia de los primeros autores cristianos (San Agustín, Paulo Orosio) introduce, al lado de la idea de la *expiación*, la idea de la *lucha*, del permanente combate entre el bien y el mal, entre la Ciudad de Dios, formada por los escogidos, y cuya forma visible es la Iglesia, que por eso se llama *militante*, y la Ciudad de Satán, que se opone a ella; el éxito final de la lucha está asegurado a favor del bien, desde que Jesucristo derramó su sangre en el Calvario; pero hasta el último día no se manifestará directamente la gloria de Dios sobre la tierra, y mientras tanto, la vida del cristiano es milicia en el mundo, y muchas pruebas le quedan por pasar a la Iglesia, pues aún en las vísperas del gran juicio, ha de soportar el reinado del Antecristo, con la mayor persecución que registra la historia. Además, hay que tener en cuenta que la victoria del bien no es en este mundo, sino en el mundo sobrenatural.

Esta concepción profunda y grandiosa—y exacta, por lo demás, para los que creemos—no tiene nada de optimista, desde el punto de vista puramente humano. Ahora bien, no afecta tampoco al problema fundamental de la historia profana; verdadera para lo que se refiere a la vida religiosa, no se refiere para nada a los otros órdenes de la vida, dejando por lo tanto nuestros problemas en pie. Sin embargo, este esquema y la dirección providencial de la historia, por lo menos en lo que atañe a la vida religiosa, puede explicar muchos acontecimientos que, siendo incidentales desde el punto de vista en que aquí consideramos la evolución, no por eso tienen menor importancia. No se puede, con fundamento sólido, rechazar la posibilidad de que la conducta de algunos hombres sea inspirada, y de que muchas calamidades sean castigos o advertencias providenciales.

3. Teoría del progreso.—Diametralmente opuesta a la anterior, es la teoría del progreso. Aquella coloca la perfección humana en el remoto pasado de los orígenes; esta en el remoto futuro. Supone una perfección constantemente acrecentada de la vida social y cultural.

Sus orígenes no están bien determinados; pero es lo cierto que en el Renacimiento, aparece en el filósofo italiano Giordano Bruno, autor de un notable sistema panteísta. Mas cuando la idea del progreso llega a dominar en la filosofía, es en la época de la Ilustración. La representan entonces principalmente el francés Condorcet y el alemán Herder. El primero, en su *Ensayo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, cree que siendo la naturaleza humana perfectible por esencia, esto indica la perfectibilidad indefinida de la humanidad, sin que a ella pueda oponerse la limitación de nuestras facultades, pues estas no han tenido las aplicaciones y desarrollo de que son susceptibles ya que

la humanidad encierra recursos de progreso que el tiempo irá descubriendo. Para probarlo, divide la historia en diez épocas y va estudiando en ellas los progresos sucesivos.

Mucho más profundo, Herder considera la naturaleza, el universo como una manifestación exterior de la Providencia creadora, manifestación que se desenvuelve en una serie de fuerzas naturales jerarquizadas del mineral al vegetal, del vegetal al animal, del animal al hombre, que es la creación más perfecta, y que se desenvuelve bajo la influencia del conjunto de esas fuerzas, o sea del medio natural, progresando sin cesar hasta alcanzar sobre la tierra el reinado de la razón y de la justicia, cuyo progreso depende del movimiento general de las fuerzas de la creación. Sin embargo, Herder piensa que toda la vida del hombre no puede ser realizada en la tierra, sino que es necesario que, descompuesto el cuerpo, siga el espíritu viviendo en otras regiones.

Todos los filósofos de la ilustración: Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Krause, en Alemania; Boulanger, Turgot, Saint-Simon, Bouchez, Cousin, en Francia, parten de la idea del progreso en su filosofía de la historia. Los variados y a veces contradictorios sistemas de estos autores se proponen simplemente explicar el desarrollo progresivo de la humanidad; los alemanes propenden a fundarlo en causas metafísicas o psicológicas (asimilables unas a otras, dentro de una concepción panteísta) y desde luego, están muy lejos de estar acordes acerca de cual sea la verdadera esencia del progreso: para Herder es una educación del espíritu humano, para Kant el perfeccionamiento de la idea del Estado, para Hegel el progreso de la conciencia de la libertad, etc.

El sistema más completo y que tuvo mayor autoridad fué el de Hegel. Dice Hegel que el desarrollo histórico es la manifestación práctica del espíritu humano, reflejo del Divino, en la conciencia de la libertad que se desenvuelve según el movimiento dialéctico de los conceptos abstractos, en sus tres momentos de la *tesis*, la *antítesis* y la *síntesis*. Según este movimiento de las ideas se desenvuelven los tres períodos progresivos de la historia: del espíritu *sustancial*, en Oriente, caracterizado por la teocracia y el despotismo, en el que *uno* solo es libre; del espíritu *individual* en Grecia y Roma, caracterizado por las formas aristocráticas, en las que hay *algunos* libres; y del espíritu *libre*, en los pueblos germánicos, caracterizado por la ciencia y la democracia, en la que *todos* son libres. Los pueblos, pues, son llamados a una misión histórica determinada, es decir a *realizar una idea*, mediante el espíritu que vive en ellos, aunque en Hegel no hay una distinción real entre espíritu e idea.

No faltaron nunca contradictores a la idea del progreso, dentro del campo de la filosofía (Schlegel, Schopenhauer, Nietzsche); pero se salvó de la caída de los sistemas idealistas post-kantianos (Fichte, Schelling, Hegel) apoyándose en la teoría de la evolución. Los adelantos de las ciencias y de sus aplicaciones, de la

industria, de la democracia y de la organización, el gran desarrollo de la civilización macánica, trajeron una aparente comprobación objetiva de la teoría del progreso, la cual fué acogida por los políticos avanzados y por los científicos y filósofos positivistas. La evolución natural fué interpretada en un sentido progresista principalmente por Herbert Spencer. Dice este que la evolución del universo es en resumen una integración de materia con disipación de movimiento, por la cual la materia pasa de la homogeneidad indefinida e incoherente a la heterogeneidad definida y coherente, es decir, de lo simple a lo complejo en una continua y sucesiva diferenciación. Según esto, el progreso es el resultado necesario e inevitable del determinismo natural, el sentido y el fin de una evolución que viene ya desde el nebuloso origen del universo. La sociedad humana se perfeccionará de un modo natural y necesario, como los demás organismos naturales, y la cultura, que no viene a ser más que una progresiva adaptación al medio, se perfeccionará también en lo material aumentando incesantemente las comodidades y las facilidades de la vida humana, llamada a dominar totalmente en la naturaleza, y en lo espiritual, libertándose el hombre de todo temor religioso y descubriendo la ciencia sucesivamente todos los secretos de la naturaleza y llegando a un conocimiento completo y perfecto del mundo en su estructura y en su funcionamiento.

Tal es el cuadro espléndido que el optimismo progresista nos expone en los escritos, por ejemplo, del naturalista alemán Ernesto Haeckel, hoy completamente desacreditado como filósofo. Ya son hoy muy pocos los pensadores que lo comparten. Son muchas las causas que han hecho disminuir la fe en el progreso, la cual además, sufrió un rudísimo golpe con la gran guerra.

4. Crítica de la teoría del progreso.—Hoy se considera la idea del progreso como sobrado ingenua e infundada.

Efectivamente, la idea del progreso es excesivamente cómoda: resuelve de plano la mayoría de los problemas y ahorra una gran cantidad de esfuerzo mental; pero la ciencia es precisamente, por esencia, esfuerzo y posición de problemas. La idea del progreso halaga considerablemente la vanidad del hombre moderno, que mediante ella puede figurarse que es superior en todo a sus antepasados y precursores sobre la tierra; pero el papel de la ciencia no es satisfacer el orgullo humano. Halaga también la vanidad de los pensadores, que gracias a ella pueda pensar cada uno que es un predestinado que viene a decir la última palabra, la verdad definitiva, y considerar a los anteriores como precursores suyos, encargados de prepararle el terreno; pero la ciencia no es un pedestal para levantar personalidades ni sistemas. La idea del progreso satisface también las esperanzas de los sabios, con la suposición de que en el futuro lleguen a aclararse los grandes problemas que

ellos no pudieron resolver, y de los utopistas políticos y sociales, que suponen que el progreso ha de traer el triunfo de sus ideas; pero tampoco es el papel de la ciencia cuajar en mitos las esperanzas humanas.

Como la idea del progreso es susceptible de las más variadas y aún opuestas interpretaciones, según las opiniones del intérprete, resulta que con ella todos pueden quedar contentos y satisfechos. Esto sirve para explicar su éxito, no para justificar su verdad; al contrario, esto de servir para contentar las más variadas opiniones, la hace aún más sospechosa. Ya se sabe que quien explica demasiado, nada explica.

«El progreso—dice Nietzsche—es una idea moderna; es decir, una idea falsa». En efecto, los partidarios del progreso no están de acuerdo respecto de cual sea su esencia; cada uno le da un sentido acorde con sus opiniones: unos se fijan en lo político, y dicen que es un perfeccionamiento del Estado, o un aumento de la libertad, o de la organización; el progreso no significa, lo mismo para un liberal que para un socialista o para un anarquista. Otros ven en el progreso una mayor intervención de la razón y de la ciencia en la vida y en las relaciones humanas, y tampoco hay entre ellos acuerdo acerca del sentido en que la razón y la ciencia han de modificar la vida. Otros creen que consiste simplemente en un más perfecto conocimiento del mundo y del hombre; otros una perfección de los medios de relación y de los procedimientos industriales; otros un aumento de las comodidades y placeres; otros un perfeccionamiento moral, etc. etc. Y tampoco dentro de ninguno de estos grupos hay acuerdo. Es que se trata de algo subjetivo. Como dicen Langlois y Seignobos: «Llamamos progreso a todo cambio que va en el sentido de nuestras preferencias». ¿Que fé merece entonces el progreso?

Pero no es esto solo; la idea del progreso supone: 1.º un plan racional, único, predeterminado, que la evolución humana ha de cumplir.—2.º la unicidad de la cultura humana. Lo primero es en primer lugar indemostrable; en segundo lugar está en contradicción con los hechos, que nos muestran en los distintos pueblos y en las distintas épocas ideales y aspiraciones distintas y aún opuestas, cuando el progreso requeriría un sentido uniforme en los ideales humanos, que irían siendo desenvueltos, cumpliendo en parte cada época y en parte ampliando, las aspiraciones de la precedente. Contra esto, podría objetarse que los hombres trabajan inconscientemente por su propio progreso, pero entonces ¿cómo sabemos que hay un plan? Y si no hay plan, no podemos suponer en la evolución humana una evolución determinada (y por lo tanto, un progreso) y aunque pudiéramos decir que hasta ahora ha habido, no podríamos asegurar que en lo futuro ha de continuar.

La unicidad de la cultura queda refutada en el capítulo anterior. No habiendo una cultura única, no puede haber un progre-

so general de la humanidad: cada cultura, cada pueblo, o conjunto de pueblos, tiene una evolución independiente. También se puede oponer a esto que los pueblos verdaderamente progresivos se asimilan las creaciones culturales de los otros pueblos (los occidentales se asimilaron los inventos chinos de la pólvora, la brújula, el papel, las cifras indias, el álgebra de los árabes, la filosofía griega y su arte, etc); pero ya hemos visto que estas creaciones pierden su sentido espiritual al pasar de una cultura a otra, y además el apropiarse elementos culturales ajenos, el *mimetismo* cultural, lejos de ser un síntoma de vitalidad, de originalidad, de salud espiritual, lo es de pobreza de inventiva, de decadencia y de servidumbre. De hecho vemos que la mayor apropiación de elementos ajenos se verifica siempre en las épocas de decaimiento de las culturas.

Por otra parte, la teoría del progreso está contradicha por los hechos: se sabe que culturas tan perfectas y refinadas como la egipcia y la babilónica han desaparecido sin dejar más que ruínas. Los descendientes de los antiguos egipcios forman hoy el pueblo degradado e inculto de los *felahs*. En el Turkestán chino y ruso, donde hoy reina la barbarie, se encuentran a cada paso ruínas de magníficas ciudades que han desaparecido como Ninive, Babilonia, Memphis, Tebas, etc. Los chinos de hoy no conservan más que los restos de una civilización brillantísima. De igual modo han caído la antigua Grecia y la antigua Roma. Las culturas azteca y maya han desaparecido en absoluto. En un mismo pueblo, vemos que a épocas de gran cultura suceden épocas de barbarie. Se sabe que el Africa estaba mucho más civilizada que hoy, en tiempo de los viajes de los portugueses. Otras culturas, como la céltica han sido detenidas bruscamente en su desarrollo. Se dice que los elementos valiosos de las culturas desaparecidas han sido recogidos por otras más modernas; pero esto no es más que un subterfugio para no darse por vencidos; y es preciso convenir en que se ha perdido mucho, que muchas han tenido que ser vuelto a descubrir más tarde. Nuestra cultura occidental, que sería la heredera de todas, tiene que convenir en que les es inferior en muchos aspectos. Y en todo caso, es preciso convenir en que el sentido de lo valioso, de lo que constituye la perfección humana varía de unas culturas a otras y que no tenemos derecho los occidentales a considerarnos los intérpretes de la humanidad y a considerar lo nuestro como lo superior. Lo que nosotros estimamos como mejor, no por eso ha de ser así para los hombres de otras razas y de otros pueblos.

En suma, la idea del progreso, idea occidental, se funda en la sobreestimación de lo occidental, en nuestro orgullo de hombres superiores, fundado en el fondo únicamente en consideraciones materialistas: en los adelantos técnicos y en la fuerza de las armas con las que dominamos a los otros pueblos. Más ya hemos visto que aún para los occidentales más inteligentes, nuestra superioridad

dad técnica no puede estimarse como verdadera superioridad cultural. Lejos de ser un progreso, puede ser, y es en efecto, un síntoma de decadencia y de morbosidad.

Por último, transcribiremos lo que dice Spengler acerca de este asunto, en la Introducción de su *decadencia de Occidente*: «Es bien sabido que todo organismo tiene su ritmo, su figura, su duración determinada, e igual sucede a todas las manifestaciones de su vida. Nadie supondrá que un roble centenario se halle ahora al punto de comenzar su evolución. Nadie creerá que un gusano al que se vé crecer todos los días, vaya seguir creciendo así un par de años más. Todo el mundo, en tales casos, posee con absoluta certeza, el sentimiento de un límite, que es idéntico al sentimiento de las formas orgánicas. Pero cuando se trata de la historia de las grandes formas humanas, domina un optimismo ilimitadamente trivial respecto del futuro. Entonces enmudece toda experiencia histórica y orgánica y cada cual acierta a descubrir en el presente, cualquiera que él sea, los síntomas o iniciaciones de un magnífico «progreso» lineal, no porque lo demuestre la ciencia, sino porque él así lo desea. Entonces se cuenta con posibilidades ilimitadas—nunca con un término natural—, y partiendo de la situación del momento, se bosqueja una ingenua construcción de lo que ha de seguir».

Donde se vé que la idea del progreso, absurda por todo lo que hemos dicho, contradice aún a la más elemental experiencia que nos dice que todo termina en este mundo.

5. La teoría de los ciclos.—Hemos dicho que todo cuanto existe cambia, se transforma, evoluciona, experimenta un proceso. Todo ha tenido un origen y todo tiene un término. Hablamos del mundo natural, del universo, de la naturaleza. La evolución de los seres vivos está ante nuestros ojos: desde el organismo monocelular al árbol corpulento, al animal superior, al hombre, todos nacen, crecen, decaen y mueren. El proceso típico se muestra en las cuatro edades de los animales superiores: infancia, juventud, virilidad y vejez. La geología nos habla de las edades de la tierra; la astronomía nos dice que la Luna es un mundo muerto, en el que acaso existió la vida y que se halla en proceso de desintegración. Si hay alguna ley patente en el universo es esta. No hay razón para que las creaciones humanas que constituyen la cultura escapen a este sino al que no escapa el hombre mismo. En efecto, la historia nos muestra que las sociedades, los imperios, las lenguas, las religiones, los sistemas políticos, filosóficos, científicos, están sujetos a este ciclo vital. La cultura humana, las culturas como conjuntos orgánicos, no le han de escapar tampoco. De aquí la explicación de la historia como una serie compleja de *ciclos culturales*.

Esta teoría fué expuesta primeramente en Occidente por el

filósofo italiano Juan Bautista Vico, en 1725, en su *Bosquejo de una Ciencia nueva*. Vico pasa por el fundador de la filosofía de la historia. Observa Vico que en medio de la incoherencia de los sucesos que nos presenta la historia, se advierten ciertas analogías muy marcadas entre unas épocas con otras, así antiguas como modernas, hasta tal punto que pudiera decirse que todos los pueblos siguen un camino idéntico. Observando estas coincidencias, que él llama las *constantes* (Spengler les llama *correspondencias*), Vico distingue en la vida de los pueblos tres períodos que llama período *divino* o de idolatría, período *heróico* o de barbarie, y período *humano* o de civilización. Añade Vico que esta marcha de los pueblos guarda perfecta analogía con las leyes del pensamiento, si es que no es engendrada por ellas; así al período divino corresponde el estado de obscuridad de nuestra inteligencia y el imperio de los *sentidos*; es la infancia de los pueblos, en que todos los objetos se convierten en dioses, la edad de los oráculos y los adivinos, con gobierno teocrático y costumbres piadosas. En el período heróico predomina la *imaginación*, en que las ideas se expresan por medio de símbolos, se admira a los héroes y el gobierno es aristocrático y las costumbres guerreras y movidas por el sentimiento del honor. En el período humano dominan la reflexión y la *razón*, los ciudadanos nacen libres e iguales, las costumbres son moderadas y racionales, conformes a la regla del deber. Tal es el desenvolvimiento de toda sociedad que se asienta sobre tres bases fundamentales: la religión, el matrimonio y la sepultura, y se desenvuelve en tres momentos: *cabañas, ciudades y academias; patriarcas, patricios y tribunos; teocracia, aristocracia y democracia*. Pero cuando un pueblo haya llegado al último período, infaliblemente se corromperá; de la reflexión y del análisis viene la anarquía de las ideas y el desprecio de la autoridad moral, la razón individual echa por tierra las creencias, y nadie se mueve sino por la sed de riquezas y de goces materiales, con lo cual la anarquía social vuelve a hacer caer a los pueblos en el estado de naturaleza.

La idea de los ciclos se encuentra mucho antes de Vico, en el siglo XIV, en el musulmán Aben-Jaldún, cuyas observaciones se refieren principalmente a los pueblos del N de África, y cuyos notabilísimos *Prolegómenos*, una de las obras más valiosas de filosofía de la historia, no ejercieron influencia en el pensamiento occidental. Dice Aben-Jaldún que la historia repite sus ciclos de un modo invariable: un pueblo nómada conserva en su vida errante, en que lucha con las dificultades del vivir, el tesoro de sus creencias, la pureza de sus costumbres, la originalidad y la fuerza en los cuerpos y en las almas. Como es fuerte, le es fácil la conquista de los pueblos sedentarios y civilizados. Apoderado de uno de estos pueblos, de sus campos feroces y sus ciudades populosas, puede desarrollar una alta cultura; pero pronto la prosperidad y la molición de la vida sedentaria y ciudadana ablandan su tempe-

ramento y matan su originalidad creadora: la razón y la duda minan las creencias, las costumbres se corrompen, y el pueblo antiguamente fuerte y virtuoso, ahora vicioso y afeminado se convierte en fácil presa para otro pueblo nómada, que aún conserva sus vírgenes energías. Aben-Jaldún aprecia también sabiamente la influencia del factor geográfico en la historia.

Por último, esta teoría ha encontrado una forma nueva en el libro del gran pensador alemán Oswald Spengler, titulado *La Decadencia de Occidente*, el último gran libro que ha producido nuestra época, al lado del cual toda la producción moderna parece insignificante y pedantesca. Como en el curso de esta obra nos hemos referido repetidas veces a las ideas de Spengler, nos limitaremos aquí a un ligero resumen, insistiendo en la concepción del ciclo vital de las culturas. Las culturas son, según Spengler, como seres vivos de mayor cuantía que crecen en una sublime carencia de fin, como las plantas y los animales. Son exteriores unas a otras y cada una es exteriorización de un alma, responde a un símbolo primario, según su sensación del espacio, y tiene su propia religión, su propia moral, su propio arte, su propia matemática, su propia física, su propia política, etc., es decir su propia concepción de la naturaleza y de la vida humana, intransmisible, por lo cual los valores no tienen de ninguna manera una validez universal. El desenvolvimiento de las culturas no responde a la causalidad, sino al sino; cada una cumple su propio sino: tiene una época de ascensión, de vitalidad, de crecimiento, de creación, de juventud, de predominio del producirse: el verdadero estado de *cultura*, que es entonces el cuerpo vivo de un alma; y otra época en que, cumplidas todas las posibilidades, comienza la decadencia, esto es, la *civilización*, que es «el extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres». La civilización es el inevitable sino de toda cultura, el final de anquilosamiento y de disgregación. La civilización se caracteriza por la irreligiosidad, el racionalismo, el practicismo, el imperialismo, psicología de gran ciudad, en que todo destino está cumplido y muerto, y no cabe ya creación, sino expansión. En vez de los tres períodos de Vico, Spengler ve cuatro, que pueden llamarse: infancia, juventud, virilidad y vejez, o primavera, verano, otoño e invierno.

En el primer período, agreste e intuitivo, nace una mitología grandiosa y luego una escolástica místico-metafísica, un estilo artístico de primitivos, en ornamentación y arquitectura, una economía fisiocrática y un régimen feudal. (Dórico en Grecia, Gótico en Occidente).

En el segundo, la religión se racionaliza y comienza una concepción puramente filosófica del sentimiento cósmico, se forma un grupo de artes conscientes y urbanas: los grandes maestros, la ciudad vence al campo y se inicia la economía capitalista, se realiza la idea del Estado. (Jónico y Barroco).

En el tercero se cree en la omnipotencia del intelecto y en una religión racional, el lenguaje de las formas artísticas se per-espirtualiza, comienzan las revoluciones democráticas, triunfa el urbanismo (Corintio, Rococó).

En el cuarto extinguida la fuerza creadora, comienza la civilización mundial cosmopolita, irreligiosa y ametafísica, con un concepto materialista del Universo e ideales ético-sociales, el arte degenera en costumbre y deporte y se halla sujeto a los caprichos de la moda y a la imitación de lo arcaico y lo exótico, los poderes económicos penetran y dominan la política. Al final se propaga un sentido último del mundo (estoicismo, socialismo), mientras la filosofía queda como una ciencia especializada, en la cátedra; el arte se paraliza en formas rígidas y monumentales, y renacen los oficios provincianos; la violencia reacciona contra el dinero y lleva al cesarismo, cada vez más primitivo y despótico y se desarrolla una política personal de caudillos, ante la agresión de los pueblos jóvenes y los conquistadores, y la sociedad entera se va hundiendo en los estados primitivos de la humanidad, a pesar de vivir una vida civilizadísima.

La cultura occidental se halla desde 1800 en período de civilización o de decadencia. Y hay que convenir en que las profecías de Spengler se van realizando.

A pesar de los reparos que se puedan poner a las doctrinas particulares de los que la defienden, la teoría de los ciclos es la única científica, la única que responde a nuestra experiencia total de la vida, y la única confirmada por los hechos.

6. Resumen general de la filosofía de la historia.—De cuanto hemos expuesto acerca de la filosofía de la historia, podemos deducir las conclusiones siguientes:

1.ª La historia es una ciencia de hechos que se diferencia esencialmente de las llamadas ciencias naturales, en que examina el suceder singular y prescinde del concepto de ley natural, y del de causa eficiente, por lo menos en el sentido en que aquellos lo consideran y utilizan. En sentido lato, la historia representa una de las maneras de considerar y estudiar la naturaleza, el universo (en su desenvolvimiento, en su devenir, en su producirse); en sentido estricto (historia humana) es la ciencia que estudia el devenir, el sino de los pueblos, en cuanto creadores de cultura.

2.ª El sujeto de la historia es de un modo general, el hombre, individual y colectivamente considerado, en cuanto vive en sociedad; pero el sujeto propio y estricto son las agrupaciones naturales de hombres, esto es, los pueblos, las naciones. Estas se componen de individuos que gozan de libre albedrío, pero que en su obrar están condicionados por el medio geográfico, por las tendencias étnicas y por la presión social, y cada uno de ellos participa más o menos en una mentalidad y una sentimentalidad comu-

nes al grupo, no exterior, pero si superior a ellos y que es el alma colectiva, y solo puede adquirir como individuo verdadera significación histórica, sino en la medida en que se identifique con las tendencias profundas del alma de su pueblo. Entonces, si posee una energía vital suficiente para darles forma en el pensamiento o en la acción, se convierte en personalidad histórica (grande hombre).

3.^a La cultura es la expresión del alma de un grupo natural de hombres (pueblo o nación) que continúan el desenvolvimiento natural (la obra de la naturaleza con creaciones específicamente humanas y por lo tanto impregnadas de espíritu, las cuales no contrarían la naturaleza, sino que la continúan y la enriquecen, en cuanto son vida. No hay una sola cultura humana, sino muchas; cada pueblo o nación tiene la suya, y los valores creados por él no tienen valor más que para él, y no para los demás. Ahora bien, como entre algunos pueblos hay parentesco étnico, y entre otros comunidad de circunstancias geográficas, varios pueblos pueden participar en la misma cultura, cada una de las cuales tiene un área de expansión determinada; pero aún así, cada uno le imprime su modalidad nacional. Fuera de estas circunstancias, los elementos culturales se transmiten solamente como formas muertas.

4.^a Cada pueblo y cada cultura se desarrollan, se desenvuelven independientemente en un ciclo vital completo semejante al de los seres vivos. Cuando una cultura llega a cierto punto en su desenvolvimiento, la energía vital que la fué creando, se extingue, y se convierte en civilización, la cual se caracteriza por irse apartando cada vez más de la naturaleza, por la inestabilidad de las formas, que son mecánicas y vacías de sentido espiritual, por la adopción pasiva de formas extranjeras y por el predominio del materialismo. El estado de civilización termina con la muerte irremediable de aquella cultura. Las naciones pueden tener un ciclo vital que no coincida con el de las culturas; así vemos pueblos que han pasado por varias culturas; pero su poder creador sólo en una puede manifestarse plenamente, y en cada cultura hay una nación que irradia su influencia a las demás.

FIN

ÍNDICE

Parte Preliminar

CONCEPTOS GENERALES

	<u>Págs.</u>
I CONCEPTO DE LA CIENCIA HISTÓRICA	7
1. La historia y el hecho histórico, p. 7.—2. Concepto actual de la historia, p. 9.—3. Interés de los estudios históricos, p. 10.—4. La historia en la cultura general y en la cultura primaria, p. 11.	
II POSTULADOS DE LA HISTORIA.	13
1. El sujeto de la historia, p. 13.—2. Los factores de la historia, p. 14.—3. La causalidad histórica, p. 18.—4. Las leyes de la historia, p. 19.—5. La filosofía de la historia, p. 20.	
III DIVISIONES DE LA HISTORIA	22
1. Criterios de división, p. 22.—2. División por la materia, p. 22.—3. Historia política e historia de la civilización, p. 23.—4. División por la extensión, p. 24.—5. División por la forma, p. 24.—6. División cronológica, p. 25.—7. Crítica de esta división, p. 29.	

Primera Parte

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

IV LAS FUENTES DE LA HISTORIA	30
1. La Metodología histórica y su división, p. 30.—2. La Metodología de la investigación, p. 30.—3. La heurística, p. 31.—4. Las fuentes de la historia, p. 31.—5. División de las fuentes, p. 32.—6. Valor relativo de las fuentes, p. 32.—7. Las colecciones de las fuentes.	

tes, p. 33.—8. Las ciencias auxiliares de la historia, p. 36.

V CIENCIAS AUXILIARES DE LA HEURÍSTICA 37

1. La Bibliografía histórica, p. 37.—2. Las colecciones de fuentes, p. 38.—3. La historiografía, p. 39.—4. La historiografía española, p. 41.—5. La historiografía gallega, p. 43.

VI EL ESTUDIO DEL LENGUAJE 44

1. La filología y la lingüística, p. 44.—2. Historia de los estudios filológicos, p. 45.—3. El origen del lenguaje oral, p. 46.—4. La evolución de las lenguas, p. 47.—5. Los elementos del lenguaje, p. 48.—6. Clasificación de las lenguas, p. 49.—7. El estudio de la literatura, p. 52.—8. Los estudios filológicos en la investigación histórica, p. 52.

VII EL ESTUDIO DE LAS TRADICIONES 54

1. El folk-lore, p. 54.—2. Historia del folk-lore, p. 54.—3. División del folk-lore, p. 55.—4. Principios generales del folk-lore, p. 56.—5. Empleo del folk-lore, p. 56.—5. Empleo del folk-lore en la investigación histórica, p. 58.

VIII EL ESTUDIO DE LOS RESTOS 60

1. La Antropología, p. 60.—2. Historia de la Antropología, p. 60.—3. El origen del hombre, p. 61.—4. Clasificación de las razas, p. 62.—5. Caracteres antropológicos, p. 63.—6. La Antropología en la investigación histórica, p. 64.—7. La Arqueología, p. 64.—8. Historia de la Arqueología, p. 65.—9. División de la Arqueología, p. 65.—10. Breves nociones de Arqueología, p. 66.—11. La Indumentaria, p. 69.

IX OTRAS CIENCIAS ARQUEOLÓGICAS 70

1. La Epigrafía, p. 70.—2. Historia de la epigrafía, p. 71.—3. Clases de inscripciones, p. 71.—4. Caracteres y estudio de las inscripciones, p. 71.—5. Historia de las inscripciones, p. 72.—6. Empleo de la epigrafía en la investigación histórica, p. 74.—7. La Numismática, p. 74.—8. Elementos, caracteres y clasificación de las monedas, p. 74.—9. Historia de la moneda, p. 75.—10. Otras piezas numismáticas, p. 76.—11. Empleo de la numismática en la investigación histórica, p. 77.—12. La heráldica, p. 77.—13. Elementos del blason, p. 77.—14. Leyes y simbolismo heráldico, p. 78.—15. La Iconología, p. 79.—La simbología, p. 80.

X LAS CIENCIAS DEL DOCUMENTO 81

1. La Diplomática, p. 81.—2. Historia de la diplomática, p. 81.—3. Caracteres diplomáticos de los documentos, p. 82.—4. Clases de documentos, p. 85.—

EPÍLOGO

Este libro, en el que sin duda encontraréis numerosas omisiones y defectos, tiene como base las lecciones orales o dictadas dadas a nuestros alumnos de los cuatro cursos de Historia, en la Escuela Normal de Maestros de Orense, cuyas lecciones se presentan aquí ordenadas y aumentadas considerablemente en algunos puntos. Hemos hecho, pues, este trabajo, pensando exclusivamente en nuestros alumnos, y a ellos va especialmente dedicado, sin que sea lícito suponerle otra pretensión.

Cierto es que en estas páginas encontrareis ideas y concepciones que no suelen encontrarse en los libros dedicados a la enseñanza, pero es que hemos creído que no se debe dejar ignorar a los alumnos del Magisterio, doctrinas y puntos de vista que llevan la conciencia contemporánea y son hoy, dentro de la escasa atención que se concede a los problemas del espíritu, tema corriente de discusión. Además de estas ideas nuevas, propias del ambiente intelectual de nuestra época, hay otras en este libro personalísimas del autor, y acaso discutibles; el callarlas hubiera sido faltar a la sinceridad que debemos poner en la labor de cátedra y que nuestros alumnos tienen derecho a exigirnos.

Por todo ello, creemos haber hecho una obra útil para todos los alumnos del Magisterio, los cuales encontrarán en ella, por lo menos un índice de cuestiones, e indicaciones elementales de muchos asuntos relacionados con la ciencia histórica.

Nos daríamos por satisfechos si les hubieramos proporcionado una ayuda para su formación cultural y para libertar sus espíritus de prejuicios.

	<u>Págs</u>
XX LA SELECCIÓN Y LA GRADUACIÓN DE LA MATERIA	166
1. Los problemas prácticos de la enseñanza de la historia, p. 166.—2. Selección de la materia, p. 166.—3. Selección de la materia por el concepto histórico, p. 167.—4. Selección de la materia por el fin, p. 168.—5. Selección de la materia por el grado de desarrollo intelectual de los alumnos, p. 169.—6. Cuando ha de comenzar la enseñanza de la historia, p. 170.—7. La cuestión del paralelismo en las formas históricas y su enseñanza, p. 171.—8. Distribución gradual de la historia, p. 172.	
XXI LA ORDENACIÓN Y LOS MEDIOS AUXILIARES	173
1. La ordenación de la materia histórica, p. 173.—2. El orden progresivo, p. 173.—3. El orden regresivo, p. 174.—4. El orden retrospectivo, p. 174.—5. El orden cíclico, p. 175.—6. El orden concéntrico, p. 175.—7. En que ha de basarse la enseñanza de la historia, p. 177.—8. Los medios instrumentales de la enseñanza de la historia, p. 178.—9. El libro en la enseñanza de la historia, p. 178.—10. El material de enseñanza, p. 180.	
XXII LOS MÉTODOS DE ENSEÑANZA	181
1. Los métodos y su división, p. 181.—2. Métodos de preparación, p. 182.—3. Métodos de exposición o de trabajo en clase, p. 182.—4. Los métodos intuitivos, p. 183.—5. Los métodos activos, p. 184.—6. Los métodos de asimilación, p. 185.—7. Un plan para la enseñanza de la historia, p. 186.	

Tercera Parte

PROBLEMAS DE FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

XXIII NATURALEZA DE LA CIENCIA HISTÓRICA	195
1. Importancia de la historia para el maestro, p. 195.—2. Problemas que plantea el estudio de la historia, p. 197.—3. Si es la historia una ciencia, p. 198.—4. Lugar de la historia entre las ciencias, p. 198.—5. El concepto de ley y la historia, p. 200.—6. El concepto de causas y la historia, p. 202.	

	<u>Págs.</u>
XXIV EL SUJETO DE LA HISTORIA.	204
1. El problema del sujeto de la historia, p. 204.—2. La sociedad humana, p. 206.—3. El alma social, p. 208.—4. El individuo en la historia, p. 210.—5. Los hombres, p. 211.—6. El problema del libre albedrío, p. 213.	
XXV EL PROBLEMA DE LA CULTURA	215
1. Cultura y civilización, p. 215.—2. La oposición entre naturaleza y cultura, p. 217.—3. Los valores culturales, p. 218.—4. El origen de la cultura, p. 220.—5. Unicidad y multiplicidad de la cultura, p. 221.—6. Apreciación de la cultura, p. 224.	
XXVI LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA	226
1. El concepto de evolución, p. 226.—2. Interpretación del proceso histórico. Teoría de la caída, p. 228.—3. Teoría del progreso, p. 229.—4. Crítica de la teoría del progreso, p. 231.—5. La teoría de los ciclos, p. 234.—6. Resumen general de la filosofía de la historia, p. 237.	

	5. La Sigilografía, p. 85.—6. La Bibliología, p. 86.—	
	7. La escritura de libros, p. 87.—8. La encuadernación, p. 87.—9. Clases de libros por su contenido, p. 88.—10. La Paleografía, p. 88.—11. Clases de escritura y su historia, p. 88.—12. La escritura en España, p. 89.—13. Otros caracteres, p. 89.	
XI	LA GEOGRAFÍA	90
	1. Relación entre la Geografía y la Historia, p. 90.—2. Historia de la Geografía, p. 90.—3. La Geografía clásica, p. 92.—4. La Geografía antigua de España, p. 98.—5. Empleo de la Geografía en la investigación histórica, p. 100.	
XII	LA CRONOLOGÍA	101
	1. Su utilidad para la historia, p. 101.—2. Historia de la Cronología, p. 101.—3. La computación y divisiones del tiempo, p. 102.—4. Las Eras, p. 104.—5. El Calendario, p. 105.—6. Empleo de la Cronología en la investigación histórica, p. 106.	
XIII	LA ETNOLOGÍA Y LA SOCIOLOGÍA	107
	1. La Etnología, p. 107.—2. Historia de la Etnología, p. 108.—3. El contenido de la etnología, p. 109.—4. La cultura y su clasificación, p. 109.—5. Origen de la cultura, p. 110.—6. Clasificación de los pueblos por su cultura, p. 111.—7. Empleo de la etnología en la investigación histórica, p. 112.—8. La Sociología, p. 112.—9. Historia de la Sociología, p. 112.—10. Los Orígenes de la vida social, p. 113.—11. La evolución de las formas sociales, p. 113.	
XIV	LA CRÍTICA EXTERNA	115
	1. La Crítica histórica, p. 115.—2. La Lógica, p. 115.—3. Historia de la Crítica, p. 116.—4. La Crítica externa, p. 117.—5. La falsificación de fuentes, p. 117.—6. La falsificación de restos, p. 117.—7. La falsificación literaria, p. 118.—8. La falsificación de documentos, p. 119.—9. La falsificación de tradiciones, p. 120.—10. Crítica de procedencia, p. 121.—11. Crítica de restitución de textos, p. 123.	
XV	LA CRÍTICA INTERNA	124
	1. Concepto y división, p. 124.—2. La hermenéutica, p. 124.—3. La crítica de sinceridad y de exactitud, p. 126.—4. La crítica de relación, p. 128.—5. La crítica de la tradición, p. 129.—6. La crítica de los restos, p. 130.	
XVI	LA SÍNTESIS HISTÓRICA	130
	1. Operaciones sintéticas, p. 130.—2. La ordenación histórica, p. 131.—3. La inferencia, p. 132.—4. La división de la historia, p. 133.—5. Postulado de la	

historia, p. 134.—6. Las fórmulas generales, p. 135.—
 7. La investigación de las causas, p. 136.—8. Bases
 explicativas de la historia, p. 136.—9. Los juicios
 históricos, p. 137.—10. La exposición histórica,
 p. 137.

Segunda Parte

METODOLOGÍA DE LA ENSEÑANZA

- XVII LA EVOLUCIÓN DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA 143
 1. La Metodología de la enseñanza, p. 143.—2. La evolución de la enseñanza de la historia, p. 144.—3. La enseñanza de la historia en el Renacimiento, Vives, p. 144.—4. La Historia en la pedagogía protestante, p. 145.—5. Siglo XVII. Comenius. La Historia en la Pansophia, p. 145.—6. Siglo XVIII. Ideas de Rousseau acerca de la historia y su enseñanza, p. 146.—7. La historia en la escuela de los Filántropos, p. 147.—8. Siglo XIX. La enseñanza de la historia en Alemania, p. 147.—9. Herbart y su escuela, p. 147.—10. Ziller y el paralelismo, p. 147.—11. Jegger y la dirección geográfica de Rousseau, p. 148.—12. Biedermann y la historia de la civilización, p. 148.—13. Tendencia oficial, p. 150.—14. La enseñanza de la historia en Francia, p. 150.—15. La enseñanza de la historia en los demás países, p. 152.
- XVIII LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA ACTUALIDAD 152
 1. La enseñanza de la historia en «la nueva educación», p. 152.—2. Crítica de las nuevas orientaciones, p. 154.—3. La reforma de Kercheusteiner, p. 155.—4. La enseñanza de la historia en España, p. 156.
- XIX LA FINALIDAD DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA 158
 1. El problema, p. 158.—2. El fin de la educación, p. 158.—3. El fin de la enseñanza de la historia, p. 159.—4. Utilidad material de la enseñanza de la historia, p. 160.—5. Utilidad pragmática de la historia, p. 161.—6. Utilidad formal de la historia, p. 162.—7. Relaciones de la historia con la educación cívica, p. 163.









